
MIGUEL LA SERNA
CON LAS MASAS Y LAS ARMAS
Auge y caída del MRTA
IEP
INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS


MIGUEL LA SERNA
CON LAS MASAS Y LAS ARMAS
Auge y caída del MRTA
IEP
INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

MIGUEL LA SERNA

CON LAS MASAS Y LAS ARMAS

Auge y caída del MRTA

Traducción: Enrique Bossio

IEP
INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS

Este libro se publicó originalmente en inglés con el título With masses and arms: Peru's Tupac Amaru Revolutionary Movement en University of North Carolina Press, en 2020

Serie: Ideología y Política, 61

© IEP Instituto de Estudios Peruanos

Horacio Urteaga 694, Lima 15072

Telf.: (51-1) 200-8500

Correo-e: libreria@iep.org.pe

www.iep.org.pe

ISBN: 978-612-326-237-2

ISSN: 1019-455X

Primera edición digital: agosto de 2023

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2023-06242

Asistente editorial: Yisleny López

Corrección de estilo: Sara Mateos

Diagramación: Silvana Lizarbe

Carátula: Apollo Studio

Revisión de artes portada: Gino Becerra

Cuidado de edición: Odín del Pozo

Prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro sin permiso de los editores.

LA SERNA, Miguel

Con las masas y las armas. Auge y caída del MRTA.

Índice

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1. A una nueva generación le corresponde un nuevo nombre

2. 90 Segundos

3. Cumpa

4. Asumir los símbolos

5. La unidad

6. Capturada

SEGUNDA PARTE

7. Por el guerrillero heroico

8. El viaje de Rodrigo

9. Crimen y castigo

10. Vuelve El Gordo

11. La camioneta del general

12. Túnel hacia la libertad

TERCERA PARTE

13. Fujishock

14. Donde las papas queman

15. En la boca del lobo

16. Revolución interna

17. Perro con rayas

18. Hay que tumbar la pata

19. Lo que el viento se llevó

20. Cautiverio

21. Chavín de Huántar

22. ¡Mary está enferma!

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

Agradecimientos

Escribir este libro ha sido gratificante y desafiante a la vez: gratificante porque me he beneficiado del generoso apoyo de muchas personas; desafiante por mi deseo de hacer justicia a su sabiduría y orientación. Agradezco a mis colegas peruanos y peruanistas, José Carlos Agüero, Carlos Aguirre, Renzo Aroni, Florence Babb, Julián Berrocal, Kathryn Burns, Iván Caro, Ricardo Caro, Carlos Contreras, Martha Cecilia Dietrich Ortega, Paulo Drinot, Gustavo Gorriti, Shane Greene, Jaymie Patricia Heilman, Walter Huamaní, Lucía Luna Victoria Indacochea, Marie Manrique, Mario Miguel Meza, Diana Miloslávich, Raúl Necochea, Jorge Ortiz Sotelo, José Luis Rénique y Antonio Zapata por sus numerosas ideas, conversaciones y comentarios en varias etapas del proceso de investigación y redacción. Ruth Borja, Roberto Bustamante, Sebastián Chávez Wurm, Karina Fernández González, Marcelita Gutiérrez, Óscar Medrano, Pablo Rojas, Melisa Sánchez y Santiago Tamay Silva me ayudaron a localizar registros de archivo cruciales, por lo que les estoy eternamente agradecido. Tengo asimismo una enorme deuda de gratitud con Óscar Arriola, Liliana Gliksman, Nancy Madrid, Marco Miyashiro, Ricardo Noriega Salaverry, Mario Rossi, Vladimir Uñapillco, Iris Valladares y, especialmente, con Lori Berenson y Anahí Durand por ponerme en contacto con personas clave de ambos lados del espectro político a quien entrevistar.

Mi comunidad profesional en Estados Unidos fue una sólida base de apoyo. En la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, Sharon Anderson, Joyce Loftin, Jennifer Parker y Beatriz Riefkhol siempre estuvieron dispuestas a atender mis consultas, mis solicitudes de apoyo administrativo y financiero, y otras molestias en el camino. Mis colegas Fitz Brundage, Emily Burrill, Sebastián Carassai, John Chasteen, Rudi Colloredo Mansfeld, Mariana Dantas, Kathleen DuVal, Oswaldo Estrada, Joe Glatthaar, Jacqueline Hagan, Karen Hagemann, Jonathan Hartlyn, Emil Keme, Lisa Lindsay, Malinda Maynor Lowery, Susan Pennybacker, José Juan Pérez Meléndez, Cynthia Radding, Julie Reed, Marian Schlotterbeck, Tatiana Seijas, William Sturkey, Ben Waterhouse, Brett Whalen y Luise White ofrecieron un apoyo moral e intelectual inestimable. Estoy también muy agradecido a Martha Espinosa, Stark Harbour, Emma

Macneil, Sydney Marshall, Danielle McIvor, Kenneth Neggy, Elizabeth Stillwell, Emily Taylor y Diana Torres por sus atentos comentarios a mi penúltimo borrador.

Ponciano Del Pino, Lou Pérez, Orin Starn, Brendan Thornton y Charles Walker merecen una mención especial por su mezcla singular de tutoría, intercambio académico y amistad. Agradezco al Instituto de Artes y Humanidades de la Universidad de Carolina del Norte por otorgarme una beca para trabajar en este proyecto. Allí, Jan Bardsley, Michelle Berger, Tim Carter, Banu Gokariskel, Mark Katz, Heidi Kim, Enrique Neblett, Álvaro Reyes y Milada Vachudova proporcionaron la estimulante incubadora intelectual de la que surgieron muchas de las ideas y conceptos clave del libro. Luego, en UNC Press y el Instituto de Estudios Peruanos (IEP), mis editores Elaine Maisner y Raúl Asensio ayudaron a dar vida a este proyecto. Si este libro tiene algún valor para los lectores, les invito a que se unan a mí en el agradecimiento a Elaine y Raúl, por su increíble paciencia, orientación y estímulo en cada paso del camino. Igualmente, agradezco a Kike Bossio por su bellísima traducción al español, y a los revisores anónimos de UNC Press y el IEP por sus astutos y constructivos comentarios a los borradores.

Mi familia y mis amigos de Estados Unidos y el Perú siempre me han mantenido en pie. Mi familia peruana, Carlos, Karlos, Korah, María, Matías, Olenka, Pepe, Piotr, Ricardo, Teresa, Verónica y Yolanda La Serna, me ofrecieron un apoyo inquebrantable. Mis padres, Sabad y Susan, me enviaron al campo con mucho amor, ánimo y no poca preocupación por mi bienestar, por lo que estoy verdaderamente agradecido. Estoy en deuda también con Carmen y Michael Betts por ofrecer el tipo de apoyo moral, emocional y de cuidado de los niños que normalmente se reserva para la familia. Gracias a Jonathan Woody por estar siempre ahí en un apuro. Por último, doy las gracias a Jillian Joy, Micaela Renee y Mateo Gael La Serna por haber soportado todos los viajes, las madrugadas, los borradores, las reescrituras, los plazos y los dolores de cabeza a lo largo del camino. Son mi vida, mi corazón, mi alma. Los quiero hoy, más que ayer, pero no tanto como mañana.

Prólogo

Néstor Cerpa Cartolini se despertó temprano la mañana del 22 de abril de 1997. Habían pasado 126 días desde que condujera a trece de sus compañeros del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) a asaltar la residencia del embajador japonés en el Perú, situada en un barrio de clase media-alta de Lima. Los emerretistas y sus 72 rehenes habían estado encerrados en la residencia, sin electricidad ni agua corriente desde antes de la Navidad del año anterior.

Cerpa era el último de una estirpe de revolucionarios ya por entonces en extinción. Antiguo líder sindical, era un purista ideológico que mostraba un compromiso infatigable con la lucha armada como único camino para lograr el cambio social. Cuando surgían voces más moderadas en el MRTA, Cerpa trataba de acallarlas. Sin embargo, para ese entonces la mayoría de sus compañeros ya estaban fuera de combate: habían desertado, sido detenidos o fallecido. Solo quedaban sus trece subordinados dentro de la residencia y un puñado de militantes dispersos por el Perú y otros países. Aun así, Cerpa creía que podía utilizar la crisis de los rehenes para negociar una salida honrosa para su grupo.

Tras llamar al orden a sus tropas, anunció que los tupacamaristas1 cantarían el llamado “Himno de Molinos”:

Se estremece en América Latina,

Patria libre sea el porvenir.

Con los hijos de los Andes que combaten.

El mañana socialista llegará.

Con los hijos de los Andes que combaten.

El mañana socialista llegará.

Gloria eterna a los guerrilleros,

que entregaron su vida por la paz.

Con su ejemplo, germinan en el pueblo

las semillas de la libertad.

Con su ejemplo, germinan en el pueblo

las semillas de la libertad.

Vives ahora y siempre Túpac Amaru,

en combate te hiciste inmortal.

Los Molinos, ejemplo de coraje,

en la lucha por la revolución.

Los Molinos, ejemplo de coraje,

en la lucha por la revolución...

El himno era un homenaje a los emerretistas que habían sido emboscados en Molinos, en las afueras de Jauja, en 1989. Había convincente evidencia de que el Ejército no les había dado cuartel, rematando a varios después de haberse rendido. El himno era tanto un homenaje como una advertencia contra la rendición. También era un componente esencial de la guerra simbólica con la que el MRTA trataba de situar los momentos clave de su experiencia insurreccional en el marco de la historia peruana.

Tras cantar el himno, Cerpa se dirigió a sus tropas y les recordó que su misión consistía en conseguir la libertad de sus compañeros presos.

“¡A 126 días de la toma de la residencia [del embajador] de Japón!”, gritó.

“¡Aquí nadie se rinde, carajo!”, le respondieron las tropas.

“¡Con las masas y las armas!”, siguió, “¡Patria o muerte!”.

“¡Viva el Perú!”, le respondieron.2

Según varios rehenes, Cerpa parecía melancólico aquella mañana de finales de abril. Sus cambios de humor eran cada vez más frecuentes y pasaba largas horas descansando.3 Parecía que las negociaciones con el gobierno, los cuatro meses de cautiverio en la sofocante residencia y las sombrías perspectivas de una resolución pacífica le estaban pasando factura. Aun así, se negaba a ceder. Como había dicho en múltiples ocasiones y repitió esa mañana, no se detendría hasta que el gobierno cumpliera sus exigencias. No había lugar para el compromiso. O salía de la residencia como un hombre libre o todos saldrían en bolsas para cadáveres. El destino de la revolución, tal y como él la entendía, dependía de cómo terminara la crisis de los rehenes.

***

Sin lugar a duda, la guerra emerretista marcó la historia contemporánea peruana. Sin embargo, se ha contado poco de su historia. Esto se debe, al menos en parte, a que el interés por Sendero Luminoso ha monopolizado conversaciones y estudios sobre los años de la guerra en el Perú. La organización maoísta fue más grande que el MRTA, y su singular ideología y ferocidad la convirtieron en fuente de horror y curiosidad.

Cuando se menciona al MRTA en la literatura sobre la violencia política peruana, suele ser de pasada, como una especie de reconocimiento de la existencia del grupo, al tiempo que se admite que un tratamiento sistemático del mismo está fuera del alcance del estudio. Dos notables excepciones son la tesis pionera del historiador Mario Meza Bazán, “El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) y las fuentes de la revolución en América Latina”, que sitúa la insurrección emerretista dentro de una historia más profunda de la izquierda peruana, y el impactante libro, De silencios y otros ruidos, de Rafael Salgado Olivera, hijo de emerretistas.4

Pese a estos avances, aún hay varios aspectos clave del conflicto armado que han escapado a la atención de los estudiosos. En primer lugar, y tal vez lo más

sorprendente, todavía no tenemos una historia contada desde la experiencia de la guerra vivida por quienes la combatieron.5 Mientras que la mayoría de los estudios se refieren a masacres específicas, individuos y comunidades, cuentan menos sobre la experiencia cotidiana de la guerra, no solo para quienes se alzaron en armas sino también para quienes participaron en la contrainsurgencia.

Esta ausencia se debe en gran medida a las dificultades para acceder a la voces de los combatientes. A diferencia de otros movimientos armados latinoamericanos, pocos senderistas llevaron diarios o escribieron memorias. Esto se debió en parte al hecho de que muchos militantes de base hablaban quechua, así como a que el partido evitaba el individualismo, en una práctica a la que Carlos Iván Degregori denominó “abolición del ego”.6 Si a esto se añade que muchos antiguos insurgentes seguían, veinticinco años después de la detención de Abimael Guzmán, encarcelados y restringidos por el sistema penitenciario para conceder entrevistas formales, la escasez de perspectivas senderistas se hace aún más comprensible. Quienes han sido liberados, por su parte, prefieren no hablar de su experiencia en Sendero Luminoso, ya sea porque desean seguir con sus vidas o porque quieren evitar posibles problemas legales. Quienes permanecen en el partido son aún menos propensos a compartir sus historias personales, ciñéndose a los temas de conversación aprobados por la dirigencia en el marco de la narrativa senderista oficial. Los mismos problemas de estructura de mando han dificultado el acceso de los académicos a las voces de la contrainsurgencia.

Un segundo tema de análisis poco explorado es el papel de las mujeres y el género en las organizaciones armadas insurgentes. Algunos de los mejores estudios examinan las formas en que las campesinas indígenas vivieron el conflicto, tanto no combatientes como integrantes de las rondas campesinas.7 Por las razones expuestas anteriormente, acceder a las voces de las mujeres que formaron parte de Sendero Luminoso es mucho más difícil. Casi dos décadas después de la caída de Guzmán, el retrato más completo de las mujeres senderistas seguía siendo la sucinta investigación de 1993 de la periodista y defensora de los derechos humanos Robin Kirk.8 Solo recientemente, investigadores como Antonio Zapata, Jaymie Patricia Heilman y Anouk Guiné, han comenzado a reconstruir la vida de las líderes de Sendero Luminoso.9 Todavía tenemos mucho que averiguar sobre la experiencia de las mujeres militantes de base y de nivel medio en Sendero Luminoso y el MRTA, sobre la conducta de género de sus compañeros y, en general, sobre las intersecciones entre género, cultura y poder en la izquierda radical peruana.

Al narrar las experiencias de las mujeres y los hombres combatientes en la guerra entre el MRTA y el Estado peruano, el presente libro pretende ayudar a cerrar estos vacíos. Los siguientes capítulos exploran los retos cotidianos, dilemas, conflictos, inseguridades y luchas de los emerretistas y de las fuerzas de contrainsurgencia que trataron de detenerlos. El libro no pretende ser una historia definitiva, ni comprensiva del MRTA. Al contrario, se trata de una historia narrativa que sigue a un variado elenco de personajes, cuyas vidas la guerra unió de forma inesperada.

La narrativa prioriza las perspectivas, experiencias y memorias de los propios actores históricos. Las fuentes son diversas e incluyen noticias y filmaciones de prensa; propaganda insurgente, comunicados, folletos y manuscritos; documentos clasificados y desclasificados de la policía antiterrorista; manuales militares e informes de campo; memorias publicadas e inéditas de líderes emerretistas, jefes de la contrainsurgencia y víctimas de la violencia política; testimonios, entrevistas y material efímero de los archivos de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) y del Lugar de la Memoria (LUM); y expedientes judiciales inéditos del llamado “megajuicio” contra los líderes del MRTA. El énfasis está en los líderes emerretistas y en los militantes de a pie que apostaron sus vidas y a veces pagaron el precio más alto. Las historias de estos emerretistas se complementan con las de los miembros del Gobierno peruano y de las fuerzas de seguridad, desde los jefes de la policía antiterrorista hasta los vigilantes de la Guardia Civil de los descuidados puestos de la selva, así como de algunos de los peruanos no combatientes cuyas vidas quedaron marcadas por la guerra.

Entre las personas cuyas vidas sigue el libro hay dos mujeres que alcanzaron diferentes niveles dentro del MRTA. La primera, Lucero Cumpa, comenzó como militante de bajo nivel a mediados de los años ochenta, ascendió al Comité Central y llegó a comandar un frente armado del grupo. A pesar de ocupar uno de los puestos más codiciados de la jerarquía emerretista, y de ser una de las únicas mujeres en comandar un grupo insurgente durante el conflicto armado peruano, Cumpa no ha sido objeto de mucha atención por parte de los académicos. El libro ofrece, por tanto, un retrato poco frecuente de una mujer que ascendió en las filas emerretistas de militante a comandante, mostrando no solo que las mujeres estuvieron presentes en las campañas armadas de la izquierda, sino que ayudaron a darles forma y a dirigirlas.

Pero esta no es una mera historia de agencia femenina. Después de todo, Lucero

Cumpa fue la excepción, no la regla. La historia de la segunda mujer protagonista de este libro, Esperanza Tapia, es mucho más representativa de la experiencia de las mujeres dentro de la organización emerretista. Ambas, sin embargo, experimentaron el género y las relaciones de poder entre hombres y mujeres de manera semejante. Si bien el MRTA abogaba en público por el empoderamiento y la igualdad de género, las mujeres de todos los rangos padecían una cultura organizacional paternalista y misógina. Limitando el acceso de las mujeres a las armas, restringiendo sus movimientos y difuminando los límites entre la realidad y la simulación estratégica, los emerretistas trataban de ejercer un control físico y simbólico sobre los cuerpos de sus compañeras. Pero tan comunes como estos intentos de control eran los esfuerzos de las mujeres por desafiarlos. Como demuestran las vidas de Lucero Cumpa y Esperanza Tapia, las mujeres emerretistas trataron de llevar a cabo una revolución propia, que no dejaba que ningún desaire quedara sin respuesta, ni ninguna doble moral sin ser cuestionada. A través de estas luchas diarias procuraban cambiar el patriarcado de la izquierda insurgente desde dentro. Las batallas diarias por la dignidad, la igualdad y el respeto reflejaban lo que la historiadora Michelle Chase, parafraseando a Fidel Castro, ha llamado una “revolución dentro de la revolución”.10

Al aportar las perspectivas de quienes estuvieron directamente involucrados, el libro no pretende ni glorificar ni vilipendiar, sino, más bien, contar algunas historias del MRTA en toda su complejidad humana. Esta dimensión humana no habría sido posible sin extensas entrevistas y trabajo de campo. A lo largo de siete años, el autor entrevistó a líderes, seguidores y simpatizantes de los emerretistas, tanto en prisión como fuera de ella; a comandantes, tenientes y soldados, militares y policiales; a víctimas de asaltos del MRTA; a civiles que se enfrentaron a las fuerzas de seguridad y a los emerretistas; a antiguos funcionarios peruanos y embajadores estadounidenses; a familiares de insurgentes encarcelados y fallecidos.

El trabajo de campo abarcó Estados Unidos y el Perú, con múltiples viajes a los Andes, la Amazonía y la costa. Para proteger el anonimato de la mayoría de los participantes, se han modificado los nombres y los lugares; solo se mantienen los nombres de las figuras públicas. Una de esas figuras es el líder del MRTA, Víctor Polay Campos. En el momento de escribir este libro, Polay estaba cumpliendo una condena de 35 años en régimen de aislamiento en una prisión naval peruana. Aceptó una entrevista, pero los encargados de su custodia no la permitieron. En cambio, accedieron a que el autor tuviera acceso a su abogado, a

sus familiares y amigos más cercanos, así como a manuscritos y memorias inéditas. Dichos intercambios interpersonales, mantenidos a lo largo de múltiples sesiones —y, en la mayoría de los casos, de años— imprimieron a las historias de estos actores históricos una capa de profundidad, empatía e intimidad que este libro trata de captar.

***

Centrarnos en las experiencias insurreccionales de base nos permite explorar la esfera político-cultural, que se convirtió en uno de los principales escenarios de batalla, tanto para el MRTA como para el Estado.11 Los emerretistas desdibujaron deliberadamente los límites entre los ámbitos simbólico y militar. En su esfuerzo por entroncar su propia narrativa con las narrativas nacionales peruanas, se apropiaron de los símbolos nacionales, para trasmitir una imagen de sí mismos como lo que Anthony D. Smith llama "guardianes de etnicidad", es decir, los que se autodenominan los preservadores de los mitos, memorias, virtudes y símbolos del pueblo.12 Muchas de sus acciones armadas, aunque también tenían objetivos estratégicos, buscaban sobre todo caracterizar al Estado y a la clase dirigente como forasteros hostiles que destruían el tejido cultural de la nación.

Los objetivos elegidos, individuos, instituciones, edificios o monumentos, tenían un fuerte componente simbólico. Los gobiernos de Alan García y Alberto Fujimori eran también muy conscientes de la importancia de esta disputa. Cada uno a su manera, trató de manipular a su favor los símbolos de la identidad nacional, en un esfuerzo por presentarse como más auténticamente peruanos que los grupos alzados en armas. El resultado fue una constante batalla por la apropiación de colores, banderas, nombres, imágenes y otros "lugares de memoria", que se desarrolló en paralelo a la lucha política y militar.13

El MRTA comprendía que, en la fase tardía de la Guerra Fría, la simpatía de la opinión pública dependía de su capacidad para ganar la batalla de la imagen. La tinta, las cámaras, las fotografías, el vídeo y la radio eran armas tan poderosas como los cañones, las bombas y los tanques, por lo que su actuación privilegió con frecuencia el teatro político sobre el militar, poniendo a prueba la teoría de

que la lente es más poderosa que la espada.14 Persuadir, engatusar, coaccionar o engañar a la prensa para que cubriera sus acciones de la manera más favorable, fue una preocupación constante. No estaba solo en esta disputa. Como señala el antropólogo Shane L. Green, aunque en menor medida, capturar la imaginación popular fue también un objetivo de Sendero Luminoso.15

Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, ninguna de las dos organizaciones alzadas en armas logró ganarse el corazón y la mente de la mayoría de los peruanos. Si bien varios factores contribuyeron a la caída de los emerretistas, ninguno fue quizás más crítico que su propia visión limitada de lo que era y podía llegar a ser el Perú. A pesar de su fijación con la historia y de su retórica nacionalista, las agendas y prioridades de la facción militarizada y de línea dura del MRTA prevalecieron sobre las de sus compañeros, que buscaban articular una visión más inclusiva y progresista del futuro, que respondiera a las realidades peruana y latinoamericana de finales del siglo XX. Todas las veces que hubo oportunidad de mostrar la supuesta vocación inclusiva, democrática, pacifista y progresista del movimiento, se impusieron las voces más nacionalistas, autoritarias, belicosas y retrógradas. Esta falta de voluntad de la línea dura para comprometerse, dialogar y ceder llevó al MRTA a una posición que era política y militarmente insostenible.

Esta era la situación en la que se encontraba Néstor Cerpa la tarde del 22 de abril de 1997, cuando las fuerzas parecían empezar a abandonarle en el interior de la residencia del embajador japonés en Lima. Lo que sigue es la historia de cómo llegó hasta allí.


COLOMBIA
ECUADOR
Río Putumayo
Río Amazonas
Piura
Área ampliada abajo
Río Huallaga
Chiclayo
Cajamarca
N
BRASIL
Trujillo
Pucallpa
Chimbote
Río Ucayali
Huaraz
Huánuco
Río Urubamba
OCEÁNO PACÍFICO
Oxapampa
Río Apurímac
Molinos
Jauja
Callao
Lima
Huancayo
Puerto Maldonado
Ayacucho
Cusco
Ica
Nazca
Lago Titicaca
Puno
Arequipa
Moquegua
BOLIVIA
Tacna
CHILE
0 100 200 mi
0 100 200 300 km
Moyobamba
Yurimaguas
Rioja
Río Mayo
Tabalosos
Tarapoto
San José de Sisa
Río Sisa
Río Saposoa
Juanjuí
SAN MARTÍN
Río Huallaga
Tocache

1. N. de E. En este texto se usa indistintamente los términos “tupacamaristas” y “emerretistas” para designar a los integrantes del MRTA .

2. Servicio de Inteligencia Nacional, Grabación secreta del interior de la residencia del embajador japonés [audio]. Archivo personal de Luis Giampietri, Callao, Perú.

3. “La hora cero”, Caretas , 25 de abril de 1997, n.° 1462, pp. 18-19; Archivo de la Defensoría del Pueblo (en adelante ADP), Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, tomo 1.1, SC049501, Declaración de Francisco Tudela, 3 de agosto de 2003. Este archivo se conoce comúnmente como Archivo de la Comisión de la Verdad.

4. Meza Bazán 2012, Salgado Olivera 2022.

5. N. de E. La reciente publicación del IEP de la obra titulada Perros y promos: memoria, violencia y afecto en el Perú posconflicto (2023), de Jelke Boesten y Lurgio Gavilán, viene a llenar ese vacío al recoger por vez primera testimonios directos de soldados que lucharon durante el conflicto armado interno.

6. Degregori 2013.

7. Véase, por ejemplo, Coral Cordero 1999; Del Pino 1999; Del Pino y Theidon 1999, 2019; Kirk 1997; Theidon 2009.

8. Kirk 1993.

9. Guiné 2019, Heilman 2010b, Starn y La Serna 2021, Zapata 2017.

10. Chase 2015.

11. Véanse, por ejemplo, Jelin 2003, Stern 2006, Winn et ál. 2013.

12. Smith 1988: 15.

13. Nora 1996.

14. Para una crítica de la cobertura periodística de Sendero Luminoso, véase Peralta 2000.

15. Greene 2017.

PRIMERA PARTE

1

A una nueva generación le corresponde un nuevo nombre

Víctor Polay Campos entró en la sucursal del Banco de Crédito situada en la avenida 28 de Julio, en el distrito limeño de La Victoria. En 1982, no era raro que los carteristas acecharan fuera de ese establecimiento para tironear a los clientes antes de que llegaran a la esquina. Otros tenían tácticas menos sutiles y los despojaban de sus ahorros a punta de pistola. Polay estaba haciendo un considerable retiro de dinero ese día, pero no le preocupaba que le robaran. Con casi 30 años a cuestas, se había criado en las calles del Callao y sabía defenderse. Y además llevaba un rifle semiautomático. Ese día sería él quien robaría.

Polay estaba acompañado de un estudiante de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, llamado Jorge Talledo Feria. Una vez dentro, ambos se abalanzaron sobre el guardia civil que custodiaba el banco e intentaron arrebatarle el arma. Mucho más experimentado que los dos aprendices de ladrones, el oficial se resistió y el arma se disparó. Varias balas rebotaron en el suelo; tres alcanzaron al vigilante y otra a Talledo, que cayó muerto en el acto. Solo entonces Polay pudo hacerse con el arma. De un culatazo dejó inconsciente a su oponente, se dirigió al mostrador y metió todo el dinero que pudo en las bolsas que cargaba, antes de correr hacia la calle y emprender la huida en un vehículo que lo esperaba. El Fiat verde que transportaba a Polay, sus tres cómplices y los diez millones de soles robados bajaba a toda velocidad por la calle Luis Garibaldi cuando el primer grupo de policías llegaba al lugar. Polay y sus cómplices dispararon contra los vehículos policiales y lograron desaparecer en el laberinto de avenidas, bulevares y callejones que conforman la selva de asfalto que hasta hoy es la capital del Perú.1

Polay y Talledo no eran delincuentes comunes. De hecho, no se consideraban

delincuentes en absoluto. A diferencia de otros asaltantes de bancos, que utilizaban el botín de sus atracos para llenarse los bolsillos, Polay y Talledo actuaban en nombre de una causa mucho mayor que ellos mismos. El asalto a la agencia del Banco de Crédito en La Victoria del 31 de mayo de 1982 era la primera acción armada del incipiente Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Aunque nunca fue formalmente reivindicada, constituyó el bautizo de fuego del grupo y permitió el financiamiento necesario para lanzar la lucha armada. Para Víctor Polay, el futuro líder y rostro público del MRTA, el asalto fue la culminación de años de activismo político en la izquierda peruana.

***

El historiador Mario Meza Bazán sostiene que los orígenes políticos del MRTA deben entenderse en el contexto más amplio de la historia de la izquierda peruana.2 Víctor Polay y otros fundadores del MRTA concebían su movimiento en relación directa con otras revoluciones peruanas pasadas y presentes. Sendero Luminoso era un competidor para atraer mentes y corazones, pero también un modelo de aquello que se debía evitar. El MRTA prefería fijarse en otros experimentos revolucionarios anteriores, algunos de los cuales tenían relación directa con sus fundadores: el gobierno de Velasco, la fallida guerra de guerrillas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en 1965 y los años del radicalismo aprista de la década de 1930. Pero estos esfuerzos, aunque importantes, habían fracasado, por lo que sobre todo prefería remontarse a ilustres padres de la nación, como José de San Martín y Túpac Amaru II. Esta tradición revolucionaria, junto con una cultura política vinculada a la Guerra Fría, fueron el telón de fondo del surgimiento del MRTA.

Para Víctor Polay Campos y muchos otros tupacamaristas, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) fue una incubadora para su maduración política. El padre de Polay, Víctor Polay Risco, era un conocido activista y había estado involucrado en los años más duros de la confrontación aprista con los diferentes gobiernos peruanos.3 Cuando su hijo nació en 1951, Polay Risco cumplía sentencia en la cárcel de El Frontón, en la isla San Lorenzo. Otilia, hermana mayor del líder emerretista, recordada que durante su infancia veía a su padre transitar incesantemente “entre la cárcel y la casa”.4

Polay tenía dos años cuando conoció a su progenitor. Se quedó mirando al extraño hombre de rasgos asiáticos parado frente a él y permaneció inmóvil. “Víctor”, le dijo su madre, “este es tu papá”.

La familia de Víctor Polay Risco había llegado al Perú como parte de una ola de migrantes chinos, a inicios del siglo XX. Inmigrante cantonés, Po Lay Seng no hablaba una sola palabra de español cuando empezó a trabajar como jornalero en la hacienda Cajacay, en Áncash. Para evitar ser deportado, se casó con una peruana llamada Clemencia Risco, quien dio a luz a su hijo en 1904. Lo llamaron Víctor Polay Risco, castellanizando el nombre del padre, y así lo bautizaron meses más tarde.5 Aunque era el vivo retrato de su padre chino, Polay Risco se asimiló rápidamente. Era un hombre político por naturaleza y se unió al naciente partido aprista en la década de 1930. Pronto se ganó la reputación de líder apasionado y carismático. Poco después se casó con Otilia Campos, también aprista, proveniente de Cusco.

Otilia Campos crio a sus cuatro hijos prácticamente sola. “Mi madre era el ancla del hogar”, escribió más tarde Polay.6 Ella sola manejaba el negocio de la familia, una ferretería. Cuando llegaba a casa al mediodía y en las noches después del trabajo, preparaba la comida para sus cuatro hijos y se ocupaba de las tareas domésticas, antes de acostar a los pequeños. Víctor la mantenía despierta a todas horas, ya que había desarrollado un asma crónica debido a la humedad del Callao. Muchas noches se sentaba junto a la cama del niño, que resollaba constantemente, y le frotaba con Vick VapoRub en el pecho hasta que se dormía.7 Otilia Campos también se encargó de que los niños siguieran estudiando y fue ella quien enseñó a leer al pequeño Víctor. Cuando su hijo mayor se portaba mal, le pellizcaba la oreja y lo obligaba a corregirse. No pegaba a sus hijos, sino que prefería darles la espalda hasta que reflexionaban sobre lo que habían hecho.

A pesar de criar a sus hijos sola, Otilia Campos hizo todo lo que pudo por mantener vivo el recuerdo del padre ausente. Cuando Víctor tenía unos ocho años, el conocido pintor Macedonio de la Torre, primo del fundador del APRA, retrató a Polay Risco como recompensa por sus servicios al partido. Otilia Campos deseaba el cuadro, para que sus hijos pudieran ver el rostro su padre. Sin embargo, cuando fue a pedírselo, se enteró de que De la Torre ya lo había vendido a un rico terrateniente arequipeño. Resuelta, tomó un autobús que la llevó durante trece horas a través de la árida costa y la zigzagueante cordillera hasta la casa del comprador, donde le contó la absurda historia de que Polay

Risco había muerto luchando con Fidel Castro en la Revolución cubana. Con lágrimas en los ojos, dijo que ese retrato era el único recuerdo que le quedaba de su difunto esposo. El terrateniente no pudo evitar compadecerse e insistió en que Otilia se llevase el cuadro sin pagar por él.

Aunque durante mucho tiempo estuvieron separados, también había temporadas en las que Polay Risco estaba en casa. Para recuperar el tiempo perdido llevaba a sus cuatro hijos, dos niños y dos niñas, al Teatro Badell, por entonces el cine más lujoso y vanguardista del Callao. Víctor y sus hermanos se maravillaban ante los enormes paneles de vidrio en el vestíbulo del cine, que les hacían sentir como si estuvieran en Hollywood. Tras la sesión, Polay Risco llevaba a sus hijos a la cafetería del cine para comer un sándwich o, si habían sido especialmente buenos, un helado o una tajada de torta de limón. Esos días eran la felicidad total para el joven Víctor, quien siempre tendría debilidad por los dulces.

La política consumía la mayor parte del tiempo de Polay Risco. Se esforzaba por adoctrinar a sus hijos para convertirlos en pequeños radicales. “Fue él quien me enseñó palabras como imperialismo, reforma agraria, nacionalización, dictadura, democracia e industrialización”, escribiría Polay.8 Tras recuperar la legalidad en 1956, el APRA estableció su sede en el centro de Lima. Polay Risco a menudo llevaba a sus hijos a las reuniones políticas. Cada 21 de febrero, la víspera del cumpleaños de Víctor Raúl Haya de la Torre, se organizaba un discurso del líder. El joven Polay pasaba toda la tarde escuchando los largos y apasionados sermones de Haya, y cuando terminaba hacía cola con otros jóvenes militantes y esperaba su turno para estrecharle la mano. A la medianoche, los niños corrían a la avenida Alfonso Ugarte y lanzaban petardos para celebrar la efeméride.9

La casa de la familia Polay en el Callao era un centro de actividad política, siempre envuelta en el secreto. “Desde que tengo memoria”, señala en sus memorias el líder emerretista, “recuerdo que siempre veía a mis progenitores en una actitud misteriosa”.10 Recibían a las visitas en voz baja y con extrañas contraseñas, como si esperaran ser detenidos en cualquier momento. Siendo todavía un niño, Polay observaba cómo su padre guardaba documentos políticos con sumo secreto. El curioso niño asmático esperaba hasta que no hubiese nadie para extraerlos y analizarlos, sin poder descifrar nunca su significado. Al finalizar la comida en la mesa familiar, los adultos solían relajarse. Se formaba un corrillo y empezaban a “frontonearse”, es decir, a compartir historias sobre el tiempo que habían pasado tras las rejas en El Frontón y en otras prisiones.11

El pequeño Víctor y sus hermanos escuchaban embelesados esos relatos de solidaridad, experiencias cercanas a la muerte e intentos de evasión. Estaba El Invisible, un preso de El Sexto que, mientras se repintaban las paredes, cogió uno de los gorros, pinceles y botes de pintura abandonados por los trabajadores, se salpicó de pintura la ropa y salió por la puerta principal como si fuera un pintor más contratado para hacer el trabajo. También estaba la historia de los reclusos de El Frontón que habían tratado de llegar a nado a la costa desde la isla, solo para morir ahogados en las heladas aguas del Pacífico. Víctor y sus hermanos se sabían estas historias palabra por palabra, pero nunca se cansaban de escucharlas. Para Víctor, eran verdaderas historias de aventura, heroísmo y convicción política que rivalizaban con cualquier narración de Dumas o Cervantes.

Víctor Polay también leyó su cuota de literatura. Desde muy pequeño, su padre le infundió el amor por la lectura. A menudo llegaba a casa con un fardo de libros que Víctor y sus hijos devoraban. La lectura diaria incluía periódicos tanto del APRA (La Tribuna) como de la derecha (El Comercio y La Prensa).12 Mientras otras familias iban a misa o leían la Biblia, los Polay Campos pasaban las tardes de domingo sentados alrededor de la mesa familiar, leyendo títulos clásicos de literatura y pensamiento político. Después de recoger los platos, Polay Risco decía a su familia: “Cada uno, elija un poema”. Los cuatro niños revolvían los estantes de lo que les parecía la mayor biblioteca del mundo, seleccionaban sus poemas favoritos y los leían en voz alta. Polay adoraba a Pablo Neruda. En cuanto a novelas, se inclinaba por los clásicos latinoamericanos, prefiriendo la crudeza de Mario Vargas Llosa al realismo mágico de Gabriel García Márquez.13

Polay Risco y Otilia Campos sabían que la clave del éxito consistía en una buena educación. Gastaron buena parte de las ganancias de la ferretería en matricular a su hijo mayor en el colegio San Antonio, regentado por curas marianistas. Polay Campos sobresalió en la escuela, ganándose la admiración y el respeto de sus maestros. El sentimiento era recíproco, y el futuro dirigente del MRTA llegó incluso a pensar en convertirse en sacerdote. “Lo que más me atraía eran las llamadas misiones que iban a evangelizar a la selva o a lugares aún más lejanos, como África o Asia”.14 Los religiosos del colegio lo alentaron y lo invitaron a convertirse en monaguillo de la iglesia. Cuando Otilia Campos se enteró, montó en furia. “¡No he criado a mi hijo para ser cura!”, regañó a Polay.

Tras este incidente, Otilia sacó a Polay del colegio católico y lo matriculó en el

Dos de Mayo, la escuela pública secundaria más grande del Callao. Allí Polay se unió al grupo local de niños exploradores, donde se ganó una reputación de líder y modelo a seguir, hasta ascender a la posición de jefe de brigada. El adolescente pasaba sus sábados haciendo campamentos y ayudando a la comunidad con los exploradores más jóvenes. Tantas actividades traían consecuencias para sus pulmones, y a menudo pasaba el domingo en la cama. El descanso no le molestaba demasiado, ya que así se libraba de tener que trabajar en la ferretería de la familia.15 Los muchachos exploradores eran como un grupo de hermanos. Durante los veranos, caminaban hasta la playa, recogiendo desechos y chucherías que encontraban. Al caer la noche, se sentaban alrededor de una fogata, con la brisa salada cosquilleando en sus orejas adormecidas por el frío, y se turnaban para anunciar a qué defecto querían renunciar ese verano, mientras arrojaban a las llamas lo que habían recogido por el camino, como símbolo de las debilidades que se convertían en cenizas. A continuación, Polay lideraba a los exploradores más jóvenes y todos entonaban himnos mientras se apretujaban alrededor del fuego.16

Tras terminar la secundaria algo antes de lo habitual, Polay ingresó a la Universidad Nacional Técnica del Callao. Como tenía el carisma de su padre y las agallas de su madre, impresionó a los dirigentes del APRA. Pronto ingresó al Comando Universitario, grupo seleccionado de jóvenes líderes de toda la capital, y fue elegido secretario general de la Facultad de Ingeniería Mecánica. Su hermana Otilia recordaba que Víctor se había ganado la reputación de ser “el engreído de Víctor Raúl”.17 Sin embargo, Polay enfrentaba una tenaz competencia para ese puesto. Uno de sus rivales era Alan García Pérez, por entonces un apuesto joven con 1,93 metros de altura y un don natural para la oratoria. Haya de la Torre parecía estar preparando a ambos jóvenes, así como a algunos otros, para liderar el partido. En 1969 propuso a Polay y García para formar parte del Buró Nacional de Conjunciones del APRA, un grupo de élite encargado de viajar por el país para establecer contacto con las bases del partido. El Buró reportaba directamente al propio Haya de la Torre y sus integrantes se reunían con frecuencia para informar al líder sobre lo que veían en sus viajes.18

***

La década de 1960 fue un periodo turbulento en todo el mundo. La guerra de Vietnam y la Revolución Cultural de Mao en China alentaron las esperanzas de un futuro más allá del imperialismo y el capitalismo. Más cerca del Perú, el triunfo de la Revolución cubana, que en 1959 había conseguido deponer a Fulgencio Batista, parecía ser un ejemplo para otros latinoamericanos que vivían en condiciones similares. El Che Guevara se había convertido en símbolo internacional de la rebelión. Su fama se incrementó aún más tras su ejecución en octubre de 1967, mientras trataba de iniciar la revolución en Bolivia. En Nicaragua, el Frente Sandinista de Liberación Nacional estaba en auge. Algunos de los fundadores del MRTA viajaron a Cuba y Nicaragua, y concibieron su movimiento en diálogo con estas experiencias previas latinoamericanas. Más aún, se inspiraron en la teoría de los focos guerrilleros y la guerra de guerrillas del Che Guevara, que planteaba la hipótesis de que una pequeña vanguardia de guerrilleros podía desencadenar un proceso revolucionario, incluso cuando no existieran condiciones revolucionarias en el sentido marxista clásico.19

El Perú había tenido su propio experimento revolucionario tras el golpe de Estado de Juan Velasco Alvarado. A diferencia de la mayoría de las dictaduras militares latinoamericanas, Velasco se inclinó hacia la izquierda, llevó a cabo la mayor reforma agraria en la historia del país y proclamó su propia fe revolucionaria.20 Algunos de los futuros emerretistas abrazaron este programa de reformas sociales verticales y se integraron al entramado velasquista para apoyar su implementación. Otros, como Víctor Polay, se oponían con vehemencia a cualquier dictadura militar, por muy progresista que fuera. Polay y otros miembros de la juventud aprista salieron a las calles a fines de 1969 para protestar contra lo que consideraban una orientación imperialista de la Junta Militar. En una de las marchas los apristas se liaron a golpes con los comunistas y Polay fue arrestado. Fue el primero de sus muchos encuentros con las fuerzas del orden. Afortunadamente, su madre intervino y consiguió que lo soltaran.21

Este choque con la ley no asustó a Polay. Tres años después, volvió a ser arrestado cuando participaba en otra protesta contra el gobierno en la Universidad Nacional Agraria de La Molina. Esta vez, ninguna maniobra pudo liberarlo. Según Polay, sus captores lo torturaron antes de encerrarlo, junto con sus compañeros de protesta, en el penal de Lurigancho. Allí, Polay conoció a un grupo de trotskistas que una década antes había librado una breve y desastrosa insurgencia en la sierra de Jauja. Las conversaciones con hombres como Jacinto Rentería y Carlos Cerdeña le convencieron de que la lucha armada, incluso si no conseguía triunfar, podía ser un impulso para el cambio político.22

La creciente agitación política preocupaba a la madre de Polay. Otilia Campos siempre había creído en el potencial de su hijo como líder político. Incluso pensaba que algún día podía llegar a ser presidente del Perú. Pero no quería que se dedicara a la militancia política activa. En el contexto de aquellos años, era demasiado peligroso. “No quiero que termines como tu padre”, le dijo.23 Y sin darle la posibilidad de elegir, lo envió a Europa. Pasar un tiempo en el extranjero le caería bien, pensó, al menos hasta que el entorno político se calmase en el Perú.

Polay llegó a España en 1972. Estudió sociología en la Universidad Complutense de Madrid y siguió apoyando ideas políticas de izquierda. Para ese entonces, el movimiento clandestino contra el dictador Francisco Franco había alcanzado nuevas dimensiones, en parte debido a la debilitada salud del Generalísimo. El joven peruano se unió a grupos clandestinos y tomó parte en “mítines relámpago” en barrios obreros, como Vallecas y Cuatro Caminos, donde los participantes huían en todas direcciones cuando llegaba la policía.24

En Madrid, Polay se alojó con Alan García, con quien ya había trabajado en el Comando Universitario Aprista. Nunca habían sido demasiado cercanos, pero descubrieron que su pasado los unía; decidieron mudarse juntos y se hicieron amigos. Cuando la universidad entró en receso por el verano boreal, viajaron como mochileros a lo largo de Europa, buscando trabajos ocasionales para mantenerse durante las vacaciones. Formaban una pareja dispareja: García, el larguirucho citadino de atractiva mirada, y Polay, el perseverante niño explorador que había heredado los ojos rasgados de su padre. En Suiza, García llamaba la atención mientras trataban de convencer a alguien para que les diera un aventón. La imagen del desgarbado peruano parado al lado del camino con una maleta con cuyo contenido se hubiese podido vestir a un pequeño ejército, era suficiente para desalentar incluso al automovilista más compasivo. Finalmente, tras intentarlo durante largo rato, Polay convenció a su compañero para que se escondiese, junto con su abultado equipaje, mientras él conseguía que algún auto parara. El plan funcionó y, tras asegurar la travesía, Polay hizo señas a su amigo para que dejase su escondite y subiese al vehículo con su enorme maleta.

Al llegar a Ginebra, los dos jóvenes encontraron trabajo en una empresa de construcción. García vaciaba cemento en un cilindro, mientras Polay lo bombeaba desde abajo. Polay disfrutó de esta época en Suiza con García. Durante sus llamadas a casa, se deshacía en alabanzas sobre el rico chocolate

suizo, al que describía como “el mejor del mundo”.25

Cuando terminó el verano, los dos jóvenes se separaron. García volvió a España para culminar sus estudios antes de regresar al Perú. Siguió ascendiendo en las filas del APRA, mientras el partido consolidaba su poder y prestigio en la esfera política. Polay se fue a París, donde se rodeó de otros radicales y se sumergió más aún en las ideas políticas de izquierda. En menos de quince años, los dos amigos se convertirían en mortales enemigos: García sería el primer presidente aprista del Perú y Polay lideraría un grupo armado dispuesto a luchar a muerte contra su gobierno.

***

En París, Polay cortó por completo sus lazos con el APRA. Tenía muy poco dinero, ya que había gastado gran parte de sus ganancias del verano. Para ahorrar, saltaba los torniquetes del metro y evitaba pagar el pasaje. “Me sorprende que aquí no lo haga más gente”, le dijo a su hermana sobre esta práctica.26 Fue en la capital francesa donde completó su radicalización. París era una meca del radicalismo que atraía a activistas de todo el mundo. Muchos prominentes izquierdistas peruanos también habían encontrado un hogar en Francia, y Polay se unió a ellos en grupos de estudios marxistas. Ya había empezado a leer las obras de grandes pensadores socialistas, como Marx, Lenin, Trotski, el Che Guevara y José Carlos Mariátegui. Estas obras resonaban en él de un modo que los escritos apristas nunca lo habían hecho. Fue entonces cuando se asoció con militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

El MIR era uno de los muchos partidos radicales de izquierda que maduraron en América Latina tras el triunfo de la Revolución cubana. Países como Chile y Venezuela también formarían sus propios MIR, cada uno de ellos con sus particulares puntos de convergencia y divergencia en relación con el partido peruano. Varios de los miembros fundadores del MIR peruano, incluyendo a Luis de la Puente Uceda y Héctor Cordero, se habían fogueado en sus épocas de apristas radicales durante la década de 1950 e inicios de 1960. Descontentos con el giro táctico del partido hacia el centro, constituyeron el MIR en 1962 y dos años después concluyeron que existían las condiciones para una insurgencia

guerrillera.27 Su decisión no era en absoluto extraña, ya que durante ese periodo una serie de grupos de izquierda en toda América Latina, desde las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) hasta el Ejército Guerrillero del Pueblo en Argentina, tomaron la misma decisión.

Los miristas peruanos iniciaron su lucha armada en 1965.28 Siguiendo la teoría del foco guerrillero del Che Guevara, De la Puente dirigió la insurgencia desde la selva de Cusco, pero no consiguió el suficiente apoyo civil ni obtuvo ninguna victoria militar significativa. El 23 de octubre encontró la muerte en un enfrentamiento.29 Tras el fallecimiento de su líder, la insurrección perdió impulso y fue rápidamente aplastada. Luego de su derrota militar, el MIR se escindió en varias facciones, con posturas diferentes hacia la lucha armada. Más tarde, algunos de los mismos miristas que habían tomado las armas con De la Puente se unirían al núcleo de radicales que formaron el MRTA.

Pese a su admiración por Haya de la Torre, Polay se sentía más inspirado por los miristas. Quería ser un revolucionario, algo que el partido de sus padres simplemente no podía respaldar.30 Cuando su hijo le dio la noticia durante una visita en París en 1975, Otilia Campos quedó devastada. Regresó a su casa en el Callao y se sentó con su esposo en el sillón de la sala para contarle las malas noticias. Tomados de la mano, lloraron.31 Habían abrigado grandes esperanzas para su hijo mayor. Creían que él, y no Alan García, sería el primer presidente aprista del Perú. Ahora debían aceptar que pasaría el resto de su vida escondiéndose o huyendo. Si tenía suerte, podría envejecer tras las rejas; si no la tenía, moriría joven.

Polay aceptó el desafío. Ya no podía contar con el apoyo financiero de sus padres y mucho menos mantener contacto con ellos. También debía abandonar su amistad con otros apristas, como Alan García, quienes nunca se asociarían con un radical como él. En 1975 se vio solo, sin amigos, sin familia y sin un lugar al que llamar hogar. “Tuve que empezar de cero”.32

***

Tras la destitución de Velasco en 1975, la Junta Militar dio un giro hacia la derecha. El general Francisco Morales Bermúdez asumió la presidencia,

desmanteló la mayoría de las reformas progresistas iniciadas por su predecesor y dio inicio a un periodo de creciente represión contra cualquier sombra de oposición. Fue entonces cuando Polay se unió al MIR y regresó al Perú, decidido a derrocar la dictadura. De vuelta en Lima, ayudó a establecer “brigadas de autodefensa”, grupos armados de militantes dedicados a defender a los trabajadores y a los habitantes de las barriadas contra las fuerzas de seguridad estatales.33 Tres años más tarde, se sumó a la Unidad Democrática Popular, facción militante del MIR decidida a emplear cualquier medio, desde actuaciones legales hasta acciones armadas, para forzar un cambio radical.34 Para entonces, el clima político en el Perú se había vuelto tan polarizado que los militares no tenían más opción que dejar el poder. La Junta Militar anunció el retorno de las elecciones democráticas y la convocatoria a una Asamblea Constituyente. En mayo de 1980, el Perú celebró sus primeras elecciones libres tras un periodo de doce años.

Muchos peruanos consideraron la transición como una victoria de la izquierda. Gracias a su incansable activismo frente a la dictadura, este sector se había ganado un lugar en la mesa de negociaciones. Incluso el Partido Comunista del Perú consiguió llevar a algunos de sus candidatos al Congreso. Aprovechando este impulso, un grupo diverso de académicos, activistas y políticos formaron Izquierda Unida, una amplia coalición diseñada para sumar las energías de los múltiples grupos izquierdistas que había en el país.35 Otros sectores, en cambio, recibieron la transición democrática con escepticismo o abierta hostilidad. Muchos miristas la tomaban con recelo. Aunque creían que las elecciones eran un paso positivo, insistían en la importancia de movilizar a los obreros, los campesinos y los pobladores de las barriadas, mientras continuaban con los preparativos para una insurrección armada.

El más radical de los opositores a la transición era Sendero Luminoso, el grupo maoísta que en 1980 declaró la guerra al Estado y se lanzó a la conquista del poder por la vía armada. Los senderistas comenzaron con operaciones poco llamativas, quemando edificios municipales en comunidades remotas de la sierra, lanzando cócteles molotov contra edificios gubernamentales en Lima y atacando ocasionalmente puestos de la Guardia Civil mal vigilados.36 En algunos casos se ganaron la simpatía de la población rural mediante “juicios populares” contra los supuestos enemigos del partido: campesinos que habían cometido faltas como el adulterio o el robo de ganado, terratenientes y funcionarios municipales abusivos. Los senderistas llevaban a los acusados a la plaza del pueblo y pedían a los habitantes que decidieran su destino. Durante los

primeros meses de la insurgencia, los acusados podían sufrir una flagelación o ser exhibidos desnudos sobre un burro, antes de ser amonestados para que no repitieran la supuesta ofensa. En algunos casos se les expulsaba del pueblo.37 Estas primeras acciones le valieron a Sendero Luminoso un cierto apoyo en los Andes y en los círculos urbanos de izquierda.

Sin embargo, a medida que la guerra avanzaba, las creencias y prácticas más extremas del partido salieron a la luz, haciendo dudar incluso a sus propios simpatizantes. En diciembre de 1980, Lima amaneció con perros colgados en farolas, con carteles que denunciaban al líder chino Deng Xiaoping como "Hijo de perra". Era una referencia a los "perros rastreros", un término popularizado por Mao para referirse a personas sin principios que se venden al imperialismo, como perros que siguen ciegamente a quienes les ofrecen comida. Pero, si la matanza gustó a los maoístas de línea dura, el hecho macabro pasó desapercibido para la mayoría de peruanos. Sendero Luminoso también comenzó a intensificar la violencia contra los civiles. En la víspera de Navidad de 1980, varios militantes mataron a un propietario llamado Benigno Medina en las alturas de Pujas (Vilcashuamán, Ayacucho). A partir de ese momento, los "juicios populares" se hicieron más violentos y comenzaron a incluir la muerte de los acusados.38

La escalada de violencia de Sendero Luminoso, junto con su postura inflexible frente a las prácticas culturales, políticas y económicas de los indígenas, condujeron a una ruptura con el campesinado. A principios de 1983, en las comunidades andinas comenzaron a formarse rondas para expulsar a los senderistas.39 Este rechazo por parte de la misma población que pretendían liberar provocó una reacción extrema por el lado de los insurgentes. Los senderistas comenzaron a masacrar a los lugareños de las localidades refractarias y, en general, a cualquier campesino que se interpusiera en su camino.40

Los miembros de Sendero Luminoso creían que estas acciones estaban justificadas. Para Abimael Guzmán, los campesinos de las rondas no eran civiles, sino "mesnadas" que se habían unido a la contrainsurgencia. Pocos fuera del partido compartían esta lógica, y muchos aspirantes a senderistas consideraban que la campaña contra el campesinado estaba fuera de lugar. Esto, unido a las exigencias de Guzmán de una sumisión total de sus seguidores y a su falta de voluntad para comprometerse incluso con otros izquierdistas o miembros de su propio partido, llevó a muchos jóvenes revolucionarios a seguir un camino diferente.41

Víctor Polay esperaba formar parte de esta vía insurgente alternativa. En julio de 1980, apenas dos meses después del inicio de las acciones de Sendero Luminoso, se unió a sendas facciones del MIR (MIR-El Militante) y del Partido Socialista Revolucionario (Partido Socialista Peruano-Marxista Leninista) en una Conferencia Unitaria. La idea era dejar de lado las diferencias ideológicas y las luchas internas el tiempo suficiente para emprender una revolución armada. Los participantes de la reunión sabían que tenían que actuar con rapidez si querían tener alguna posibilidad de competir con Sendero Luminoso. Durante los dos años siguientes, este pequeño grupo de dirigentes, encabezado por Luis Varese, Carlos Urrutia y Hugo Avellaneda, continuó esforzándose por movilizar a sus bases, al tiempo que buscaba crear las condiciones para lanzar un partido revolucionario de vanguardia. A principios de 1982, decidieron que, como diría más tarde Polay, "De nada valía teorizar si no se confrontaba con el único criterio de verdad, que es la práctica".42 Había llegado la hora de la revolución.

Esa no era una decisión nueva en América Latina. Las dos décadas anteriores habían sido testigo de un aumento sin precedentes de los partidos armados en toda la región. En los países del Cono Sur, fundamentalmente urbanos, las guerrillas habían desarrollado una estrategia alternativa a la teoría del foco rural del Che Guevara. La insurgencia urbana incluía atentados con bomba, secuestros y tiroteos realizados por hombres vestidos de civil, tácticas que se convirtieron en parte de la caja de herramientas habitual de la Guerra Fría en América Latina.43 Siguiendo este modelo, el MRTA hizo de Lima el primer escenario de sus acciones. Para ello, los tupacamaristas contaron con el apoyo directo de miristas chilenos y tupamaros uruguayos.

El 1 de marzo de 1982, los aspirantes a revolucionarios se reunieron para diseñar un plan de acción y decidir el nombre de la nueva agrupación. Como Polay y otros dirigentes procedían del MIR, creían que este nombre debía prevalecer. Después de todo, era la denominación de los guerrilleros que se habían alzado en 1965, en cuyo nombre luchaban. También era el nombre de sus colegas chilenos, con los que compartían afinidad política. Como era de esperar, los miembros del Partido Socialista Revolucionario rechazaron la idea, señalando que ese nombre relegaba a su partido a un estatus secundario. Durante el debate, un activista campesino llamado Miguel Meza tomó la palabra. Abogó por cortar el cordón umbilical metafórico de la vieja generación del MIR. "Si realmente vamos a ser consecuentes con lo que decimos", dijo Meza, "si es que efectivamente vamos a dar un salto a la lucha armada, entonces a una nueva generación le corresponde un nuevo nombre. Yo opino por la propuesta de llamarnos Movimiento

Revolucionario Túpac Amaru”.44

Pocos podían discutir esa lógica. Dar a su movimiento el nombre del líder de una rebelión ocurrida doscientos años antes tenía mucho sentido para los emerretistas. Aunque en su mayoría eran mestizos, al invocar a Túpac Amaru podían reivindicar el rico pasado revolucionario andino del Perú. Desde su punto de vista, estaban luchando una guerra iniciada en 1780, retomada en 1821 durante las luchas de independencia, vuelta a reanudar en la efímera insurgencia del MIR de 1965, y apropiada ilegítimamente por el Estado militar en 1968.45 Esta obsesión por la memoria histórica, presente desde la primera reunión del nuevo grupo, llegaría a definir en los siguientes años tanto al proyecto emerretista como a la contrainsurgencia estatal.

De ahí en adelante, el MRTA iniciaría el planeamiento para lanzar una lucha armada. Con excepción de la acción armada contra el Banco de Crédito de La Victoria, llevada a cabo por Polay y Talledo en 1982, los preparativos eran de forma política, logística e ideológica. Los militantes de la agrupación fortalecieron sus vínculos políticos y formaron nuevas redes tanto en el Perú como en el extranjero. También empezaron el proceso de reclutamiento y de formación ideológica, y finalmente de entrenamiento. En 1984, después de dos intensos años de preparación, el MRTA estaba listo para iniciar sus acciones armadas.46

---

1. “Asaltan banco y se llevan metralleta y diez millones”, La República , 1 de junio de 1982, p. 10; CVR 2003, vol. 2, p. 385.

2. Meza 2012: 15-16.

3. Véase García-Bryce 2018, Klarén 2016.

4. Entrevista con Otilia Polay Campos, Miraflores, 13 de marzo de 2018.

5. Francisco Matos, “Lazos de sangre”, La República , 23 de febrero de 1997, pp. 14-15.

6. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA” , pregunta 5.

7. Entrevista con Otilia Campos. Los hechos expuestos a continuación también han sido tomados de esta fuente.

8. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA” , pregunta 5.

9. Entrevista con Otilia Campos.

10. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA ”, pregunta 4.

11. Ibíd., pregunta 5.

12. Ibíd.

13. Entrevista con Otilia Campos.

14. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA ”, pregunta 6.

15 Entrevista con Otilia Campos.

16. Entrevista con Marco Miyashiro, Miraflores, 30 de mayo de 2015; Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA ”, pregunta 8.

17. Entrevista con Otilia Campos.

18. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA ”, pregunta 15.

19. Che Guevara 2006.

20. Para más información sobre el régimen militar y sus políticas, véase Aguirre y Drinot 2018, Lowenthal 1975, Mayer 2021, McClintock 1982, McClintock y Lowenthal 1983.

21. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA ”, pregunta 16.

22. Ibíd., pregunta 17; entrevista con Otilia Campos.

23. Entrevista con Otilia Campos.

24. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA ”, pregunta 17; “Polay confiesa”, Caretas , 13 de febrero de 1989, n.° 1044, p. 80.

25. Entrevista con Otilia Campos.

26. Ibíd.

27. Meza 2012: 135.

28. Véase Lust 2013.

29. Consúltese Rénique 2006: 77-97.

30. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA ”, pregunta 16, y “Mi militancia en el MIR ”, preguntas 1 y 2.

31. Entrevista con Otilia Campos; “Polay confiesa”, Caretas , 13 de febrero de 1989, n.° 1044, p. 80.

32. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el APRA ”, pregunta 22.

33. Ibíd., sección “Mi militancia en el MIR ”, pregunta 8.

34. Ibíd., pregunta 10.

35. Véase Feinstein 2013.

36. Consúltese Gorriti 2008.

37. Véase La Serna 2012, cap. 4.

38. Starn y La Serna 2021.

39. La Serna 2012, cap. 5.

40. Starn y La Serna 2021.

41. Véase Degregori 2013.

42. Polay Campos 2020, sección “La fundación del MRTA ”, pregunta 3.

43. Marchesi 2017: 23-59.

44. MRTA 1990: 198.

45. Véase Asensio 2017, Mayer 2021, Roca-Rey 2016, Walker 2018.

46. Para un buen análisis de los preparativos políticos del MRTA antes de tomar las armas, véase Meza 2012, cap. 4.

2

90 Segundos

El cuartel de la Guardia Civil de Villa El Salvador estaba en alerta máxima desde las cuatro de la tarde del 22 de enero de 1984. A esa hora, unos asaltantes no identificados habían derribado una torre de electricidad, dejando a oscuras varias cuadras a la redonda. Anticipando un ataque nocturno, la Guardia Civil había duplicado sus fuerzas en la estación y enviado oficiales adicionales a patrullar las calles. Al caer la noche, los diez guardias de la guarnición se habían apostado en las ventanas y en la azotea. La oscuridad era total, salvo por el tenue parpadeo de las velas que habían colocado por todo el edificio.

El ataque se produjo de forma repentina. Alrededor de las diez, unos cincuenta integrantes del escuadrón Micaela Bastidas del MRTA dispararon contra la puerta principal del cuartel desde las casas y obras circundantes. Fidel Tello Leva, el cabo que vigilaba la puerta, intercambió disparos con los asaltantes durante varios minutos antes de caer herido con tres balas en el torso. Dos transeúntes, un hombre y una mujer que pasaban por allí, recibieron balas perdidas. Los asaltantes se enfrentaron a los policías durante 35 minutos antes de retirarse.1

Así terminó la primera acción armada del MRTA. Los ataques a comisarías se multiplicaron en los meses siguientes.2 Como muchos de los primeros objetivos del MRTA, las comisarías representaban algo más que un blanco militar. También eran, a los ojos de los emerretistas, emblemas del abuso del Estado contra los ciudadanos más vulnerables. Según el MRTA, la policía abusaba de las mujeres, los niños, los campesinos y los pobres urbanos en lugares como Villa El Salvador. Esto la convertía en un objetivo legítimo.3 Pero las comisarías eran solo uno de los diversos símbolos del abuso estatal. En los meses siguientes, los emerretistas también atacaron a funcionarios del gobierno, museos y el antiguo corazón inca de Cusco, en un esfuerzo por establecerse

discursivamente como los legítimos “guardianes” del Perú.

***

Si, según el MRTA, la policía abusaba físicamente de los pobres, el gobierno lo hacía económicamente. Durante los primeros meses, los emerretistas se dedicaron a atacar a los funcionarios del gobierno cuyas políticas amenazaban el sustento de las clases sociales más vulnerables del país. El ministro de Economía, Carlos Rodríguez Pastor, era uno de ellos. A pesar de haber nacido y crecido, y haber sido educado en el Perú, tenía fuertes vínculos con bancos internacionales y había pasado muchos años en Estados Unidos. Este extrañamiento le convertía en un estadounidense a los ojos de los emerretistas. De hecho, eran muchos en la izquierda quienes creían que las políticas neoliberales de Rodríguez Pastor eran un regalo para los banqueros norteamericanos que no hacían más que saquear a las clases populares.4

Estas críticas no eran del todo infundadas. Las reformas neoliberales emprendidas por el gobierno de Fernando Belaunde habían provocado un aumento de los precios de la gasolina y los alimentos, y la consiguiente devaluación del sol. En respuesta, el mayor sindicato del país anunció un paro general para el 22 de marzo de 1984. La semana previa hubo marchas y manifestaciones masivas de los sectores populares. Con la esperanza de apaciguar a sus oponentes, Rodríguez Pastor dimitió como ministro de Economía la víspera del paro. Sin embargo, el daño ya estaba hecho. La convocatoria siguió su curso y la Dirección nacional del MRTA mantuvo su propósito de golpear al ministro.5

El ataque se produjo a los pocos días. Rodríguez Pastor se encontraba en su residencia de Monterrico preparando un informe económico para su sucesor, la noche del 26 de marzo, cuando tres columnas del escuadrón Luis de la Puente Uceda del MRTA atravesaron a toda prisa el campo de golf situado junto a la casa, armadas con fusiles automáticos de alto calibre. A ochenta metros, una patrulla vigilaba la fachada de la vivienda del ministro. El sargento Carlos Sarmiento y los tenientes Pascual Reyes y John Vicuña conversaban fuera del auto de vigilancia cuando los atacantes abrieron fuego, destrozando la ventana y

golpeando la carrocería del vehículo. Los policías se pusieron a cubierto detrás de un árbol. Reyes descargó rápidamente las veinticinco balas de su ametralladora. Vicuña, armado solo con una pistola de seis disparos, hizo lo mismo. Tras disparar varias veces con su propio revólver, el sargento Sarmiento ordenó a Vicuña volver a la patrulla y pedir refuerzos. Sin munición, Vicuña se echó al piso y se arrastró hacia el carro mientras las balas silbaban a su lado. Una vez dentro del vehículo, llamó por radio, nervioso, al mando central.

“Este es el fin”, pensó. “Aquí nos matan”.

Apenas regresó a su escondite detrás del árbol, los emerretistas redirigieron su ataque hacia la residencia principal, disparando 32 veces contra la casa del exministro. Diez minutos después, los subversivos se retiraron. Sarmiento y sus hombres corrieron a la casa, donde encontraron a Rodríguez Pastor y a su familia asustados pero ilesos.6 Aun así, los emerretistas consideraron el ataque un éxito. Matar a Rodríguez Pastor no era el objetivo. Lo que querían era consolidar su imagen de protectores de los pobres peruanos. Rodríguez Pastor era, según señalaba una publicación del MRTA, un “gringo enviado por la banca internacional a administrar sus negocios en nuestro país”. Al golpear la casa, pero no al hombre que la habitaba, los emerretistas estaban poniendo sobre aviso al gobierno de Belaunde.7

***

No todas las acciones iniciales del MRTA implicaban intensos tiroteos. En varios momentos a lo largo de su historia, los tupacamaristas buscaron impactar apropiándose de aspectos clave de la mitología nacional peruana. A mediados de 1984, una columna asaltó el museo histórico de Huaura, un recinto cargado de simbolismo histórico, ya que era la casa desde la que José de San Martín había proclamado la independencia del Perú.

Los asaltantes se llevaron varios objetos, entre ellos tres de gran simbolismo: una réplica de plata del sable de San Martín, el primer escudo de la república (la Orden del Sol) y la bandera original con la cual el Libertador proclamó la independencia. Los emerretistas difundieron el éxito de su misión en un suplemento especial de Venceremos, su órgano oficial, en el que se mostraban

imágenes de media página de las reliquias. El artículo incluía una breve sinopsis histórica de la llegada del general argentino a Lima en septiembre de 1820 y la creación de la bandera un mes después. Gracias a la heroica labor de los emerretistas, estos símbolos de la liberación nacional volvían a estar donde debían: en manos del pueblo. El artículo se cerraba con un extracto de una página de la proclamación de independencia de San Martín, incluyendo el subrayado de una famosa frase del Libertador: “¡Libres o muertos, pero nunca esclavos!”.8

Los emerretistas consideraban la posesión de estos objetos como una importante victoria en su guerra simbólica contra el Estado. Con ellos en sus manos sentían que recogían, literal y metafóricamente, la bandera de los héroes de la independencia para hacer uso de ella en la que consideraban que era la segunda guerra de liberación nacional.

Los emerretistas también intentaron apropiarse del simbolismo de Cusco, ciudad que, con su rica historia precolombina y sus maravillas arqueológicas, se consideraba patrimonio nacional. La ciudad representaba la resistencia y el espíritu de rebelión indígena. Manco Inca había liderado allí la primera resistencia armada contra el dominio español a mediados del siglo XVI. Poco después, su hijo Túpac Amaru, el último Inca del Perú, lideró una rebelión contra los españoles que llevó a su decapitación en 1572 en la plaza principal.9 Doscientos años más tarde, el kuraka José Gabriel Condorcanqui asumió el nombre de Túpac Amaru II y, junto con su esposa Micaela Bastidas, lideró el levantamiento más sangriento de la historia colonial peruana. Cusco siguió siendo un hervidero de disturbios hasta bien entrado el periodo republicano. Las invasiones de tierras y los levantamientos de los campesinos cusqueños habían recibido especial atención en la década de 1960.10 Al elegir la región como base de su campaña rural, el MRTA buscaba alinearse metafóricamente con los incas y con los dos Túpac Amaru rebeldes.

Esta visión reflejaba una idea común de la peruanidad, en la que la mayoría mestiza del país reivindicaba un pasado incaico romantizado y, al mismo tiempo, ignoraba o despreciaba a los pueblos andinos y a su cultura.11 La mayoría de los mestizos limeños nunca había vivido en los Andes, ni había tenido mucho contacto con los indígenas de las tierras altas. Cuando los campesinos andinos emigraban a la costa, experimentaban una abierta discriminación por parte de sus vecinos mestizos. No es de extrañar que estas actitudes de superioridad racial se trasladaran al MRTA, una agrupación formada casi en su totalidad por mestizos

urbanos. Aun cuando trataban de remontarse a un pasado andino idealizado, los líderes emerretistas hicieron pocos esfuerzos por reclutar peruanos de esas regiones, aprender las lenguas o prácticas indígenas y mantener el apoyo del campesinado de la sierra. En lugar de invertir su tiempo en construir una relación sólida con los habitantes de la sierra e incorporarlos plenamente al movimiento, esperaban ganarse sus corazones y sus mentes mediante el simple recurso de establecer un foco guerrillero en las zonas rurales.

La tarea de establecer este foco en Cusco comenzó a finales de 1984 y recayó en el académico y escritor Luis Varese, un veterano izquierdista que había participado activamente en la revolución sandinista de los años setenta. A su regreso al Perú, se había convertido en funcionario del gobierno velasquista. Tras el golpe de Morales Bermúdez, desilusionado, abandonó las filas oficiales, se convirtió en militante del Partido Socialista Revolucionario y luego en uno de los fundadores del MRTA.12 Según la narrativa oficial del MRTA, el Comité Central encargó a Varese encontrar un lugar en Cusco donde se pudiera establecer un campamento guerrillero. La zona elegida fue Paucartambo. El transporte de las armas resultó una tarea muy difícil, pero la columna de Varese lo consiguió, e incluso estableció otros dos campamentos más en la zona. Sin embargo, las autoridades no tardaron en enterarse de la presencia de los emerretistas. Rápidamente enviaron una patrulla de la Guardia Civil que asaltó el campamento, detuvo a un guerrillero y obligó a huir a los demás.13

Víctor Polay y sus compañeros de la Dirección concluyeron que Varese había puesto en peligro no solo la operación rural, sino toda la insurgencia, al no mantener un perfil bajo. Reunidos de urgencia, degradaron a Varese al rango de combatiente de base.14 Esta era una medida políticamente consecuente para Polay. Además de enviar un mensaje sobre el destino que esperaba a cualquiera que vacilara en su compromiso con la causa revolucionaria, la medida consolidaba su poder en la estructura administrativa del MRTA. Aunque oficialmente no estaba por encima de sus compañeros en la Dirección, Polay se convirtió de esta manera en el líder de facto del grupo.

La siguiente tarea de Polay consistió en contrarrestar las consecuencias de la debacle en Cusco. Aunque la redada de la Guardia Civil solo había deparado una detención, pronto siguieron más. En diciembre, la policía capturó a otros nueve miembros de la columna, junto con un importante arsenal.15 Peor aún, nadie tenía noticias sobre el destino de los emerretistas detenidos, más allá de los informes de Inteligencia que señalaban que la organización había quedado

“significativamente” reducida.16 Incluso en la izquierda muchos estaban de acuerdo con este diagnóstico y consideraban que los emerretistas estaban acabados y que no se podrían recuperar del golpe que habían recibido. Sin embargo, aunque Polay y sus compañeros del Comité Ejecutivo reconocían que habían sufrido un “durísimo golpe”, no estaban dispuestos a reconocer la derrota.17 Por el contrario, resolvieron tomar “acciones decisivas” para forzar la mano del Estado.18 Polay sabía que necesitaban una operación lo suficientemente audaz como para captar la imaginación del pueblo peruano y enviar el mensaje de que el MRTA seguía vivo. ¿Y quién mejor para transmitir este mensaje que los propios medios de comunicación?

***

Uno de los programas de noticias más populares a finales de 1984 era 90 Segundos. Gran parte de su éxito se debía al periodismo de investigación que realizaba la reportera Vicky Peláez.19 Ella sería el objetivo.

Peláez salió de su casa de Lima la mañana del sábado 8 de diciembre para dirigirse al estudio del Canal 2 e hizo una rápida parada para recoger un pedido de perfume.20 Al salir de la peluquería, un joven con jeans, zapatillas de deporte y un polo blanco se acercó y le pidió un minuto. Cuando Peláez accedió, se acercó, le apuntó con un revólver y le susurró que mantuviera la calma y le siguiera. Presumiendo un robo, Peláez miró a sus colegas en busca de ayuda, solo para descubrir que Percy Raborg, su camarógrafo, también había sido apresado. Le rogó a su agresor que no le hiciera daño, explicándole que era una periodista con un hijo pequeño y unos ingresos modestos. El joven le explicó que era miembro del MRTA y que si ella cooperaba nadie saldría herido. Le ordenó entrar en un automóvil rojo aparcado delante de un restaurante cercano.

Raborg ya estaba en el auto, junto con otro par de emerretistas, cuando Peláez subió. Los asaltantes les entregaron periódicos y les dijeron que se ocultaran tras ellos, como si estuvieran leyendo. Con los rostros de sus víctimas tapados, se alejaron por la avenida Benavides, hacia el Paseo de la República. Al cabo de unos minutos, el carro se detuvo.

“Vicky”, dijo uno de los emerretistas, explicándole que le iba a tapar los ojos.

El sonido de su nombre la sobresaltó. Se dio cuenta de que no se trataba de un asalto casual, sino de un secuestro intencionado. Tras cubrir sus ojos y los de Raborg con cinta adhesiva, los asaltantes les ordenaron ponerse lentes oscuros para evitar sospechas. A Peláez se le llenaron los ojos de lágrimas detrás de la cinta adhesiva. Las piernas le temblaban sin control. Pensó en su hijo, que acababa de cumplir años el día anterior. ¿Lo volvería a ver?

Finalmente, el carro se detuvo y los emerretistas condujeron a Peláez y a Raborg a un piso franco, donde los esperaban varios emerretistas más. Los insurgentes quitaron la cinta adhesiva de los ojos de los cautivos. Todos estaban encapuchados y armados, y al menos uno de ellos era una mujer. Indicaron a los reporteros que tomaran asiento antes de sacar un televisor y colocarlo en el suelo.

Uno de los emerretistas les dijo que se pusieran cómodos y encendió un programa de dibujos animados.

Mientras Peláez y Raborg se sentaban frente al televisor, otro tupacamarista les entregó a cada uno un vaso de plástico con refresco. Al cabo de un rato, un hombre corpulento se acercó a Peláez. Era Néstor Cerpa.21

***

Luis Néstor Fortunato Cerpa Cartolini nació en 1953, el año del surgimiento del Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro y de la muerte de Josef Stalin. Procedía de una humilde familia trabajadora de San Cosme, un barrio de viviendas precarias situado en uno de los cerros de Lima. A mediados de los años setenta aceptó un trabajo en la fábrica textil Cromotex para pagarse la universidad, y se afilió al sindicato de trabajadores. A fines de 1978 se unió a sus compañeros de trabajo en una huelga laboral. Fue la primera experiencia real de este fornido joven de 25 años con la organización de los trabajadores. La producción se detuvo. Al borde de la quiebra, los propietarios despidieron a los trabajadores que acataban el paro y abrieron una nueva fábrica en otro lugar. Lo único que faltaba para completar el desmantelamiento era enviar las máquinas de la antigua fábrica a la nueva. Para evitarlo, Cerpa y sus compañeros del sindicato ocuparon la fábrica. El gobierno respondió enviando a la policía para desalojar el edificio

el 4 de febrero de 1979. Cuando los trabajadores se negaron a ceder, la policía abrió fuego, matando al líder sindical Hemegidio Huertas y a otras cinco personas.22 Cerpa vio morir a su amigo y mentor antes de que la policía lo detuviera junto a 43 compañeros. Poco después, fue juzgado por incitar a la revuelta y condenado a prisión en Lurigancho.23

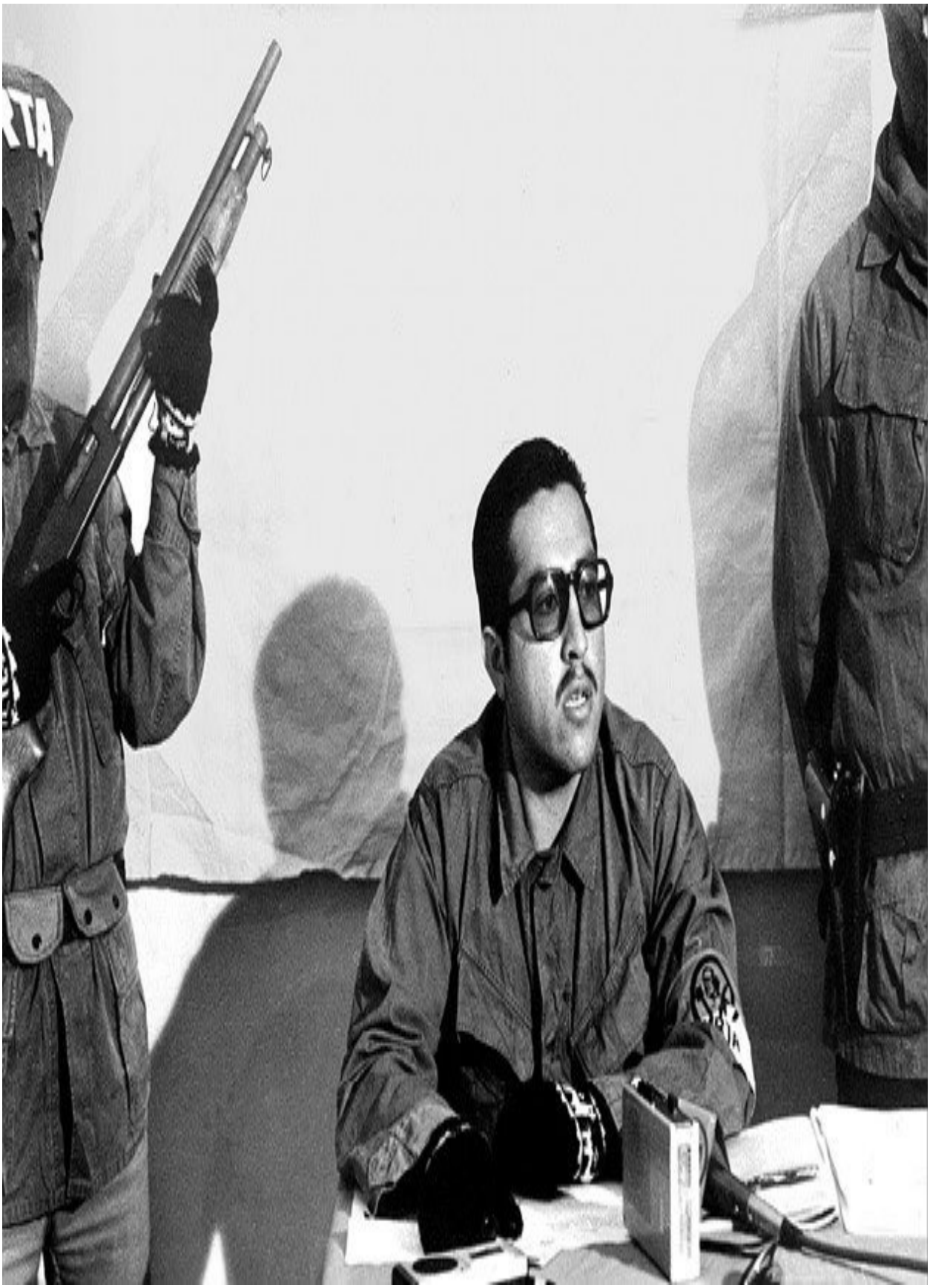

Figura 1: Néstor Cerpa Cartolini, 1985. © Caretas, foto de Carlos Saavedra.

Cuando Cerpa salió de la cárcel siete meses más tarde, empezó a buscar una forma de vengar a sus compañeros caídos. La única opción real para los aspirantes a revolucionarios en 1980 era Sendero Luminoso, el movimiento maoísta que había comenzado a actuar en la sierra de Ayacucho. Cerpa tenía varios amigos que ya se habían unido a Sendero. Pensó en hacer lo mismo, pero unos amigos chilenos que habían militado en el MIR de su país le pidieron cambiar de idea y unirse al incipiente movimiento de Víctor Polay, mucho más adecuado para un joven sindicalista como él. Cerpa siguió su consejo y se sumó al MRTA en 1984, cuando la insurgencia estaba aún en sus inicios.

En el momento en que se produjo el secuestro de Peláez, ya era el líder de la célula limeña. Se presentó desenmascarado, con el pelo engominado, barbilla recortada y lentes de sol graduadas ante la reportera de 90 Segundos. Lo que Peláez tenía que hacer, dijo Cerpa, era entrevistar a sus compañeros encapuchados y grabarlos leyendo un manifiesto dirigido al pueblo peruano. Peláez presentaría el segmento y realizaría la entrevista, y Raborg la filmaría. La grabación debía emitirse durante la programación normal de 90 Segundos.

Cerpa condujo a Raborg a una sala en la que ya se había instalado el equipo de filmación y le pidió comprobar que fuera el adecuado para filmar. Tras cuadrar los detalles, un militante encapuchado se puso delante de la cámara. Era Víctor Polay. Aunque en ese momento no reveló su identidad, actuó como portavoz del grupo, dirigiéndose a la cámara con una bolsa negra tapándole la cabeza. Mientras Raborg rodaba, Polay leyó un comunicado en el que denunciaba las torturas sufridas por sus compañeros capturados. Cuando terminó, los emerretistas enviaron la grabación a los productores del Canal 2, junto con una nota en la que explicaban que tenían a dos de sus reporteros y que su libertad dependía de que la cadena emitiera la cinta. Los productores respondieron de inmediato, prometiendo transmitir el manifiesto durante el programa.24

Los emerretistas dieron a sus cautivos pan, pollo y gaseosas, para que comieran algo mientras esperaban la emisión. Antes de comenzar el programa, el Canal 2 informó de la situación y pidió a los espectadores permanecer atentos. Sin

embargo, la grabación no llegó a emitirse por completo. Al enterarse de la existencia del video, el gobierno de Belaunde logró bloquearla, por lo que la suerte de los dos reporteros quedó en manos de Polay, Cerpa y sus compañeros.25

Tras amenazar con tomar represalias contra los periodistas, se resolvió transmitir el mensaje. Polay aceptó liberar a los secuestrados, pero después de que estos lo entrevistaran. En la entrevista que no se difundió, dado las presiones del gobierno, el encapuchado líder emerretista aclaró que su grupo era completamente independiente de Sendero Luminoso. A diferencia de los senderistas, el MRTA encajaba en la tradición revolucionaria peruana: “Nosotros consideramos que la guerrilla tupacamarista, la guerrilla en el país, no es más que la consecuencia de 400 años de lucha de nuestro pueblo contra los opresores de adentro y afuera”.26

Polay habló de la misión de los emerretistas de luchar contra el hambre y la miseria, y de su deseo de arrebatar el poder a las clases dominantes que históricamente habían oprimido al pueblo. Identificó su movimiento con los revolucionarios que habían luchado en el pasado contra la opresión española: Manco Inca, Juan Santos Atahualpa, Micaela Bastidas, Simón Bolívar y, por supuesto, Túpac Amaru. También vinculó al MRTA con insurgencias más modernas, como los levantamientos apristas de 1932 y 1948, y la campaña guerrillera del MIR.27 Tras concluir, fiel a su palabra, dejó marchar a los periodistas. Antes de que amaneciera, los emerretistas dejaron a Peláez y Raborg, sanos y salvos, cerca del Aeropuerto Internacional Jorge Chávez del Callao, donde fueron recogidos por la policía local para devolverlos a sus familias.28

***

El secuestro de Vicky Peláez enseñó a los emerretistas el papel que podían desempeñar las relaciones públicas en una insurgencia moderna. Todos los periódicos importantes cubrieron el incidente y la entrevista de Polay dominó las noticias de la televisión durante las siguientes 48 horas. Peláez concedió una entrevista tras otra, relatando su captura y, lo que era igualmente importante, su

liberación. Los periódicos se preguntaban lo que estaba en la mente de todos: ¿quiénes eran esos emerretistas y por qué luchaban? Al hacerlo, los medios pusieron al MRTA en el mapa político. Hasta entonces, la mayoría de los peruanos nunca había oído hablar de ellos; ahora se sabía quiénes eran y qué defendían. Y lo que defendían era la justicia para el pueblo peruano. “Con las masas y las armas”, decía su lema, “¡venceremos!”.

El hecho de que el MRTA tuviera armas no significaba que las utilizara siempre. El secuestro de Peláez demostró que podían captar la imaginación del público mediante acciones espectaculares que infligían un daño físico mínimo o nulo a los civiles o a las fuerzas policiales. En esta guerra moderna por el significado mismo de la peruanidad, la pluma y el lente de la cámara podían ser sus mejores armas. A partir de ese momento, el MRTA convirtió la atención de los medios de comunicación —a través de cualquier recurso necesario— en una de sus prioridades.

La atención mediática permitió a los emerretistas destacar sus diferencias con Sendero Luminoso. Mientras los senderistas se inspiraban en la China de Mao, el MRTA ofrecía un estilo de insurgencia más cercano. Los símbolos de los que se apropiaban los emerretistas los vinculaban con el panteón de héroes nacionales. Al atacar a la policía y a los funcionarios del gobierno, se presentaban como protectores de las masas peruanas oprimidas. Esta narrativa cuidadosamente elaborada daba a los aspirantes a revolucionarios un camino a seguir. Si Sendero Luminoso era violento, intransigente y de inspiración extranjera, el MRTA era humano, justo y peruano.

Al menos ese era el plan al principio. Al final de la guerra, los emerretistas sucumbirían a una campaña de coches bomba, toma de rehenes, asesinatos de civiles y guerra de guerrillas que los haría indistinguibles de Sendero Luminoso en la imaginación peruana. Por el momento, sin embargo, el mensaje del MRTA estaba dando sus frutos, y muchos jóvenes radicales que de otro modo habrían gravitado hacia los maoístas acabaron uniéndose a las filas del MRTA. Entre esos aspirantes a senderistas había una joven de Comas llamada Lucero Cumpa.

---

1. “50 terroristas atacan comisaría de Villa El Salvador y hieren policía”, La República , 23 de enero de 1984, p. 6; MRTA 1990: 43.

2. Véase, por ejemplo, Documentación de la Insurrección Peruana (en adelante DIP), grupo A, caja 1, carpeta 2, Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, “Ataque simultáneo a siete comisarías contra los excesos policiales”, Venceremos , julio de 1984, n.° 4 (colección de archivos, Davis Library, University of North Carolina, Chapel Hill), y MRTA 1990: 43.

3. DIP , “Ataque simultáneo a siete comisarías contra los excesos policiales”.

4. Roberto Mejía, “Ulloa y Rodríguez Pastor trajeron modelo antinacional y antipopular”, La República , 25 de marzo de 1984, p. 17.

5. MRTA 1990: 43; “La situación actual y las tareas en el proceso de la guerra revolucionaria del pueblo” (1984), en MRTA 1990: 58-59.

6. Humberto Castillo A., “32 balas de FAL dispararon contra la residencia de Rodríguez Pastor”, La República , 27 de marzo de 1984, p. 3; “Diez minutos duró violento ataque a residencia de Rodríguez Pastor”, La República , 28 de marzo de 1984, p. 34; MRTA 1990: 43; “La situación actual y las tareas en el proceso de la guerra revolucionaria del pueblo”, en MRTA 1990: 58-59.

7. “La situación actual y las tareas en el proceso de la guerra revolucionaria del pueblo”, en MRTA 1990: 58.

8. DIP , grupo A, caja 1, carpeta 2, Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, “La espada y la bandera de San Martín en manos del pueblo”, Venceremos , julio de 1984, n.° 4, pp. 15-18.

9. Hemmings 2000, MacQuarrie 2011.

10. Handelman 1975, Montoya 1989.

11. Véase Flores Galindo 1993.

12. “El caso Varese”, La República , 16 de noviembre de 1986, p. 21; “Cerpa Cartolini: experto en toma de locales”, Caretas , 6 de diciembre de 1996, n.° 1446.

13. MRTA 1990: 43.

14. Ibíd .

15. “ PIP captura a 9 miembros de MRTA ”, La República , 9 de diciembre de 1984, p. 12.

16. DIP , grupo A, carrete 4, caja 4, carpeta 3, “Notas policiales sobre MRTA ”.

17. MRTA 1990: 44.

18. ADP , “Manifestación de Félix Rodríguez” (s. f.), Secretaría Ejecutiva 30115, Documentos reservados, Documentos sobre personas secuestradas por el MRTA , SC010101.

19. MRTA 1990: 45.

20. ADP , “Manifestación de Virginia Peláez Ocampo” (10 de diciembre de 1984), Secretaría Ejecutiva 30115, Documentos reservados DIRCOTE , Documentos sobre personas secuestradas por el MRTA , SC010102. Los hechos expuestos a continuación también han sido tomados de esta fuente.

21. “Vuelve al país reportera de televisión que fue secuestrada por el MRTA el ‘84”, La República , 22 de enero de 1997, p. 8.

22. “Cerpa es el ‘comandante Huertas’”, La República , 22 de diciembre de 1996, p. 10.

23. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea, Chorrillos, 13 de marzo de 2018.

24. ADP , “Manifestación de Virginia Peláez Ocampo”; MRTA 1990: 45.

25. ADP , “Manifestación de Virginia Peláez Ocampo”; MRTA 1990: 45; “La entrevista de Vicky Peláez”, en MRTA 1990: 63-65.

26. “La entrevista de Vicky Peláez”, en MRTA 1990: 63-65.

27. Ibíd.

28. “Vuelve al país reportera de televisión que fue secuestrada por el MRTA el ‘84”, La República , 22 de enero de 1997, p. 8.

3

Cumpa

El ejército estadounidense armó, entrenó y apoyó a las Fuerzas Armadas latinoamericanas durante la Guerra Fría. Gran parte de las campañas de contrainsurgencia radical que los militares latinoamericanos estaban realizando a mediados de la década de 1980 se habían diseñado en Fort Bragg, Carolina del Norte, y Fort Benning, Georgia, así como en la Escuela de las Américas de la Zona del Canal de Panamá. No era raro ver personal militar estadounidense en América Latina, entrenando y trabajando junto con los personajes más despiadados de la región. Dado este alto nivel de colaboración, era lógico que los emerretistas desconfiaran de los altos mandos militares estadounidenses. Sin embargo, a mediados de la década de 1980, era otro oficial norteamericano el que parecía provocar en mayor medida la ira del MRTA : el icónico Coronel Sanders de la cadena Kentucky Fried Chicken (KFC).

Poco después de las ocho de la noche del 20 de marzo de 1985, una columna de emerretistas irrumpió en el KFC de la avenida Arequipa de Miraflores. Con sus armas en alto, los tupacamaristas ordenaron a los clientes tirarse al suelo. Tras esparcir gasolina por todo el local, mandaron a los civiles levantarse lentamente y salir sin hacer ruido. Prendieron fuego y se marcharon tan rápido como habían llegado. Cuando las llamas se extendieron, los cocineros, que se habían escondido en la cocina durante el asalto, se vieron obligados a salir a rastras por las ventanas traseras.1

El de Miraflores fue uno de los siete locales de KFC incendiados aquella noche. Estos ataques formaban parte de la primera campaña del MRTA contra símbolos del imperialismo norteamericano. Los emerretistas creían que Estados Unidos era el ejemplo más reciente de una larga historia de cuatrocientos años de colonialismo destructivo sufrido por el Perú. Primero habían sido los españoles, luego los británicos y ahora los estadounidenses. Este colonialismo era la causa

de la situación de miseria, pobreza y opresión en la que vivía el pueblo peruano. Los emerretistas consideraban al imperialismo yanqui “el enemigo principal de nuestro pueblo”.2 ¿Y quién simbolizaba mejor ese legado de imperialismo que el Coronel Sanders? Al igual que la política exterior estadounidense, KFC tenía tentáculos en más de ochenta países. El hecho de que el sobrino del presidente Belaunde fuera propietario de tres de los restaurantes atacados reforzaba la idea de que existía una alianza impropia entre el Gobierno peruano y el capital del norte.3

KFC era solo uno de los símbolos del imperialismo estadounidense que estaban en la mira de los emerretistas. El 11 de abril de 1984, después de atacar el local de la embajada de Estados Unidos, los guerrilleros se volvieron contra el Diners Club, el edificio de la ITT (International Telephone & Telegraph) y las oficinas del Citibank y Kodak. Para los atacantes, estos negocios representaban la enmarañada red de la intervención militar y económica de Estados Unidos en el Perú. “Estas acciones”, declaró el MRTA en un comunicado, “expresan el repudio de nuestro pueblo a la presencia imperialista en nuestro país, así como la repulsa a la política provocadora y guerrerista de la administración Reagan”. Para el MRTA, no bastaba con denunciarlo: consideraban que era necesario “combatir el imperialismo en la práctica, en las acciones”.4

La memoria histórica emerretista arraigaba la resistencia al imperialismo en un pasado indígena idealizado. La resistencia parece haber comenzado, según ellos, con la conquista española de 1532, cuando los extranjeros sometieron a los incas. Manco Inca había sido inicialmente un gobernante títere inca. Sin embargo, cambió su posición y, tras dirigir un asedio frustrado al Cusco español, se retiró a la selva de Vilcabamba, donde se mantuvo durante siete años antes de que un grupo de españoles de confianza le traicionaran y mataran.5 Doscientos años más tarde, Juan Santos Atahualpa llegó a las tierras bajas de Tarma y Jauja afirmando ser el descendiente de los gobernantes incas. Al frente de un ejército compuesto en su mayoría por nativos asháninkas, lideró un violento levantamiento que sacudió el orden colonial y expulsó a los misioneros y colonos españoles de la región, aunque no consiguió extenderse más allá.

Pero el más importante referente era Túpac Amaru II. Los emerretistas veían a su epónimo revolucionario no solo como heredero de esta tradición de rebelión indígena previa, sino como el precursor de la independencia latinoamericana. “Túpac Amaru”, rezaba uno de los primeros manifiestos públicos del MRTA, “fue el gran precursor que con las armas luchó por nuestra primera

independencia y que años después culminaran exitosamente Bolívar, San Martín y Martí".6 Pese a que eran en su mayoría mestizos urbanos, los emerretistas concebían su insurgencia como la última manifestación de una lucha indígena de siglos contra el colonialismo. "Nosotros entendemos que estamos luchando por una segunda y definitiva independencia", decía un encapuchado a los medios de comunicación en 1985. "Ayer fue del colonialismo español y hoy es del imperialismo norteamericano. El MRTA no es más que la continuidad de esa lucha".7 No importaba que pocos peruanos procedentes de las regiones andinas se unieran realmente a la insurgencia, y mucho menos la dirigieran. Los emerretistas mestizos no parecían ser conscientes de que su apropiación selectiva de la historia y los símbolos indígenas era en sí misma una forma de colonialismo.

Si Estados Unidos era el enemigo, desde el punto de vista de los emerretistas, cualquiera que se alineara con los norteamericanos era necesariamente antipatriota. El presidente Belaunde y su gabinete encabezaban la lista de traidores imperialistas del MRTA. Uno de los primeros manifiestos públicos, publicado en 1984, denunciaba a Belaunde por no enfrentarse a los gringos. "De rodillas aceptando los mandatos del imperialismo norteamericano, se ha humillado al país imponiendo lacayos como [Manuel] Ulloa y [Carlos] Rodríguez Pastor [como ministros de Economía]. Desde que Belaunde hubo asumido el cargo en 1980, señalaba el manifiesto, "la palabra Patria o Perú se ha vuelto una blasfemia en la boca del virrey [Belaunde] y sus visitadores [gabinete]".8

Para el MRTA, el gabinete de Belaunde era más norteamericano que peruano. Los ministros eran peruanos de nacimiento, pero, según decía Víctor Polay a los periodistas, "piensan en norteamericano, hablan en norteamericano, crían a sus hijos en los Estados Unidos, estudian en Estados Unidos, hacen su vida en Estados Unidos". Un ejemplo era el ministro de Energía, Pedro Pablo Kuczynski (PPK), quien muchos años después, en 2016, se convertiría en el presidente de mayor edad en asumir el cargo, para renunciar dos años más tarde en medio de una nube de escándalos, que involucraba acusaciones de soborno, acuerdos impropios y cobro de honorarios ilegales por asesorar a una empresa extranjera. Nada de esto habría sorprendido a Polay, quien ya en 1985 consideraba a PPK como un imperialista vendido. "Exonerando" 600 millones de dólares de "empresas imperialistas", Polay creía que el ministro había cometido "un crimen monstruoso [...] más grande que cualquier crimen que comete cualquier peruano en nuestro país porque esos 600 millones de dólares significan que muchos niños

se van a morir. Significan muchos puestos de trabajo, significan muchas viviendas y un futuro mejor en este país. [E]ntonces contra ese crimen nosotros no podemos permitir que siga masacrando a nuestro pueblo". El contraste entre el ministro de Energía y los emerretistas no podía ser mayor. A pesar de su nacionalidad y de su posición como alto funcionario del gobierno, los tupacamaristas consideraban a PPK un extranjero, mientras que ellos se autoidentificaban con "nuestro país" y "nuestro pueblo".

***

María Lucero Cumpa Miranda manejaba el carro en que se dieron a la fuga los participantes en los atentados del KFC del 20 de marzo de 1984.9 Un observador excesivamente romántico podría concluir que Cumpa estaba destinada a integrar el MRTA. Había nacido el 10 de noviembre de 1964, el mismo mes en que casi doscientos años antes Túpac Amaru II había iniciado su rebelión contra la Corona española, y crecido en una calle de Comas que llevaba el nombre del líder de la gran rebelión andina. Incluso su apellido, Cumpa, tenía resonancia con "compa", la palabra que los emerretistas utilizaban para llamarse a sí mismos.

José Cumpa Carrillo, el padre de Lucero, era médico y había ayudado a traerla al mundo al nacer. Miembro del Partido Popular Cristiano, era social y políticamente conservador. María Miranda Mercado, la madre, tenía diez años más que José y más de cuarenta cuando le dio su primer descendiente. El embarazo fue difícil y estuvo a punto de morir durante el parto. Su salud se recuperó, pero su relación con José nunca lo hizo. Los dos se separaron cuando Lucero tenía solo dos años.10

María educó a sus hijas para que fueran buenas cristianas y se preocuparan por el bienestar de los demás. "Todo lo que tenía lo compartía", recuerda Cumpa. Cuando era una niña, su madre acogía a niños sin hogar de la calle, dándoles alimento y cobijo durante el tiempo que necesitaban. Como no tenía mucho, a menudo María y sus hijas tenían que sacrificar su propia comida. "Donde hay platos para tres —decía—, hay para cuatro. Donde hay para cuatro, hay para cinco".

Cumpa no se dio cuenta de lo mal que lo pasaba su familia hasta que vio cómo vivían los demás. De niña, iba descalza a casa de su tía con Príncipe, su labrador blanco moteado, pisándole los talones. Su tía se había casado con un hombre con recursos y vivía acomodadamente. La pareja lo tenía todo: una casa, un auto grande, juguetes caros para los niños y sirvientes para atenderlos. Cumpa, que no podía permitirse ni siquiera unos zapatos, no entendía por qué algunas personas disfrutaban de ese tipo de privilegios, mientras que otras pasaban hambre. María creía que sus hijas podían mejorar sus condiciones si seguían estudiando. Para Cumpa, que asistía al colegio Jesús Nazareno de Comas, esto era algo natural: sacaba notas excelentes y rompía a llorar si su calificación no era óptima.

Su introducción a la política se produjo a una edad temprana. Durante las visitas al hogar, su padre preparaba presentaciones de diapositivas políticas con la esperanza de inclinarla hacia su ideario centrista. Cumpa, que siempre había tenido una curiosidad intelectual infatigable, escuchaba atentamente. En lugar de apresurarse a elegir un partido, como hacían algunos jóvenes, decidió aprender todo lo posible antes de tomar una decisión. A los 13 años, se trasladó con su madre y su hermana a La Victoria para vivir con sus hermanastros, quienes eran militantes de Patria Roja. Cuando no estaban, se colaba en sus habitaciones y leía sus revistas. “Yo agarraba sus revistas, no me daban. Y ellos ni se enteraban”. Otras veces, acompañaba a su hermana mayor, que tomaba clases de marxismo en la Universidad San Martín de Porres. Cuando se cambió a San Marcos, Cumpa también asistía a las clases para escuchar nuevas perspectivas.

A los 15 años, Cumpa ya se consideraba izquierdista. Leyó El origen de las especies, de Darwin, y empezó a cuestionar las convenciones religiosas de su familia. En una ocasión, trató de provocar a sus tías desafiando la historia de Adán y Eva. Según la ciencia, les dijo, todos los humanos descienden de los monos.

“¡Mari!”, gritaron las tías escandalizadas. “¿Qué cosas estás enseñando a tu hija?”.

A pesar de ser ella misma una cristiana devota, a María no parecía importarle la iconoclasia de su hija.

“Tú no vas a misa”, le dijo un día a Cumpa, “pero eres más cristiana que tus tías”.

Contar con el apoyo incondicional de su madre fue muy importante para Cumpa. Cuando solicitó el ingreso en la universidad a los 15 años, nadie en su familia pensó que tuviera posibilidades.

“No va a ingresar”, pronosticaban sus primos lo suficientemente alto como para que ella lo oyera. “¿Qué va a hacer ella?”.

Solo su madre confiaba en Lucero. María le aseguró que entraría y que quedaría en primer lugar. Y eso fue exactamente lo que ocurrió.11

Cumpa tenía 16 años cuando se matriculó en la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI), en 1981. Como muchas universidades de Lima en esa época, la UNI era un hervidero de activismo estudiantil. Cumpa empezó a explorar sus opciones para ver en qué grupo encajaba mejor. Un día, una antigua amiga de la secundaria la invitó a asistir a una charla sobre temas de la mujer en la academia César Vallejo. Cumpa aceptó, pero cuando llegó se dio cuenta de que la habían engañado para que asistiera a una reunión de Sendero Luminoso.

“Yo estoy aquí para una charla”, soltó, interrumpiendo a los oradores. “¡Esto es una reunión partidaria!”.

Se levantó y abandonó el aula. Sin embargo, compartía el anhelo de justicia social de los presentes y sus sueños de crear una sociedad mejor. Cuando Sendero Luminoso lanzó su insurgencia en 1980, Cumpa, que todavía era estudiante de secundaria, no se opuso de manera radical. “Bueno, puede ser”, reflexionaba. Incluso creía que algunos de los senderistas eran “jóvenes heroicos”.12

Pero no tardó en cambiar de opinión.

“¿Qué tenía que hacer China con la revolución peruana?”, razonó. Mejor aún: “¿Qué tenía que hacer una expresión tan macabra como es un perro muerto colgado y destripado en un poste [con la liberación del Perú]?”.13

Todo le parecía extraño y ajeno. “No miraban la realidad peruana, no asimilaban a las características de nuestra idiosincrasia, nuestra cultura, nuestras clases sociales, nuestra forma de vida”, recordaría más adelante. “[Todo con Sendero Luminoso] venía de afuera, del maoísmo o de las revoluciones [externas].14 Cumpa creía que la revolución peruana debía tener un sabor latino, como la liderada por el Che Guevara y Fidel Castro en Cuba dos décadas antes. Tenía

claro que Sendero Luminoso no era eso, por lo que decidió explorar otras opciones.

Empezó a buscar a otros estudiantes interesados como ella en un estilo de rebelión más latinoamericano, que honrara la tradición de revolucionarios como Simón Bolívar y el Che Guevara. Como muchos estudiantes de la época, Cumpa se enamoró de los Pasajes de la guerra revolucionaria del Che y de las ideas de una insurgencia guerrillera de base, y comenzó a asociarse con otros estudiantes que compartían esa convicción. Uno de ellos era Fernando Valladares. Cumpa lo había conocido en un curso preuniversitario en la academia César Vallejo en 1980, antes de entrar a la UNI. Pero solo habían hablado una vez, cuando Valladares le pidió que le prestara su ejemplar de Caballo Rojo, el suplemento del izquierdista Diario de Marka. Cumpa ni siquiera sabía su nombre, pero desde su punto de vista Valladares tenía dos cosas a su favor: era guapo y de izquierda. Sin embargo, no pudo evitar notar que siempre llevaba los mismos dos atuendos, ambos con una casaca y un pantalón.15

Cuando Cumpa entró a la UNI un año después, allí estaba Valladares, con el mismo atuendo. Sus horarios coincidían en algunas clases. Un día, Cumpa estaba enfrascada en un trabajo en clase cuando sintió un ligero toque en su hombro.

“Lucero”, preguntó Valladares, “¿me prestas tu borrador?”.

Lucero se esforzó por ocultar su sorpresa mientras se lo entregaba. “¡Sabe mi nombre!”.16

Después de eso, Cumpa pasó a la ofensiva. Se volvió cada vez más coqueta con el chico de Áncash, ciego a la moda, con la esperanza de romper su caparazón de timidez. Pero él nunca dejaba ver que estaba interesado en ella. Tras varias semanas, Lucero por fin recibió una señal. No era precisamente la insinuación más feminista del mundo —de hecho, era francamente sexista—, pero Cumpa no era exactamente una feminista. Valladares estaba sentado con un grupo de jóvenes cuando ella pasó por delante, esperando llamar su atención. Evidentemente lo hizo, porque él soltó un inesperado silbido.

“¿Quién ha hecho eso?”, ladró Cumpa, antes de que su ceño se transformara en una sonrisa. “¡Me gustaría agradecerle!”.17

El coqueteo pronto se convirtió en romance. A ello contribuyó que Valladares también estuviera empeñado en cambiar el mundo. En 1983, ambos se unieron a

la Juventud Tupacamarista, un grupo militante del MIR. Aunque casi todos eran hombres, Cumpa, la única mujer de la carrera de ingeniería química, estaba acostumbrada a estar en minoría. Más adelante diría que los hombres la trataban "casi" como a un igual. Apreciaban sus aportes y su compromiso con la causa, pero también tenían una actitud paternalista. Uno de los problemas tenía menos que ver con el comportamiento de los hombres y más con el funcionamiento del patriarcado familiar. Mientras que la mayoría de los jóvenes, e incluso los adolescentes, podían ir y venir de sus casas a su antojo, las mujeres en edad universitaria tenían que respetar estrictos horarios y comunicar a sus padres su paradero. Esta presión dificultaba la participación de mujeres como Cumpa en las actividades políticas que, por su propia naturaleza, requerían actuar con discreción.

Fue entonces cuando "entr[é] en mi crisis existencial", recuerda Cumpa. Se vio obligada a reevaluar sus prioridades. Sus calificaciones habían sufrido desde que comenzó a militar, por lo que la presión familiar era mayor. Tenía que elegir entre abandonar la causa y volver a la normalidad, o lanzarse con todo sin mirar atrás. Prefirió esto último. "Si me muero, me muero, punto", se dijo a sí misma. Lo más difícil era "romper ese lazo físico" que la unía a su familia. En su opinión, esa decisión era más difícil para las mujeres que para los hombres. "Nosotras", explica, "tenemos el sentido de dar vida, y [como militante] estás dispuesta a quitar la vida".

La "crisis existencial" de Cumpa era típica de las mujeres del MRTA. A diferencia de los hombres, tenían que lidiar con una estructura familiar patriarcal y católica que dificultaba la movilidad. Gladys, una estudiante universitaria de Lima que se unió al MRTA en 1986, se enfrentó a una situación similar. Al igual que Cumpa, siempre había cuestionado la autoridad. "Tengo un genio muy rebelde", admitió años después. "No me gusta que me estén diciendo las cosas que hacer". Esa inclinación a la rebeldía la llevó al MRTA. Empezó como militante de bajo nivel, pintando lemas en las paredes por la noche, mientras seguía asistiendo a las clases de día. Sin embargo, pronto descubrió que incluso ese nivel mínimo de actividad era insostenible debido a su agobiante vida familiar. "Tenía [citas] a las once o diez de la noche para ver a mi compañero y terminaba a las doce en mi casa, obviamente entonces mi mamá comenzó a pelearme mucho y decía que esto no era un hotel: '¡Es casa, no un hotel!'. Y me iba a dormir".18 Las cosas empeoraron cuando se involucró sentimentalmente con un militante clandestino del MRTA. "Mi madre me había metido en mi caset que el primer hombre de mi vida [con el que me acostara] tenía que ser eterno

hasta la muerte". Ahora sentía la presión de irse a vivir con él, aunque aún no estuviera preparada para convertirse en una emerretista a tiempo completo. "Esas cosas me llevaron a mí a determinar: 'Me voy, me voy'... Dejé casa. Dejé la universidad. Dejé todo. Y me fui".19 Gladys se unió a su compañero en la clandestinidad y se convirtió en una militante emerretista hasta su detención en 1990.

Lucero Cumpa siguió un camino similar. Comenzó como militante de bajo nivel en la Juventud del MIR, pintando paredes con lemas revolucionarios. VVV (Vive, Vuelve y Vencerá), usado en referencia a Túpac Amaru II, era el lema más habitual. Para entonces, el MRTA estaba en sus primeros pasos y recién emergía como un movimiento autónomo. Valladares, su compañero, se unió al grupo y rápidamente asumió un papel principal en la clandestinidad limeña, por lo que animó a Cumpa a sumarse. Cuando su madre, que hasta entonces había respetado su independencia intelectual y política, empezó a controlar sus movimientos, Cumpa hizo lo que muchas mujeres de la época se veían obligadas a hacer: mintió. Como parte de su entrenamiento, tuvo que asistir a un curso intensivo de preparación política y militar en 1984. Para salir de casa, se inventó una historia que esperaba que su madre creyera.

"Me voy a un viaje de estudios de la universidad. Regreso el domingo".

"Ya, pues", respondió María.

El curso era una combinación de formación militar e ideológica y se impartía en las afueras de Lima. Durante la primera sesión, el instructor, un mirista chileno, repartió las armas para que los alumnos aprendieran a usarlas. Era la primera vez que Cumpa tenía un arma. La sostuvo con su mano, pasó suavemente el dedo por el gatillo y...

¡Pum!

El disparo no dio al instructor por poco. No solo estuvo a punto de matarlo, sino que la detonación podría haber arruinado toda la operación. Hubiera bastado la llamada de uno de los vecinos a la policía para que todos acabaran detenidos. Como penitencia, Cumpa tuvo que hacer de centinela y leer los escritos del Che Guevara sobre la importancia de manejar correctamente las municiones.

Los aprendices de revolucionarios también se entrenaban en combates cuerpo a cuerpo. Uno de los ejercicios consistía en desarmar a sus oponentes sin derramar

sangre. Cumpa asumió el papel de oficial de policía mientras otro alumno hacía de guerrillero. Cumpa se estaba asegurando una de sus dos pistolas en la pierna, cuando el instructor se inclinó y le dijo que se la pusiera en la cintura, ya que el asaltante no se atrevería a buscarla ahí. Cumpa lo hizo y, efectivamente, el asaltante forcejeó con ella y le quitó la pistola de la pierna, pero no fue capaz de localizar la segunda arma. Estaba a punto de inmovilizar a Cumpa en el suelo cuando ella sacó la pistola de su cintura y dio la vuelta a la situación. A continuación, se repitió el combate, con los papeles cambiados. Ahora le tocaba a Cumpa ser la atacante. Rápidamente desarmó a su oponente, a pesar de que este también se había metido una de las armas en la cintura. Molesto, el camarada exigió que se repitiera el ejercicio, sin duda avergonzado por haber sido derrotado dos veces por una mujer. El instructor no quiso y le dijo al cadete que había perdido limpiamente.

Al finalizar el entrenamiento, Valladares convenció a Cumpa para que se quedara una noche más con él. Cuando volvió a casa, su madre estaba preocupada y recelosa. Había llamado a los compañeros y profesores de Cumpa, quienes le habían dicho que no sabían nada de ningún paseo. María estaba esperando en la puerta cuando Cumpa llegó con un día de retraso de lo que había dicho inicialmente.

“Tú no estabas en ningún viaje”, dijo María.

Cumpa se sinceró, provocando un escándalo familiar entre lágrimas y gritos. Sus hermanos, aunque también eran de izquierda, estaban furiosos. Culpaban a Valladares de haber adoctrinado a su hermanita.

“¡Lo voy a denunciar!”, amenazó uno de ellos, dirigiéndose hacia la puerta de la calle.

María se plantó delante, extendiendo los brazos y las piernas.

“Basta”, le ordenó. “¡No vas a denunciar a nadie! Lucero es mi hija. Si alguien tiene derecho a entregarla a la justicia, esa soy yo, ¡y no lo voy a hacer!”.20

La actitud de María puso fin a la discusión. Aunque sus hermanos siguieron vigilándola de cerca, no pudieron hacer nada para detenerla. Cumpa se vinculó de manera cada vez más activa con el MRTA.

El 23 de octubre de 1984, aniversario de la muerte de Luis de la Puente Uceda,

se unió a una concentración en la plaza Dos de Mayo de Lima. Durante el mitin, algunos manifestantes se enfrentaron a la policía, lanzando piedras. Al terminar la marcha, junto con un pequeño grupo de militantes se ofreció a pintar el lema "Con las masas y las armas" en los muros de la avenida Wilson. Estaban a mitad de la tarea cuando un compañero los alertó de que la policía se acercaba. Cumpa dejó lo que estaba haciendo y corrió, pero los oficiales la alcanzaron. Uno de ellos, todavía molesto por el enfrentamiento previo con los estudiantes, la tomó con Cumpa y sus compañeros. "El tipo era un demonio", recuerda ella. La golpeó en la cabeza y en el cuerpo con una porra, y la arrastró por el pelo hasta un camión patrulla. Mientras la trasladaban a la comisaría de Alfonso Ugarte, siguieron golpeándola sin descanso. "Yo quejándome, nada más".21

Cuando llegó a la estación, Cumpa ya podía sentir los bultos que se formaban en su cabeza; su torso empezaba a amoratarse. Como parte del entrenamiento, sabía lo que les esperaba a las mujeres emerretistas si eran capturadas, pero nada la había preparado para lo que iba a afrontar a continuación. Aquella noche, "el demonio" separó de sus compañeros a la joven de 19 años, vendada y esposada, y la violó en grupo. Según Cumpa, los policías continuaron la tortura durante toda la noche, reapareciendo de vez en cuando para intentar sacarle una confesión.22

"¡Carajo!, habla", le gritó uno de ellos, "¿con quiénes estás?". Como Cumpa no contestaba, decidió subir la apuesta. La apuntó con la pistola en la cabeza y apretó el gatillo. Se oyó un fuerte estruendo y Cumpa pensó que estaba acabada. "No sé cómo explicarte", diría a la Comisión de la Verdad unos veinte años después, "la impresión de la muerte".23

Era un juego psicológico. El oficial había cargado la pistola con balas de fogueo para intimidarla. Después, la dejó sola en la celda. Mientras yacía con los ojos vendados y atados, podía oír los sollozos de sus compañeros en las celdas cercanas. Era más de medianoche cuando los policías la trasladaron a otra comisaría. Cuando llegó, la condujeron a un vestuario y la despojaron de su ropa y de su dignidad. Seguía con los ojos tapados. Se quedó temblando, intentando contar el número de hombres en la oscuridad de la venda, mientras gotas de agua caían de una ducha sobre su cabeza. Le pareció que eran ocho.

"Te vamos a sacar la mierda", se burló uno de ellos. Cumpa tembló, preparándose para lo peor.

Después de varios minutos de tensión, una voz llamó a los policías e hizo que la escena se detuviera. Parecía ser un oficial superior. Se acercó a Cumpa.

“Vístase”, ordenó.

Cumpa se esforzó por volver a vestirse en la oscuridad. Después, el oficial la sacó del vestuario y la llevó a su despacho. La hizo sentarse y le quitó la venda. “Era un señor de edad, provinciano. No hablaba nada, pero sentía que era mi protector”. El hombre se quedó sentado, sin decir palabra. Poco después, un teniente se acercó y le dio una cachetada a Cumpa.

“¡Terruca de mierda! Ustedes no son unos parias que vienen de Ayacucho”, dijo el teniente, refiriéndose a la cuna de Sendero Luminoso. “¡Muere, carajo!”.

Antes de que el teniente pudiera continuar, sonó el teléfono. El oficial recibió instrucciones de trasladar a la sospechosa a la Dirección Contra el Terrorismo-Dircote (posterior y comúnmente conocida como la Dirección Nacional Contra el Terrorismo-Dincote). “El famoso teléfono […] fue lo que me salvó”, recordó Cumpa.24

Una vez que estuvo en custodia de la Dircote, las torturas cesaron. Afortunadamente, uno de los vecinos de Cumpa era comandante de la Policía de Investigación del Perú (PIP) y le debía la vida a su madre. Años antes, había sido uno de los jóvenes que María había acogido bajo su tutela. Gracias a su ayuda, ahora tenía un trabajo estable y un techo. Más que un vecino, era como de la familia, y consideraba a Cumpa como una sobrina. Cuando se enteró de su detención, se dirigió a la comisaría y se encaró con los oficiales.

“¡Mi sobrina es inocente!”, gritó, exigiendo verla.

Cuando por fin tuvo un momento a solas con ella, se le acercó y bajó la voz.

“Aunque te saquen la mierda: tú no dices nada. ¡Nada! ¿Entiendes?”.

La joven lo miró incrédula al verlo allí y respondió: “Ya”.

Cumpa hizo caso a su vecino y, tras casi un mes detenida, finalmente la dejaron en libertad. Fue entonces cuando decidió sincerarse con su madre. Sabía que en adelante iba a hacer cosas que era mejor que María no supiera.

“Puedo llegar a las dos de la mañana”, le dijo.

Tras este episodio, María enfermó gravemente. Sus hermanos culparon a Cumpa de la situación. Ella era la culpable del dolor y la angustia de su madre. Todo era culpa suya. Cumpa pensaba que tal vez tenían razón. Cuando María no la miraba, lloraba hasta quedarse dormida. Quería a su madre y odiaba verla sufrir. Pero también creía que estaba luchando por algo mucho más grande que su familia. Después de tres semanas de agonía, finalmente se decidió.

“Mamá”, dijo, “ya no puedo más”.

Su madre, aún postrada en la cama, se limitó a responder: “Yo sé”. Cumpa lo entendió como una bendición implícita. No debía preocuparse por ella. Debía hacer lo que tenía que hacer. “Ahí es cuando aprendí lo que es el amor”, dice Cumpa sobre ese encuentro.

Tras finalizar su formación, Cumpa dejó su casa y se involucró a tiempo completo en las actividades emerretistas. Se casó con Valladares, quien además era el líder de su célula, y participó en operaciones como el asalto al KFC. A menudo estaba a cargo de conducir el auto en el que los emerretistas huían tras cumplir su misión.25

Sin embargo, metafóricamente hablando, quienes conducían todo eran los hombres. Aunque el MRTA defendía de puertas afuera el empoderamiento y la igualdad de género, las mujeres de todos los rangos experimentaban a diario múltiples formas de paternalismo y misoginia. Los hombres ejercían un control físico y simbólico sobre sus cuerpos. No obstante, tan frecuentes como estos excesos eran los esfuerzos de las mujeres por impugnarlos, desafiarlos y romper con ellos. Para mujeres como Lucero Cumpa, las batallas diarias por la dignidad y el respeto eran tan comunes como las acciones armadas que debía emprender como militante del MRTA. Incluso después de alcanzar la dirección de una columna conformada por cuatro hombres y otra mujer, se vio obligada a ganarse el respeto de los emerretistas varones. Su primera acción como líder, en 1985, puso de manifiesto esta doble moral de género. Armados con metralletas, Cumpa y sus compañeros asaltaron el mercado de Comas, distribuyendo folletos revolucionarios y reproduciendo por los altavoces una cinta grabada con mensajes emerretistas. Sentada en el patio de la cárcel de Chorrillos, más de treinta años después, Cumpa recordaba la conmoción de su superior de célula cuando regresó de esta misión.

“¿Y? ¿Cómo te fue?”, preguntó con el tono de quien espera malas noticias.

“Bien”, respondió Cumpa.

“¿No pasó nada?”.

“Nada”, replicó una vez más Cumpa, encogiéndose de hombros.

Según Cumpa, pese a su insistencia, el mando se negó a creer que la misión hubiera concluido sin problemas. Solo cuando leyó la noticia en el periódico a la mañana siguiente acabó por reconocer el éxito. Cumpa atribuyó la falta de confianza de su líder a los prejuicios de género que muchos hombres tenían en aquella época. No la consideraba capaz liderar una columna emerretista. Sin embargo, nunca había cuestionado las informaciones positivas sobre sus compañeros varones.26

Los prejuicios de género del líder de célula también salieron a la luz en otra oportunidad, cuando, preparando una operación, entregó a un subordinado de Cumpa dos fusiles.

“¿Por qué a él dos y yo uno?”, preguntó ella.

“Porque eres mujer”, respondió el líder, alegando que Cumpa era demasiado débil para cargar dos armas.

Cumpa insistió en que se las entregara, para demostrar que era capaz de llevarlas. Solo entonces el líder cedió y entregó a Cumpa la segunda arma que antes había dado a su subordinado.27 Esta lucha constante y diaria de las mujeres emerretistas por demostrar que pertenecían al grupo, que eran tan capaces como los hombres en la batalla, se convirtió en parte de su experiencia militante. Ellas combatían por algo más que la supuesta liberación del Perú. También estaban impulsando una agenda que subvertiría el orden patriarcal. Al enfrentarse a la misoginia dentro de las filas del MRTA, buscaban transformarlo en una organización más inclusiva y equitativa.28

---

1. “Cerpa es el ‘comandante Huertas’”, La República , 22 de diciembre de 1996, p. 10; “Comando terrorista incendia tres locales del Kentucky Fried Chicken”,

La República , 21 de marzo de 1985, p. 8.

2. MRTA 1990: 83; DIP , grupo A, carrete 1, caja 1, carpeta 2, Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, “El MRTA y la situación actual (Declaración)”, agosto de 1985.

3. DIP , grupo A, carrete 1, caja 1, carpeta 2, Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, “Con las armas”, Venceremos , número y página ilegibles, 1985.

4. DIP , grupo A, carrete 4, caja 4, carpeta 3, “Notas policiales sobre MRTA Comunicado de la Dirección Nacional del MRTA ”, 11 de abril de 1985.

5. Para más información sobre esta fascinante historia de conquista y resistencia, véase MacQuarrie 2011.

6. Manifiesto del MRTA (1984), en MRTA 1990 : 51.

7. Conferencia de prensa clandestina (agosto de 1985), en MRTA 1990 : 99.

8. Manifiesto del MRTA (1984), en MRTA 1990: 51. Las siguientes citas han sido tomadas de esta misma fuente.

9. DIP , grupo A, caja 1, carpeta 2, Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, “Ataque simultáneo a siete comisarías contra los excesos policiales”, Venceremos , julio de 1984, n.° 4.

10. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

11. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

12. Archivo del Poder Judicial del Perú (en adelante APJP), Juicio contra Víctor Polay Campos y otros, exp. 01-93, Acta de la decimonovena sesión, Interrogatorio de la acusada María Lucero Cumpa Miranda, 28 de marzo de 2005.

13. APJP , Juicio contra Víctor Polay Campos y otros, Interrogatorio de Lucero Cumpa.

14. Ibíd.

15. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 18 de marzo de 2018.

16. Ibíd.

17. Ibíd.

18. Entrevista con Gladys (seudónimo), Lima, 5 de enero de 2017.

19. Ibíd.

20. Entrevistas con Lucero Cumpa, 24 de julio de 2016 y 18 de marzo de 2018.

21. CVR , Testimonio 162117233, Entrevista a Lucero Cumpa [n. d., ca. 2002], ADP .

22. Cumpa ha dado detalles de este evento traumático en CVR , Testimonio 162117233, ADP , pero he optado por no repetirlos aquí.

23. CVR , Testimonio 162117233, ADP .

24. Ibíd.

25. Entrevistas con Lucero Cumpa, 24 de julio de 2016 y 18 de marzo de 2018.

26. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

27. Ibíd.

28. Grupo focal con mujeres del MRTA , Lima, 5 de enero de 2017.

4

Asumir los símbolos

Sus instrucciones eran claras. El periodista de La República , Mario Campos, debía pararse a las nueve de la mañana del 16 de agosto de 1985 en la puerta de un café predeterminado con el último número del semanario Caretas . Campos llegó temprano para no dejar nada al azar. A la hora en punto, una joven delgada se acercó y le sonrió.

“¿Mario Campos?”. El interpelado asintió. La mujer le ordenó que actuara con naturalidad y la siguiera hasta un vehículo cercano. Una vez dentro, le entregó un par de lentes de sol negros.

“Póngase estos lentes”, le indicó, “y no suba la cara”.1

Campos obedeció. Los cristales de los lentes se habían oscurecido para que no pudiera ver nada. Cuando el auto se alejó, su instinto de reportero se puso en marcha y empezó a preguntar qué iba a pasarle. No recibió respuesta. Momentos después, el vehículo se detuvo y otros dos sujetos entraron y se sentaron a su lado.

“Son colegas suyos”, explicó la joven.

Eso tranquilizó a Campos. Más tarde, se enteraría de que sus compañeros en el viaje a ciegas eran periodistas de United Press International y Reuters. Los tres pasajeros se sentaron en silencio mientras el auto zigzagueaba por la bulliciosa ciudad. Finalmente, se detuvo y se les permitió quitarse los lentes. Mirando a su alrededor, Campos vio que estaba en un garaje, rodeado por un grupo de emerretistas armados con capuchas de color verde oliva. Bordadas en negro, justo encima de los ojos, estaban las letras MRTA. Los emerretistas condujeron a los reporteros a una sala de paredes amarillas y techo alto, y les indicaron que tomaran asiento en una fila de sillas. Campos y sus colegas esperaron durante

dos horas mientras entraban en la sala más reporteros, todos ellos cuidadosamente elegidos por los emerretistas.

De una de las paredes colgaban retratos de tres héroes revolucionarios: Ernesto "Che" Guevara, José Carlos Mariátegui y Luis de la Puente Uceda. Junto a ellos, los emerretistas habían colocado dos banderas. Una era la enseña de batalla de San Martín, robada el año anterior del museo de Huaura; la otra, una bandera roja y blanca del MRTA con la imagen de Túpac Amaru. Los emerretistas habían instalado una pequeña mesa para tres personas frente a las banderas. Allí, bajo los símbolos de las revoluciones latinoamericana y peruana, se disponían a iniciar su primera conferencia de prensa.

Era casi mediodía cuando Víctor Polay y un pequeño séquito llegaron vestidos con holgados monos verde oliva. Las esquinas puntiagudas de las bolsas plásticas que cubrían sus cabezas les daban el aspecto de Batman. Polay tomó asiento en el centro de la mesa, con dos compañeros a cada lado. Varios otros tupacamaristas encapuchados se situaron junto a la mesa; sus metralletas cruzadas sobre el pecho recordaban una banda presidencial. El hecho de que al menos uno de estos guardias fuera una mujer demuestra que los emerretistas sabían lo que querían. Deseaban mostrar al mundo que el MRTA empoderaba a las mujeres, aunque en realidad muy pocas de ellas llevaban a cabo acciones armadas en esta etapa del movimiento.2

Cuando todo estuvo listo, Polay, todavía anónimo bajo la capucha, propuso una tregua al recién elegido presidente, Alan García. El líder aprista, dijo Polay, había prometido luchar por las clases populares, contra el imperialismo y en defensa de la democracia. Estas eran las demandas de los peruanos que lo habían elegido. "Considerábamos que el APRA había triunfado producto de la voluntad del pueblo", explicaría más tarde Polay, "y nosotros, respetuosos de esa voluntad popular, que se había expresado en las urnas, declaramos esta tregua".3 Pero el líder emerretista dejó claro que no se trataba de una decisión incondicional. Si García no cumplía sus promesas de campaña, el MRTA le exigiría responsabilidades y reanudaría las acciones armadas contra el gobierno. Mientras tanto, el grupo seguiría haciendo la guerra a los actores no estatales y a los miembros de la administración anterior.4

Al negarse a desmilitarizarse por completo, los emerretistas perdieron la primera oportunidad real de poner en práctica su discurso sobre la voluntad popular. La declaración de Polay reconocía que el pueblo peruano, tras cinco años de

sangrienta guerra civil, había expresado en las elecciones su deseo de caminar hacia una democracia favorable a las clases populares y orientada a la justicia social. Sin embargo, en lugar de interpretar los resultados de las elecciones como una señal del rechazo de un pueblo cansado de la lucha armada, la Dirección del MRTA redobló su apuesta. Pese a su deseo de distinguirse de Sendero Luminoso, la decisión de no desarmarse a mediados de 1985 evidenciaba la nula voluntad del liderazgo emerretista de abrazar la vía democrática en un momento en el que la mayoría de los peruanos creía en ella.

Poco sabía el presidente recién elegido de que el hombre detrás de la máscara era su antiguo compañero. De hecho, cuando la Policía de Investigaciones informó sobre las actividades de los emerretistas al año siguiente, Polay ni siquiera figuraba como uno de los diez líderes más importantes.5 Corría el rumor de que Sendero Luminoso evitaba golpear en Arequipa por respeto al lugar de nacimiento de Abimael Guzmán. ¿Quería Polay facilitar las cosas a quien había sido su compañero de viaje durante su estancia en Europa? Probablemente no. El alto al fuego nunca pareció ser un compromiso real, sino solo una estratagema. Si realmente hubieran querido negociar una tregua, los emerretistas podrían haber entregado las armas o emitido un comunicado explícito en ese sentido. En lugar de ello, organizaron un acto de teatro político, con vericuetos, vendas en los ojos, armas y pisos francos. Fue un ejemplo de periodismo sensacionalista en su máxima expresión, pensado para trasmitir la imagen de una organización abierta al diálogo. Que se concretara o no ese diálogo era, en el mejor de los casos, una preocupación secundaria.

Los emerretistas usaban los símbolos nacionales para resaltar sus argumentos. La conferencia estaba presidida por algunos de los más valiosos emblemas de la historia revolucionaria peruana (y latinoamericana). La posición central de la bandera de San Martín buscaba un doble efecto. Por un lado, ponía en cuestión el poder del Estado. Si no podía defender su emblema más sagrado, ¿qué capacidad tenía para gobernar y proteger a la ciudadanía? Por otro, su presencia parecía legitimar la insurgencia. A diferencia de Túpac Amaru, que en última instancia había sido derrotado, la posición de San Martín en el panteón nacionalista era intachable. Cuando uno de los periodistas preguntó qué significaba para el MRTA tener tales reliquias en su poder, Polay se lanzó a una improvisada clase de historia. Para comprender la lucha del MRTA, señaló, había que considerar la tradición revolucionaria peruana, inaugurada por Túpac Amaru 200 años antes y retomada por San Martín y otros caudillos de la independencia. “Asumimos entonces”, explicó, “los símbolos, los héroes, las

tradiciones y sus mensajes [del movimiento de independencia] como parte de nuestra historia". Durante 150 años, los dirigentes peruanos habían "prostituido" la bandera, la espada y el escudo originales del país, despojándolos de su significado revolucionario. Eso había terminado. "Ha llegado la hora de que el pueblo asuma esos símbolos".6

La bandera simbolizaba la liberación nacional. Ahora el estandarte estaba en manos de una organización que también decía luchar por liberar a sus compatriotas de la opresión. Con la bandera de San Martín, los emerretistas dotaban a su insurgencia de un sentido moral e histórico. Como herederos de ese legado revolucionario, como "guardianes de etnicidad" de la nación peruana, se reservaban el derecho de castigar al gobierno de García si no cumplía sus promesas electorales.

***

Como era de esperar, el gobierno de García se negó a entablar conversaciones con los emerretistas antes de que abandonaran las armas. En cambio, hizo de la recuperación de los símbolos nacionales un objetivo primordial de su política contrainsurgente. Al día siguiente de la conferencia de prensa de Polay, Germán Ruiz Figueroa, comandante general del Ejército peruano, presidió una ceremonia militar en la plaza dedicada a San Martín. En su discurso, sostuvo que el Ejército era la única fuerza armada legítima en el Perú, ya que había sido establecido por el propio José de San Martín 164 años antes. Al igual que la Legión Peruana de la Guardia de San Martín, el Ejército contaba con "férrea cohesión y elevada moral" y estaba plenamente preparado para "asumir las responsabilidades que las circunstancias exijan". El general invitó a Anselmo Marini, embajador argentino en Lima, a decir unas palabras. Tras expresar sus más profundas condolencias por la pérdida del patrimonio nacional peruano, el embajador ofreció a Ruiz Figueroa una réplica de la espada de San Martín. El general recibió la espada con fanfarria, alzándola sobre su cabeza con ambas manos para que todos los presentes pudieran verla y fotografiarla.7 Aunque el Estado no había recuperado la réplica en plata robada por los emerretistas, la ceremonia consiguió dos cosas: puso en marcha una narrativa que competía con la ofrecida por los emerretistas, en la que el Estado, personificado por el Ejército, se

presentaba como legítimo heredero de San Martín, y neutralizó el impacto simbólico de la apropiación de la reliquia por parte de los insurgentes.

Pero todos sabían que era una victoria menor. Aunque el Estado había conseguido una réplica del exterior, la que pertenecía al patrimonio nacional seguía perdida, al igual que las demás reliquias robadas. Si el Estado realmente deseaba reclamar su legitimidad, debía recuperarlas. Cada vez que los emerretistas hacían ostentación de ellas, era un recordatorio de su victoria simbólica. Sin la bandera de San Martín, el Estado perdía el control de la narrativa histórica. Y sin ella carecía de legitimidad. Esta dinámica de apropiarse física y simbólicamente de la bandera peruana seguiría definiendo el conflicto armado durante una docena de años.

En la misma línea, los emerretistas también se esforzaban por conmemorar el 4 de noviembre, aniversario del inicio de la rebelión de Túpac Amaru de 1780. Cada año, recordaban la fecha detonando bombas, pintando consignas emerretistas y colocando su propia enseña con la imagen de Túpac Amaru en espacios públicos.8 Al estilo de otras formaciones insurgentes latinoamericanas, el MRTA tenía su propia emisora, que se llamaba precisamente Radio Cuatro de Noviembre. Alberto Aguilar era uno de los técnicos encargados de operarla. Cada día estacionaba su auto en el lugar más alto del barrio donde debía emitir y operaba un equipo compuesto por aparatos de interferencia, radio de onda corta y baterías. Disimulaba la antena de diez metros junto a un algún elemento del entorno, preparaba la cinta de casete pregrabada, la introducía en el transmisor y pulsaba “play”.9

La primera emisión de Radio Cuatro de Noviembre llegó a los peruanos a las 16:40 horas del 16 de mayo de 1986 a través de sus televisores. Ese día se cumplía un aniversario más de la ejecución de Túpac Amaru en la plaza de Armas de Cusco. Los espectadores que habían sintonizado el Canal 5 para disfrutar de un partido de fútbol entre las selecciones del Perú y Venezuela vieron cómo la imagen de sus pantallas se desvanecía lentamente, dando paso a las voces enérgicas de un hombre y una mujer jóvenes.

“¡Aquí transmite Radio Cuatro de Noviembre! ¡La voz del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru!”.

Los locutores recordaron a continuación a los oyentes la efeméride. Asumiendo la voz de lo que los emerretistas consideraban que era la verdad, la insurgencia y

la liberación, las ondas eran una nueva arma en su lucha contra las clases dominantes, el imperialismo y “este gobierno vendepatria [que] intenta acallar las aspiraciones del pueblo”. La emisión finalizó con el lema emerretista: “¡Con las masas y las armas, venceremos!”.10

Los emerretistas consideraban su radio un éxito de relaciones públicas. Una vez más, su inteligente uso de los medios de comunicación —en este caso, los suyos propios— les permitía transmitir su mensaje directamente al público. También ayudaba en su guerra simbólica, al conectar explícitamente el pasado y el presente mediante la apropiación de la fecha del 4 de noviembre. Esperaban que estas acciones legitimaran la rebelión a los ojos del pueblo y dejaran claro que se trataba de continuar con una lucha de larga data por la justicia social.

Las acciones del MRTA durante los primeros años apuntaban a transmitir este mensaje. Solo en 1985, se produjeron 18 asaltos a comerciantes locales, con robo y posterior reparto del botín en zonas urbano-marginales. “Ha llegado el momento”, decía un número de Venceremos, “en que el pueblo tome lo que le pertenece y castigue a empresas que se enriquecieron a costa de nuestro hambre”.11 Estas acciones sumaban más que las demás juntas: carros bomba, ataques a fuerzas policiales, robos de armas, etc.12 Durante los tres años siguientes, asaltaron transportes, mercados, tiendas, restaurantes, hoteles de lujo y fábricas de alimentos en las principales ciudades del Perú. En el proceso, lograron miles de kilos de pollo, leche, aceite, arroz, pan y otros productos básicos que repartieron entre los más desfavorecidos. Además de comunicar que el MRTA era capaz de recuperar para el pueblo lo que le pertenecía, estas acciones servían como un recordatorio al gobierno —especialmente al gobierno aprista— de su deber moral e ideológico de redistribuir las ganancias entre las clases populares.13

También la guerra contra los símbolos del imperialismo norteamericano continuaba. Uno de estos símbolos era la residencia del embajador de Estados Unidos, situada en el corazón de Lima, en la concurrida avenida Arequipa, entre grifos de combustible, restaurantes y parques públicos. Según recordaba el embajador Alexander Watson, el edificio emulaba las clásicas mansiones españolas de la época colonial, con lujosos balcones que sobresalían hacia la vereda. El interior era igual de sofisticado, con grandes claraboyas y un salón con enormes ventanas enmarcadas que rodeaban una imponente chimenea. La residencia estaba fortificada. Las paredes incluían una estructura interna de eslabones de acero revestida de hormigón, para evitar los efectos de los

terremotos. O de las bombas.14

Una mañana, un Toyota rojo se detuvo frente a la residencia. Un equipo de emerretistas bajó del vehículo, preparó rápidamente un mortero y apuntó a la mansión.15

El primer proyectil impactó en el tejado, abriendo un agujero y haciendo saltar fragmentos de teja que destrozaron parte del exterior. El segundo sobrevoló el edificio y quedó atrapado en la valla perimetral, sin llegar a detonar. Tampoco lo hizo el tercero, que aterrizó de lleno en la entrada. El cuarto proyectil explotó en la calle.16 Con la misma rapidez con la que habían llegado, los tupacamaristas regresaron al vehículo y se alejaron a toda velocidad. Todo el asalto se produjo en cuestión de segundos, tan rápido que el embajador Watson ni siquiera se dio cuenta de que la residencia estaba siendo atacada. La explosión había sido fuerte y había sacudido el edificio, pero detonaciones de todo tipo eran comunes en la Lima de aquellos tiempos. A Watson le parecía que casi todas las noches Sendero Luminoso hacía estallar carros bomba o volaba líneas eléctricas, sumiendo a la ciudad en la oscuridad.

“Sonó como si una bomba hubiese estallado a pocas cuadras de distancia”, recordaría Watson más tarde. Solo cuando su empleado, Alfredo, entró corriendo en la habitación, se dio cuenta de que la residencia era el objetivo.

Washington envió inmediatamente un equipo para investigar el incidente. Le informaron que los morteros eran de fabricación española, aunque tenían etiqueta portuguesa. Watson interpretó esto como la prueba de una posible conexión con La Habana. Los comunistas cubanos habían intervenido recientemente en la lucha de liberación de Angola y podían haber adquirido las armas en ese país de habla portuguesa, antes de canalizarlas hacia el MRTA. El embajador nunca llegó a confirmar esta teoría. Lo que sí sabía era que, gracias al blindaje, el atentado no tenía prácticamente ninguna posibilidad de causar un daño físico a los residentes en el edificio.17

“Yo era la persona más protegida del país”, señalaría tiempo después, presumiendo de que ni siquiera el presidente García estaba tan seguro como él.18 Tal vez exagerara, pero nadie podía negar que Watson estaba bien protegido. Además de ocupar una de las residencias más fortificadas de Lima, contaba con un equipo de seguridad de catorce hombres, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Se movilizaba en un Cadillac blindado

acompañado de una caravana de seguridad.19 Los emerretistas lo sabían, por lo que no consideraban a Watson un objetivo en sí mismo. “El MRTA probablemente no esperaba matar a nadie”, reflexiona en la actualidad, “pero querían hacer un ataque [simbólico]”.20

A diferencia de otras acciones, los ataques contra la embajada de Estados Unidos no buscaban castigar a los diplomáticos por sus supuestos crímenes. Su objetivo era sobre todo propagandístico: golpear los símbolos del imperialismo yanqui. El MRTA había condenado el bombardeo estadounidense a Libia, la guerra de la Contra en Nicaragua y la invasión de Granada.21 Al golpear la residencia, querían trasmitir un mensaje de solidaridad con las víctimas de la agresión estadounidense en todo el mundo. Aunque no produjeron heridos, ni tuvieron consecuencias militares importantes, los emerretistas consideraban que estas acciones eran éxitos políticos. Esta perspectiva explica la carta que la Dirección Nacional del MRTA había enviado al predecesor de Watson, David Jordan, tras un ataque anterior a la residencia. “Sus temores empiezan a ser realidad”, decía la misiva, que llevaba la insignia de Túpac Amaru y la letra V. “Lo que lo ha despertado abruptamente a las 5.00 AM ha sido la explosión en la puerta de su casa de 60 kilos de dinamita, que simbolizan la protesta de 20 millones de peruanos a la política terrorista y genocida de su presidente, el ‘Mata Niños’ Ronald Reagan”. El MRTA no tenía nada en contra del pueblo estadounidense, pero se oponía al imperialismo del gobierno norteamericano, cuyas intervenciones militares en Centroamérica y Libia, que habían provocado la muerte de decenas de niños inocentes, solo servían para unir a los pueblos de América Latina.22

El Departamento de Estado trataba de restar importancia a estas acciones. Tras el ataque a la residencia del embajador Watson, la secretaría de prensa de la embajada emitió un comunicado en el que explicaba que el embajador estaba disfrutando del desayuno con su esposa y su hija en el momento del asalto y que, aunque conmocionados, los tres habían salido ilesos y de buen humor. Esto no era cierto. Watson estaba solo con su hija de tres años, que acababa de meterse en la cama cuando empezó el ataque. Su esposa, que se encontraba fuera del país, regresó a Lima justo cuando el equipo de seguridad terminaba su investigación. Tras informar a la señora Watson del incidente, el joven oficial de seguridad a cargo del caso le preguntó si tenía alguna pregunta. Ella respondió que solo tenía una: “¿quién era la mujer que desayunaba con mi esposo aquella mañana?”.23

***

Los emerretistas no tardaron en llegar a la conclusión de que el nuevo gobierno también era más estadounidense que peruano. Cuando, a los pocos meses de su presidencia, Alan García incumplió la promesa de romper los lazos diplomáticos con Estados Unidos como protesta por las acciones de la Contra en Nicaragua, el MRTA lo calificó de demagogo imperialista y alabó al "heroico pueblo centroamericano" que sufría la "brutal agresión del imperialismo".24 En mayo de 1986, Venceremos publicó un artículo de portada en el que se enumeraban las múltiples infracciones que García había cometido desde que el MRTA anunciara su alto el fuego, menos de un año antes. La principal de estas transgresiones era el mantenimiento de las relaciones diplomáticas y económicas con Estados Unidos. Como prueba, el periódico publicó la fotografía de un sonriente presidente aprista estrechando la mano de "El Yanki Vice-Secretario de Estado" John C. Whitehead.25

Tres meses después, los emerretistas anunciaron el fin de la tregua en otra conferencia de prensa clandestina. De pie, frente a los mismos íconos patrióticos con los cuales había declarado el alto al fuego un año antes, Polay, aún anónimo bajo su capucha, denunció que el gobierno de García había roto sus promesas al pueblo, abandonando los principios nacionalistas y socialdemócratas con los cuales se había fundado el APRA, que habían permitido su elección.

Pero el MRTA nunca había depuesto las armas. Desde agosto de 1985 había evitado atacar los símbolos de la autoridad estatal, pero las acciones armadas contra objetivos no gubernamentales habían continuado sin descanso. Era poco probable que García aceptara cualquier cosa que no fuera un desarme total. Los líderes emerretistas seguramente lo sabían. También debían saber que ningún gobierno elegido democráticamente, por muy populista o bienintencionado que fuera, podía erradicar la pobreza, cambiar el orden capitalista y romper los lazos económicos con Estados Unidos en apenas un año. Lo más verosímil es que la tregua fuese un truco publicitario diseñado para que el MRTA pareciera más razonable y abierto al compromiso que el gobierno y Sendero Luminoso. Al plantear demandas imposibles para el gobierno aprista y negarse a detener todas las acciones militares, la Dirección emerretista probablemente sabía que la

tregua fracasaría.

La reanudación de las operaciones contra el Estado era un hecho consumado. La guerra, si es que alguna vez se había suspendido, volvía a empezar.

---

1. Mario Campos, “ MRTA pide amnistía al gobierno de Alan García”, La República , 17 de agosto de 1985, pp. 4-8.

2. Entrevista con Penélope (seudónimo), Lima, 6 de enero de 2017.

3. “Interrogatorio a Víctor Polay, Trigésima Quinta Sesión”, 11 de junio de 2005, en Polay Campos 2007: 303.

4. Mario Campos, “ MRTA pide amnistía al gobierno de Alan García”, La República , 17 de agosto de 1985, pp. 4-8.

5. DIP , grupo B, carrete 10, caja 2, carpeta 1, DIGIMIN , Situación Subversiva en el País, “Movimiento Revolucionario Túpac Amaru: Principales Dirigentes”, 7 de mayo de 1986, p. 11.

6. “Conferencia de prensa”, agosto de 1985, en MRTA 1990: 99-100.

7. “Réplica del sable de San Martín entregan al museo de Real Felipe”, La República , 17 de agosto de 1985, p. 10.

8. “Aniversario con bombas”, Cambio , 10 de noviembre de 1988, n.° 37, p. 2.

9. Entrevista con Alberto Aguilar, Lima, 6 de enero de 2017; “Allanan la radio clandestina del MRTA ”, La República , 6 de noviembre de 1986, p. 17.

10. “Texto de la introducción del mensaje propuesto de la Radio Cuatro de Noviembre”, en MRTA 1990: 46.

11. DIP , grupo A, carrete 1, caja 1, carpeta 2, Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, “¡Es hora de recuperar lo que es nuestro!”, Venceremos , junio de 1985, n.° 3, p. 7.

12. DIP , grupo B, carrete 10, caja 2, carpeta 1, Hechos subversivos, Documentos policiales sobre los atentados del MRTA , p. 16.

13. DIP , “¡Es hora de recuperar lo que es nuestro!”, p. 7; “Terroristas toman mercado”, La República , 23 de abril de 1985, pp. 20-21; “ MRTA asaltó un camión que llevaba leche y la repartió”, Cambio , 18 de junio de 1987, p. 3; “ MRTA asalta camión frigorífico y reparte 4 kilos de pollo”, La República , 7 de septiembre de 1988, p. 15.

14. Entrevista telefónica con Alexander Watson, 2 de marzo de 2015.

15. Entrevista telefónica con Alexander Watson, 27 de febrero de 2015.

16. Entrevistas telefónicas con Alexander Watson, 27 de febrero de 2015 y 4 de febrero de 2013.

17. Ibíd.

18. Entrevista telefónica con Alexander Watson, 4 de febrero de 2013.

19. Entrevista telefónica con Alexander Watson, 2 de marzo de 2015.

20. Ibíd.

21. DIP , “¡Es hora de recuperar lo que es nuestro!”, p. 7; “Libia: criminal ataque yanki”, Venceremos , abril de 1986, n.° 13, p. 12; “¡Basta de demagogia! ¡Ruptura de relaciones con Reagan ahora! Nicaragua vencerá”, Venceremos , fecha y página ilegibles, 1986.

22. DIP , grupo A, carrete 4, caja 4, carpeta 3, Notas policiales sobre MRTA , Carta de la Dirección Nacional del MRTA al señor Embajador de los Estados Unidos, 21 de abril de 1986.

23. Correspondencia personal con Alexander Watson, 4 de febrero de 2013.

24. “Reivindican atentados”, Cambio , 23 de diciembre de 1986, n.° 37, p. 3.

25. DIP, “¡Es hora de recuperar lo que es nuestro!”, p. 7; “Alan García, ‘Basta de marchas, basta de paros... se me acabó la paciencia’”, Venceremos , mayo de 1986, n.° 14, p. 3.

5

La unidad

Los limeños de clase media pasaron las últimas horas de 1986 de fiesta en sus casas, departamentos y clubes nocturnos. En las barriadas y pueblos jóvenes se quemaron efigies que representaban el año que recién terminaba. 1 Había sido un año difícil. Además de las preocupaciones constantes por la inflación, el desempleo y la deuda nacional, el MRTA y Sendero Luminoso habían llevado sus acciones hasta la capital y amenazaban la estabilidad política.

Nadie podía sentirse más aliviado al recibir el Año Nuevo que Alan García. En dieciocho meses de mandato había vivido la peor de las crisis. 1987 representaba una oportunidad para empezar de nuevo. Cuando llegó a la sede del APRA poco después de la medianoche, era todo sonrisas. Más de dos mil invitados le recibieron con un caluroso aplauso. Tras saludar a sus seguidores y estrechar algunas manos, se dirigió al salón principal, donde los dirigentes del partido se alineaban para desearle un feliz Año Nuevo. Varios brindis después entonaron la Marsellesa aprista. García tomó una guitarra y entretuvo a sus invitados con canciones criollas. Permaneció en la reunión hasta poco después de la una de la madrugada y, tras una última parada en una pequeña fiesta privada, se retiró junto a su esposa.2

Para otros, la noche aún era joven. Las celebraciones continuaron hasta bien entrada la mañana, aprovechando la suspensión temporal del toque de queda en toda la ciudad.3 Poco después del amanecer, los fiesteros que regresaban a su hogar, con la esperanza de dormir unas horas antes de ir al trabajo o a la playa, pasaron por alto un pequeño auto oscuro, sin matrícula, que se detenía junto a la sede de la Municipalidad de Chorrillos. Tres o cuatro emerretistas bajaron y depositaron pequeños fardos en diversos puntos, antes de subir nuevamente al vehículo y alejarse a toda velocidad. Momentos después, varias explosiones destrozaron el edificio, esparciendo restos de cristal, madera y hormigón en

todas direcciones. La policía llegó pocos minutos después de la detonación, pero el daño ya estaba hecho.4

Casi al mismo tiempo, un grupo de emerretistas disparaba con armas automáticas contra los guardias republicanos que vigilaban la oficina del Jurado Provincial de Elecciones. El tiroteo distrajo a los oficiales, que no se dieron cuenta de que un Volkswagen rojo aparcaba frente al edificio. El vehículo pertenecía al responsable de relaciones públicas del ministro de Economía, Carlos Ortiz Ocampo, y había sido robado solo unas horas antes. Cuando el conductor descendió y llegó a una distancia segura, estalló en llamas, arrancando las placas del parachoques. Desorientados por la explosión, los guardias dispararon a los sospechosos mientras estos huían a pie. Uno de los presuntos asaltantes recibió un disparo mortal en la nuca, pero los demás escaparon en un par de automóviles que esperaban a poca distancia.5

La operación de Año Nuevo era parte de una renovada campaña del MRTA contra el Estado. Los objetivos eran entidades que los atacantes consideraban comprometidas con el gobierno de García. La municipalidad representaba el Estado, la Guardia Republicana personificaba a las fuerzas del orden, el Jurado Provincial de Elecciones encarnaba a la propia democracia y el automóvil usado para el ataque pertenecía a un integrante del gabinete presidencial. Todas estas eran instituciones que los emerretistas consideraban corruptas y necesitadas de una profunda limpieza. El ataque era uno de los varios realizados contra edificios gubernamentales tras el cese unilateral del alto al fuego.6 Era también un mensaje para el presidente García: si 1986 había sido un año de paz frustrada, 1987 lo sería de guerra. Los símbolos históricos y nacionales volverían a desempeñar un papel central en la disputa, y tanto el Estado como los emerretistas harían todo lo posible por apropiarse de ellos.

Ningún lugar simbolizaba mejor el poder del Estado que el palacio de gobierno. De estilo neobarroco, ocupa todo un lado de la plaza de Armas de Lima, en el mismo solar que se decía había ocupado la vivienda del conquistador Francisco Pizarro. Los emerretistas reanudaron simbólicamente su guerra contra el Estado con un ataque al edificio al día siguiente de anunciar el final de la tregua.7 Exactamente un año después, volvieron a por más. Esta vez, un grupo de insurgentes que conducía un Ford rojo con los cristales polarizados rodeó la Vía de Evitamiento antes de disparar dos ráfagas de mortero consecutivas contra el Palacio. Los proyectiles dieron en el blanco y, aunque nadie resultó herido, los tupacamaristas lo consideraron como una gran victoria en su lucha contra el

Estado.8 La Dincote señaló que el ataque había sido obra del miembro más reciente de la Dirección del MRTA, un joven sociólogo llamado Alberto Gálvez.9

***

Alberto Gálvez Olaechea había crecido en Chaclacayo. Sus padres eran del interior del país y hablaban quechua, aunque nunca cerca de sus hijos. Cuando estaba con sus hermanas, la madre de Gálvez cambiaba a veces de idioma para que sus hijos no supieran lo que decía, pero por lo demás los educaba en español. Su padre había emigrado de la sierra de Huancavelica, pero Gálvez no supo que hablaba quechua hasta mucho después.10 Sin embargo, había recibido cierta formación técnica, lo que le permitió obtener un empleo en la construcción de proyectos de riego.

El pequeño Alberto era un permanente dolor de cabeza para su madre. Travieso y con una vena rebelde, desafiaba sus órdenes y molestaba a sus hermanas pequeñas. En el verano de 1961, cuando su padre preparaba la maleta para uno de sus largos viajes de trabajo de campo, su madre se echó las manos a la cabeza.

“Llévatelo”, le dijo a su esposo. Siempre reservado, el padre se encogió de hombros, por lo que con nueve años Gálvez se sumó a un viaje por carretera hasta la frontera de Ica y Huancavelica. No hablaban mucho, ya que Gálvez padre nunca había sido aficionado a la charla. No obstante, el niño apreciaba la aventura. Su padre tenía que revisar un canal de riego que bombeaba agua de una laguna cercana al valle de Chincha. La camioneta traqueteó hasta que la pista afirmada se diluyó en medio de los cerros, junto a una gran superficie de agua azul.

“Espérame”, le dijo su padre.

Gálvez se quedó en la camioneta, viéndolo alejarse junto con un compañero de trabajo. Esperó durante horas, rodeado por la pampa y la gran laguna azul, sin nadie a la vista. Ya no se escuchaban los gritos de los vendedores ambulantes, los bocinazos y el estruendo de los autobuses. Para sus poco acostumbrados

oídos, el silencio era ensordecedor. Indiferentes a su presencia, vio pasar patos y otros animales de montaña. “Eso era soledad absoluta”, recuerda Gálvez. Al oscurecer, el aire helado de la sierra comenzó a comprimir su cuerpo, enfriando sus pulmones. Permaneció solo durante seis horas antes de que su padre regresara y aliviara su ansiedad. Gálvez padre no puso excusas, ni se disculpó. Se limitó a prender el auto y a manejar hasta el siguiente destino de su trabajo de campo. El viaje dejó un tremendo impacto en el joven Gálvez. Era la primera vez que conocía la vida fuera de la burbuja limeña. Ahora sabía los sacrificios que hacía su padre para llevar comida a la mesa familiar. “Ahí conocí lo que es trabajar duro”, recuerda.

Tras el viaje, regresó la rutina. A Gálvez no le gustaba la escuela y no tenía buenas notas. Prefería aprender en conversaciones con otros estudiantes y profesores fuera del aula. “Aprendí a leer y escribir” en la escuela, “creo que son las principales herramientas que me di[o]”. Aun así, sus calificaciones fueron lo suficientemente buenas como para entrar en la universidad. Se matriculó en La Cantuta, la más importante escuela de formación de profesores del país, en 1970, y, una vez más, se encontró con que pasaba más tiempo filosofando y socializando que en clase. Como estudiante, nunca destacó. “[Era] mediocre”, admite, “de media tabla”. Le fascinaba la capacidad de los grandes escritores peruanos, como César Vallejo y José María Arguedas, para dar vueltas a una frase y contar historias conmovedoras sobre la vida en la sierra. Gálvez era un escritor dotado por derecho propio, y se sentía mucho más cómodo expresándose a través de la pluma que de la palabra.

Durante su primer año en La Cantuta, asistió a una sesión del Congreso Internacional de Americanistas organizada por el Instituto de Estudios Peruanos (IEP). El evento reunía a brillantes académicos y profesionales de todo el mundo e incluía la apertura a cargo del entonces presidente, Juan Velasco Alvarado. El general estaba en medio de su discurso cuando un grupo de mujeres levantó la voz, causando revuelo. Gálvez las miró, sin saber qué estaba pasando. Parecían clamar contra la detención de líderes guerrilleros por parte del gobierno. Entre los detenidos estaban Hugo Blanco, líder de la reciente rebelión en Cusco, y Héctor Béjar, integrante de la efímera insurgencia del MIR en 1965. Cuando la seguridad se dirigió al fondo de la sala para restablecer el orden, un profesor llamado Alfredo Torero se levantó de su asiento.

“Señor presidente”, Torero pareció decir, “pido la palabra”.

Gálvez observó cómo José Matos Mar, el sociólogo más destacado de su tiempo y director del IEP, “estaba hecho un manojo de nervios”. Parecía que estaba perdiendo el control de la situación, delante de toda la prensa. Otros observadores dirían que, en realidad, Matos Mar estaba al tanto del espectáculo, y que todo estaba progresando de acuerdo al plan.11

Cualquiera sea el caso, no hubo quien detuviera al profesor, que caminó tranquilamente hacia Velasco. Pese el alboroto que seguía produciéndose en el fondo de la sala, se situó ante el podio y comenzó lo que parecía ser un apasionado discurso. Gálvez no pudo escuchar ni una palabra, solo se inclinó hacia delante para ver cómo Torero gesticulaba apasionadamente. Cuando terminó de pronunciar su soliloquio, volvió a su asiento y se restableció el orden.

Más tarde, Gálvez se enteró de que todo el episodio había sido orquestado para dar al profesor una audiencia improvisada con el dictador. Evidentemente, Torero había suplicado al comandante en jefe que amnistiara a los presos políticos, que después de todo habían luchado por los mismos principios sociales que Velasco defendía. Unos meses después, el mandatario los indultó a todos.

El episodio dejó un profundo impacto en Gálvez. El pequeño acto de teatro político había sido audaz y bien organizado. Y, aparentemente, había tenido éxito. Los manifestantes demostraron que el empuje y la determinación, por no hablar de la participación involuntaria de un público cautivo de periodistas, podían tener un gran impacto político. Tras este episodio, Gálvez se unió a las juventudes del MIR.

Una de sus primeras tareas como militante consistió en organizar a los pescadores, maestros y trabajadores de las fábricas de Chimbote. Gálvez pasaba las vacaciones de verano consagrado a esta tarea. Durante el año escolar, los viernes por la tarde tomaba un autobús, viajaba seis horas y se quedaba en Chimbote hasta el domingo por la noche, cuando regresaba a la capital. Sin embargo, mantener ese ritmo era difícil y cada vez asistía menos a clase. En 1973, prácticamente había abandonado sus estudios y se dedicaba a tiempo completo a la militancia; también se sumergió en la literatura marxista. En su arrogancia juvenil, Gálvez creía que su generación lograría la liberación socialista del Perú mediante las armas. Pasó el resto de la década ayudando al MIR a construir una base de apoyo entre los trabajadores y los profesores chimbotanos. A mediados de los años setenta, también ayudó a organizar a los agricultores de San Martín. Esta labor le puso en contacto con el sindicato

Cromotex de Néstor Cerpa, en vísperas de la masacre de trabajadores de la fábrica. Cerpa, que por entonces todavía era un dirigente sindical novato, no tenía buena opinión de aquel joven universitario de barbita y lo consideraba un revolucionario de salón. Pasarían años antes de que se volvieran a encontrar en la Dirección del MRTA.12

El ascenso de Gálvez a una posición de liderazgo dentro de la izquierda revolucionaria se produjo casi por accidente. Para conmemorar la muerte de Luis de la Puente Uceda, el MIR organizó una gran reunión en el centro de Lima el 23 de octubre de 1979. En un buen día, esos eventos podían reunir unas 300 personas. Esa vez, sin embargo, los organizadores se lanzaron a por todas y montaron una gran carpa de circo, cerca del Estadio Nacional, con capacidad para 3000 participantes. Para sorpresa de Gálvez, la carpa se llenó y se hicieron presentes todas las estrellas emergentes de la izquierda. Uno de ellos era Carlos Tapia, un joven ingeniero agrónomo y futuro miembro de la CVR. También estaba Nelson Manrique, quien, además de ser uno de los historiadores peruanos más destacados, era primo hermano de Gálvez. Lo acompañaba el también historiador Alberto Flores Galindo, que años después escribiría uno de los libros más influyentes de historia peruana, Buscando un inca. Entre los antropólogos destacaban Carlos Iván Degregori y Rodrigo Montoya, que con el tiempo marcarían la evolución de la disciplina. Lo que unía a todos era la pasión por el intercambio intelectual y su apuesta por un cambio social radical. Gálvez, de 25 años, que nunca se había considerado un erudito, se sentía eclipsado por estas luminarias.

Cuando llegó el momento de designar a los candidatos para el cargo de secretario general del partido, a Gálvez no le sorprendió que se presentara el nombre de Carlos Iván Degregori. Como buen antropólogo, Degregori había realizado trabajo de campo y vivido entre los campesinos pobres de los Andes. En Ayacucho, había sido profesor universitario al mismo tiempo que Abimael Guzmán. También era una de las personas más inteligentes de la reunión, lo que ya era decir, teniendo en cuenta el alto nivel de la compañía. Pero, según las normas, era necesario que se presentaran al menos dos candidatos.

Cuando alguien dijo su nombre, Gálvez no podía creer lo que oía. Degregori, Flores Galindo, Manrique y Montoya eran nombres conocidos, activistas y académicos prometedores que marcaban la pauta de sus respectivas disciplinas y del conjunto de la izquierda. Gálvez no era nada de eso. “No llegaba al congreso con un gran conocimiento”, confesaría años después. Tampoco se sentía cómodo

siendo el centro de atención. Prefería estar entre bastidores, coordinando acciones y escribiendo, no delante de las cámaras o en el centro del escenario. Fue su habilidad con la pluma lo que hizo que apareciera en el radar de sus compañeros. Antes de la convención, había escrito un ensayo en el que situaba el clima político peruano en un contexto mundial más amplio. El texto traslucía un sofisticado análisis y un buen conocimiento de la historia de la izquierda, las revoluciones rusa, china y cubana. Gálvez había leído su ensayo en una conferencia impartida a los militantes con tal éxito que los asistentes, fascinados, le habían concedido dos horas extra, tras haber agotado sus treinta minutos, para continuar con la charla. Cuando terminó, se pusieron en fila para felicitarle por su trabajo. Años después, seguía sin poder explicarse su hazaña. “Por lo menos estuve inspirado ese día, no sé”.

El éxito de la conferencia le valió para que su nombre figurara como candidato a secretario general, en oposición a Degregori. Si bien no pensaba que pudiera ganar, creyó que era una buena oportunidad para “probar fuerza”. Los miembros con derecho se reunieron en torno a una mesa para emitir su voto de manera pública. Como gesto de buena voluntad y camaradería, Gálvez votó por Degregori. El antropólogo le devolvió el favor, y cuando se contabilizaron todos los votos, Gálvez quedó por delante por un solo voto. Casi de la noche a la mañana, el joven de 25 años que había abandonado la universidad había dejado de ser un desconocido para convertirse en el líder del principal movimiento revolucionario peruano.13

Como secretario general, Gálvez se puso a trabajar inmediatamente en “todas las formas de lucha”, una estrategia común en la izquierda latinoamericana de la época, que combinaba organización de bases, política electoral e insurrección armada. Aunque Gálvez creía que la violencia revolucionaria era necesaria para forzar el cambio social, destacaba en la estrategia política y la movilización social. A principios de la década de 1980, cuando Sendero Luminoso ya había iniciado sus acciones, Gálvez visitaba con frecuencia las selvas de San Martín, donde había realizado trabajo político en la década anterior. Allí trató de reanudar el contacto con la vieja generación de miristas que residían en localidades como Juanjuí, solo para enterarse de que se habían cansado de esperar y se habían unido a Sendero Luminoso. Sin inmutarse, empezó a reclutar para el MIR a profesores y estudiantes de Tarapoto, la bulliciosa capital económica regional.

Cuando algunos miembros del MIR se unieron a las filas del recién creado

MRTA en 1982, Gálvez se opuso a su decisión. Sin embargo, tras las elecciones de 1985, el líder del MIR creyó que había que cambiar de rumbo. Por un lado, Izquierda Unida había conseguido hacerse un hueco en la esfera política legal. Por otro, Sendero Luminoso se consolidaba con cada acción armada. Si el MIR no actuaba rápidamente, se podía quedar atrás, atrapado entre ambos. En su opinión, la única alternativa consistía en unir fuerzas con el MRTA. Ambas organizaciones tenían mucho en común en cuanto a estrategia y objetivos, y muchos emerretistas eran antiguos miristas. Una alianza podría catapultar al MRTA al mismo nivel que Sendero Luminoso, impulsando la victoria de la izquierda en ese momento histórico decisivo.

Cuando llevó la propuesta a la Dirección del MIR, la recepción no fue muy favorable. “La mayoría de los compañeros no estaban por esa unidad”, recuerda Gálvez. Plantearon objeciones y alegaron que estaba siendo miope. Una fusión con un grupo guerrillero ya existente no podía traer nada positivo. Por muy buenas que fueran las intenciones de los emerretistas, por muy generosas que fueran sus propuestas, los miristas siempre quedarían relegados a un papel de segunda. En lugar de eso, los detractores de la fusión argumentaban que los miristas debían esperar y tomar las armas en sus propios términos, en el momento y lugar que ellos eligieran. Pero Gálvez persistió. Suplicó, presionó y convenció a sus compañeros, gastando en el proceso todo el capital político que tanto le había costado conseguir. “Tuve que apelar a cierta dosis de presión”, recuerda. Perdió a varios aliados en el camino, pero al final logró convencer a sus compañeros de que dieran un salto de fe. Predicó con el ejemplo, entrando en las profundas aguas revolucionarias con ambos pies, sin mirar atrás.

A finales de 1985, Gálvez y Víctor Polay se reunieron en la Nicaragua controlada por los sandinistas para discutir los detalles de la unidad. Los líderes del MIR y del MRTA se alojaron en la casa en Managua de un amigo de izquierda, y hablaron durante horas. “Fue la ocasión en que más hemos conversado”, diría Gálvez sobre el viaje.14 Aunque el tema principal de la charla fue la unidad, también hablaron de política, de historia, de sus familias y vidas personales. Los dos líderes salieron de este retiro de varios días con un fortalecido respeto mutuo y con la determinación de construir juntos una nación mejor.

Cuando regresaron al Perú a principios de 1986, Polay y Gálvez comenzaron a trabajar en la fusión de las dos organizaciones. En diciembre, ya se habían acordado todos los detalles. El MIR se integraría en el MRTA. Para garantizar la

paridad, la Dirección nacional, el principal órgano de la jerarquía emerretista, estaría formada por tres emerretistas y tres miristas. Polay y Gálvez ocuparían dos de los seis puestos. Por debajo estaría el Comité Central, integrado por diez miembros de cada grupo. Inicialmente se denominarían MRTA-MIR, pero desde finales de 1987 se impondría únicamente el apelativo MRTA. Y así fue como Alberto Gálvez se convirtió en emerretista.

***

Reforzado con la adhesión de los miristas, el MRTA siguió centrándose en actos de importancia simbólica e histórica. Uno de sus objetivos favoritos era Cromotex, la fábrica textil donde antes trabajaba Néstor Cerpa.15 El comandante emerretista nunca olvidó a sus hermanos caídos y utilizó su influencia en el MRTA para recordar su sacrificio. La propaganda emerretista describía el 4 de febrero de 1979 como “una de las páginas más gloriosas de la lucha de la clase obrera”.16 Aunque superados en número, los trabajadores se habían enfrentado a las “fuerzas represivas que a sangre y fuego les desalojaron de la fábrica Cromotex”. Los seis obreros fallecidos (tres ese día y otros tres, días después, a causa de las heridas) habían dado su vida por un Perú mejor: “Con su sangre generosamente derramada contra la arbitrariedad e irracionalidad de la clase dominante, a nuestro pueblo no le queda otro camino que la lucha decidida para cambiar ese orden establecido”.17

Mientras Cerpa estuvo activo en el MRTA, el aniversario de la masacre casi siempre estuvo acompañado de alguna acción. El 4 de febrero de 1987, a las siete de la mañana, dirigió a quince emerretistas hacia la fábrica Cromotex situada en el kilómetro 3 de la Carretera Central, en Ate-Vitarte.18 Ya habían llegado unos doscientos trabajadores cuando los atacantes se dividieron en varios escuadrones, que sometieron a los vigilantes. Una mujer de unos veinte años dirigía el escuadrón asignado a la puerta principal. Llevaba una metralleta y parecía estar al mando del grupo. Al ver a los emerretistas, algunos guardias echaron mano de sus armas, pero los insurgentes los sometieron. Una vez dentro, los atacantes se dispersaron por la fábrica, reunieron a los trabajadores y a los directivos y los escoltaron hasta el patio principal.

“¡Todos al suelo!”, ordenó la mujer mientras sus compañeros apuntaban con sus armas a los rehenes.19

Cinco tupacamaristas se quedaron con los empleados y administradores, mientras los otros diez colocaban cargas de dinamita en las oficinas y almacenes. Cuando los insurgentes volvieron al patio, no huyeron como solían hacer después de colocar los explosivos. Este era un aniversario importante y un objetivo simbólico significativo. Al volar las oficinas, explicaban los folletos que los emerretistas distribuyeron en la fábrica, querían dejar constancia de su “repudio a los principales [capitalistas] responsables de la masacre de los obreros de Cromotex”.20

Cerpa no dejó nada al azar. Los emerretistas esperaron en silencio en el patio hasta que las ocho cargas de dinamita detonaron. Antes de partir, repartieron folletos con su interpretación del significado de la masacre de Cromotex en el contexto de las luchas sociales peruanas. “¡Gloria a los héroes obreros de Cromotex!”, concluía el texto, “¡Con las masas y las armas! ¡Patria o muerte! ¡Venceremos!”. Una vez fuera, subieron a dos camiones y se alejaron a toda velocidad.21 Un año después la escena se repetiría.22 Y lo mismo más adelante. Al solemnizar la venganza simbólica contra Cromotex, los emerretistas trataban de convertir la huelga y la masacre en un momento importante de la historia revolucionaria peruana.

Cromotex fue solo uno de los varios símbolos del capitalismo opresivo que los emerretistas atacaron. También sabotearon transportes públicos, restaurantes de lujo, bancos y clubes exclusivos, dejando a menudo paquetes de dinamita que al explotar esparcían los folletos del MRTA-MIR como si fueran confeti.23 Estas acciones formaban parte de un esfuerzo dirigido a demostrar que los emerretistas y el MIR estaban del lado del pueblo peruano y contra el imperialismo yanqui.

En esta guerra de símbolos, un trofeo que el gobierno de García aún no había logrado recuperar era la bandera de San Martín. Durante tres años, los tupacamaristas habían presumido de su captura, enarbolándola durante las conferencias de prensa clandestinas. Quien la custodiaba era Lucero Cumpa.

---

1. “Bienvenida al ‘87 fue ruidosa y alegre”, La República , 2 de enero de 1987, p. 12.

2. “Alan recibió el año cantando y tocando guitarra en local PAP ”, La República , 2 de enero de 1987, p. 2.

3. “Bienvenida al ‘87 fue ruidosa y alegre”, La República , 2 de enero de 1987, p. 12.

4. “Dinamitazos y balaceras en todo Lima”, La República , 1 de enero de 1987, p. 18.

5. Ibíd., pp. 18-20.

6. Los emerretistas también atacaron los ministerios del Interior, Economía, Trabajo y Energía y Minas. Véase “¡Alerta total en el país!”, La República , 16 de julio de 1985, pp. 2-3; Inés Flores y Luis Castro, “¡Qué indefensos estamos!”, La República , 26 de julio de 1985, pp. 17-21; La República , 28 de agosto de 1986, p. 17.

7. MRTA 1990: 87.

8. “ MRTA atacó Palacio con lanzacohetes”, Cambio , 7 de agosto de 1987, n.° 99, pp. 1-2; César Terán Vega, “Atacaron Palacio y al asesor de Alan”, La República , 7 de agosto de 1987, pp. 9-12.

9. “Presentan a presuntos miembros del MRTA ”, Cambio , 18 de agosto de 1987, n.° 110, p. 5.

10. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea, Chorrillos, 13 de marzo de 2018. Las siguientes citas han sido tomadas de esta misma fuente.

11. Para la perspectiva alternativa, véase Mayer 2021.

12. Para más información sobre los años de militancia de Gálvez, véase Gálvez Olaechea 2009, 2015.

13. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea, Chorrillos, 13 de marzo de 2018. Los hechos expuestos a continuación también tienen como base esta fuente.

14. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea, Chorrillos, 15 de marzo de 2018. Los hechos expuestos a continuación también tienen como base esta fuente.

15. Cromotex no era el único objetivo. Véase, por ejemplo, “Comando del MRTA toma fábrica y dicta charla a trabajadores”, La República , 5 de marzo de 1987, p. 18.

16. “ MIR - MRTA toman Cromotex”, Cambio , 12 de febrero de 1987, n.° 43, p. 3.

17. Ibíd.

18. “Asaltan y dinamitan la fábrica Cromotex”, La República , 6 de febrero de 1987, p. 16; “ MIR - MRTA toman Cromotex”, Cambio , 12 de febrero de 1987, n.° 43, p. 3.

19. “Asaltan y dinamitan la fábrica Cromotex”, La República , 6 de febrero de 1987, p. 16.

20. “ MIR - MRTA toman Cromotex”, Cambio , 12 de febrero de 1987, n.° 43, p. 3.

21. Ibíd.; “Asaltan y dinamitan la fábrica Cromotex”, La República , 6 de febrero de 1987, p. 16.

22. Los guerrilleros volvieron a Cromotex al año siguiente. Véase “Terroristas del MRTA intentan dinamitar la fábrica Cromotex”, La República , 7 de febrero de 1988, p. 18.

23. “Queman seis ómnibus en plena calle”, La República , 8 de enero de 1987, pp. 15-19; “ MRTA - MIR ataca agencias bancarias”, Cambio , 27 de febrero de 1987, n.° 45, p. 3; “Dinamitan 16 agencias del Banco de Crédito”, La República , 25 de febrero de 1987, p. 4; “Sediciosos dinamitan otras 15 agencias del Banco de Crédito”, La República , 28 de febrero de 1987, p. 16; “Detonan trece dinamitazos ante miles de aficionados”, La República , 6 de abril de 1987, pp. 16-17.

6

Capturada

Lucero Cumpa miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? Tres de las paredes eran de hormigón. La cuarta no era una pared en absoluto. Era solo una hilera de barrotes de hierro. Estaba dentro de una celda. ¿Cómo había llegado allí? No recordaba haber sido detenida y no se sentía prisionera. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que llevaba unos jeans . Abrió los ojos, todavía desorientada. Estaba en su cama, en una casa segura de la calle Las Madreselvas de Salamanca. Respiró aliviada. Era solo un sueño. 1

Muchas cosas habían cambiado desde que Fernando Valladares había sido detenido dos años antes. Cumpa había demostrado ser una militante de confianza. No solo había mantenido la bandera de San Martín a salvo en una caja en su escondite, sino que había demostrado liderazgo y buen juicio en el manejo de su célula. Ahora, a mediados de 1987, era la jefa de operaciones en Lima.

Mantener la relación con su esposo encarcelado era difícil. Valladares siempre había querido tener un hijo, algo que ahora parecía imposible. Tenía que conformarse con escribir cartas a Cumpa y esperar que le llegaran sin comprometer su paradero. Desesperada por ver a su marido, ella decidió visitarlo en la cárcel. Esta no era una práctica tan infrecuente como se podría pensar. De hecho, muchas mujeres del MRTA aprovechaban el horario de visitas para ver a sus parejas. Los emerretistas contaban con que la cultura policial patriarcal predominante en el Perú hiciera que los guardias no sospecharan de las mujeres. Mientras desempeñaban el papel de esposas y novias cariñosas, podían pasar sin hacer sonar las alarmas. Por supuesto, era peligroso y siempre podían ser detenidas; pero era un riesgo que muchas estaban dispuestas a correr.2 Cumpa era una de ellas. Un día de 1987 pidió a su superior, Peter Cárdenas, permiso para visitar a Valladares en la cárcel.

Peter Cárdenas, blanco, alto y delgado, era uno de los fundadores del MRTA. Junto con Víctor Polay y Hugo Avellaneda, Cárdenas completaba la troika limeña del movimiento, conocida como El Chino, El Negro y El Gringo. Tanto dentro como fuera de la organización, Cárdenas tenía fama de ser un sicario despiadado, lo que le había valido el apodo de "El Siciliano", por sus maneras mafiosas. El hecho de que luciera una barba castaña recortada con un mechón blanco en el lado derecho contribuía a esta imagen. Pero como explicaría Leo, uno de los emerretistas que estuvieron a sus órdenes, fue su manera de actuar lo que realmente consolidó su reputación.

Leo recordaría un incidente en los primeros días de la insurgencia, cuando un emerretista llamado Edy empezó a cuestionar la determinación de Cárdenas, a quien consideraba "un pituco". Cuando El Gringo lo descubrió, colocó a Edy como su compañero en la siguiente operación, un ataque a un cuartel de la Guardia Civil. Todos los atacantes, Leo y Edy incluidos, estaban nerviosos mientras esperaban en el auto antes de la acción. Pero Cárdenas no. Cuando llegó el momento, cogió un maletín, cruzó tranquilamente la calle en dirección a la comisaría, lo puso sobre un auto allí estacionado, sacó una ametralladora y un trípode de su interior, y abrió fuego contra el edificio. Solo entonces, Edy, Leo y los demás siguieron su ejemplo. Tras su retirada, Edy habló con Leo y ofreció disculpas.

"Mil respetos para el Gringo", dijo Edy.3

Esta y otras historias consolidaron la reputación —merecida o no— de Peter Cárdenas como un asesino de sangre fría. Sin embargo, los que mejor lo conocían, como Lucero Cumpa, sabían que podía ser un oso de peluche. Con un poco de persuasión, Cumpa estaba segura de que lo convencería de autorizar su visita a la cárcel.

Cárdenas se resistió al principio. Pero Cumpa apeló a su simpatía, explicándole la mala situación anímica de Valladares y mostrándole las cartas que le había escrito. Le aseguró que ya había pensado en todo. Todos sus papeles estaban en orden. Llegaría con un abogado. Entraría con las otras esposas, saldría al final del horario de visitas y Cárdenas estaría esperando como un reloj. ¿Qué podía pasar?4

Cárdenas se mantuvo firme. Luego, un día en que llevaba a Cumpa a un lugar, se detuvo de pronto. Unos segundos después, Hugo Avellaneda, el otro comandante

de Lima, subió al carro. Cárdenas le puso al corriente de la petición de Cumpa. Si iban a asumir el riesgo, quería contar con el apoyo de su par. Avellaneda escuchó mientras Cumpa detallaba todas las precauciones que había tomado.

“Ustedes me conocen”, dijo Cumpa, “soy de confianza”.

Al cabo de unos instantes, Avellaneda abrió la puerta del auto.

“Tú decides”, le dijo a Cárdenas antes de salir y cerrar.5

Cumpa miró a Cárdenas.

“Sabes que [los líderes la Dirección nacional] me van a matar”, dijo, “¡pero, ya!”.

Cumpa apenas pudo contenerse y le rodeó con sus brazos.

“Pero si llegas un segundo tarde…”, advirtió Cárdenas, sin terminar la frase.

Cumpa comprendió los riesgos. Ese septiembre se presentó en la prisión y se registró como visitante. Cuando quería, podía ser encantadora; conversaba con los guardias y sonreía a menudo para enmascarar su terror interior. Tras pasar por la zona de inspección, se dirigió al pabellón del MRTA. Los militantes estaban interpretando uno de sus himnos para mantener la moral, tocando las palmas rítmicamente mientras coreaban consignas revolucionarias. Cuando vieron pasar a su compañera como si fuera una visitante más, se mostraron tan incrédulos que casi dejaron de aplaudir. Cumpa mantuvo la mirada baja hasta que localizó a Valladares en el cuarto piso del pabellón. Tras intercambiar abrazos, la joven pareja desapareció en la celda de Valladares.

Según Cumpa, faltaban dos minutos para las seis cuando llegó al lugar de encuentro preestablecido fuera de la prisión. Cárdenas la esperaba nervioso para llevarla a la casa de seguridad.6

Semanas más tarde, Cumpa estaba en el baño, mirando el resultado de una prueba: estaba embarazada. La primera persona a la que llamó fue a su madre.

“Mamá, estoy embarazada”.

Hubo una pausa momentánea al otro lado de la línea antes de que María

preguntara: “¿Eres feliz?”.

La pregunta casi hizo llorar a Cumpa. “¡Estoy más que feliz!”.

“Entonces yo también soy feliz”.

Eso era todo lo que necesitaba escuchar.

El embarazo de Cumpa cambió por completo su manera de ver el mundo. “Antes, estaba lista para morir” por la causa, recuerda, “pero ahora tenía que estar viva por [el bien de] mi hija”.7

Cumpa sabía que su estado podía ser un inconveniente. Además de las exigencias físicas de su militancia, podía perder al bebé si alguna vez era capturada y torturada por la policía. Como no quería arriesgarse, ocultó su embarazo incluso a sus dos compañeras de piso —ambas mujeres— y continuó con su actividad habitual.

Poco antes, el Comité Central había decidido aumentar los ingresos del grupo secuestrando a ricos capitalistas y pidiendo rescates en efectivo. Esta estrategia había resultado útil para otros grupos insurgentes de América Latina. En Colombia, las FARC llevaban años aplicándola y sus recursos no habían dejado de crecer.8 Al igual que las FARC, el MRTA justificaba esta táctica alegando que sus víctimas no eran civiles, sino enemigos capitalistas responsables de la miseria de la nación. La extorsión era juego limpio. Sin embargo, estas ideas no eran compartidas por casi nadie, ni en los medios de comunicación, ni en el conjunto de la sociedad peruana. La mayoría creía que los secuestros eran una prueba de lo que el historiador Nelson Manrique llamaba la “senderización” del MRTA.9

Según informaría después la policía, fue el equipo liderado por Cumpa el que planificó el secuestro del industrial Julio Ikeda en septiembre de 1987. Durante casi un mes, el equipo lo siguió, estudiando todos sus movimientos hasta que, en la mañana del 26 de septiembre de 1987, pasó a la acción. Ikeda y su hijo de 22 años, Julio, acababan de salir de su garaje en el distrito limeño de Surco cuando un Datsun color crema —que coincidía con el que manejaba Cumpa— les cortó el paso y obligó a Ikeda a frenar de golpe. Antes de que pudiera reaccionar, cuatro emerretistas vestidos de negro y con metralletas bajaron del Datsun. Ikeda puso la marcha atrás, pero una camioneta le cortó el paso. De ella salieron otros dos emerretistas también vestidos de negro. Los asaltantes se dirigieron al auto

de Ikeda y dispararon tres tiros de advertencia al aire antes de obligarlo a subir a la camioneta. El resto de los emerretistas rodearon el vehículo y ordenaron al hijo del empresario que no se moviera.10 Justo en ese momento, un guardia de seguridad de la residencia, que había escuchado la conmoción, se acercó y sacó su arma. Los emerretistas hicieron disparos de advertencia al aire, y una de las balas alcanzó a un taxista que pasaba por ahí. El guardia se puso a cubierto, momento en el que los emerretistas abordaron el Datsun y se alejaron a toda velocidad.11 Horas más tarde llamaron al hermano de Ikeda y le exigieron 45 millones de intis, el equivalente a un millón de dólares estadounidenses, por su liberación.12

La policía identificó enseguida a Cumpa como el cerebro de la operación. Tras una exhaustiva investigación, los oficiales la localizaron en la casa de seguridad y la siguieron. Cumpa no se enteró de nada; siguió con sus asuntos sin tomar medidas de precaución extraordinarias. Cuando un camarada con el que debía reunirse la mañana del sábado 24 de octubre de 1987 no se presentó en el punto de encuentro, se limitó a volver a la casa. Ni siquiera se dio cuenta de que varios oficiales de paisano la seguían a distancia. Cuando estaba en la avenida Salamanca, un vehículo se detuvo junto a ella. Un equipo de oficiales bajó, la esposó y le vendó los ojos, obligándola a entrar en la parte trasera del patrullero. Desde ahí, con una pistola en la nuca, pudo oír los disparos y los gritos en el interior de la casa, mientras los oficiales la asaltaban. Empezó a dudar de sí misma. En retrospectiva, recordaba claramente haber visto a los oficiales vestidos de civil. ¿Por qué había ignorado las señales? Había bajado la guardia y ahora le tocaba pagar el precio.13

Los oficiales no encontraron ninguna señal de Ikeda en el interior de la vivienda. Su secuestro estaba a cargo de otro equipo en Jesús María, que lo liberó ileso apenas se enteró de las detenciones.14 Pero los oficiales sí hallaron otras dos cosas en el interior de la casa de Cumpa: una prueba de embarazo y la bandera de combate de José de San Martín.

Cuando llegó a la comisaría, Cumpa se dio cuenta de que sus captores pertenecían a la División de Secuestros (Divise). Cuando las dos mujeres con las que compartía celda le contaron que la policía también había detenido a sus familias, entró en pánico. Asumía que la podían detener a ella, pero no quería que los suyos corrieran peligro. Más tarde se enteraría de que los oficiales habían intentado detener a su madre, María, e incluso la habían metido en su camión patrulla, pero que su vecino, el mismo policía que la había sacado de la cárcel en

sus primeros días de militancia, había intervenido para liberarla. “Eso era simplemente para presionarnos, para golpearnos y así chantajearnos”, explicaría Cumpa.15

Mientras estaba sentada en la celda que ocupaba en el segundo piso, se dio cuenta de que llevaba puestos unos jeans. Fue entonces cuando advirtió que su sueño se había convertido en realidad. “¡Mi subconsciente me avisó y no me di cuenta!”.16

Cumpa siempre negó su participación en el secuestro de Julio Ikeda. Sin embargo, las pruebas eran contundentes. En su departamento, la policía encontró las armas utilizadas en la operación, así como copias del documento de identidad del empresario y fotografías de sus familiares. También presentaron confesiones de Cumpa y sus compañeros.17 Sin embargo, en opinión de esta, las confesiones se habían obtenido mediante coacción. Los oficiales llamaban a esos procedimientos “interrogatorios científicos”, pero Cumpa creía que era un eufemismo: lo que hacían era torturar.18

Los interrogatorios tuvieron lugar en una de las oficinas de la comisaría. Según Cumpa, sus torturadores fueron brutales. La colgaron por los brazos con una cuerda, le ataron los pies, le sumergieron la cara en una tina llena de excrementos y detergente y le dieron múltiples golpes. Los oficiales le rompieron el brazo derecho. Lo peor, dice, es que sabían que estaba embarazada. Entre una sesión y otra, le hablaba a su barriga todavía plana. “Hija”, le decía, adivinando que el bebé sería una niña, “vas nacer viva y vas a nacer conmigo, y vamos a salir de este infierno pero juntas”.

Un día, tras una sesión de tortura especialmente agotadora, un policía de la Divise entró en la celda y le quitó la venda que cubría sus ojos.

“Mira cómo te han dejado”, dijo, dándole algo de comida. “Yo he tenido que participar en tu sesión de tortura porque es una orden. Nosotros tenemos que mirar”.

“Bueno”, dijo Cumpa, “así los endurecerán. Ustedes gozaron con eso”.

El policía le respondió que no sentía ningún placer con la tortura y, antes de salir de la celda, le preguntó: “Si tú me ves en la calle, ¿me matarías?”.

“¿Yo por qué lo voy a matar, si no soy juez de nadie?”, preguntó Cumpa. “No

tengo poder para decidir sobre usted. Si tiene la conciencia limpia, bien, y si no, usted lo verá".

Según Cumpa, los tupacamaristas estaban en tan mal estado que cuando les fueron entregados a los funcionarios de la Dincote varios días después, estos no pudieron dejar de comentar la situación:

"¿Cómo e[s] posible?", preguntó un funcionario a sus compañeros de la Divise al ver a las mujeres. "Un poco más y se les van".19

La justicia declaró a Cumpa culpable del secuestro y ordenó trasladarla a la prisión de máxima seguridad de Canto Grande. Fernando Valladares la esperaba allí. Cuando se encontraron por primera vez, la abrazó con cariño. No parecía enfadado, ni asustado. Ni siquiera decepcionado. La única emoción que Cumpa pudo detectar fue alegría. De alguna manera, se había enterado de que estaba embarazada. Aun en la cárcel, los dos compartieron un breve abrazo, un momento fugaz para celebrar la nueva vida.20

***

El principal hallazgo de la policía en la casa de Cumpa fue la bandera de batalla de San Martín. El robo de la enseña había avergonzado al gobierno durante tres años. El oficial a cargo de la rueda de prensa no cabía en sí de gozo por haber recuperado ese "símbolo patrio de gran valor histórico".21

Seis días después, la policía entregó la bandera a Alan García en una ceremonia realizada en el Salón Dorado del palacio presidencial. Tras recibir el estandarte bicolor, el presidente proclamó que ese sencillo acto tenía "gran solemnidad y simbolismo porque es la recuperación de nuestro símbolo más importante, que expresa las ilusiones de todos nosotros y que no puede estar en manos de quienes invocan la destrucción y la muerte".22 Agradeció a las fuerzas de seguridad su buen servicio en defensa del país contra "esta lacra social que es el terrorismo", y recalcó que era de vital importancia que la nación preservara sus símbolos, sobre todo en los momentos difíciles. En adelante, prometió, la bandera se custodiaría en el palacio presidencial. Para completar la ceremonia, García invitó al director de la policía a su despacho, donde colocaron la bandera en un lugar

preparado para ello.23

Esta no era la única bandera que los emerretistas pretendían arrebatar al gobierno. Lo mismo ocurría con la propia bandera nacional peruana. La bandera emerretista era similar a la peruana, pero con una diferencia importante: el lugar del escudo lo ocupaba la imagen de Túpac Amaru II enmarcada por un fusil y una macana o porra incaica, que se unen en la parte inferior para formar la letra V, de Venceremos. Debajo de las armas están las letras MRTA Al fusionar el símbolo más importante de la nación con el de su héroe, los emerretistas esperaban ser vistos no como una organización terrorista, como al Estado y los medios de comunicación les gustaba presentarlos, sino como un ejército de liberación nacional.

Cuando sus acciones culminaban con éxito, los emerretistas solían dejar su bandera como una especie de tarjeta de presentación.24 A veces, colocar la bandera en un lugar emblemático era incluso el principal objetivo. En noviembre de 1987, los emerretistas conmemoraron el 207o aniversario de la rebelión de Túpac Amaru colocando no menos de quince banderas en distintas zonas marginales de Lima. Para asegurarse de que permanecieran en su sitio, instalaron bombas trampa alrededor de ellas. En Comas, donde residía Lucero Cumpa, el objetivo fue un monumento de Túpac Amaru, donde los emerretistas también depositaron un arreglo floral como homenaje.25

La bandera del MRTA era una espina clavada para los partidarios del gobierno. No la veían como una adaptación de la bicolor, sino como una desfiguración del símbolo más sagrado de la nación. Pese a compartir diseño, no era la bandera peruana. Luis Giampietri, almirante de la Armada y futuro vicepresidente de la República, enfatizó este punto durante una entrevista en 2012: “[Los emerretistas] tenían una bandera distinta”, dijo “Tiene dos [armas] cruzadas y la cara de Túpac Amaru. O sea, era una bandera que no pertenecía al Estado. El Estado peruano jamás los reconoció como [fuerza combatiente]”.

¿La bandera del MRTA no era la bandera peruana con un escudo diferente?

“No”, se burló Giampietri. Era el escudo lo que convertía en oficial el estandarte nacional. Era lo que lo convertía en peruano. Enarbolar cualquier otra bandera, por muy parecida o inspirada en la bandera nacional que fuera, equivalía a una traición. Al preguntársele qué sentía cuando veía a los tupacamaristas izar su bandera, suspiro y dijo, “Bueno, que estos son traidores a la patria”.26

Retirar las banderas tupacamaristas era una prioridad para las fuerzas de seguridad. Comprendían su poderoso simbolismo y sabían que su presencia representaba una amenaza para la autoridad del Estado.

***

Una unidad especial de investigación de la Dincote había estado tras la pista de Alberto Gálvez Olaechea durante varios meses. La dirigía un mayor recién graduado llamado Marco Miyashiro. De ascendencia japonesa y nacido en el Callao, Miyashiro había formado parte del mismo grupo de boy scouts que Víctor Polay Campos y consideraba a su antiguo compañero "un excelente joven con una gran capacidad de liderar". Miyashiro recuerda que, cuando el padre del futuro emerretista salió de la cárcel, los integrantes del grupo hicieron una fiesta para celebrarlo. Polay explicó a sus amigos la diferencia entre delincuentes comunes y presos políticos, y les aseguró que su padre era uno de estos últimos.27

Ahora, más de veinte años después, Miyashiro dirigía la unidad responsable de atrapar a Gálvez Olaechea. Los oficiales pensaban que tenían suficientes pruebas para llevarlo ante la justicia. Además de vincularlo con el atentado del palacio presidencial, lo relacionaron con un coche bomba colocado en la avenida Paraguay, con camiones de comida robados en El Agustino y Collique, y con otra bomba que no llegó a detonar en el Aeropuerto Internacional Jorge Chávez.28 El hecho de que Gálvez llevara una vida semipública facilitó su seguimiento. Como parte de su cobertura, contaba con un pase de prensa del semanario izquierdista Cambio y a veces pasaba por la redacción. También se encontraba con frecuencia con otros presuntos emerretistas en restaurantes y cafés de la ciudad.

Gálvez fue detenido el 7 de agosto de 1987, mientras subía a su auto en la puerta de su domicilio en Magdalena. En su interior, los oficiales descubrieron una caja repleta de documentos internos que, según Miyashiro, "nos permitió conocer muchos detalles organizativos y funcionales del MRTA, hasta entonces desconocidos".29 Fue suficiente para que Gálvez fuera condenado a doce años de prisión en la recién creada cárcel de máxima seguridad de Canto Grande. Y lo

que es más importante, el caso Gálvez abrió una nueva vía de investigación que conduciría a más detenciones. “Esta investigación”, diría Miyashiro, “me introdujo en los cimientos del análisis, estudio e investigación de lo que era el MRTA, en lo que me mantendría durante los años siguientes”.30

La caída de Alberto Gálvez Olaechea supuso un duro golpe. Nadie del mismo nivel había sido detenido hasta entonces, ni en el MRTA ni en Sendero Luminoso. La Dincote incluso afirmó que Néstor Cerpa tenía “los días contados”.31 Sin embargo, encontrar al exlíder sindical resultaría más fácil de decir que de hacer. La policía tampoco sabía que Gálvez ya había ayudado a sentar las bases de una nueva fase del accionar del MRTA, que continuaría incluso sin su presencia. Un año antes, mientras se discutían los detalles de la fusión con el MIR, el Comité Central había convocado el Primer Pleno Unificado para evaluar la situación del movimiento. Para entonces, la violencia política se había extendido. Sendero Luminoso y las fuerzas contrainsurgentes del Estado habían intensificado los ataques contra civiles y enemigos. Aunque el MRTA había logrado establecerse en Lima, aún era débil fuera de la capital. Polay creía que había llegado el momento de organizar un frente rural.32 Gálvez estaba de acuerdo y conocía el lugar idóneo para ello: el MIR contaba con una importante red de estudiantes, maestros y campesinos en todo el Bajo Huallaga, que podía movilizarse para iniciar la lucha armada.33

Gálvez creía que San Martín era un escenario ideal. El departamento contaba con una fuerte base de la Confederación Campesina del Perú. En los años anteriores, tal como describe la socióloga Anahí Durand Guevara en su libro Donde habita el olvido, la Federación Agraria Selva Maestra Región San Martín se había enfrentado al gobierno, organizando paros y bloqueos de carreteras en todo el departamento. Los sanmartinenses también tenían experiencia de militancia. Estudiantes, maestros y trabajadores habían organizado un frente de defensa regional y algunos campesinos habían formado rondas campesinas.34 El MIR de Gálvez había acompañado cada paso del camino, con apoyo político, legal y logístico. Si se les pedía, Gálvez creía que los campesinos apoyarían al MRTA.

Gálvez fue detenido antes de que la insurrección comenzara. Sin embargo, para entonces los engranajes ya estaban en marcha. Como comandante general, Polay se hizo cargo personalmente de la preparación del foco selvático, explorando la zona en busca del lugar ideal para dar la campanada de salida.35

1. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

2. Entrevista con Penélope (seudónimo), Lima, 23 de diciembre de 2016.

3. Entrevista con Leo (seudónimo), Lima, 18 de julio de 2016.

4. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

5. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 18 de marzo de 2018.

6. Entrevistas con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016 y 18 de marzo de 2018.

7. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

8. Leech 2011: 109-119.

9. Manrique 2002: 121.

10. “Violento secuestro de empresario”, La República , 27 de septiembre de 1987, pp. 20-21.

11. Ibíd.

12. “Exigen 45 millones por rescate de industrial”, La República , 28 de septiembre de 1987, p. 17.

13. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016; “Sano y salvo liberan a Julio Ikeda”, La República , 30 de octubre de 1987, pp. 20-21; APJP , Juicio contra Víctor Polay Campos y otros, exp. 01-93, Acta de la decimonovena sesión, Interrogatorio de la acusada María Lucero Cumpa Miranda, 28 de marzo de 2005.

14. “Sano y salvo liberan a Julio Ikeda”, La República , 30 de octubre de 1987, pp. 20-21.

15. APJP , Juicio contra Víctor Polay Campos y otros, Interrogatorio de Lucero Cumpa.

16. Ibíd.; Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

17. “Sano y salvo liberan a Julio Ikeda”, La República , 30 de octubre de 1987, pp. 20-21.

18. APJP , Juicio contra Víctor Polay Campos y otros, Interrogatorio de Lucero Cumpa. Las siguientes citas han sido tomadas de esta misma fuente.

19. APJP , Juicio contra Víctor Polay Campos y otros, Acta de la vigésima sesión, Interrogatorio de Lucero Cumpa, 8 de abril de 2005.

20. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

21. “Recuperan bandera de San Martín”, La República , 25 de octubre de 1985, pp. 20-21.

22. “Ni concesiones ni diálogo con los grupos terroristas”, La República , 31 de octubre de 1987, p. 2.

23. Ibíd.

24. “Banderas y petardos del MRTA ”, Cambio , 6 de noviembre de 1986, n.° 30, p. 3; “Paralizan carretera central para desactivar un explosivo”, La República , 6 de octubre de 1986, p. 16.

25. “Asaltan 2 camiones con pollos y víveres e izan banderas del MRTA ”, La República , 5 de noviembre de 1987, p. 18.

26. Entrevista con Luis Giampietri, Callao, 24 de julio de 2012.

27. Entrevista con Marco Miyashiro, Miraflores, 30 de mayo de 2015.

28. “Presentan a presuntos miembros del MRTA ”, Cambio , 18 de agosto de 1987, n.° 110, p. 5.

29. Marco Miyashiro, “Reflexiones sobre el MRTA ”, manuscrito inédito, sin fecha, p. 2.

30. Ibíd.

31. “Presentan a presuntos miembros del MRTA ”, Cambio , 18 de agosto de 1987, n.° 110, p. 5.

32 “Interrogatorio a Víctor Polay, Trigésima Quinta Sesión”, 11 de junio de 2005, en Polay Campos 2007: 205-206.

33. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea, Chorrillos, 15 de marzo de 2018.

34. Durand Guevara 2005. Para más información sobre las rondas campesinas en el norte, véase Starn 1999b.

35. “Interrogatorio a Víctor Polay”, en Polay Campos 2007: 247.

SEGUNDA PARTE

7

Por el guerrillero heroico

Aunque solo era un niño en 1987, Daniel Bravo ya había tenido su cuota de política. Su padre, Pedro, le había contado las historias de los mártires miristas y de los comunistas caribeños. Incansable, había ayudado a los trabajadores rurales de San Martín a organizarse para obtener un precio justo para el arroz, su principal alimento y producto de cultivo. Pedro llevaba a su hijo a mítines, reuniones políticas y protestas, con la esperanza de trasmitirle la importancia del activismo político y de la acción colectiva.

En 1982, cuando Daniel tenía ocho años, Pedro lo llevó a un lugar a las afueras de Tabalosos, donde los campesinos habían bloqueado la carretera que conectaba el norte y el sur del departamento. Por la noche, Daniel acampó junto a la carretera con un grupo de mujeres y niños mientras los hombres ocupaban la vía. Se acurrucó junto a su hermano contra el pavimento y se quedó dormido bajo el dosel de la selva. Se despertó a las cuatro de la mañana con un sonido de disparos. Se puso en pie y llevó a su hermano a la maleza para ponerlo a cubierto. Las mujeres gritaban, los niños lloraban y corrían en todas las direcciones cuando volvieron a sonar los disparos. Daniel y su hermano corrieron a la casa de su abuela, que vivía en una choza de paja cercana. Horas después, Pedro llegó a la vivienda cubierto de sangre. Daniel se horrorizó al pensar que su padre se estaba muriendo. Solo más tarde se dio cuenta de que la sangre no era suya. Pedro había tenido que cargar a un muerto. Poco después, otro campesino llegó a buscarlo a la choza.

“¡Hay muertos!”, gritó.

Pedro dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la puerta.

“Quédense en la huelga”, le dijo a Daniel antes de irse. “De aquí la huelga los va a llevar a la casa de arriba. Váyanse a la cooperativa”.1

Daniel ensilló un caballo y se unió a la masa de manifestantes que se dirigían a la selva. Pedro no regresó ese día; fue arrestado mientras atendía a los campesinos muertos y heridos. Solo más tarde Daniel se enteró de lo que había sucedido esa mañana. El gobierno había enviado a la policía para despejar la carretera. Cuando los campesinos se negaron a ceder, las autoridades abrieron fuego, matando a seis e hiriendo a muchos más.

La masacre de Tabalosos marcó un momento decisivo para los campesinos de San Martín. Fue entonces cuando acordaron que, si querían continuar con su lucha, tendrían que armarse. Las semanas siguientes, Daniel vio pintadas en las cabañas de toda la comunidad: "El MIR vuelve". Daniel había escuchado de su padre historias sobre los miristas peruanos, pero no sabía muy bien qué significaban esas palabras. ¿Cómo podía volver una rebelión que ya había sido derrotada?

Pronto se dio cuenta de la presencia de varias personas —hombres jóvenes todos ellos— que entraban y salían de la cooperativa, se bañaban en la poza comunal y patrullaban la zona por la noche. Los jóvenes se portaban bien con Daniel, prestándole especial atención cada vez que se acercaba; uno de ellos incluso le regaló un diccionario para que pudiera ampliar su vocabulario. Daniel y los demás niños habían empezado a llamar a estos hombres tíos. "A todo el mundo les decíamos tío, tío", recuerda, "pero no era gente de acá. Muchos de ellos eran gente de la costa". Una noche, un tío llegó a su casa fuera de sí, con la ropa cubierta de pintura. Se desnudó a toda prisa y la quemó antes de seguir su camino. Al parecer, había estado pintando lemas subversivos a lo largo de la carretera y quería destruir las pruebas. Al año siguiente, el tío volvió, esta vez con otros tíos, todos ellos armados. Con el permiso de Pedro, los militantes iban a las chacras situadas detrás de la cooperativa para entrenar y hacer prácticas de tiro. Cuando llegaban, Pedro salía a buscar lugares donde pudieran acampar —cuevas, montañas— y Daniel siempre los acompañaba. Daniel les traía agua para que la tomaran durante sus entrenamientos.

Un día de 1987, estaba jugando en la chacra cuando su hermana mayor, Yasi, pasó sin saludarlo. Apenas tenía veinte años, estaba recién casada y sus visitas eran poco frecuentes, así que Daniel dejó a sus amigos para ver qué quería. Era su padre. Había muerto repentinamente. La causa oficial fue un infarto, pero Yasi tenía sus dudas. Dijo que Pedro la había llamado la noche anterior para conversar. De manera misteriosa, le había contado que estaba bien y que no debía preocuparse por él. Al día siguiente, los vecinos encontraron su cuerpo sin

vida. Yasi sospechaba que Pedro había sido asesinado por sus actividades sindicalistas, por lo que le dijo a su madre que se llevaría a Daniel a vivir con ella y su marido a Tarapoto hasta que las cosas se calmaran.

***

Aunque la presencia del MRTA en San Martín se caracterizaría por la guerra de guerrillas, las fuerzas de Víctor Polay nunca abandonaron la confrontación simbólica. El mismo nombre de la campaña apuntaba a ello: Túpac Amaru, Libertador. La selva no contaba con el tipo de lugares emblemáticos que habían hecho de Lima el escenario perfecto para la apropiación iconográfica, por lo que, en su lugar, los emerretistas convirtieron el calendario en un campo de guerra, sincronizando sus operaciones para hacerlas coincidir con fechas importantes de la historia revolucionaria peruana y latinoamericana.

La primera acción pública en la región tuvo lugar el 8 de octubre de 1987, cuando se cumplían veinte años de la muerte del Che Guevara, el conocido Guerrillero Heroico, en Bolivia. Bautizando la campaña, "Por el guerrillero heroico", Polay y compañía pusieron sus miras en Tabalosos, el lugar de la masacre de 1982 de la que fue testigo el joven Daniel Bravo. Con ello, los emerretistas esperaban apropiarse de la tragedia campesina para su propia causa revolucionaria. Antes de lanzar el ataque, gritaron: "¡El Che vive! La guerra de guerrillas no ha muerto".2 A continuación, al acercarse a Tabalosos, interceptaron varios camiones y ordenaron a los conductores que les llevaran el resto del camino. Esta práctica de secuestrar a los camioneros sería una de las favoritas del Frente Nororiental. Los choferes dejaron a Polay y a sus compañeros en la plaza de Armas, a un paso de la comisaría. Como comandante, Polay fue de los primeros en irrumpir en el edificio, tomando a los centinelas desprevenidos y ordenándoles que se retiraran para evitar un baño de sangre. La mayoría de los oficiales se rindieron o huyeron cuando los emerretistas asaltaron el edificio.3

Tras asegurar la comisaría, Polay celebró un mitin improvisado en la plaza y describió su insurgencia como una revolución socialista democrática, en defensa de la justicia y la paz. Las autoridades, dijo, tenían la responsabilidad de cumplir

las promesas que hacían al pueblo. Después, conversó con los líderes locales, mientras sus hombres distribuían alimentos de los camiones requisados. Una vez terminada la operación, ordenó a sus hombres liberar a los policías apresados en el asalto a la comisaría.4

Polay estaba orgulloso del resultado de la operación. “El 8 de octubre”, señaló en una entrevista en la selva con el reportero Luis Castro Gavelán, “es un día que vamos a tener grabado. Es la fecha del reinicio de las guerrillas en el Perú”.5 Lo que hacía que Tabalosos fuera tan querido para el líder emerretista era su papel en la memoria histórica regional. Allí se había desarrollado la movilización campesina que el padre de Daniel Bravo había encabezado. Era el lugar donde se había producido la violencia policial contra los manifestantes civiles. Con su ocupación simbólica, las tropas de Polay resarcían esta historia y se posicionaban como las verdaderas protectoras del pueblo sanmartinense.

Como siguiente paso, Polay quería tomar una ciudad grande para demostrar que el Frente Nororiental era realmente una fuerza a la que había que tomar en cuenta. Durante las siguientes semanas viajó por todo el departamento, reuniéndose con ronderos, sindicalistas y líderes comunitarios para medir la receptividad de la población local a la presencia del MRTA. En uno de estos viajes decidió ocupar Juanjuí, una capital de provincia de más de 25.000 habitantes en medio de la selva. Antes de su detención, Alberto Gálvez ya había hecho algunas incursiones en esa ciudad y creía que los habitantes serían receptivos. Además, la policía local tenía fama de abusar de la población, por lo que la captura de las comisarías podía enviar un mensaje de justicia.6

A diferencia de la pequeña Tabalosos, Juanjuí tenía tres comisarías. Eran más de cien efectivos en total, pero sus fuentes aseguraron a Polay que la mayoría patrullaba fuera del área urbana, lo que dejaba a las comisarías vulnerables frente a un ataque. El problema era que la policía no era el único obstáculo. Sendero Luminoso había penetrado en esta zona de la selva y operaba regularmente alrededor del río Huallaga. A estas alturas, los maoístas tenían una bien ganada fama de violentos y, pese a compartir el deseo de derrocar al gobierno, no tenían ningún interés en aliarse con los tupacamaristas, a quienes veían como una amenaza potencial para su propio proyecto político. De ahí que establecer una base en Juanjuí podría significar entrar en guerra con Sendero Luminoso.

Tras regresar de Tabalosos, Polay reunió a los otros tres comandantes del Frente

Nororiental, les informó sobre Juanjuí y les explicó que había explorado personalmente la ciudad. “Esa es la ciudad conveniente”, dijo. Los demás mandos, entre los que se encontraba Néstor Cerpa, estuvieron de acuerdo y aprobaron un plan de acción que incluía a setenta guerrilleros y decenas de apoyos civiles. El objetivo principal era tomar las comisarías de la zona. Una vez aseguradas, los emerretistas se apoderarían del aeropuerto, del local de la compañía telefónica y de las vías de entrada y salida de la ciudad, para cortar las comunicaciones y el transporte.

El 6 de noviembre de 1987, el ejército emerretista, vestido con ropa de combate de color verde oliva y botas de goma, armado con rifles automáticos, metralletas, pistolas de corto alcance y morteros, descendió sobre la adormecida ciudad de la selva.

Aquella mañana le tocaba a Bronco vigilar el cuartel de la Guardia Civil. El teniente a cargo del puesto había llegado borracho a las dos de la madrugada y se había desmayado en un catre, junto a tres de sus hombres, mientras Bronco y su compañero aseguraban la puerta principal. Eran casi las cuatro cuando se percató de que un camión se abría paso lentamente por el jirón Callao. Cuando el vehículo llegó a la plaza, decenas de hombres uniformados saltaron y se dispersaron tomando posiciones. Bronco entrecerró los ojos para ver mejor.

“¿Quiénes serán esos hombres?”, murmulló.

Su compañero, un cabo de mayor edad llamado Jorge Cieza Lachos, los miró durante unos segundos.

“¡Son terrucos!”, exclamó.

Antes de que Bronco pudiera reaccionar, los emerretistas abrieron fuego. Se puso a cubierto mientras se acercaban, amartillando su rifle lentamente en silencio, para no delatar su posición. Estaba tan alterado por la adrenalina que no se dio cuenta de que le habían alcanzado. Una bala había rebotado en el techo, rozando su mejilla derecha y seccionándole un trozo del meñique izquierdo al caer. Bronco sangraba por la cara y el dedo, pero estaba demasiado aturdido para darse cuenta. Apuntó con cuidado con su rifle a uno de los emerretistas y apretó el gatillo, pero el arma no disparó. En su esfuerzo por no hacer ruido, la había amartillado con tanta suavidad que la bala no había encajado en la recámara.

El pánico se apoderó de él. Su visión empezó a ser borrosa y perdió la capacidad

de pensar con claridad. Para empeorar las cosas, los guerrilleros estaban lanzando morteros contra el edificio. Corrió a la habitación trasera solo para encontrarla abandonada. Al parecer, el teniente y sus hombres habían escapado por la puerta de atrás. Otro policía se había escabullido por una ventana. Bronco salió corriendo y buscó refugio detrás de una casa cercana. Había escapado con vida, algo que no ocurrió con el cabo Cieza, que había recibido una herida mortal en el estómago.7

Los emerretistas tomaron las tres comisarías, el aeropuerto y la compañía telefónica, cortando toda comunicación con el exterior. Polay supervisó la operación desde su puesto de mando, cerca de la plaza de Armas. Cuando el lugar estuvo asegurado, tomó el megáfono y se dirigió a los pobladores. Según Polay, los recibieron con entusiasmo. Cientos de hombres y mujeres jóvenes se ofrecieron como voluntarios para unirse a las filas emerretistas, mientras que otros brindaron apoyo político y moral. Las madres colmaron a los ocupantes de alimentos y ropa para que se los llevaran en su largo viaje. “El apoyo de la población y su identificación con el MRTA fueron total”, afirmaría Polay más adelante.8

Aunque es posible que el líder emerretista exagerara el grado de entusiasmo, no cabe duda de que al menos algunos habitantes de Juanjuí acogieron con satisfacción su presencia. De hecho, cuando se enteraron de que Néstor Cerpa tenía retenido a un policía herido llamado James John Trisolini en la sede local de la PIP, exigieron que Cerpa lo sometiera a la justicia popular. Cerpa se negó y en su lugar ordenó a sus hombres que llevaran a Trisolini al aeropuerto y comunicaran por radio su estado para que pudiera recibir la atención médica adecuada. De camino al aeropuerto, los emerretistas se encontraron con un vehículo policial y entregaron a Trisolini a sus compañeros, que se lo llevaron sin incidentes y lo escoltaron hasta el hospital.9

Los emerretistas permanecieron en Juanjuí durante casi cinco horas, conversando con los lugareños y distribuyendo todo lo de valor que habían confiscado en el ataque. Por supuesto, se quedaron con todas las armas de las comisarías, lo que les permitió duplicar su arsenal. Tampoco perdieron la oportunidad de anotarse una victoria simbólica. Desfiguraron los símbolos locales del poder estatal, saqueando, quemando e incluso dinamitando varias oficinas gubernamentales. A las nueve de la mañana finalmente se subieron en cinco camionetas y abandonaron la ciudad.10

A primera hora de la tarde los emerretistas alcanzaron su siguiente objetivo: San José de Sisa, una pequeña capital de distrito. Antes de que llegaran, los habitantes del pueblo dieron la alarma y la Policía huyó. Cuando los camiones entraron en Sisa, no encontraron más que las miradas de los curiosos que se asomaban a las puertas o se subían a los tejados. “En realidad”, admitió Polay más tarde, “no podemos decir que hubo enfrentamiento [en San José de Sisa], porque no lo hubo; por lo tanto, no hubo toma… no hubo fuerza militar que enfrentar… por ello diría que fue una ocupación”. Polay se dirigió a los habitantes del pueblo en la plaza de Armas y les invitó a apoyar la insurgencia. Una treintena de jóvenes, hombres y mujeres, respondieron al llamamiento y se unieron a las filas del ejército emerretista. Polay y sus compañeros pasaron la noche en Sisa antes de continuar su marcha.11

***

En Lima, algunos congresistas de oposición criticaron la falta de respuesta estatal ante la presencia emerretista en San Martín. Otros exigieron que el gobierno abriera un diálogo político y prestara más atención a las demandas de la ciudadanía de aquella parte del Perú, o bien pidieron una amnistía general para incentivar a los tupacamaristas a dejar las armas.12 Un artículo de opinión planteó en un periódico capitalino la pregunta que estaba en mente de todos: ¿se estaba convirtiendo San Martín en otro Ayacucho? ¿Iba a ser el equivalente emerretista al bastión andino de Sendero Luminoso? Todo indicaba que sí.13

El gobierno respondió con su propia campaña de prensa. Apenas cinco días después del asalto a Juanjuí, Alan García dio un mensaje a la nación desde el palacio de gobierno, el primero que dedicaba al MRTA. “Debemos ahorrar al Perú sangre y violencia”, dijo. “Pido a ese grupo que acepte la decisión unánime del pueblo de resolver sus problemas en democracia”.14 Debían desmilitarizarse y entregar las armas a un gobierno que no había sido “impuesto por ningún poder extranjero”.15 El ministro del Interior, José Barsallo Burga, cuestionó la generosa cobertura informativa que los emerretistas habían recibido en San Martín. En una reunión a puerta cerrada con los líderes del Senado, sugirió que la prensa estaba en connivencia con el MRTA. Los cabecillas de la oposición mordieron el anzuelo y repitieron la acusación.16 El primer ministro, Guillermo

Larco Cox, optó por un enfoque más directo. Declaró que el gobierno no tenía interés en dialogar y rechazó el uso del término “guerrilla” para describir a los emerretistas. A pesar de estar uniformados, disciplinados y con una actitud amistosa hacia la población, las fuerzas de Polay eran terroristas.17

El gobierno de García respaldó su retórica con una contraofensiva masiva en San Martín. El 10 de noviembre, apenas unos días después de la toma de Juanjuí, García declaró el estado de emergencia en la región, decretando el toque de queda en la zona de las operaciones y suspendiendo las libertades civiles. En los días siguientes, un helicóptero tras otro llegó a la zona, con no menos de quinientos efectivos policiales.18 Menos de una semana después de la declaración del estado de emergencia, altos mandos de las Fuerzas Armadas aterrizaron en Tarapoto para supervisar la operación “Abajo MRTA”. El objetivo era eliminar la base de operaciones insurgente en la selva. Para entonces, la Inteligencia peruana había confirmado la identidad del líder emerretista, a quien se conocía como Comandante Rolando, y sabía que se trataba de Víctor Polay Campos. Todos los efectivos tenían órdenes explícitas de capturarlo “vivo o muerto”.19

La contrainsurgencia fue en gran parte obra de Enrique López Albújar, ministro de Defensa, cuyo padre había sido un famoso escritor indigenista, autor de hermosos relatos y poemas sobre la vida andina que inspiraban empatía y compasión. Enrique hijo tenía una vocación muy diferente. Tras ser el mejor de su promoción en la academia del Ejército, recibió formación militar en la Zona del Canal de Panamá, en Fort Knox y en el Reino Unido. Había ocupado importantes puestos durante la dictadura militar de Morales Bermúdez y formado parte del comité de asesoramiento del presidente. A los 57 años era el primer ministro de Defensa de la nación, puesto que antes cada rama de las Fuerzas Armadas contaba con su propio ministerio. Tenía el rostro severo de un hombre que daba órdenes y esperaba que se cumplieran.20

Fue López Albújar quien persuadió a García de declarar la ley marcial en San Martín a finales de 1987. Creía que solo una campaña de tierra quemada podría frustrar el avance de los emerretistas y restaurar la ley y el orden en esa parte de la selva. Pidió a los habitantes de San Martín que “confíen plenamente en la Fuerza Armada” y afirmó que respetarían al máximo los derechos humanos y las reglas de combate.21 Durante sus visitas, se paseaba con un traje de campaña de color oliva, con la correspondiente gorra y una pistola negra bien visible en la cadera.22

López Albújar comprendía la importancia de ganar la lucha simbólica en la selva. Un combate en el Alto Sisa produjo algunas bajas en ambos bandos a mediados de noviembre.23 Tres días después, la policía capturó a tres presuntos emerretistas cuando intentaban desenterrar el cuerpo de uno de sus compañeros caídos y colocar la bandera del MRTA sobre la lápida.24 Las fuerzas de seguridad se sintieron muy orgullosas de haber ganado esta batalla de banderas. En diciembre, una columna emerretista se vio obligada a huir de un momento a otro, cuando una patrulla del Ejército rodeó su campamento cerca de San José. Aunque la incursión no produjo víctimas ni heridos, el Ejército hizo que varios periodistas fotografiaran una patrulla subiendo a una palmera para retirar la bandera emerretista.25 Al día siguiente, López Albújar presidió una ceremonia en la plaza de La Bandera de Lima, donde los participantes rindieron homenaje a la "tribu" peruana. La ceremonia se celebraba por el Día de los Reservistas, en honor al ejército de reserva que ayudó a defender el país contra los chilenos durante la Guerra del Pacífico, pero López Albújar aprovechó la ocasión para hablar de los avances de sus tropas en la Amazonía. Tras la ceremonia, proclamó que las Fuerzas Armadas habían logrado importantes avances en la guerra contra el MRTA, citó como ejemplo la incursión del día anterior y aseguró a los periodistas que seguirían operando eficazmente contra los "terroristas".26

***

Cuando se mudó a casa de su hermana mayor en Tarapoto a finales de 1987, el joven Daniel Bravo se dio cuenta de que la contrainsurgencia era la nueva normalidad. "Ahí es, creo, que nuestra niñez es interrumpida", diría más tarde.27 No era raro que los partidos de fútbol se detuvieran repentinamente cuando las hélices de un helicóptero rugían por encima de la cancha, o que soldados armados asaltaran las casas de los vecinos. Por la noche, Daniel y sus amigos dejaban de hacer lo que estaban haciendo para correr hacia el interior de sus viviendas antes de que entrara en vigor el toque de queda. Cualquiera que fuera sorprendido en la calle después de esa hora, por muy joven que fuera, se exponía a una detención inmediata. Cuando se sentaba en la casa de su hermana Yasi por la noche, podía oír disparos en la distancia. A veces, los soldados o la policía golpeaban la puerta en medio de la noche, para registrar la vivienda.

Las tropas tenían motivos para sospechar de Yasi: tanto ella como su esposo formaban parte del MRTA. En ocasiones, celebraban reuniones con tíos a los que Daniel apenas conocía. “Les volvimos a decir tíos”, recordaría. Yasi trabajaba de enfermera en la posta local, por lo que acogía y atendía en su casa de Tarapoto a los emerretistas enfermos o heridos. Una noche, los soldados llegaron cuando su hermana estaba fuera de la ciudad. Daniel se despertó a medianoche cuando tiraron la puerta. Registraron la vivienda de arriba abajo, revolviendo todo antes de marcharse. Después de eso, las visitas se convirtieron en algo habitual. Durante una incursión nocturna, un vecino salió en su defensa.

“¡Váyanse de acá!”, gritó cuando los soldados salieron de la casa. “¿Qué vienen a buscar acá? ¿A qué han venido, a insultar a los niños? ¿No tienen nada mejor que hacer que molestar a los menores? ¡Váyanse! ¡Váyanse!”.

Los soldados, recordaba Daniel, volvían casi semanalmente, y todas las veces el vecino les resondraba. A veces lo dejaban pasar; otras veces le daban una bofetada. Pero no importaba cuántas veces volvieran, siempre les gritaba que se fueran. “¿Qué vienen a buscar acá? ¡Váyanse a buscar a otro lado!”. Daniel no estaba seguro de si sabía que Yasi era emerretista.

A veces Yasi le pedía a su hermano que hiciera pequeñas tareas por ella, como llevar armas de San Miguel a Tarapoto. Incluso con todos los controles militares, los soldados aún no creían que los menores pudieran realizar actividades subversivas. Daniel y otros niños llenaban sus mochilas y las pasaban por los puestos de control sin levantar ninguna sospecha. Al llegar a casa, le daba la mochila a Yasi y salía a jugar, sin pensar en lo que había ocurrido.

***

A pesar de los esfuerzos de López Albújar por controlar la narrativa de la guerra en la selva, la campaña Túpac Amaru, Libertador capturó la imaginación de muchos peruanos. Buena parte de este interés se centraba en Víctor Polay. El joven comandante era consciente del papel crucial que los medios de comunicación podían desempeñar en la política y lo utilizaba en su beneficio. Poco antes de las acciones en Tabalosos y Juanjuí, los emerretistas se fotografiaron preparándose para el combate. Las imágenes llegaron a los

principales periódicos y revistas del Perú.

Polay también permitió a los medios de confianza acceder a las localidades tomadas por sus hombres. El primero en llegar, al día siguiente de las victorias tupacamaristas en Juanjuí y San José de Sisa, fue el reportero de Canal 5 Alejandro Guerrero. El reportaje, transmitido por la televisión a todo el país, contribuyó a extender la idea de que el MRTA era una organización formidable y disciplinada, echando por tierra la versión del gobierno de que se trataba de poco más que una banda de narcotraficantes.28 En Sinami, un pequeño centro poblado de aproximadamente 1200 habitantes, Polay permitió que periodistas de diferentes medios lo entrevistaran. Era la primera vez que aparecía desenmascarado ante la prensa. Los periodistas lo encontraron sentado sobre una piedra, en el patio de tierra de un campesino local. Entre sus lentes de sol y su gorra verde oliva, era difícil distinguir su rostro. Además, insistió en que se le fotografiara de espaldas. Cuando se le preguntó, solo dio su nombre de guerra: Rolando.29

Los periodistas tomaron asiento en un banco de madera de espaldas a los militantes que custodiaban la entrada del recinto. Polay comenzó a explicar el significado de las acciones del Frente Nororiental. Señaló que la campaña guerrillera se había iniciado en Tabalosos como homenaje a los campesinos asesinados por la policía en 1982 y resaltó la identidad nacionalista de su movimiento. Cuando le preguntaron si el MRTA recibía ayuda extranjera, respondió: “no, el personal a mi mando está entrenado para esas acciones. No hay ningún extranjero entre mis efectivos […] Por lo demás, todos somos peruanos [...] Nuestro movimiento es auténticamente peruano. Solo hemos tomado como ejemplos, entre otros, de los cubanos, nicaragüenses, a quienes respetamos sus acciones, pero repito, nuestra guerrilla es peruana”.

Esto solo era cierto en parte. Puede que ningún integrante de la partida de San Martín fuera extranjero, pero el MRTA disponía de mucha ayuda del exterior, desde los miristas chilenos hasta militantes bolivianos, colombianos y ecuatorianos. Algunos de estos insurgentes incluso operaban en el Perú. Los comentarios engañosos de Polay ponen de manifiesto que era consciente del problema de imagen que suponía la presencia de combatientes extranjeros en suelo peruano. Si el MRTA deseaba ganarse los corazones y las mentes de los peruanos, tenía que parecer una organización por completo peruana en nombre y composición.

Polay también aprovechó la oportunidad para resaltar las diferencias entre su grupo y Sendero Luminoso, cuya vocación violenta era ya notoria en todo el país. A diferencia de los maoístas, cuya visión de la realidad peruana describió como “equivocada” y “cuestionable”, el MRTA era un verdadero movimiento revolucionario, que hablaba “un lenguaje para llegar al pueblo”. También en esto era consciente de la importancia de vincular discursivamente al MRTA con la nación. A diferencia de los senderistas, seducidos por China, los emerretistas eran simplemente peruanos.

Tras conversar con la prensa durante unas tres horas, Polay se levantó y se retiró. La noche tuvo un ambiente festivo, con música y baile. Los reporteros fotografiaron a las campesinas bailando el tunche, una danza local, con emerretistas barbudos y bigotudos, que no dejaban de empuñar sus armas mientras festejaban. Estas fotos, publicadas en los principales periódicos al día siguiente, consolidaron la imagen del MRTA como una organización que se había ganado el apoyo de la población local.

Era solo cuestión de tiempo para que el gobierno y los medios de comunicación confirmaran la verdadera identidad de Polay. Seguramente el propio líder emerretista contaba con ello, pero mientras tanto la especulación cubrió de mística su historia: la antigua promesa aprista convertida en guerrillero, el compañero de departamento del presidente devenido en archienemigo. Cuanto más se conocía la identidad de Polay, más increíble parecía. Cuanto más increíble era, más gente quería saber. A los peruanos les costaba creer que el hijo de un miembro de primera hora del partido gobernante arriesgara su vida luchando en una guerra de guerrillas, en medio de la selva amazónica. Sin embargo, allí estaba, dando entrevistas en San José de Sisa. Lo inverosímil del asunto llevó a algunos a especular que Polay solo había llegado para la foto, para luego alquilar un avión privado y salir del país. Otros informaron de que había huido en un avión cargado de droga. “Lamento defraudarlos”, dijo Polay en una entrevista exclusiva concedida a mediados de diciembre a Cambio, publicación que por entonces era el vocero extraoficial del movimiento, “Lo que podemos decir es que eso no pasa de ser un deseo o un sueño de las Fuerzas Armadas y del gobierno aprista”.30

El MRTA terminó 1987 en la cúspide de su fama. Había logrado distanciarse de Sendero Luminoso y disfrutaba de una oleada de simpatía. Aunque las cifras exactas son difíciles de obtener, se estima que contaba con no menos de mil miembros en armas y varios miles más de partidarios activos.31 Muchos de

estos nuevos reclutas se debían al éxito de la campaña Túpac Amaru, Libertador. Este era el caso de Carlos Peña, un estudiante de secundaria de Lima que hasta entonces no sabía mucho del MRTA. Carlos devoraba las noticias de los periódicos sobre la "brillante y victoriosa campaña" en San Martín. Al leer estos titulares en los quioscos, llegó a la conclusión de que el MRTA era "una opción diferente" a la destrucción que representaba Sendero Luminoso.32 Cuando ingresó a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos al año siguiente, se ofreció como voluntario. Sería uno entre las docenas de estudiantes que ese año juraron lealtad al MRTA, ante una estatua del guerrillero heroico, el Che Guevara. "Sin lugar a duda", observó el historiador Nelson Manrique, "ese debió ser el momento en que su prestigio [del MRTA] llegó al más alto nivel".33 La pregunta era cuánto tiempo duraría.

---

1. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo), Tarapoto, 22 de mayo de 2015.

2. "Interrogatorio a Víctor Polay, Trigésima Quinta Sesión", 11 de junio de 2005, en Polay Campos 2007: 248.

3. MRTA 1990: 123, en Polay Campos 2007: 248-249.

4. Polay Campos 2007: 248-249.

5. Luis Castro Gavelán, "Entrevista en la selva al 'comandante Rolando'", La República , 11 de noviembre de 1987, pp. 9-11.

6. Polay Campos 2007: 253-254. Los hechos expuestos a continuación tienen como base esta fuente, en el intervalo de las pp. 253 y 255.

7. Entrevista con Bronco (seudónimo), Juanjuí, 11 de agosto de 2014.

8. Polay Campos 2007: 240, 257-258.

9. “Declaración de James John Trisolini”, en Polay Campos 2007: 383-385.

10. Polay Campos 2007: 256, 260; “Ejército y FF. PP. a la contraofensiva en Juanjuí”, La República , 7 de noviembre de 1987, pp. 18-21.

11. Polay Campos 2007: 263; “Terroristas toman San José de Sisa”, La República , 9 de noviembre de 1987, pp. 19-22.

12. “Hay que reorganizar servicios de inteligencia de la policía”, La República , 10 de noviembre de 1987, p. 14; “Gobierno debe escuchar al pueblo de San Martín y atender sus demandas”, La República , 20 de noviembre de 1987, p. 8; “Bernales pide diálogo con alzados en armas”, La República , 16 de noviembre de 1987, p. 3. También, “Si se da amnistía el MRTA podría acogerse a ella deponiendo armas”, La República , 24 de noviembre de 1987, p. 8.

13. Roger Rumrrill, “¿Una nueva Ayacucho?”, La República , 11 de diciembre de 1987, p. 23.

14. “Alan García pide al MRTA que deponga las armas”, La República , 12 de noviembre de 1987, p. 2.

15. Ibíd.

16. “Barsallo culpa al periodismo de estar coludido con el MRTA ”, La República , 13 de noviembre de 1987, pp. 2-3.

17. “Larco Cox asegura que no habrá diálogo con el MRTA ”, La República , 14 de noviembre de 1987, p. 2.

18. “Ejército y FF. PP. a la contraofensiva en Juanjuí”, La República , 7 de noviembre de 1987, pp. 18-21; “ FF. AA. salen a combatir a subversivos en San Martín”, La República , 11 de noviembre de 1987, pp. 2-3; “Toque de queda empieza a regir desde la 11 P.M. en San Martín”, La República , 17 de diciembre de 1987, p. 33.

19. “Capturar ‘vivo o muerto’ al jefe del MRTA es la consigna”, La República , 17 de noviembre de 1987, pp. 2-3.

20. “Ministro de Defensa: ‘Ninguna justificación para que las FF. AA. intervengan’”, Quehacer , febrero-marzo 1989, pp. 6-12.

21. “Tengan confianza plena en FF. AA . ”, La República , 17 de noviembre de 1987, p. 3.

22. “Ejército y FF. PP. a la contraofensiva en Juanjuí”, La República , 7 de noviembre de 1987, pp. 18-21; “ FF. AA. salen a combatir a subversivos en San

Martín", La República , 11 de noviembre de 1987, pp. 2-3; "Toque de queda empieza a regir desde la 11 P.M. en San Martín", La República , 17 de diciembre de 1987, p. 33.

23. "4 muertos deja violento choque ante subversivos y soldados", La República , 18 de noviembre de 1987, p. 4.

24. "Intentan secuestrar restos de subversivos en cementerio", La República , 20 de noviembre de 1987, p. 17.

25. "Cae arsenal del MRTA en plena selva", La República , 6 de diciembre de 1987, pp. 20-21.

26. "Todos los peruanos debemos cerrar filas contra la agresión subversiva", La República , 7 de diciembre de 1987, p. 3.

27. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo).

28. MRTA 1990 : 124.

29. Luis Castro Gavelán, "Entrevista en la selva al 'comandante Rolando'", La República , 11 de noviembre de 1987, pp. 9-11. Las siguientes citas y los hechos expuestos a continuación corresponden también a esta fuente.

30. "El Comando MRTA y el estado de emergencia", Cambio , 30 de diciembre

de 1987, pp. 23-25.

31. GlobalSecurity.org, “Movimiento Revolucionario Túpac Amaru ” , disponible en: <https://www.global security.org/military/world/para/Túpac_amaru.htm > (última consulta: 01/09/19).

32. Entrevista con Carlos Peña (seudónimo), Lima, 6 de enero de 2017.

33. Manrique 2002: 122.

8

El viaje de Rodrigo

Rodrigo era el mayor de los siete hijos de la familia Gálvez. Los Gálvez vivían mejor que la mayoría en el Tarapoto de los años setenta. El padre tenía una finca y conducía una camioneta, pero a Rodrigo nunca le cuadró que los peones rurales tuvieran que trabajar por un sueldo mínimo mientras su familia llevaba una vida confortable. A veces se subía a la camioneta y acompañaba a su padre para ver cómo estaban los trabajadores. Durante esas visitas, les preguntaba si tenían un salario justo y suficiente para comer. Otras veces insistía a su padre para que les pagara las horas extra cuando trabajaban en exceso.

En el colegio Santa Rosa de Tarapoto, Rodrigo avanzaba los cursos sin problemas. Franco, su hermano pequeño, recuerda que siempre tenía una pila de libros en su habitación. Cuando le preguntó por qué tenía tantos, le contestó: "Hay que aprender para crecer".1 Rodrigo siempre tenía buenos consejos para sus hermanos. "Cada cosa tiene su hora. Cada cosa tiene su momento. Si queremos trabajar, trabajamos. Si queremos llorar, lloramos, y si queremos bailar, bailamos, pero una sola cosa al mismo tiempo", decía.2

A finales de la década de 1970, San Martín se había convertido en un hervidero de descontento social, con estudiantes que se unían a campesinos y trabajadores en protestas masivas. Rodrigo alcanzó la mayoría de edad en medio de este ciclo de activismo. Como estudiante del Instituto Tecnológico Superior, se unió al MIR-Voz Rebelde, una organización de izquierda con muchos seguidores en la región. Los militantes del MIR estaban a menudo en primera línea de las protestas. Durante una manifestación, aún joven, intentó arrebatarle la porra a un policía. Fracasó en el intento y tuvo suerte de no recibir una paliza o algo peor. Sin embargo, el incidente le valió el respeto de sus compañeros.

En 1984, cuando tenía veinte años, Rodrigo se alistó en la Marina de Guerra del

Perú. Para entonces, ya se había convertido en mirista. Era una práctica habitual que el movimiento enviara a sus militantes a las Fuerzas Armadas, para que recibieran entrenamiento militar gratuito. Según parece, Rodrigo tenía esto en mente cuando se alistó. La Marina era el primer paso de un camino mucho más largo hacia la revolución, “el viaje”, como él lo llamaba. Sabiendo lo que estaba en juego, y que no habría vuelta atrás, grabó un sentido discurso de despedida a su familia y amigos. Habló con voz dulce, casi cristalina, lenta y metódicamente, cada palabra cuidadosamente pensada y pronunciada, como si fuera consciente de que este podría ser su último mensaje.

“Tengo que hacer este viaje”, explicó antes de articular unas palabras de despedida para sus padres, su “papacito lindo” y su “mamacita”. “Espero que encuentren ellos el camino que gusten, aunque no sé si el camino que yo he tomado les parezca conveniente, pero lleno de corazón les digo que [...] uno es libre de escoger la vida que va a llevar, el camino que va a seguir, de cómo quiere vivir en nuestro pueblo peruano”.

Rodrigo sabía que no todos estarían de acuerdo con su decisión. “Si esto ofende a alguien, el rumbo que yo debo tomar, el rumbo que yo he elegido, les pido mil disculpas y que me perdonen”, decía la grabación, pero “cada uno es libre de escoger el sistema de sociedad en que uno quiere vivir, o el medio en el que uno quiere desarrollarse”. Se trataba de preguntarse: “¿Nos gusta [la sociedad] en la que vivimos o no nos gusta? ¿Nos gusta el medio de vida que llevamos? ¿Está malo o bueno?”. Era una pregunta retórica, pues Rodrigo ya había reflexionado bastante sobre el asunto. “De acuerdo a eso, a los análisis que yo he llegado, al medio de vida, de la vida que llevamos en nuestro pueblo, del hambre y sed, y todo lo demás, a decir verdades no estoy de acuerdo. Por ello me propongo un remedio más y espero lograrlo”.3 Según su hermano, el remedio al que se refería era afiliarse al MIR.

El discurso de Rodrigo no era todo serio. En un momento, interrumpió su despedida y empezó a cantar. Pidió perdón a su familia, “porque yo no sé cantar”, y entonó una variante del vals “Indio” de Alicia Maguiña:

El sol se hizo sombra,

y nació el indio.

El sol proyecta su sombra,

y nació el indio.

Prisionero en tu suelo,

indio cautivo.

Sin luz en la mirada,

indio sombrío.

Ayer montaña,

hoy solo escombro.

Hierve mi entraña

cuando te nombro.

Serás otra vez montaña

y habrá fulgor en tus ojos.

Tu risa oiré

y feliz serás,

y feliz seré.

El viaje de Rodrigo no terminó con la temporada que pasó en la Marina. Regresó a San Martín al concluir su formación básica y se reincorporó al MIR. Cuando el grupo se fusionó con el MRTA, se unió al recién bautizado Frente Nororiental. Dado su entrenamiento militar y sus vínculos con la élite local y con los campesinos de Tarapoto, no es de extrañar que rápidamente se convirtiera en uno de los líderes. Como señalaba un documento del MRTA, Rodrigo era “de los compañeros que demuestran avidez por el aprendizaje, así como iniciativa y dedicación”.4 Cuando el MRTA inició su campaña en la selva a finales de 1987, condujo junto a Víctor Polay las tomas de Juanjuí y San José de Sisa.5

Tras la campaña, Rodrigo regresó a Tarapoto y comenzó a coordinar el esfuerzo regional tupacamarista desde allí. Sus padres sabían lo que estaba haciendo. Su madre lloraba cada vez que se acercaba, pues la idea de que le ocurriera algo era insoportable. Su padre era más comprensivo. “Haz lo que tengas que hacer”, le dijo, “y cuídate”.6 Esto, de nuevo, resultó más fácil de decir que de hacer. Cuando se declaró el estado de emergencia por recomendación del ministro de Defensa López Albújar, el Ejército detuvo a Rodrigo durante varios días. Su padre pidió todos los favores posibles para conseguir su liberación. Tanto el MRTA como su familia afirmaron que Rodrigo fue torturado durante su detención.7 Una fotografía tomada por su familia poco después de su liberación parece corroborar esta afirmación. La imagen muestra a Rodrigo con su padre y su hermano pequeño, Franco, de pie delante de la camioneta familiar. Se observa que el antaño fornido joven ha perdido gran parte de su masa muscular. Sin embargo, los malos tratos no mantuvieron a Rodrigo alejado durante mucho tiempo y pronto volvió a su militancia en el MRTA. Ahora, sin embargo, debía tener más cuidado, ya que estaba bajo la mira del Estado. La próxima vez, su padre no podría sacarlo de apuros tan fácilmente.

---

1. Entrevista con Franco Gálvez, Tarapoto, 23 de mayo de 2015; MRTA 1990: 164.

2. “Despedida de Rodrigo Gálvez”, 2 de octubre de 1984. Grabación de audio, archivo personal de Franco Gálvez, Tarapoto.

3. Ibíd.

4. MRTA 1990: 164.

5. Ibíd.

6. Entrevista con Franco Gálvez; MRTA 1990: 164.

7. Ibíd.

9

Crimen y castigo

Peter Cárdenas era muy consciente de que su tapadera podía ser descubierta en cualquier momento. Si salía de la casa segura, aunque fuera brevemente, la policía podía detenerlo. “En cualquier momento me iban a agarrar acá”, recuerda. “Era uno fijo”. La inconfundible mancha de pelo blanco en la parte inferior izquierda de la barbilla le impedía pasar desapercibido. Habría mentido si hubiera dicho que no quería estar en la selva con sus compañeros, Víctor Polay y Néstor Cerpa. ¿Qué revolucionario amante del Che no soñaba con formar parte de un foco guerrillero? Además, sería mucho más difícil caer en manos del enemigo al amparo de la selva. Sin embargo, como responsable de las operaciones emerretistas en Lima, El Siciliano no podía permitirse abandonar la capital más que por un corto periodo de tiempo. “Era mi responsabilidad” permanecer en Lima, explicaría. “¿Qué iba a hacer?”. 1

La preocupación de Cárdenas aumentó cuando la Dirección nacional decidió enviarlo en compañía de Hugo Avellaneda a Ciudad de México a principios de 1988, para establecer contacto con una fuente importante. No está claro lo que la Dirección esperaba obtener de la reunión, pero debía ser algo tan sensible como valioso para arriesgarse a enviar a dos miembros de alto rango. Al igual que Cárdenas, Avellaneda había estado en el MRTA desde sus inicios. Juntos, constituían dos tercios del mando original del grupo en Lima (Polay era el tercero). Las instrucciones de Avellaneda eran presentarse en la cafetería de la Universidad Nacional Autónoma de México, a una determinada hora, para reunirse con un contacto. Para asegurarse de que era la persona adecuada, debía preguntar: “¿Cómo está el panorama en las Tres Culturas?”, a lo que su contacto respondería: “Durmiendo el sueño de una noche de verano”.2 Esa sería la señal para que el encuentro tuviera lugar.

La Dirección sabía que corría un gran riesgo al enviar al extranjero al Gringo y

al Negro, como también eran conocidos. Como precaución, les proporcionaron pasaportes ecuatorianos falsos para pasar el control de Migraciones. Cuando llegaron al Aeropuerto Internacional Jorge Chávez el domingo 7 de febrero de 1988 y se preparaban para abordar el vuelo de Air Panamá a Ciudad de México, todo lo que pudieron hacer fue intentar mantener la calma. Pero no lo lograron. Un funcionario sospechó de su comportamiento y pidió ver sus pasaportes. Cárdenas y Avellaneda entregaron los documentos y respondieron con cautela a las preguntas del oficial. Quienquiera que hubiera falsificado los pasaportes había hecho un gran trabajo. Solo había un problema. Si estos dos viajeros eran ecuatorianos, ¿por qué hablaban con acento limeño? Cuando se les insistió en ello, Cárdenas y Avellaneda confesaron que, en efecto, eran peruanos, pero que debido a una crisis familiar habían tenido que huir del país. El oficial no se dejó convencer y pensó que querían pasar droga. La policía del aeropuerto intervino rápidamente, los detuvo y los subió a una patrulla rumbo a la Dirección Nacional contra el Tráfico Ilícito de Drogas (Dintid). Durante el trayecto, uno de los emerretistas intentó arrojarse del vehículo, pero fue en vano. Cárdenas y Avellaneda ofrecieron pagar 6000 dólares en efectivo si los dejaban ir. Los policías se negaron y los entregaron a la Dintid. Solo después de que la comprobación de los antecedentes revelara que no había arrestos anteriores relacionados con drogas, la policía se dio cuenta de que podían ser insurgentes y los entregó a la policía antiterrorista. Tras una nueva inspección, la Dincote constató que tenía bajo arresto a dos de los principales dirigentes del MRTA.3

La captura de Peter Cárdenas y Hugo Avellaneda era la última de una serie de detenciones de militantes de alto nivel del MRTA. Menos de un mes antes, el Ejército había arrestado a Sístero García, comandante del Frente Nororiental en San Martín y antiguo socio de Alberto Gálvez Olaechea, que había ayudado a Víctor Polay y Néstor Cerpa en las tomas de Juanjuí y Tabalosos.4 Dado que Gálvez había sido detenido el año anterior, parecía que, por primera vez desde que el MRTA comenzó sus acciones en 1984, el aparato contrainsurgente estaba acercándose a la Dirección.

De los principales líderes, solo Víctor Polay y Néstor Cerpa seguían en libertad. Cerpa siempre había tenido la habilidad de evitar a las autoridades. Hacía meses que el ministro del Interior había anunciado que tenía los días contados, pero seguía siendo tan escurridizo como siempre. Tras el éxito en San Martín, Polay había regresado a Lima, cambiando de peinado y dejándose el bigote para despistar a sus perseguidores. Sin embargo, un día, bajó la guardia y salió con dos de sus camaradas, luciendo unos lentes oscuros en plena noche. Los tres se

acercaron a un puesto de comida cerca del Estadio Nacional para comprar anticuchos. Mientras estaban en ello, Leo, uno de los primeros alumnos de Polay en el movimiento, se fijó en una hoja de papel pegada en un poste de teléfono. Se inclinó para verla más de cerca y vio un boceto de la cara de Polay bajo las palabras “Se busca” y la recompensa en metálico que se ofrecía por la captura del líder emerretista. Leo dio un sutil codazo a Polay e hizo un gesto hacia el afiche.

“¡Allí está tu foto!”, le susurró.

Polay miró y lo confirmó con sus propios ojos. Lo único que pudo hacer fue reírse.5 Estaba a salvo. Por ahora.

En agosto de 1988, Polay, Cerpa y los demás miembros del Comité Central convocaron su segundo congreso. El lema de la reunión era “Con las masas, en la guerra revolucionaria, avancemos en la conquista del poder popular”.6 Una vez más, el evento tuvo una alta carga simbólica, con numerosas referencias a la memoria histórica. “Todo movimiento revolucionario”, rezaba la apertura del encuentro, “es el resultado del desarrollo histórico de la lucha de un pueblo por alcanzar la libertad y la justicia”. El MRTA era “la expresión más alta de las luchas del pueblo peruano”.

Las discusiones tuvieron lugar bajo la atenta mirada de personajes icónicos. Los retratos de Túpac Amaru, Micaela Bastidas, José Carlos Mariátegui y Luis de la Puente Uceda estaban acompañados de figuras clave de la izquierda latinoamericana y mundial, como el Che Guevara, Marx, Lenin y Ho Chi Minh. La reunión comenzó con una reflexión sobre la importancia de la historia, conectando la lucha actual del MRTA con la herencia nacional peruana. Los miembros del comité recordaron el esplendor del Tahuantinsuyo y analizaron la gesta de su héroe epónimo. Incapaces de resistirse a exotizar a los andinos, afirmaron que Túpac Amaru representaba “la conciencia nacional indígena, que perseguía la libertad de la patria bajo la hegemonía indígena, pero que también buscaba integrar a las demás razas, etnias y nacionalidades”. Lejos de haber surgido en el vacío, el MRTA se presentaba de esta manera como la encarnación de una lucha histórica tan antigua como el propio Perú. Solo después de enfatizar esta conexión histórica, los miembros del Comité Central pasaron a otros asuntos.

La reunión de agosto de 1988 representó una oportunidad para que el MRTA,

que por entonces gozaba de un apoyo sin precedentes a pesar de la reciente pérdida de algunos de sus líderes, renovara su compromiso con la democracia y la diversidad, y repudiara la violencia al estilo de Sendero Luminoso. De hecho, las resoluciones aprobadas durante el congreso sugieren que la mayoría del Comité Central estaba dispuesta a hacerlo. Los participantes defendían un modelo de socialismo democrático, diferente del modelo verticalista y dirigido por el Estado de los países soviéticos. Sostenían que, debido a la fuerte penetración del imperialismo y el capitalismo en el Perú, era imprescindible realizar una revolución de carácter socialista, pero creían que la nueva sociedad debía basarse en principios democráticos.

Para los emerretistas, el Perú del futuro debía ser una "democracia socialista", es decir, "una democracia que se sustenta en el pueblo organizado, en el bienestar popular, en el derecho de opinión, de movilización, de creencia, en la defensa de los derechos humanos de nuestro pueblo". El nuevo Estado revolucionario estaría descentralizado. "Cuadra por cuadra, barrio por barrio, pueblo por pueblo", cada funcionario sería elegido desde la propia base. Otros artículos aprobados incluían el reconocimiento de la diversidad racial y cultural del Perú, y la igualdad de género "en el trabajo y todas las áreas de la actividad humana, incluyendo las responsabilidades en las tareas revolucionarias en todos los niveles y en la construcción de la sociedad socialista". Asimismo, se propugnaba la eliminación de "toda forma de discriminación y violencia contra la mujer, combatiéndose al machismo".

El MRTA parecía apuntar en la dirección correcta. Su visión de futuro incluía democracia social, multiculturalismo, eliminación de la discriminación de género y lucha contra la misoginia. Era la plataforma más inclusiva y democrática que los emerretistas habían propuesto hasta la fecha y suponía una gran oportunidad para empezar a poner en práctica los ideales progresistas. Sin embargo, ninguna de estas proclamas llegó a plasmarse en el funcionamiento cotidiano del MRTA. En lugar de tomar el congreso como un punto de partida para reformar la cultura y la conducta emerretistas, los miembros de la línea dura, casi todos ellos hombres mestizos y heterosexuales, continuaron con sus hábitos de autoritarismo, misoginia, discriminación racial, homo y transfobia y violencia gratuita. Esta contradicción los alejaría de la población que esperaban ganar para su causa.

Algunos de estos comportamientos caían incluso dentro de los límites punitivos. Durante el congreso, el Comité Central definió las prácticas que desde su punto

de vista revolucionario constituían delito. Además de los delitos estándar reconocidos por la ley peruana, como el robo, la venta de drogas, el homicidio y la violación, se incluían cuestiones vinculadas a la acción armada, como el faccionalismo, la traición, la deserción, la delación y el abuso de autoridad. Estas infracciones podían dar lugar a la expulsión del partido o incluso a la muerte. Si bien muchas de ellas tenían sentido desde el punto de vista de la disciplina militar, los partidarios de la línea dura con frecuencia las usaban de manera estricta, como pretexto para sus propios abusos. En los siguientes años, el estatuto de delitos y castigos de 1988 se convirtió en la excusa para justificar algunas de las peores atrocidades de la insurgencia.

Varias de estas normas se limitaban a validar prácticas que ya existían. A principios de 1988, Carmen Rosa Cusquén, una abogada de Lambayeque de 32 años, fue acusada de haber provocado la muerte de tres emerretistas. Se la declaró culpable de "deserción y traición" en un juicio realizado sin su presencia y fue condenada a muerte.7 En abril, dos pistoleros le dispararon mientras llevaba a su hijo de un año a casa desde la iglesia. Los médicos trasladaron a Cusquén al hospital Loayza para realizarle una operación que le salvó la vida. Sin embargo, el primero de junio, la noche antes de que le dieran el alta, dos asesinos entraron en su habitación con silenciadores y terminaron el trabajo, disparándole en el brazo y en la cabeza.8

Los emerretistas también intensificaron la impopular práctica del secuestro para pedir rescate. En la mañana del 7 de julio de 1988, una columna del MRTA asaltó la tienda de baterías CAPSA y secuestró a su propietario, Héctor Jerí García. Para los tupacamaristas, Jerí encarnaba todo lo que estaba mal en la sociedad peruana. Sus trabajadores estaban en huelga para exigir un mayor salario. Y lo que era más importante: Jerí era un general retirado de la Fuerza Aérea, lo cual le convertía en una presa adecuada a ojos del movimiento. Un comando emerretista lo secuestró y encerró durante más de un mes en una celda subterránea o, como los militantes la llamaban, en una "cárcel del pueblo".9 Las negociaciones estuvieron a punto de fracasar a mediados de agosto, cuando los cuerpos de Sócrates Porta Solano y Miguel Pasache, los dos emerretistas encargados de tratar la liberación de Jerí, aparecieron en Cañete con signos de tortura y disparos en la cabeza.10 Un escuadrón paramilitar vinculado al Partido Aprista, el Comando Rodrigo Franco, se atribuyó más tarde el golpe.11 Afortunadamente, los emerretistas no culparon a Jerí. En septiembre, difundieron una serie de fotografías y un vídeo como prueba de que cumplían con el Convenio de Ginebra sobre prisioneros de guerra. Pero el aspecto

desaliñado y vulnerable del general hizo que tuvieran el impacto contrario al deseado. Solo contribuyeron a aumentar el descontento y las críticas por el uso del secuestro como medio de lucha revolucionaria.12 Poco después, los tupacamaristas liberaron a Jerí.

No era un caso único. En varias partes del país los emerretistas secuestraron a empresarios e industriales que se negaban a pagar cupos para financiar sus acciones. Caretas publicó un artículo sobre uno de estos empresarios, Carlos Ferreyros. Según los emerretistas, Ferreyros representaba a uno de los "doce apóstoles", un apodo para la docena de familias que componían la crema de la crema de la oligarquía peruana. Identificado como el recluso número 00102 en la cárcel del pueblo, fue secuestrado por comandos del MRTA en diciembre de 1988. El MRTA creía que su secuestro "golpea[ba] fuertemente el poder económico del país".13 En realidad, Ferreyros solo había heredado el 7,5% de la fortuna de su padre en el sector de la construcción, y muchas de las industrias de la familia eran propiedad de colectivos de trabajadores.

Ferreyros, editorializó Caretas, no encajaba en la descripción de un "explotador". Esto no impidió que los emerretistas atacaran seis de las empresas de su familia a principios de febrero de 1989, solo un mes después de matar a otro rehén, Armando Lastra, después de que la policía intentara intervenir durante la entrega del dinero.14 Otra columna de Caretas señaló la distancia que había entre estas muertes y la insistencia del MRTA en respetar la vida humana, anotando que la muerte y la violencia no tenían nada de heroico.15

***

Desde el comienzo de la campaña en San Martín, el ministro de Defensa, Enrique López Albújar, se había propuesto erradicar de la selva todas las fuerzas del MRTA. Durante más de un año, los militares habían barrido el departamento, acosando a los emerretistas y poniéndolos en fuga con una estrategia de tierra quemada. En enero de 1988, unos viajeros encontraron en el valle de Sisa los cadáveres en descomposición de cincuenta tupacamaristas que habían resultado heridos tras escaramuzas con el Ejército. Escondidos, habían sucumbido a sus heridas días después del enfrentamiento. Los viajeros los descubrieron cuando se

percataron del gran número de aves carroñeras que pululaban por la zona.16 Estas acciones habían convertido a López Albujar en una espina clavada para el MRTA. Y no parecía que el acoso fuera a terminar.

A principios de 1989, el ministro viajó a San Martín y Ucayali para inspeccionar las operaciones de contrainsurgencia. Tras conversar con las autoridades de Tocache y Pucallpa, planteó la posibilidad de ampliar el estado de emergencia para incluir otras regiones. Pese al éxito parcial en la selva, el Estado tenía que hacer frente a la creciente actividad emerretista en otras partes del país. Si las tácticas de López Albujar habían logrado mantener a raya a los emerretistas en San Martín, ¿por qué no iban a funcionar en lugares como Junín, donde tanto Sendero Luminoso como el MRTA estaban cada vez más presentes? Con esto en mente, el ministro se trasladó a Huancayo, la bulliciosa capital del valle del Mantaro.17

Junín se había convertido en una importante base de operaciones para los emerretistas, que operaban tanto en Huancayo como en las zonas rurales. En febrero de 1989, el comité regional del MRTA decidió celebrar una reunión para discutir un aumento en la escala de las acciones. Polay llevaba más de un mes encerrado en una casa segura en Lima, lo que le dificultaba estar al corriente de la evolución de la guerra. Sabía que la reunión de Huancayo iba a ser importante, ya que determinaría el futuro de la insurgencia tupacamarista. Sendero Luminoso estaba ganando terreno y poco antes había asesinado a un militante emerretista que trataba de organizar a las rondas campesinas de la zona.18

Cuando sus compañeros le pidieron que asistiera en persona a la reunión, Polay, a quien siempre le había gustado asumir riesgos, tomó el autobús nocturno hacía Huancayo. Para disimular, viajaba con Rosa Luz Padilla Baca, una estudiante de San Marcos de 26 años que se había involucrado recientemente en el movimiento.19 Ambos se hicieron pasar por enamorados en un viaje de fin de semana. La pareja embarcó en un ómnibus de la compañía Mariscal Cáceres, sin levantar ninguna sospecha. El vehículo rebotó a lo largo de la Carretera Central, haciendo saltar a los pasajeros de un lado a otro mientras subía hacia Ticlio. Polay y Padilla llegaron a su destino poco después de las seis de la mañana, cansados y desanimados por el complicado viaje. Según Polay, su compañera salió del Hotel de Turistas, donde se alojaban, para hacer tiempo, mientras él descansaba unas horas antes de la reunión.20

Lo que Polay no sabía era que su visita coincidía con la de López Albújar, quien

por pura casualidad tenía previsto alojarse en el mismo hotel. Antes de la llegada del ministro, una patrulla del Ejército procedió a recorrer y revisar las instalaciones. Al regresar de su paseo hacia el mediodía, Padilla se encontró el lugar lleno de soldados, que registraban a todos los visitantes. El capitán Gamaniel Ortiz Herrera encontró un arma de fuego y una granada dentro de su mochila y la detuvo. Cuando el comandante Miguel Amoretti llegó al lugar, el personal de Inteligencia ya había comenzado a interrogar a Padilla. Durante más de una hora, los oficiales trataron sin éxito de hacerla hablar.21 Entonces, Amoretti se acercó a un empleado del hotel y le preguntó si sabía algo de ella. El empleado recordó que se había registrado en la mañana en una habitación de la segunda planta. Amoretti se dirigió a la recepción y hojeó el libro de registro. El único huésped nuevo en esa planta era un tal Eudoxio Rosales del Campo, que había ocupado la habitación 22 a primera hora y, desde entonces, no había salido.22

Amoretti llamó a sus superiores y pidió permiso para asaltar la habitación. Reunió a un equipo formado por cinco oficiales del Ejército, la policía y los servicios de Inteligencia, junto con quince soldados. Tras despejar la zona de civiles, se distribuyeron en dos equipos y subieron las escaleras. A la señal de Amoretti, uno de los soldados dio una patada a la puerta. Tomado por sorpresa, Polay no opuso resistencia cuando los soldados le ordenaron que se rindiera. Entre otras cosas, los soldados encontraron una pistola y dos granadas debajo de la cama. Mientras registraban la habitación, Polay exigió hablar con el hombre al mando. Cuando Amoretti se adelantó, el jefe emerretista se identificó y ofreció pagarle 5000 dólares si le dejaba marchar. Amoretti se negó y ordenó a uno de sus subalternos llevar a Polay al cuartel para procesarlo. Padilla sería trasladada por separado.23

Alan García regresaba a Lima tras un viaje a Caracas cuando se enteró de la captura de su antiguo compañero. Nada más aterrizar, dio una improvisada conferencia de prensa en el palacio presidencial. Ante los periodistas, se jactó de que el Estado había dado un “golpe decisivo” a la insurgencia. El presidente reiteró su confianza en la capacidad de la Policía y las Fuerzas Armadas para defender la democracia frente a quienes habían “llegado al crimen para destruir las instituciones en las que todos los peruanos creemos”.24 Los siguientes días tuvo palabras aún más duras para los emerretistas, tildando a Polay de “cabecilla” mafioso y “delincuente común”.25 El presidente no fue el único en celebrar este triunfo. El general López Albújar, cuya presencia fortuita en el Hotel de Turistas de Huancayo había llevado a la detención de Polay, se hizo eco

de los elogios de García. Siempre optimista, afirmó que su captura neutralizaba las acciones del grupo emerretista en la región.26

Las autoridades tomaron todas las precauciones para trasladar a Polay a la sede de la Dincote en Lima. Colocaron al prisionero un chaleco antibalas y le dieron escolta policial durante todo el trayecto hasta la costa. Cuando la caravana se detuvo en el edificio de la avenida España de Lima, las calles que rodeaban el lugar estaban repletas de vehículos blindados para resguardar la conferencia de prensa.27

Marco Miyashiro, el mayor a cargo del equipo que investigaba al MRTA en la policía antiterrorista, debía ser uno de los primeros en interrogar al prisionero. Miyashiro no había visto a Polay desde sus días de boy scout y aún recordaba el tiempo que había pasado con el antiguo líder de la patrulla Lobos. Eran recuerdos que prefería conservar, por lo que optó por mandar a otro efectivo para el interrogatorio. Solo le pidió una cosa: “Envíale saludos”.

Al recibir el mensaje, Polay recordó los días de antaño, cuando cantaba y disfrutaba alrededor de una fogata con su antiguo compañero de los scouts. Devolvió el saludo, expresando que no le guardaba rencor al “afable y siempre sonriente” compañero de la patrulla Caimanes.28

Tras este momento de humanidad, siguió una pantomima pensada para ganar titulares. Dos oficiales con camisas de manga corta y corbatas estrechas, con armas enfundadas, llevaron a Polay sujeto de los brazos hasta un patio, donde una docena de oficiales con chalecos antibalas se situaban frente a doscientos periodistas. Polay, con las manos esposadas a la espalda, bien afeitado y con un impermeable de nailon azul, ni siquiera esperó a que sus escoltas dejaran de caminar para romper el silencio.

“Queremos rechazar los insultos del señor Alan García, que no tiene autoridad moral para tildarnos de delincuentes. Nosotros somos combatientes, revolucionarios, guerrilleros”.29

La policía puso fin inmediatamente a la rueda de prensa. Mientras los custodios lo retiraban, Polay siguió gritando con el rostro ceñudo: “¡Túpac Amaru vive y vencerá! Viva el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru”.30 Todo el episodio duró unos veinte segundos. Los confusos reporteros estaban incrédulos por lo que acababa de ocurrir.31 Una vez más, Polay había demostrado ser un

astuto manipulador de los medios de comunicación, apropiándose de un espectáculo organizado por el régimen de García para su propio provecho.

La detención de Víctor Polay fue la más sonada de 1989, pero no fue la última. Dos meses después, la policía detuvo a Miguel Rincón en un control de tráfico rutinario en Lima. Este militante de 38 años, graduado de la UNI, acompañaba a José Luis Francisco Gutiérrez, miembro del grupo guerrillero colombiano M-19. Las autoridades creían que el MRTA coordinaba con sus colegas colombianos para conseguir armas y entrenamiento táctico.32 Era solo el último de una lista creciente de dirigentes del MRTA en custodia policial: Polay, Gálvez, Avellaneda, García, Cárdenas. Y ahora Rincón. En abril de 1989, existían serias dudas de que los emerretistas pudieran soportar tantas bajas en su cúpula. De hecho, el único líder de alto perfil que seguía libre era Néstor Cerpa. De él dependía enderezar el barco.

---

1. CVR , entrevista con Peter Cárdenas Shulte, 17 de septiembre de 2002, ADP .

2. “ MRTA : capturan al n.º 2”, Caretas , 22 de febrero de 1988, n.° 994, p. 18.

3. Ibíd.

4. “Destacado dirigente de grupo MRTA capturan en Tarapoto”, La República , 26 de enero de 1988, p. 2; “Cargado de armas cayó en Tarapoto dirigente número 3 del MRTA ”, La República , 2 de febrero de 1988, p. 25.

5. Entrevista con Leo (seudónimo), Lima, 18 de julio de 2016.

6. MRTA , “El camino de la revolución peruana: Documentos del II C.C. del

MRTA ”, Cambio , edición especial, agosto de 1988, p. La siguiente cita corresponde a esta misma fuente (p. 7) y los hechos expuestos a continuación a la p. 4 de la misma. Las citas y comentarios de las siguientes tres páginas pertenecen también a esta fuente en el intervalo de la página 5 a la 19, y a las pp. 32, 36, 37 y 63, respectivamente.

7. MRTA 1990: 152.

8. Óscar Chumpitaz, “Matan a balazos a Rosa Cusquén en su cama del hospital Loayza”, La República , 2 de junio de 1988, p. 16; “Dos feroces asesinos en la lista”, La República , 11 de julio de 1990, p. 14.

9. “Toda la verdad sobre el secuestro del General Jerí”, Cambio , 6 de octubre de 1988, n.° 35, p. 7.

10. CVR , Testimonio 100204, ADP ; “Toda la verdad sobre el secuestro del General Jerí”, Cambio, 6 de octubre de 1988, n.° 35, p. 7.

11. CVR , Testimonio 100204; ADP , “Informe de la Comisión Investigadora de los ilícitos cometidos por el Comando Rodrigo Franco”; “Toda la verdad sobre el secuestro del General Jerí”, Cambio , 6 de octubre de 1988, n.° 35, p. 7.

12. “Toda la verdad sobre el secuestro del General Jerí” y “Habla el General Jerí y sus familiares”, Cambio , 6 de octubre de 1988, n.° 35, pp. 7 y 8, respectivamente.

13. MRTA 1990: 147.

14. “Secuestro equivocado”, Caretas , 13 de febrero de 1989, n.° 1044, pp. 84-85; “El MRTA mata al empresario”, Cambio , 13 de febrero de 1989, n.° 47.

15. Laura Puertas, Abilio Arroyo y Jimmy Torres, “Víctimas inocentes de los que dicen ser respetuosos de la vida humana”, Caretas , 13 de febrero de 1989, n.° 1044, pp. 76-77.

16. “Aves de rapiña devoran cadáveres de 50 subversivos en valles de Sisa”, La República , 7 de enero de 1988, p. 17.

17. “Jefe militar del MRTA cayó con su amante en un hotel”, La República , 4 de febrero de 1989, pp. 2-4.

18. “Interrogatorio a Víctor Polay, Trigésima Quinta Sesión”, 11 de junio de 2005, en Polay Campos 2007: 241-242; “Un cordón de acero protegió a Víctor Polay”, La República , 5 de febrero de 1989, p. 20.

19. “La novicia roja”, Caretas , n.° 1044, 13 de febrero de 1989, pp. 82-83.

20. Polay Campos 2007: 305-306. Padilla nunca ha divulgado públicamente el motivo de su abrupta salida del hotel.

21. Archivo del Cuartel General del Ejército, Lima, Perú, Comisión Permanente

de la Historia del Ejército del Perú, Documentos sobre la captura de Víctor Polay Campos, Testimonio del comandante Miguel Amoretti, s. f., 6 pp.

22. Ibíd.

23. Archivo del Cuartel General del Ejército, Testimonio del comandante Miguel Amoretti, s. f., 6 pp., e Informe del Cptn. Fernando Bolívar Navarro sobre el Plan de Operaciones “Visita”, 3 de febrero de 1989, 4 pp.; La República , 5 de febrero de 1989, p. 20; “Jóvenes, no tomen el camino de mi hijo”, La República , 6 de febrero de 1989, p. 17.

24. “Alan afirma que se ha dado un golpe decisivo a la subversión”, La República , 5 de febrero de 1989, p. 2.

25. “No habrá concesiones ni estatus especial para terrorista Polay”, La República , 6 de febrero de 1989, p. 2.

26. “Alan afirma que se ha dado un golpe decisivo a la subversión”, La República , 5 de febrero de 1989, p. 2.

27. “Un cordón de acero protegió a Víctor Polay”, La República , 5 de febrero de 1989, p. 20; “Jóvenes, no tomen el camino de mi hijo”, La República , 6 de febrero de 1989, p. 17.

28. Polay Campos 2020, sección “Orígenes familiares y el Apra”, pregunta 9, y Entrevista con Marco Miyashiro, Miraflores, 30 de mayo de 2015.

29. “Polay dice que no es delincuente”, La República , 7 de febrero de 1989, pp. 15-17.

30. Ibíd., p. 15; “García... no tiene calidad moral...”, Cambio , 9 de febrero de 1989, n.° 50, p. 10.

31. “Polay dice que no es delincuente”, La República , 7 de febrero de 1989, p. 15.

32. “Cae guerrillero colombiano del M-19 con miembro del MRTA ”, La República , 17 de abril de 1989, p. 15; “Colombiano abastecía armas al MRTA ”, La República , 18 de abril de 1989, pp. 16-17.

10

Vuelve El Gordo

Fatigados, los hombres estaban sentados en silencio, hombro con hombro, en el interior de dos desvencijados camiones de carga que subían y bajaban por una precaria pista azotada por el viento de la cordillera. La mayoría eran estudiantes universitarios de ciudades como Lima, Huancayo y Chiclayo, que se habían unido a las filas del Frente Central del MRTA . Aproximadamente la mitad había pasado los meses anteriores luchando en la selva, el resto procedía de los comandos que operaban en la sierra. Ahora todos ellos unían sus fuerzas para culminar lo que no habían podido hacer en Cusco cinco años antes: instalar un ejército guerrillero en el corazón de los Andes. 1

El grupo estaba a cargo de dos veteranos militantes de izquierda. Con solo 28 años, el chiclayano Miguel Córdova era ya un combatiente experimentado. Sus largos bigotes le habían valido el apodo de El Gallito y había pertenecido al MIR antes de unirse al MRTA. Había acompañado a Víctor Polay en Juanjuí durante la campaña Túpac Amaru, Libertador y era miembro del Comité Central de la organización. Un año antes había formado parte del Batallón América, junto con militantes colombianos.2 Antonio Meza, el otro comandante de grupo, era un dirigente sindical de origen campesino nacido en Satipo. Había pertenecido a la guerrilla del MIR en 1965 e integraba el MRTA desde sus inicios. Entre otras cosas, había participado en el fallido frente guerrillero de Cusco. El Frente Central suponía para él cumplir una tarea largo tiempo postergada.3

Eran las primeras horas del 28 de abril de 1989 y todavía estaba muy oscuro. A esa altura, a menos de cinco kilómetros del valle del Mantaro, el aire seco de la sierra cala hasta los huesos, haciendo difícil respirar sin gemir. Pronto llegarían a Jauja, pero su verdadero objetivo era la ciudad de Tarma. Allí, el Frente Central del MRTA esperaba realizar la acción más espectacular desde la toma de Juanjuí dos años antes. Para adormecer sus cuerpos y sus mentes, los emerretistas se

pasaban botellas de zacazaca, un licor de caña local.4

A las cuatro y media, los camiones se detuvieron en un control. Los emerretistas permanecieron quietos mientras escuchaban la conversación entre Miguel Aquino, el conductor del camión que iba en cabeza, y el personal militar. Aquino no era miembro del MRTA. Camionero de profesión, un día antes estaba sentado en la plaza de Cucimarca cuando 75 tupacamaristas enmascarados lo secuestraron junto con su vehículo. Los emerretistas permitieron que su hermano se uniera a él como copiloto para lo que tenían por delante. Tras llenar el tanque de gasolina, guiaron a ambos a un pueblo cercano, donde también tomaron como rehén a otro camionero.

Cuando llegaron a las afueras del distrito de Molinos, los tupacamaristas ordenaron a Aquino que detuviera el camión para poder descansar. Recién entonces pudo conversar con el conductor del otro camión, Adril Hinostroza, quien le dijo que los emerretistas iban a ocupar la ciudad de Jauja. Finalmente, hacia las tres de la madrugada, les ordenaron proseguir. Una hora y media más tarde se dieron de bruces con el control.5

Nervioso, Aquino entregó los papeles de su Ford verde. Todo estaba en orden. El soldado le dejó pasar. Pero, si los emerretistas pensaban que estaban fuera de peligro, se equivocaban. Cuatrocientos metros más adelante llegaron a otro puesto de control. Cuando el emerretista que ocupaba el asiento del copiloto le dijo al teniente Jhonny Morales que llevaban papas a Concepción, el oficial pidió ver la carga.

Los emerretistas ocultos en la parte trasera del camión prepararon sus rifles automáticos, mientras Morales y otros cinco soldados se acercaban. En cuanto bajaron la portezuela, los emerretistas comenzaron a disparar, descargando una andanada de balas y matándolos al instante.6

Aquino salió del camón y comenzó a correr hacia la empinada ladera. Tuvo suerte. Antes de que los emerretistas que estaban dentro del camión pudieran salir, les llovieron las balas. Alertado de antemano de su presencia en la zona, el Ejército había situado una columna a cada lado de la estrecha carretera. Los soldados habían estado acechando en la oscuridad, esperando para emboscar a los desprevenidos emerretistas. Los pasajeros del primer camión no tuvieron ninguna oportunidad. Eran como blancos de feria cayendo bajo una lluvia de balas. Ninguno de ellos sobrevivió.7

Al segundo camión le fue un poco mejor. Un puñado de emerretistas saltó del vehículo para enfrentar a los atacantes con disparos y granadas de mano. Algunos lograron superar el fuego cruzado, pero fueron localizados y abatidos al lado de la carretera.8 Según el MRTA, solo diez lograron escapar en la oscuridad, refugiándose en viviendas cercanas. La balacera continuaba mientras el sol trepaba por las montañas, cuando un helicóptero del Ejército comenzó a ametrallar a los emerretistas que quedaban vivos. Un comunicado publicado ese mismo día informaba de que la batalla había dejado 62 tupacamaristas muertos, además del teniente Jhonny Morales y cuatro de sus compañeros.9

El MRTA nunca aceptó la versión del Ejército sobre el enfrentamiento. Un resumen oficial del grupo afirmaba que, en inferioridad de condiciones y número, sus tropas habían combatido "heroicamente" al enemigo "por varias horas", eliminando a 13 desafortunados soldados e hiriendo a otros 34. Según esta versión, solo 42 tupacamaristas habían muerto en la batalla; las 20 bajas restantes eran civiles inocentes. Las "hienas uniformadas" habrían realizado una auténtica masacre en los pueblos cercanos, asesinando a sangre fría a mujeres, niños y ancianos, en su búsqueda de los emerretistas que habían huido.10 A estos últimos no les habría ido mejor. Muchos de ellos, afirmaba a su vez un comunicado de la Dirección nacional, habrían sido "fríamente asesinados una vez terminado el enfrentamiento". La masacre evidenciaría el "carácter cada vez más genocida del Ejército reaccionario".11 En contrapartida, el MRTA se comprometía a convertir esta derrota en un grito de guerra revolucionario.

Hoy, inclinamos nuestras banderas ante los compañeros caídos, y

frente a su heroico ejemplo, juramos luchar hasta vencer.

28 de abril, ejemplo del Heroico Combatiente Tupacamarista.

¡Honor y gloria a los guerrilleros caídos!

Con las masas y las armas, patria o muerte, ¡venceremos!12

Más allá de las diferentes versiones sobre lo ocurrido, el Comité Central se vio obligado a reconocer la gravedad de la derrota de Molinos.13 Con muchos de

sus líderes clave ya entre rejas, el MRTA carecía de la estructura de mando y de los efectivos necesarios para combatir a las fuerzas del Estado. Eso sin contar el fuerte golpe a la moral dentro de sus filas.

El MRTA responsabilizaba a un hombre en particular de la masacre de Molinos: Enrique López Albújar. El ministro de Defensa era un chivo expiatorio fácil. Había sido durante mucho tiempo una piedra en el zapato de la guerrilla. Había supervisado la campaña contrainsurgente en San Martín, y creían que había provocado la detención y tortura de varios emerretistas. Ahora pretendía ampliar la intervención militar para incluir los Andes centrales.

La detención de Víctor Polay tampoco pasó desapercibida para los tupacamaristas. Si no hubiera sido por la inopinada visita del general al Hotel de Turistas de Huancayo, el líder emerretista seguiría libre. Para algunos miembros de la línea dura de la Dirección, la debacle de Molinos era la gota que colmaba el vaso. Era más que una derrota militar; era una masacre. Creían que el Ejército tenía órdenes de no dar cuartel a los emerretistas. ¿Qué otra cosa podía explicar que tantos militantes hubieran muerto en la escaramuza? También estaban convencidos de que muchos de sus compañeros habían sido capturados vivos y asesinados a sangre fría. Y aunque el ministro de Defensa quizás no hubiera dado directamente la orden, lo consideraban el responsable último de las acciones.

***

Rodrigo Gálvez, el joven militante que se había pasado del MIR al MRTA tras completar su formación básica en la Marina de Guerra del Perú, hacía tiempo que se había recuperado de su detención y tortura en 1987 a manos del Ejército. Tras la captura de Sístero García, la Dirección lo había nombrado comandante del Frente Nororiental. Ahora, dos meses después de la debacle de Molinos, dirigía una columna de treinta emerretistas por una estrecha carretera hacia Pacayzapa, una pequeña localidad aproximadamente a mitad de camino entre Moyobamba y Tarapoto. Al llegar, comenzaron a lanzar granadas contra el puesto de policía.

Juan Francisco Polanco era uno de los agentes que estaban en la comisaría. Se

había curtido en Ayacucho en el momento álgido de la lucha contra Sendero Luminoso, por lo que no era ajeno a la realidad de la guerra. En febrero de 1987, los maoístas habían disparado contra su comisaría en una batalla campal que dejó dos atacantes muertos y varios policías heridos. No dudaba de que los senderistas eran "sanguinarios", pero sabía que los militares no eran mucho mejor. Había visto que los soldados llegaban a su base en Puquio con pasamontañas, torturaban civiles y los obligaban a confesar cosas que no habían hecho. Luego dejaban los cadáveres en las calles para que los familiares de las víctimas los recuperaran.14

Cuando Polanco se atrevió a reclamar a sus colegas por estos abusos, se pusieron a la defensiva.

"Ah", dijeron, "tú también eres". Polanco conocía la insinuación. "También eres" significaba "eres terrorista". Era una amenaza velada, una forma de hacerle saber que, si seguía husmeando, podía acabar acusado de terrorismo.

Polanco quería alejarse lo más posible de la guerra. Tras una breve estancia en Lima, solicitó un traslado a Iquitos, una ciudad hasta entonces relativamente tranquila. Consiguió el traslado, pero no a Iquitos. En su lugar, acabó en la Guardia Civil de Moyobamba. Ahora se enfrentaba a un enemigo diferente: la columna tupacamarista comandada por Rodrigo Gálvez. Cuando dos de sus compañeros cayeron, supo que la defensa del puesto policial era una causa perdida. Junto con los oficiales restantes, Polanco huyó por la parte trasera, hacia la selva circundante. Cuando los emerretistas entraron en la comisaría la encontraron completamente vacía. Intentaron perseguir a los fugados, pero ya se habían adentrado en la vegetación. Polanco, que ya había escapado de la muerte dos años antes, lo había vuelto a hacer.

El grupo de Rodrigo Gálvez se quedó en Pacayzapa un buen rato. A las cinco de la mañana salió del pueblo con los cuerpos de cinco compañeros que habían caído en la batalla. Media hora más tarde, el grupo se encontró con la camioneta del empresario y secretario general del APRA en San Martín, Demetrio Tafur Ruiz, quien regresaba a Tarapoto tras un viaje a Trujillo. Rodrigo tenía "aquellos rasgos que son la característica del MRTA, como la iniciativa, la audacia, la agresividad para sacar adelante las tareas".15 Requisó el vehículo, tomó al líder aprista como rehén y, tras recibir el pago del rescate, lo abandonó junto a un puente. Antes de dejar Pacayzapa, ordenó a sus tropas que demolieran la comisaría con explosivos.

Durante sus visitas a Tarapoto, Rodrigo solía celebrar reuniones en la casa del joven Daniel Bravo. En los últimos años, la hermana de este, Yasi, se había convertido en emerretista activa y su domicilio era ahora una casa segura, con armas ocultas y una radio de dos vías para comunicarse con los diferentes comandos. “Esto es una casa de seguridad”, le recordaba Yasi a Daniel. “No puedes traer amigos acá”. Daniel entendía, aunque le costaba explicar a sus amistades por qué no eran bienvenidas.

“Mi hermana es mala”, decía. “No le gusta otra gente en mi casa”.

Rodrigo incluía a menudo a Daniel en sus planes, lo que hacía que el joven se sintiera importante. “Si viene el Ejército”, le decía “si hay allanamiento, vamos a reventar la pared de atrás y nos vamos por el hueco a la huerta”.16

Para preparar la casa para estas reuniones secretas, Daniel cubría cada semana las paredes con un papel diferente, para que los visitantes no pudieran identificar el interior. Cuando Rodrigo llegaba en su carro con un invitado con los ojos vendados, sabía que debía apagar todas las luces. En las reuniones, salía de la habitación. No escuchaba, no presenciaba nada. Era la forma que tenía su hermana de protegerlo. “Tú no sabes nada. A ti no te van a mandar preso nada [porque] tú no sabes nada”, le decía Yasi.

Pero eso no era del todo cierto. Cuanto más se consolidaba en el MRTA, más cosas le pedía Yasi a su hermano pequeño. Ya era demasiado mayor para llevar armas en su mochila sin levantar sospechas, pero aún no podía ayudar de manera directa a la insurgencia.

“¿Sabes qué?”, le dijo Yasi un día de 1989. “Vete al puerto, vas a recoger a una persona y lo vas a llevar a San Miguel, a la base”.

Daniel se subió a su moto de baja cilindrada y se dirigió al punto de encuentro a la orilla del río Shilcayo. Según las instrucciones de Yasi, entró en El Zambito, el único restaurante del puerto, con un peine en la mano. Debía buscar a un hombre con una cartulina en la mano derecha y un cigarrillo en la otra. Para su sorpresa, casi todos los clientes que abarrotaban el local fumaban. Buscó entre las mesas y cuando vio a un hombre gordito que sostenía un papel en la mano, dudó. “No creo que sea este”, pensó. “¡Más parece chofer de camión!”.

Decidió utilizar la clave secreta.

“¿Necesita una regla para rayar su cartulina?”.

El gordo miró al adolescente y respondió: “No, necesito un peine para hacer de cartulina”.

Era él. Daniel le entregó su peine y salió solo. Esperó junto a su moto unos minutos hasta que el hombre salió y se sentó en la parte trasera del sillín.

“El amortiguador no va a aguantar al tío gordo”, pensó Daniel. Pisó el acelerador y arrancó con dificultad.

“¿Dónde has aprendido a manejar?”, gritó el hombre con nerviosismo.

“¡En Tarapoto!”.

“Con cuidado. Despacito nomás, vete, no te vayas a tumbar”.

“¡No te preocupes!”, le contestó Daniel, divertido.

Debían de ser todo un espectáculo: el flaco de 15 años en un extremo y el hombre de mediana edad con sobrepeso y barbilla sentado detrás de él. Daniel manejó hasta llegar a la casa segura. Dentro se había reunido un grupo de emerretistas vestidos de negro. Daniel se acercó a uno de ellos.

“Te he traído un panzón viejo”, bromeó.

“No sabes lo que estás hablando, huevón”, le respondió el miliciano con firmeza. “Es el comandante, huevón”.

Daniel apenas podía contener su vergüenza. Acababa de llevar en su moto a Néstor Cerpa.17

Cerpa había asumido el mando desde la caída de Víctor Polay el año anterior. A diferencia de Abimael Guzmán, que nunca estuvo en un combate durante sus doce años de clandestinidad, Cerpa era un hombre de acción. A los dos meses de la caída de Polay, dirigió un ataque anfibio contra Contamana, una pequeña localidad de unos 5000 habitantes, a orillas del río Ucayali. Cuando la policía se rindió, Cerpa reunió a los pobladores en la plaza de Armas y les instó a apoyar al MRTA. Les explicó que ya habían tomado toda la zona. Sus comandos estaban en todas partes, habían golpeado con éxito en Tarapoto y estaban a punto de

hacer lo mismo en Pucallpa. A pesar de los contratiempos de los meses anteriores, los emerretistas no iban a huir.

Al acabar el discurso, Cerpa llevó a los habitantes de Contamana al molino de arroz local. “Vayan y llévenselo”, les dijo mientras sus tropas se sentaban en los bancos a observar cómo los pobladores se hacían con más de quinientas toneladas recién cosechadas.18

---

1. “¿Quiénes eran?”, Sí , 8 de mayo de 1989, pp. 14-16.

2. Ibíd., MRTA 1990: 158.

3. MRTA 1990: 160.

4. Ibíd., p. 158.

5. ADP , 100320, “Molinos”, Interrogatorio de Abel Aquino Quito, 14 de julio de 1989.

6. “Revés rojo”, Caretas , 2 de mayo de 1989, n.° 1055, pp. 3-6; CVR 2003, tomo V , p. 219.

7. Liz Mineo, “Descalabro del MRTA ”, Sí , 2 de mayo de 1989.

8. Ibíd.

9. “Revés rojo”, Caretas , 2 de mayo de 1989, n.° 1055, p. 5; MRTA 1990: 159; ADP , 100320-Molinos, Comunicado Oficial N. 008 DIR / ZSNC , 28 de abril de 1989; CVR 2003, tomo V , pp. 219-225.

10. MRTA 1990: 159.

11. ADP , 100320-Molinos, Pronunciamiento de la Dirección Nacional del MRTA sobre los sucesos de Molinos, 3 de mayo de 1989.

12. Ibíd.

13. MRTA 1990: 159.

14. CVR , Testimonio 100092, ADP . Aunque la práctica de dejar los cadáveres de las víctimas en las calles estaba más asociada con Sendero Luminoso, Polanco lo recuerda así: “los militares dejaban botados los cuerpos y eran los familiares quienes se encargaban de enterrarlos”.

15. MRTA 1990: 164; “Secuestran al presidente de la Corporación de San Martín”, La República , 27 de junio de 1989, p. 13.

16. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo), Tarapoto, 22 de mayo de 2015.

17. Ibíd.

18. “Revés rojo”, Caretas , 2 de mayo de 1989, n.° 1055, p. 6.

11

La camioneta del general

La masacre de Molinos marcó un punto de inflexión para el MRTA . Los primeros años se habían caracterizado por operaciones de gran impacto simbólico, que evitaban las bajas civiles, pero Molinos dio paso a un periodo de lucha más oscuro y sucio. Además de mermar las filas emerretistas y llevar la moral a su punto más bajo, despojó a la insurgencia de toda pretensión romántica.

Los tupacamaristas ya no podían ignorar que estaban en guerra, una guerra real, con bajas reales. Aunque nunca abandonaron del todo su guerra simbólica, los meses posteriores a la masacre fueron mucho más violentos. La dirigencia nunca creyó la versión del Ejército y afirmó en su lugar que decenas de sus compañeros habían sido ejecutados a sangre fría tras rendirse. Esto no hizo más que alimentar los deseos de venganza del sector más duro. Y, con la mayor parte de los dirigentes tras las rejas, no había nada que le impidiera cumplir este propósito. La espiral de violencia reforzó la creciente imagen negativa del MRTA ante la opinión pública. A mediados de 1990, gran parte del público y los medios de comunicación se habían vuelto contra los emerretistas y había pocas razones para creer que su imagen se recuperaría.

Los asediados emerretistas intentaron establecer un frente en la selva de Oxapampa, provincia del departamento de Pasco. A diferencia del campesinado mayoritariamente castellanohablante de San Martín, las comunidades de Puerto Bermúdez, en Oxapampa, estaban formadas por asháninkas, un pueblo con una larga historia de autonomía desde el periodo colonial.1 Fue allí donde Juan Santos Atahualpa dirigió su famosa rebelión contra los españoles en 1742. Aunque no vivían aislados, los asháninkas eran escépticos ante cualquier intervención foránea, inclusive durante el conflicto armado interno. La antropóloga Natalí Durand Guevara ofrece un lúcido análisis de su resistencia

ante la llegada del MRTA y Sendero Luminoso a la selva central.2 Al igual que habían hecho en las alturas de Cusco en 1984, los emerretistas descartaron cualquier esfuerzo por aprender las costumbres, la lengua, la historia o el sistema político locales. En cambio, creyeron que los asháninkas les apoyarían simplemente porque decían estar del lado del pueblo.

Al principio parecía que esta táctica podía funcionar. En sucesivas incursiones, reunieron a los habitantes de la zona para escuchar sus quejas. Jugaron al fútbol con ellos y juraron protegerlos contra las incursiones de Sendero Luminoso.3 En cada localidad por la que pasaban, los emerretistas reclutaban jóvenes para sus filas. Juan era uno de ellos. Al escucharlas, le habían parecido atractivas las perspectivas de la guerra de guerrillas, pero pronto se vio relegado a tareas serviles. Se dio cuenta de que solo era útil como auxiliar, ya que no lo consideraban realmente como un igual. “Me mantenían vigilado”, diría más tarde a los periodistas, “y me obligaban a cocinarles; luego de varias semanas les dije que quería ser guerrillero como ellos”. Los emerretistas accedieron a la petición de Juan y le proporcionaron formación militar y política, pero nunca lo ascendieron más allá del rango de cocinero del campamento. “Me fueron postergando —se lamentaría— y nunca me sacaron al campo de batalla, siempre fui el encargado de la cocina”.4

Juan no era el único que opinaba así. Otros asháninkas se quejaban de que el MRTA solo los buscaba por sus recursos y su conocimiento del territorio. Podían servir de guías y cocineros, pero no eran bienvenidos en las unidades de combate. Este trato delataba los prejuicios de los emerretistas mestizos hacia los indígenas. No importaba que el Comité Central hubiera aprobado solo un año antes una resolución que respaldaba el multiculturalismo. Al menos para algunos de los tupacamaristas de Oxapampa, los asháninkas eran ciudadanos de segunda clase, que no merecían su respeto. No es sorprendente, por lo tanto, que los asháninkas decidieran quedarse al margen de la insurrección.

Alejandro Calderón fue uno de los dirigentes de Puerto Bermúdez que cuestionó abiertamente el accionar de los emerretistas. Cuando llegaron a la zona a mediados de 1989, se mostró inicialmente receptivo. Los invitó a quedarse en su comunidad y escuchó sus propuestas.5 Sin embargo, con el tiempo, se volvió menos tolerante, desanimado por el desprecio hacia la población local, hasta que, bajo el liderazgo de Calderón, los asháninkas de Puerto Bermúdez formaron su propio cuerpo armado para expulsar a los tupacamaristas. En represalia, fue secuestrado y tomado como rehén, junto con otros dos líderes locales, en

diciembre de 1989.

Tigre fue uno de los emerretistas que atendió a Calderón durante su cautiverio. El año anterior, una bala perdida de la policía había alcanzado a su madre en el corazón durante una manifestación de maestros en su Pucallpa natal, matándola al instante. Tigre solo tenía 14 años y sabía muy poco sobre socialismo o insurgencia, pero se sintió obligado a hacer algo para vengar su muerte. Más tarde diría que el odio hacia la policía lo inspiró para seguir el camino de la lucha armada.6 Buscó a algunos miembros locales que conocía del MRTA y les preguntó si podía unirse a ellos. Un año después, se encontraba en medio de la selva, al servicio de comandantes de gatillo fácil.

Aunque Tigre era un mestizo de piel clara, el trato que sus comandantes daban a la población indígena en Oxapampa nunca le gustó. Lo peor fue la facilidad con la que los jefes emerretistas justificaron el asesinato de Calderón. Su resistencia a aceptar la presencia del MRTA, se unía a una enemistad que venía de lejos. Según se decía, Calderón había entregado a Máximo Velando, uno de los guerrilleros originales del MIR de 1965. Algunos de los emerretistas habían participado en aquella campaña y no lo habían olvidado.7 Ahora tenían la posibilidad de vengarse.

Fue Franco, el comandante de Tigre, quien ordenó la ejecución de Calderón.

“Vamos a ejecutar al Judas que por un par de calaminas entregó al comandante Máximo Velando”, decretó.

Sus subordinados obedecieron y mataron a Calderón de un balazo en la cabeza. Según Tigre, este asesinato no parecía pesar en la conciencia de Franco, ni en la de los demás jefes de la unidad, quienes volvieron al campamento “como si hubieran hecho un triunfo maravilloso”.8 Esta indolencia demostraba el desprecio que algunos tupacamaristas sentían por las costumbres y prácticas políticas indígenas. El hecho de que Calderón tuviera legitimidad política y cultural en su comunidad no parecía pesarle a Franco, a quien tampoco le preocupaba la razón por la que los asháninkas rechazaban la presencia del MRTA.

Dicha actitud no reflejaba la de todos los emerretistas, por supuesto. Tigre fue uno de los varios guerrilleros de la base que se opusieron y exigieron que el MRTA se retirara de inmediato de Puerto Bermúdez.

“No, vamos a seguir con esta actividad”, dijo Franco, subestimando de nuevo a sus anfitriones indígenas.

Tigre y sus compañeros se vieron obligados a obedecer las órdenes de su comandante y se dispusieron a pasar la noche en el campamento. A las cinco y media de la mañana siguiente, la voz crepitante de un vigía emerretista llegó por la radio.

“¡Ya vienen!”.

Ni Tigre ni sus compañeros consiguieron entender el mensaje, que se escuchaba de manera entrecortada.

“¡Oye, repite! ¡Repite!”, porfiaron sin obtener respuesta del otro lado.

“No pasa nada”, dijo Franco. “Sigan no más”.

Media hora más tarde, un avión sobrevoló la zona. Resultó ser un pequeño avión privado, pero uno de los milicianos, presa de los nervios, le disparó. Aunque solo había sido una bala, llamó la atención de una columna del Ejército, que al parecer había sido alertada de la presencia de los emerretistas por los asháninkas, tras la ejecución de Calderón. El ataque no se hizo esperar. Tigre se tiró al suelo. “Un despelote total”, recuerda. “Cosa de locos”. Había explosiones por todas partes. Decidió salir corriendo hacia la espesura de la selva. Mientras corría, la primera bala le alcanzó en las nalgas; otra le dio en el hombro. Y entonces cayó. Sabía que estaba herido, pero a los 15 años no creía que pudiera morir realmente.

“Compañero”, gritó Tigre a un boliviano que militaba en las filas del MRTA, “¡estoy herido!”.

“¡Camina, carajo!”, ordenó el boliviano. “¡Estoy buscando a Yeni! ¡Estoy buscando a Yeni!”, gritó en referencia a una compañera de piel clara de la que se había enamorado.

Eso fue suficiente para que Tigre tomara conciencia de la gravedad de la situación. Se levantó y corrió a refugiarse en la maleza, donde se reunió con tres de sus compañeros. Esa noche apenas pudo dormir. Tenía dos balas alojadas en el cuerpo y las hormigas de la selva se daban un festín con sus heridas. Más tarde, Tigre y sus compañeros alcanzaron a otros emerretistas que también habían logrado huir. Los comandantes les dijeron que no se preocuparan, que

pronto se irían a Cuba, donde recibirían la mejor atención médica del mundo.

“Pero nunca nos fuimos”, contaría Tigre sonriente años después. En cambio, fue Franco quien desertó, dejando a sus subordinados a su suerte.9

***

Juan, el cocinero asháninka, estaba atendiendo la comida cuando el Ejército atacó el campamento. Aprovechó la confusión para desertar. La ejecución de Calderón le había perturbado y al regresar les contó a los miembros de su comunidad lo que le había ocurrido a su líder. Al enterarse de la muerte de su padre, Alcides Calderón abandonó sus estudios en la Universidad Nacional Federico Villarreal de Lima para asumir el liderazgo de Puerto Bermúdez. Como nuevo apu, se propuso organizar una milicia local para localizar a los asesinos de su padre y llevarlos ante la justicia. El 26 de diciembre de 1989, las 53 comunidades asháninkas del valle del Pichis nombraron a Alcides nuevo Pinkatzari, o líder político-espiritual, jurándole lealtad y prometiendo vengar la muerte de Alejandro. Como condición para reincorporarse a la comunidad tras su deserción, Juan aceptó identificar a los miembros del MRTA que habían participado en el asesinato.10

En su arrogancia racial, los comandantes emerretistas habían despertado a un gigante dormido. A las pocas semanas del asesinato de Alejandro Calderón, su hijo Alcides había reunido un ejército de 4000 nativos para peinar la selva en busca de los militantes que huían. Hombres y mujeres armados con machetes, lanzas, arcos y flechas de punta envenenada recorrieron hasta el último rincón. Para comunicarse, usaban sus propias señales secretas, que imitaban los silbidos de las aves locales. En las paredes de las cabañas y las viviendas de material noble pintaban sobre los lemas del MRTA frases como “La Venganza de ACE” (Alejandro Calderón Espinoza) y “Guerra a Muerte al MRTA”.11

“Nosotros tenemos todo el valle controlado”, dijo Alcides a unos periodistas procedentes de Lima, “vigilado palmo a palmo”.12

Durante una redada a mediados de enero de 1990, los ronderos asháninkas interceptaron una camioneta que transportaba a tres personas no identificadas.

Las acorralaron rápidamente y las llevaron en lancha por el río hasta su campamento. Al anochecer, con los rostros pintados de rojo, lanzas, arcos y flechas, llevaron a un viejo almacén de combustible a los tres sospechosos, desnudos de cintura para arriba y con las manos atadas a la espalda. Los tiraron al suelo. Juan, con la cara envuelta en una tela blanca y una gorra de béisbol para que no lo reconocieran, dio un paso al frente y en pocos segundos los identificó como emerretistas. Esa misma noche, Alcides organizó un juicio en el almacén en el que actuó como juez.

“Yo los conozco a los tres”, dijo Juan, señalando al más cercano. “Tú eres Huamán, uno de los jefes del grupo en el cuartel Victoria”. “Tú eres Sergio, también del MRTA de Victoria, y tú te llamas Jaime y eres el más atrevido y malo. Los tres son del MRTA y son responsables del secuestro y cautiverio de Alejandro Calderón, quizás también formaron parte del pelotón que lo fusiló y por eso pagarán aquí su crimen”.13

El hombre identificado como Huamán comenzó a protestar, con los ojos hinchados de lágrimas. “No soy terrorista, soy un trabajador del campo. He traído mis ahorros para comprar una chacra y establecerme aquí, junto a la tierra de mi cuñado. Mi nombre es Francisco Huamán y por lo que más quieran, ustedes me han confundido. Yo no sé de lo que me están hablando. Yo soy padre de ocho hijos y quiero venir a trabajar en este lugar”.

“No te hagas el tonto y llorón”, dijo Juan. “¿A mí me vas a decir que no eres terrorista? ¿No te acuerdas de los insultos que le dabas al cocinero? Ese pues soy yo. No vengas con los cuentos de los hijos y de la chacrita, bien que te conozco”.

“Por Dios”, gritó Huamán. “Yo quiero demostrarles que no soy del MRTA, de ese grupo que hace mal a todos, que solo hace saqueos y viven como grandes, y no soy de los que se meten en la guerrilla para amasar fortuna, soy un hombre humilde que quiere trabajar en el campo. Por Dios, pido a ustedes que me pongan a disposición de la PIP, tengo amigos allí que me conocen [y saben] que soy un trabajador del campo”.

Juan mantuvo la acusación a pesar de la negativa de los sospechosos. Cuando terminó el careo, Huamán miró a los periodistas, que habían presenciado todo el intercambio.

“Señores periodistas”, suplicó. “Quiero decirles que está a punto de cometerse

algo terrible con nosotros. Creo que ellos no deben de disponer de nuestras vidas por una simple acusación de un loco. Ustedes son testigos de que si nos matan se habrá cometido un crimen".

Los periodistas se mostraron de acuerdo e instaron a Alcides a entregar a los sospechosos a las autoridades.

"La Biblia nos dice", replicó el líder asháninka, "con la vara que mides serás medido y eso es lo que vamos a aplicar aquí. Si ellos se han ensañado con nuestro líder y con tanta gente que han asesinado, ¿por qué nosotros, que nos hemos declarado en guerra, no podemos aplicar la misma medida de ellos? Sin embargo, los enviaremos a nuestros campamentos para seguir investigándolos y si son inocentes los pondremos en libertad, y si son culpables, los someteremos a la justicia asháninka".

Con eso, Alcides ordenó a los hombres que subieran a una canoa, mientras una lluvia torrencial caía sobre el valle.14 Poco después precisó que la decisión del pueblo era "singular y definitiva", ya que se encontraban "en guerra" contra el MRTA.15 Con toda probabilidad, Huamán y sus compañeros fueron asesinados, junto con otros veinticuatro sospechosos que los asháninkas habían atrapado en los días anteriores.

Cuando supieron que las milicias asháninkas los estaban persiguiendo, los emerretistas del campamento de Tigre se retiraron de su territorio. Ricardo, el nuevo segundo al mando tras la deserción de Franco, fue a ver a Tigre, que seguía en mal estado luego de recibir dos heridas de bala durante la incursión del Ejército. Ricardo se ofreció a llevarlo a una casa segura, donde recibiría el tratamiento médico que necesitaba.

"No, compañero", respondió Tigre. "Yo voy a morir con ustedes".

Una compañera que trabajaba como médico le curó con los remedios naturales que pudo reunir, pero una bala quedó alojada en su hombro. Aunque nunca logró sacarla, Tigre recuperó la fuerza suficiente para moverse por sí mismo. A finales de enero, Ricardo, con la esperanza de evitar una guerra total con los asháninkas, ordenó la retirada hacia Ucayali.

***

Rodrigo Gálvez seguía al mando del Frente Nororiental, protagonizando numerosos enfrentamientos con la policía y, sobre todo, con las Fuerzas Armadas, que a esas alturas estaban a pleno rendimiento en San Martín. Para ir sobre seguro, el joven de 26 años se paseaba con un guardaespaldas armado. Hasta que ocurrió un incidente trágico. El guardaespaldas había conseguido un uniforme de policía para una próxima misión, pero sus compañeros, al confundirlo con un efectivo real, lo acribillaron a balazos, matándolo al instante. Rodrigo se quedó sin su escolta armada.

Alrededor de las ocho de la noche del 9 de febrero de 1990, dirigía una columna de 350 emerretistas para atacar Picota. Como siempre, su objetivo era la comisaría. La suerte quiso que Juan Francisco Polanco, el policía que había escapado con las justas de las tropas de Rodrigo el año anterior, estuviera destinado allí.

Polanco conocía el procedimiento. Primero empezaban las explosiones de granadas. Luego los disparos. Afortunadamente para él, sus hombres estaban mejor equipados que la vez anterior. Tenían suficiente munición y estaban preparados para un combate largo. Intercambiaron disparos y mantuvieron sus posiciones durante varias horas en medio de la embestida. Finalmente, hacia las dos de la madrugada, se produjo una pausa. Polanco pudo escuchar a los tupacamaristas llamándose unos a otros en las afueras de la comisaría. Abandonó su puesto y se levantó para asomarse al exterior. En ese preciso momento, tres emerretistas cargaron hacia el muro exterior. Al ver a Polanco, uno de ellos lanzó una granada de mano. Aunque explotó en el aire, los restos alcanzaron la cara del oficial y lo tiraron al suelo. Mientras yacía allí, con el ojo izquierdo cegado, sus compañeros se dieron cuenta de que habían perdido la batalla y abandonaron la comisaría.

Herido, pero todavía consciente, Polanco se hizo el muerto y sacó discretamente una granada de mano. Cuando los emerretistas entraron al edificio, escuchó que se llamaban por su nombre: Charly, Alipio y un tercero cuyo nombre no registró. Ese tercer miliciano era, con toda probabilidad, Rodrigo. Esperó que se distrajeran y les lanzó la granada. La explosión dejó a dos de ellos inidentificables e hirió al tercero, que rápidamente abandonó el lugar.

En ese momento, los compañeros de Polanco salieron de su escondite y se

retiraron de la comisaría ordenadamente, llevándole tanto a él como a los demás heridos al hospital. No había habido bajas por el lado de la policía y, aunque estaba parcialmente ciego, Polanco se podía considerar afortunado, pues uno de sus compañeros había perdido un brazo y otro una pierna. Rodrigo ordenó a sus tropas que abandonaran Picota antes del amanecer.16

No se sabe bien qué fue de la corta vida de Rodrigo después del tiroteo. Su familia tuvo que reconstruir los hechos conforme a las versiones de sus compañeros. Según contaban, Rodrigo subió a un emerretista herido en una motocicleta y lo sacó del pueblo. Lo que no sabía era que el Ejército había sido alertado del tiroteo. Los soldados le tendieron una emboscada en las afueras de Picota. Rodrigo intentó escapar hacia los cerros, pero recibió varios balazos en diversas partes del cuerpo. Aunque seguía vivo, no podía moverse y los soldados se acercaban. Uno de ellos era un antiguo compañero de colegio, llamado Jari. Pero este vínculo no le sirvió de nada. Los emerretistas que presenciaron la captura desde los cerros describieron a su familia cómo Jari apretó el gatillo, antes de encender una cerilla y arrojarla a los pies de quien había sido su compañero de estudios.17

Rodrigo siempre había aceptado su destino. Sabía que era muy probable que no viviera para ver el triunfo de la rebelión, pero sentía que no podía quedarse sentado mientras el Perú ardía. Antes de emprender su viaje seis años antes, había dejado a sus padres con una triste canción y la esperanza de volver algún día. Ahora eso se había terminado. Los verdes cerros de la selva reclamaban sus cenizas como las del protagonista indígena de su canción:

Serás otra vez montaña

y habrá fulgor en tus ojos.

Tu risa oiré

y feliz serás,

y feliz seré.

***

Roger Pinchi Vásquez tenía que tomar una decisión de vida o muerte. Siempre había luchado por aceptar que era gay. “Traté de tapar todo eso”, explicaría más tarde, “por mi mamá, mi papá, mis estudios”. Ahora, como adulto que enseñaba en Tocache en 1990, no quería otra cosa que salir del armario, pero había otro factor para tener en cuenta. El MRTA controlaba la localidad y los mandos regionales no ocultaban su homofobia.

Un año antes, el Frente Nororiental había anunciado en varios comunicados que los emerretistas se reservaban el derecho de actuar como una especie de autoridad moral en Tarapoto, apuntando a cualquiera que fuera abiertamente gay. Se trataba de un mal manejo de la cláusula aprobada durante el congreso de 1989 para frenar el robo, el narcotráfico y la drogadicción. Los líderes regionales del MRTA añadieron, implícitamente, la no heteronormatividad a la lista de delitos revolucionarios, al equipararla a otros comportamientos que consideraban inmorales. Siguiendo esta línea, un comando hizo una redada en los clubes nocturnos y burdeles de la ciudad en la noche del 31 de mayo de 1989. Separaron a quienes pensaban que eran drogadictos y gays, los llevaron al barrio Nueve de Diciembre y los obligaron a formar una fila. Seleccionaron a ocho de ellos y los fusilaron uno por uno.18

Acciones como esta infundían terror en el corazón de hombres como Pinchi. Ya era bastante difícil ser gay en el Perú o en cualquier otra parte del mundo en 1990. La ofensiva del MRTA añadía un nuevo motivo de preocupación. Pinchi no estaba solo. Su hermano, François, también era gay y transgénero.19 François tenía una popular peluquería en Tarapoto y, según Pinchi, era adorado por sus clientes. Pero también sabía lo difícil que podía ser salir del armario. Cuando un día Pinchi le confió que él también era gay, François le instó a ir con cuidado.

“No es fácil ser homosexual”, le dijo. “Es una vida agitada y muy mal, y piensa bien si quieres seguir ese camino”.

“He pensado bien y voy a seguir”, contestó Pinchi.

Pero Pinchi cambió de opinión cuando el MRTA empezó a perseguir a la comunidad LGBTQ. Cuando se trasladó a Tocache y se dio cuenta de que estaba plagado de emerretistas, se encontró en una encrucijada. “Me identifico de

homosexual", pensó, "me matan". Decidió mantener la mentira, conseguir una enamorada e intentar pasar desapercibido.

Pinchi podría haberse salido con la suya si no fuera por un desafortunado error de identidad. Un día los tupacamaristas locales lo secuestraron y lo llevaron a su campamento. Durante ocho días, se turnaron para golpearlo, insultarlo y finalmente violarlo. Solo cuando el comandante regresó y vio a Pinchi, que ya para entonces estaba muy maltratado, se dio cuenta de que habían capturado a la persona equivocada: lo habían confundido con su hermano François.

El comandante lo dejó ir. Pinchi buscó inmediatamente a su hermano en Tarapoto, para advertirle de que estaba en la lista negra del MRTA. François no podía creerlo.

"Yo doy cupo", dijo, "doy plata. Doy todo. ¿Cómo me van a matar?". A pesar de las súplicas de Pinchi, decidió seguir con su salón de belleza.

Tal y como temía Pinchi, los emerretistas secuestraron a François y lo llevaron a un lugar de Morales conocido como La Chacra. Lo metieron en una pocilga y le dispararon cinco tiros en la cabeza.

Los hermanos Pinchi fueron dos de las varias personas LGBTQ objeto de crímenes de odio por parte del MRTA durante los primeros años de la década de 1990. Sus historias sirven de escalofriante recordatorio de los peligros que aguardan cuando un movimiento político sucumbe a los caprichos de su ala más beligerante e intolerante. A pesar de que el estatuto de 1988 promovía la igualdad de género y denunciaba el machismo, algunos comandantes regionales aprovecharon la rebelión para infundir miedo a la comunidad LGBTQ.

Esta homo y transfobia no era en absoluto exclusiva del MRTA, ni de la izquierda peruana, sino que era un síntoma inquietante de la hipermasculinidad de la Guerra Fría. Tanto en la Unión Soviética de Stalin como en la Cuba de Castro, la discriminación y la violencia sistemáticas contra los miembros de la comunidad LGBTQ formaban parte de una cultura más amplia de machismo e intolerancia de género entre los mismos hombres que decían defender un orden mundial más justo e igualitario. Sin duda, la izquierda no estaba sola, ya que los crímenes de los grupos de derecha y de las fuerzas de seguridad del Estado contra la comunidad LGBTQ fueron también atroces, y a menudo más sistemáticos durante este periodo. No obstante, en el siglo XXI, la izquierda ha

progresado mucho más en lo que atañe a los derechos LGBTQ que sus adversarios de la derecha. Sin embargo, cabe señalar que durante la Guerra Fría la homo y transfobia, tanto en la izquierda como en la derecha, era omnipresente, tóxica y, en ocasiones, letal.

***

En mayo de 1989, poco después del incidente de Molinos y un mes antes de su sexagésimo cumpleaños, Enrique López Albújar dejó de ser ministro de Defensa. Tras una ilustre carrera militar y política, decidió que era el momento de disfrutar de la vida civil y asumir la presidencia de Química El Sol, una empresa de la que había sido consejero.20 López Albújar se tomaba en serio su cargo. Se presentaba en la sede de la empresa tres días a la semana a las nueve y cuarto en punto. El único problema era que, como general retirado, tenía que esperar a su equipo de seguridad para llegar al trabajo a tiempo. Cuando ese equipo no llegó a recogerle a su casa de Higuereta la mañana del 9 de enero de 1990, se sintió más que molesto.

“¡Estoy harto de esperar al chofer!”, dijo a su mujer, Maruja, mientras daba vueltas entre la sala y la puerta de entrada. “¡Cuando venga, lo despides! No quiero verlos más por acá”. El general salió de su casa resoplando.

La camioneta del general no era muy segura. A diferencia del carro de su chofer, equipado con cristales oscuros a prueba de balas y dos guardaespaldas, su Nissan blanco era un vehículo poco llamativo, que se mezclaba fácilmente con los Volkswagen escarabajo y otras camionetas que recorrían las calles de la capital. El equipo de seguridad de López Albújar solía tomar todas las precauciones y buscaba las rutas más seguras. Sin embargo, nada de eso importaba esa mañana. López Albújar solo quería llegar a tiempo a su reunión.21

Cuando la camioneta llegó al gran edificio financiero del Paseo de la República, el general parecía haberse calmado. Dio la vuelta en la playa de estacionamiento y fue todo sonrisas con el guardia de seguridad.22 Tenía tanta prisa por aparcar que probablemente no se fijó en el hombre blanco que sacaba una bolsa de deporte, la apoyaba encima de un automóvil situado enfrente, extraía un arma y comenzaba a disparar contra el Nissan. Entre la lluvia de balas, López Albújar

perdió el control y chocó con dos autos, mientras otros dos pistoleros también empezaban a disparar contra él. Tras una pequeña pausa, el primer tirador corrió hacia la camioneta y se asomó al interior.

Informó a sus compañeros que el general seguía con vida. En ese momento, otro de los emerretistas corrió hacia López Albújar y descargó su arma. Después, los tres tiradores, acompañados por otros dos emerretistas que hacían de vigías, subieron a un Toyota y bajaron a toda velocidad por la avenida hacia Aramburú. Los transeúntes avisaron inmediatamente del incidente. Poco después de llegar al hospital, López Albújar, que había recibido 17 balas, pereció.23

El MRTA no tardó en atribuirse el asesinato, alegando que se trataba de una represalia por la masacre de Molinos. Aunque lo negó con vehemencia, Peter Cárdenas, comandante del MRTA en Lima, parece haber sido el autor intelectual del golpe. El Gringo había sido detenido en 1988 y había pasado algún tiempo en la prisión de Canto Grande, pero había sido liberado al año siguiente, tras lo que algunos de sus compañeros creían que era un acuerdo secreto con los fiscales.24 Estas sospechas obligaron a Cárdenas a ceder el mando de Lima, pero mantuvo la confianza del tupacamarista más importante de todos, Víctor Polay. Esta confianza permitió a Cárdenas dirigir operaciones de alto riesgo, incluso después de la detención del líder.

La Inteligencia de la Dincote ubicó a Cárdenas en la misma cuadra del asesinato de López Albújar, días antes del atentado. Evidentemente, estaba tanteando el terreno. La descripción de los testigos de uno de los atacantes coincidía con la suya y el estilo del ataque (sacar una ametralladora de una bolsa, colocarla sobre un automóvil y disparar contra un objetivo al otro lado de la calle) llevaba su firma. Sin embargo, por muchas pruebas que tuvieran los oficiales de la Dincote, no lograron capturarlo y Cárdenas nunca reconoció su autoría.25

El asesinato de López Albújar demostró que el ala dura del MRTA había tomado el control del movimiento. Para muchos de quienes hasta entonces consideraban al MRTA una organización relativamente benévola, fue el punto de quiebre. El asesinato fue tan inusualmente cruel que, en los días siguientes al golpe, la mayoría de los medios de comunicación asumieron que era obra de Sendero Luminoso.26 Ahora estaba claro que se habían salido del carril. ¿Había perdido el MRTA su autoridad moral? La reciente ola de asesinatos selectivos parecía sugerir que sí: los crímenes de odio contra la comunidad LGBTQ, los secuestros y asesinatos de rehenes, la ejecución de un líder indígena y, ahora, el asesinato

de un general retirado. Las advertencias de Nelson Manrique sobre la "senderización del MRTA" parecían cumplirse. También otros especialistas estaban de acuerdo con este análisis. "Si la imagen que pretendían dar los del MRTA era de ser 'mejores' que los de Sendero", escribió Caretas, "el síndrome de Robin Hood bien puede olvidarse y rápidamente".27

Lo que quedaba de la Dirección del MRTA comprendió que tenía que reparar el daño que había sufrido su imagen. Hasta los izquierdistas más cercanos empezaban a volverse contra los emerretistas, describiéndolos como otra organización terrorista sedienta de sangre. Incluso Néstor Cerpa, que siempre había estado entre los más duros, comprendió la necesidad de moderarse. Junto con los restantes miembros de la Dirección, concluyó que solo una acción de grandes dimensiones, llamativa y no violenta podía permitir al MRTA recuperar el aprecio de la izquierda (y el igualmente importante favor de la prensa). Con la espalda contra la pared, Cerpa empezó a urdir un plan.

---

1. Hubo, sin embargo, una presencia indígena en San Martín. Véase Dean 2009.

2. Sobre la resistencia histórica del pueblo asháninka, véase Varese 1973. Sobre la guerra asháninka contra el MRTA y Sendero Luminoso, consúltese Durand Guevara 2015, 2021.

3. CVR , Testimonio 314121, ADP .

4. "Yo fui un terrorista y ahora me arrepiento", La República , 14 de enero de 1990, p. 21.

5. CVR , Testimonio 734001, ADP .

6. Entrevista con Tigre, San Agustino, 6 de agosto de 2016.

7. Para más información sobre los encuentros del MRTA con los asháninkas, véase Brown y Fernández 1993.

8. Entrevista con Tigre, San Agustino, 6 de agosto de 2016.

9. Ibíd.

10. “Yo fui un terrorista y ahora me arrepiento”, La República , 14 de enero de 1990, pp. 20-22; “Comandantes ashaninkas son universitarios”, La República , 14 de enero de 1990, pp. 22-23.

11. LUM – Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social, “Asháninca”, disponible en: <http://www.lum.cultura.pe/visita360 > (última consulta: 25/10/17); Armando Campo Linares y Jesús Abad Luján, “Cuatro mil nativos marchan hacia el fortín del MRTA ”, La República , 15 de enero de 1990, pp. 11-13; y “Asháninca van ganando la guerra a terroristas”, La República , 13 de enero de 1990, p. 13.

12. Armando Campos y Jesús Abad, “Asháninca van ganando la guerra a terroristas”, La República , 13 de enero de 1990, p. 13.

13. “Yo les conozco, ¡ustedes son terroristas!”, La República , 15 de enero de 1990, pp. 13-14.

14. Ibíd., p. 14.

15. Armando Campos Linares y Jesús Abad Luján, “Asháninca s condenan a muerte a 27 detenidos”, La República , 16 de enero de 1990, p. 21.

16. CVR , Testimonio 100092, ADP .

17. MRTA 1990: 164; entrevista con Franco Gálvez, Tarapoto, 23 de mayo de 2015.

18. “ MRTA : por mano propia”, Caretas , 5 de junio de 1989, n.° 1060, pp. 38-39.

19. LUM – Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social, “Una persona 2”, Testimonio de Roger Pinchi Vásquez, disponible en: < http://www.lum.cultura.pe/visita360 >. De aquí en adelante, se utilizan los nombres ofrecidos por el propio testimoniante.

20. “Será recordado como primer ministro de Defensa del Perú”, La República , 10 de enero de 1990, p. 8.

21. “ MRTA : nuevo azote”, Caretas , 15 de enero de 1990, n.° 1092, p. 12.

22. “Lo emboscaron y asesinaron con ráfagas de metralleta”, La República , 10 de enero de 1990, pp. 2-3.

23. “ MRTA : nuevo azote”, Caretas , 15 de enero de 1990, n.° 1092, p. 13.

24. “Identificaron a dos de los asesinos de López Albújar”, Caretas , 15 de enero de 1990, n.° 1092, p. 2; “¿Quién es quién?”, Caretas , 22 de enero de 1990, n.° 1093, pp. 34-35.

25. ADP , Unidad de Investigaciones Especiales y Antropológicas Forenses, Equipos de Investigaciones, 100320-Molinos, carpeta 2, Atestado Ampliatorio 153- D1 - DIRCOTE , 5 de septiembre de 1990.

26. “La ‘senderización’ del MRTA ”, La República , 17 de enero de 1990, p. 18.

27. “ MRTA : nuevo azote”, Caretas , 15 de enero de 1990, n.° 1092, p. 14.

12

Túnel hacia la libertad

Víctor Polay estaba sentado en su celda del tercer piso del pabellón 2-A de la prisión de máxima seguridad de Canto Grande. Los funcionarios de la cárcel habían separado al líder emerretista de los demás reclusos de la organización, colocándolo en una de las dos celdas individuales del tercer piso. En la otra se hallaba Osmán Morote, entonces considerado (erróneamente) el número 2 en la jerarquía de Sendero Luminoso y el senderista de mayor rango tras las rejas. La celda, en forma de L, estaba equipada con una cama, una cocinilla, un pequeño escritorio y una modesta estantería con libros y revistas; incluso tenía un pequeño equipo de música y un televisor. Encima de la estantería había un dibujo enmarcado de Túpac Amaru, con abultados bíceps y los puños levantados, emergiendo triunfante de entre las masas. Debajo de la imagen, se leía la frase: ¡Túpac Amaru vive y vencerá! 1

Polay examinó la diminuta estampa de Sarita Colonia que un grupo de madres de presos emerretistas le había entregado en una visita ese mismo día.

“Ella es milagrosa y lo va a proteger”, había dicho una de ellas. “Es una santa del pueblo y está con nosotros”.

Polay agradeció el gesto. Después de dos años en la prisión de máxima seguridad Miguel Castro Castro, aceptaba toda la ayuda posible.2

***

La prisión Miguel Castro Castro, conocida como Canto Grande, fue inaugurada

el 15 de enero de 1986, en pleno conflicto armado interno. Era un centro moderno, adecuado para los tiempos que corrían, y albergaba a los presos más peligrosos del país: narcotraficantes, jefes de bandas criminales y, por supuesto, terroristas.3 El centro tenía forma octogonal, con torres de vigilancia en cada esquina que ocultaban la zona común —un panóptico foucaultiano, si alguna vez hubo uno—.

Después de la inauguración de Canto Grande, las autoridades trasladaron a los principales presos del MRTA y de Sendero Luminoso al nuevo centro.4 Sin embargo, el hecho de que se promocionara como a prueba de fugas no impidió que los presos lo intentaran. Los tupacamaristas comenzaron a planear una ruta de escape casi desde su llegada. En ese momento, Víctor Polay aún dirigía las operaciones en Lima. “Como sabíamos que por el curso del conflicto armado interno era inevitable, que iban a seguir cayendo más compañeros, siempre estuvimos estudiando varias posibilidades para liberarlos”, escribiría años después.5 Siendo un niño en el Callao, Polay se sentía encandilado cuando los compañeros apristas de su padre le narraban historias de audaces fugas de prisión. Los fugados eran héroes entre la izquierda clandestina o incluso superhéroes, como El Invisible, que salía por la puerta principal de El Frontón sin ser detectado por las autoridades. Ahora, como preso número 1 del MRTA, sabía que él mismo se convertiría en una leyenda si lograba escapar.

Polay recurrió a la red internacional de aliados del MRTA para pedir consejo. Al principio del conflicto había conversado con Raúl Sendic, el líder de los tupamaros uruguayos, quien había ganado fama mundial en 1971 cuando, junto con un grupo de más de cien presos, se escapó de la prisión de Punta Carretas, en Montevideo.6 Durante su breve encuentro, Sendic le contó cómo habían llevado a cabo la hazaña, hasta el último detalle. Por supuesto, escapar de Canto Grande era una tarea mucho más difícil, pues estaba mucho más alejado y contaba con una tecnología de vigilancia más moderna. Para Polay, sin embargo, la enseñanza de la fuga de Sendic era que sí era posible realizarla. Ese rayo de esperanza era todo lo que necesitaba.7

La Dirección comenzó a idear un plan para sacar a sus compañeros encarcelados. Los presos se dieron cuenta de que los conductos de aguas residuales de la prisión conectaban a todos los bloques de celdas, y comenzaron a inspeccionarlos para cavar un túnel de pequeño tamaño.8 Sin embargo, el 17 de julio de 1987, los funcionarios de la prisión descubrieron rastros de suciedad en el suelo de los conductos. Tras avisar a sus supervisores, realizaron una

inspección completa de las instalaciones, descubriendo un túnel de veinte metros de longitud. Aunque las autoridades penitenciarias no llegaron a sospechar directamente del MRTA, el descubrimiento hizo que se detuvieran todos los planes de fuga.9

El plan volvió a fojas cero. “Hasta en esto tuvimos que ser heterodoxos y creativos”, escribiría Polay, “rompiendo así con la tradición de túneles que tantas veces nos ha recreado Hollywood”. Fue entonces cuando se dio cuenta de que “tendría que ser de afuera para adentro”. El MRTA contaba con un grupo de militantes provenientes de la UNI, que podían proporcionar apoyo técnico, creativo y logístico.10 También tenía una entrada con la Federación Nacional de Mineros, “expertos”, como sabía Polay, “en el trabajo de túneles”. “Así, concluimos que teníamos la teoría, la técnica y la experiencia para hacer la vía que conduzca a nuestros combatientes a la libertad”.

Polay fue detenido antes de que la construcción se pusiera en marcha, pero hizo todo lo posible para ayudar desde dentro. Convirtió su aislamiento en su mayor ventaja. Desde su pequeño escritorio de madera, lejos de la mirada de los funcionarios de prisión, elaboraba planos y notas sobre las vulnerabilidades del recinto. Durante las horas de visita, algunos contactos leales al movimiento sacaban los mensajes y planos para que Peter Cárdenas y Néstor Cerpa los examinaran junto con sus mejores ingenieros.11 La Dirección encomendó a una pareja de jóvenes simpatizantes, Víctor y Rosa, que se hicieran pasar por recién casados, compraran un terreno a solo 300 metros del bloque de celdas del MRTA y construyeran allí una pequeña casa. A primera vista, se parecía a cualquier otra vivienda precaria de las zonas populares de Lima, pero con una excepción: una falsa librería del dormitorio bloqueaba una trampilla que daba acceso a un túnel secreto.12

La pareja no estaba entusiasmada con el plan, pero al principio cumplió. Todos los días, Víctor salía antes del amanecer en su Dodge 300 azul, supuestamente para trabajar en el mercado. Volvía a casa a la una de la tarde y regresaba de nuevo por la noche en su camión, parqueándolo en el garaje. Era el clásico turno de trabajo peruano: los vecinos nunca sospecharon que el camión transportaba dos cargas de tierra al día.13

Pero cuando supo que esta rutina podía durar más de un año, Víctor, al que apodaban “El Gótico”, presumiblemente por su forma embrollada de hablar, empezó a buscar una salida. Rosa y él empezaron a sabotear la operación, con la

esperanza de ser reemplazados. Una noche organizaron una cena inopinada. Los encargados de la excavación no tuvieron más remedio que sudar la gota gorda en el sofocante túnel, hasta que los invitados se marcharon. Era más de medianoche cuando Víctor les dejó salir, sin ni siquiera prepararles un refrigerio. En otra ocasión, Víctor y Rosa abandonaron la ciudad sin avisar, dejando a los trabajadores totalmente expuestos. Esto provocó un encuentro con Néstor Cerpa y otro emerretista. El líder recordó a Víctor que su repentina marcha equivalía a una deserción. El Gótico le respondió que ya no quería seguir viviendo en la casa y que había tomado medidas por si algo le pasaba a él o a su pareja.14

“Mira”, dijo Cerpa, “a nosotros no nos importa. Claro que nosotros queremos que tú cumplas [el trabajo]. Pero entiende bien una cosa: esa tarea no se puede delatar”.15

Víctor se mantuvo firme. Dijo que no volvería a la casa en ninguna circunstancia, pero sugirió algo a cambio: “Lleven a otra pareja para que los vecinos vean que son familiares míos”.16

Cerpa debió darse cuenta de que no tenía muchas opciones. Él mismo lo había dicho: la misión era demasiado importante para comprometerla. Aceptó el ultimátum de El Gótico. Este cumplió su parte del trato y presentó a los vecinos a Richard y Sonia, la nueva pareja, como si fueran su sobrino y su esposa. Después, Rosa y él se marcharon para no volver jamás al lugar.

El cambio de planes dejó la operación en suspenso hasta que la nueva pareja se instaló. Richard y Sonia demostraron ser mucho más colaboradores. Cada día ponían la radio a todo volumen para amortiguar el sonido de las excavaciones. Con el mismo fin, la casa estaba llena de perros y gallinas. Durante el día, Sonia, una mujer joven y atractiva, se acercaba a las puertas exteriores de la prisión para charlar con los vigilantes. Con coquetería les preguntaba por sus rutinas diarias. Los centinelas, ávidos de atención, conversaban con ella con gusto, sin ser conscientes de que los emerretistas estaban removiendo lentamente la tierra bajo sus pies.17

El túnel era una obra de ingeniería. Con un metro y medio de alto y un metro de ancho, era lo suficientemente grande como para que dos hombres adultos se cruzaran y lo suficientemente ancho como para que las carretillas pasaran cargadas de tierra. Las vigas de madera del techo se alineaban cada uno o tres metros, y había incluso una pequeña ducha para que los trabajadores pudieran

lavarse antes de salir a la superficie. Para la luz, tomaban la conexión de la misma cárcel.

La excavación avanzaba lenta y metódicamente. Al principio, equipos de cuatro personas hacían turnos, con máscaras quirúrgicas, avanzando de 40 a 50 centímetros al día, cincelando con un mazo una cuña de madera dura cubierta de tela. En noviembre de 1989, el túnel solo había avanzado 35 metros y tenía más de 265 por delante. Si querían terminarlo el año siguiente, tenían que acelerar la marcha. Para apurar la excavación, la Dirección aprobó un plan que permitía trabajar a más personas. A partir de entonces, empezaron a avanzar una media de tres metros al día, abriéndose paso lentamente por debajo de los muros de la prisión. Ahora, 16 personas trabajaban las veinticuatro horas al día. A hasta 40 grados centígrados, los emerretistas tenían que soportar infecciones, dolores de cabeza, problemas intestinales y otras afecciones causadas por el calor sofocante y la suciedad. Para alimentarse y mantener las fuerzas y la salud en esas condiciones, consumían entre todos casi 30 litros de leche, 40 litros de jugo, 120 panes, 10 kilos de carne o pescado, 8 kilos de arroz y una buena dosis de vitaminas cada día. Para el MRTA, todo valía la pena, pues parecía que el túnel estaría concluido a mediados del 1990.18

***

Víctor Polay y Alberto Gálvez eran dos de los pocos prisioneros que conocían la operación. El riesgo de ser descubiertos era demasiado grande para permitir que otros estuvieran al tanto. Un día, Polay se despertó con el sonido de los tractores en el patio de la prisión. Se levantó y se asomó por la ventana. Vio que una excavadora estaba removiendo la tierra junto al muro exterior. Se preguntó si las autoridades de la prisión estaban tras ellos.

“¿Qué pasa allí?”, preguntó Polay sin inmutarse. “¿Están por fin construyendo un depósito de agua?”.19

“No”, respondió el funcionario. “Están interesados en ver si descubren un túnel. Anoche los guardias en la torre oyeron ruidos de excavación. Piensan que pueden venir del pabellón 6-A y están tratando de localizarlo”.

Canto Grande estaba diseñado como si fuera una torta circular cortada al estilo peruano. Las puntas de las rebanadas de igual proporción nunca se tocan, sino que se apoyan en un segmento céntrico circular. Canto Grande tenía una lógica similar. Cada pabellón colindaba con un patio redondo central y se separaba del pabellón contiguo por un estrecho pasillo, pensado para mantener cada bloque de celdas físicamente aislado. Estos angostos callejones, a los que solo se podía acceder desde el patio central, eran una tierra de nadie.

Polay sabía que los tupacamaristas estaban excavando bajo el pabellón 2-A, a varios metros de donde buscaban los guardias. No era exactamente el lugar, pero sí lo suficientemente cerca como para preocuparse. Los guardias creían que los presos del 6-A, entre quienes estaban algunos de los narcotraficantes más famosos del país, estaban haciendo un túnel. No tenían ni idea de que la excavación provenía de fuera y que el objetivo era otro pabellón. Polay avaló con gusto su teoría.

Bajo tierra, en el túnel, los emerretistas se apiñaban en completo silencio, mientras las retroexcavadoras cavaban las zanjas, haciendo caer nubes de tierra sobre sus cabezas.

“Ya nos encontraron”, susurró Jaime, uno de los encargados de la excavación.

“Nos han escuchado”, corrigió Armando, su compañero, “pero todavía no nos han encontrado. Deja ya de excavar y regresemos a la base”. El grupo retrocedió en silencio hasta el refugio, donde determinaron que estaban a salvo. El túnel se encontraba a 15 metros bajo la superficie, fuera del alcance de los funcionarios de la prisión. No había forma, argumentó Armando, de que cavaran a tanta profundidad para buscar túneles, sobre todo si pensaban que los prisioneros trataban de escapar desde dentro. Esperarían hasta que cesara la búsqueda y continuarían con su trabajo.

Mientras tanto, Polay se esforzaba en evitar sospechas. Un día, el comandante del presidio, acompañado por otros oficiales, le preguntó si tenía información para confirmar las sospechas de los guardias.20

“Ah, el túnel”, comentó Polay.

“Sí, el túnel”, dijo el comandante. “Mi gente no se deja llevar por la imaginación…”.

“A lo mejor estaban fumados”, bromeó Polay, haciéndoles reír a todos. Luego, hablando en serio, sugirió: “Oiga, ¿por qué no hacen una zanja grandota en el derredor del penal, de cinco a seis metros de profundidad, y se olvidan de las fugas…?”.

Al comandante no le pareció mala idea. Poco después, se dio cuenta de lo delgado que estaba su prisionero.

“¿Qué pasa con usted?”, preguntó el comandante. “Lo veo frágil, delgadito. ¿Las compañeras no lo visitan?, ¿nadie le lleva comida?”.

“Me he adelgazado para salir bien por su túnel”, bromeó Polay, evidentemente bajando las sospechas del comandante.

***

En junio de 1990, la excavación llegó al patio de la prisión. Lo único que quedaba era un tramo final de unos 65 metros, una pendiente gradual para subir desde los 15 metros de profundidad hasta la superficie. Los tupacamaristas, que nunca dejaban pasar una oportunidad de invocar la memoria histórica, bautizaron este tramo final como “Túpac Amaru, Libertador”.21

Mientras sus compañeros se abrían paso hacia la superficie, Polay continuaba con sus actividades habituales. Su juicio por terrorismo ya había comenzado, por lo que el jueves 5 de julio compareció ante un tribunal para enfrentarse al fiscal Juan Cabello. Este había presentado al juez una pistola como prueba y pidió a Polay que la examinara, preguntándole si la reconocía como suya.

“No lo sé, parece que sí”, respondió Polay.22

El juez le ordenó mostrarle al tribunal cómo se usaba el arma. Polay, toda sonrisa con su casaca de cuero, tomó la pistola con ambas manos, la levantó y la amartilló con aire de familiaridad, antes de devolvérsela a su interrogador. Su suficiencia no pasó desapercibida para nadie, pero a todos se les escapó el motivo. No importaba que el juez le reprendiera. Si todo iba según lo previsto, no tendría que escuchar el veredicto.

***

El domingo 8 de julio, el mundo entero sintonizaba la final del Mundial de Italia, una reedición del partido que cuatro años atrás había enfrentado a Alemania Occidental y la Argentina de Maradona. Según cuentan los emerretistas, un compañero llamado Martín había instalado un televisor en la cámara subterránea para que los excavadores vieran los partidos del Mundial por turnos.

“Se van a distraer”, se quejó uno de ellos. “Para nosotros no hay mundial, no hay nada más que el túnel”, pero abandonó la protesta al ver que los demás querían ver los partidos, aunque fuera por ratos.23

El día de la final, a las cuatro de la tarde, un emerretista llamado Antonio tomó su turno. Sabía que estaba cerca de la superficie, ya que podía oír pasos y música por encima del túnel. Dos horas y media después, el techo empezó a derrumbarse. Dio un salto hacia atrás, para evitar quedar enterrado, pero para su sorpresa apenas cayó tierra. Confundido bajo la oscuridad y la suciedad, fijó sus ojos en un pequeño círculo de luz. Lo iluminó con su linterna, apagándola inmediatamente cuando se dio cuenta de que estaba mirando el cielo sobre el patio de la prisión: la luz al final del túnel.24

Habían llegado, pero ni en el momento, ni en el lugar que pensaban. Sobre el papel, la excavación no debía concluir hasta dos días después. Era entonces cuando Néstor Cerpa, Peter Cárdenas y el resto de la Dirección habían dispuesto un equipo de vehículos para la huida. Además, se suponía que el túnel debía desembocar en el pabellón 2-A, el bloque de celdas donde estaban los presos varones del MRTA. Sin embargo, debido al derrumbe, había acabado en el estrecho callejón adyacente al pabellón; estaban en tierra de nadie, lo que significaba que el agujero podía ser descubierto por cualquiera de los presos comunes o, peor aún, por un guardia que pasara por allí.

Intercalados entre los altos muros de los bloques de celdas, estos callejones eran utilizados por los presos para escapar por unos minutos a la supervisión de los guardias y realizar actividades prohibidas. Aquel día, dos presos comunes estaban fumando marihuana, cuando uno de ellos vio el agujero.

“¡Dios mío!”, gritó. “¡Es un túnel!”.

“Sí”, contestó su compañero, “y tienen que ser los del MRTA, nuestros vecinos, los que lo están abriendo”.25

El hombre cubrió el agujero con su casaca. Cuanta menos gente lo supiera, más ventaja tendrían los marihuaneros. El único problema era que los dos estaban demasiado drogados para tomar decisiones lúcidas. Tendrían que decírselo a Chuquiruna.26

Cada bloque de celdas tenía una especie de jefe que tomaba las decisiones, obtenía una parte de cada transacción ilegal y aprobaba todo lo que pasaba ahí. Chuquiruna era ese hombre. Los fumones lo buscaron y le contaron su descubrimiento. Le preguntaron si tenía alguna idea brillante. La tenía.

Los tres caballeros —los dos fumones y Chuquiruna— llamaron a Fernando Valladares, el marido de Lucero Cumpa, y le mostraron el agujero. Valladares fue a buscar a Alberto Gálvez, el líder emerretista de mayor rango de su bloque de celdas. “Ya lo encontraron”, le dijo, “tenemos que irnos ahorita porque ya se reventó el túnel. Hay que irnos”.

“Espérate”, le respondió Gálvez. “Primero hay que ver cómo está la cosa”.

A continuación, organizó una reunión privada con Chuquiruna, de jefe de bloque a jefe de bloque. “¿[Quiénes] lo saben?”, le preguntó.

“Los únicos que saben somos tres. Esos dos [fumones] y yo”, le respondió Chuquiruna.27

Gálvez asintió. Le explicó la verdad sobre el túnel, que ya estaba terminado y que los emerretistas escaparían esa noche al amparo de la oscuridad. Y luego le hizo una propuesta a Chuquiruna.

“Si tú logras de que esos dos no digan nada y se queden entretenidos, tú te vas con nosotros”.

Chuquiruna estaba más que feliz de cumplir. Dijo que podía comprar a los dos marihuaneros con unos cincuenta dólares, dinero suficiente para mantenerlos drogados durante mucho tiempo. Gálvez le entregó el dinero en efectivo y Chuquiruna lo aceptó.

No había tiempo que perder. Gálvez sabía que tendrían que salir esa noche para evitar que alguien más descubriera el túnel. Encargó a Valladares que informara a su esposa, Lucero Cumpa, y al aislado Polay.28

Polay se sorprendió al ver que Valladares le llevaba la cena esa noche. Normalmente, era Gálvez quien lo hacía. Valladares le entregó su bandeja junto con un oso de peluche con lentes, indicándole que había algo adentro. Polay lo agradeció, esperó a estar solo en su celda y sacó el walkie-talkie del osito para coordinar los detalles de la fuga con sus compañeros. Algunos querían salir de una vez, pero Polay pretendía esperar hasta las dos de la madrugada, después del cambio de guardia, "cuando por el frío y la humedad del invierno ellos se guarecían y entraban en somnolencia".29

Polay pidió hablar con alguien de la Dirección nacional para coordinar la fuga. Prefería hablar con su camarada de siempre y amigo de confianza, Peter Cárdenas. El Gringo coordinaba la logística y había pensado en todo: vehículos, conductores, mudas de ropa, documentos falsos, primeros auxilios; todo lo que los emerretistas pudieran necesitar durante la huida. El único problema era que, como Cárdenas no esperaba poner en marcha el plan esa noche, había ocultado todo para evitar ser detectado por las autoridades. Lo único que podían arreglar era el transporte desde la casa segura y Polay no tuvo más remedio que aceptar.30

Mientras tanto, Alberto Gálvez se acercó a los demás compañeros para informarles. Les contó del túnel. "No [es] como nosotros queríamos", dijo, pero tendría que servir. La buena noticia era que la policía, "no se [dio] cuenta". Subrayó que no tenía que salir nadie que no quisiera hacerlo. Los que lo hicieran, sin embargo, tendrían que salir "ordenadamente".31 Al menos un compañero decidió quedarse.

Mientras Gálvez hacía los arreglos con los hombres, Valladares se dirigió al pabellón de las mujeres y buscó a su esposa, Lucero Cumpa. Le entregó un walkie-talkie y una pistola, y le dijo que se iban a escapar esa noche.

"¿Qué?", respondió ella, incrédula. "¡No puede ser!".32

Pero cuanto más hablaba su marido, más le creía. Habría tres equipos. El primero, llamado "Tigre 1", estaría formado por los prisioneros del pabellón de hombres. Serían los primeros en bajar por el túnel. El segundo, "Tigre 2", se

encargaría de rescatar a Polay de su bloque de celdas aislado. Saldrían en segundo lugar. Las mujeres saldrían en tercer lugar.

“¿Y cuál es nuestro nombre en clave?”, preguntó Cumpa.

“Cupido”.

“¿Qué?”, Cumpa frunció el ceño. “¿No Tigre?”.

“Cupido”.33

Incluso en su prisa por coordinar una huida, los emerretistas varones no pudieron resistirse a relegar a sus compañeras a un estatus secundario, asignándoles un nombre en clave afeminado y basado en un símbolo del amor y la emoción.

***

Valladares y Gálvez esperaron al cambio de guardia de la madrugada. Poco después, Gálvez condujo al primer grupo de veinte prisioneros hacia el agujero.

“El primer cargamento está en camino”, avisó Valladares por radio.

El vigilante de turno estaba leyendo la prensa y daba la espalda a los fugados, que bajaron las escaleras en fila de a uno. A Gálvez, como líder del grupo, le tocó entrar primero en el túnel. Se deslizó con los pies por delante y aterrizó en el suelo de tierra, mientras los tupacamaristas le recibían y le guiaban por el cubículo poco iluminado. Apenas podía respirar. El calor era sofocante. Sentía que el sudor le resbalaba por la frente y le empapaba el cuerpo. El túnel parecía ser eterno, pero la adrenalina le impulsaba a continuar. Finalmente, llegó a la salida y subió a la casa de seguridad. Se sentía como si alguien le hubiera echado cubos de agua por encima. “Habría sudado dos kilos”, contaría. Era un pequeño precio a pagar por la libertad.34

Una vez que el último de los integrantes del primer grupo salió, Valladares condujo a un equipo de cinco prisioneros, armados y vestidos de negro, a través de los conductos de aguas residuales hacia la celda de su líder, en el último

piso.35

Polay, que también se había puesto ropa negra, esperaba ansioso. “El tiempo pasaba y nada ocurría”, recordaría. “Imaginé lo peor, por supuesto: que algo había salido mal, que habían sido interceptados”.

Después de veinte minutos, Valladares llamó por radio. “Te esperamos”.

Se puso en acción. Tenía las llaves de las dos puertas de su celda. Se subió a la silla y empujó el tragaluz del techo para abrirlo, arrastrándose por la rampa que llevaba al techo del pabellón 6-B. Encontró la cuerda preparada por sus compañeros y se la ató a la cintura, para que estos pudieran izarlo. Una vez en el techo bajaron los dos pisos, esquivando a los guardias. “Teníamos que pegarnos a las sombras”, recordaría Polay, “y deslizarnos hacía abajo uno por uno”. Finalmente, lograron atravesar la puerta del pabellón y entraron en los conductos, cada uno agarrado al hombro del compañero que iba delante. “Pasamos por la ventana del comedor”, escribiría, “y allí estaba el túnel de la libertad, un hoyo de aproximadamente un metro de diámetro. ¡Qué sensación maravillosa!”.

Polay entró en segundo lugar, precedido de otro preso.

Siguió a sus rescatadores por el túnel mal ventilado, encorvado, ahogándose debajo de la chalina y el gorro que llevaba, con el cuerpo chorreando sudor. Aun así, no le pasó desapercibido el extraordinario trabajo de ingeniería que habían realizado sus compañeros. “Parecía no tenía fin”, diría uno de los fugados sobre el túnel.36

Diez minutos después, el líder del MRTA, guiado por sus compañeros, llegó al final del túnel de 332 metros, saludó a los que lo esperaban y subió la escalera para entrar en la casa.37 Las madres habían tenido razón. La estampa de Sarita Colonia, que le habían regalado ese mismo día, había cuidado de él. Y había obrado un milagro.

***

Solo quedaban las mujeres. Lucero Cumpa estaba encargada de dirigir su huida. Esa misma tarde había informado a las demás de la existencia del túnel. Sabían que la fuga sería complicada. Yolanda, una de las prisioneras, había dado a luz días antes y sufría una infección uterina. Otra, Valentina, se había lesionado la espalda. Cumpa dudaba de que pudieran atravesar el túnel sin ayuda. Cuando llamó por radio a Valladares para contarle la situación, este le dijo que no se preocupara; sus compañeros las esperarían con carretillas para llevarlas a la libertad.38

La primera tarea de las emerretistas era someter a las dos presas comunes con las que compartían pabellón. María Bautista y Milagros Herrera se llevaban bien con ellas, pero contarles del túnel era demasiado arriesgado. Cumpa arregló para que les pusieran somníferos en sus refrescos, pero solo María se bebió el suyo. Milagros permaneció con los ojos muy abiertos, observando el alboroto dentro de la celda, sin apenas tocar su cena. Parecía haberse dado cuenta de algo.

Hacia las tres de la madrugada, Cumpa observó el cambio de guardia y la subida de Polay a la azotea, 45 minutos después. Solo entonces despertó a María y se acercó a Milagros para ponerlas al corriente.

“Tienen que ser atadas”, les explicó Cumpa, “por su bien”. Solo así evitarían que las acusaran de ayudar en la fuga.

Las dos mujeres dijeron que lo entendían, se dejaron atar y amordazar, y desearon suerte a sus compañeras de celda. Antes de salir, Cumpa se inclinó y les dio a cada una un suave beso en la frente.39

Fuera, se reunió con las ocho mujeres del MRTA.

“¿Alguien quiere quedarse?”, preguntó. “Esta es su última oportunidad”.

Nadie dijo una palabra.

Con una pistola en una mano y un walkie-talkie en la otra, dirigió a las tupacamaristas hacia la escalera protegida con barrotes. Sus compañeras no llevaban más que botellas de vidrio para defenderse en caso de emergencia. Sus instrucciones eran esperar hasta que el equipo “Tigre 2” estuviera en el primer piso, fuera de su bloque de celdas. Cumpa utilizaría entonces una gata que los emerretistas habían introducido de contrabando para abrir los barrotes que conducían a la escalera.

Esperó. El tiempo parecía moverse en cámara lenta; las 3:30 se convirtieron en las cuatro; las cuatro en las 4:45. No pasaba nada. Finalmente, a las 4:50, la radio crepitó.

“Estamos en camino”.

Colocó la gata y giró la manivela. Los barrotes empezaron a separarse. Sin embargo, entre los nervios, la presión y sus palmas sudorosas, el artilugio se le escapó de las manos y cayó al suelo, resonando en las paredes de hormigón. “Luego... botas”, recordaría Cumpa. Oyeron a los guardias que subían rápidamente la escalera.

“¡Plan B!”, siseó.40

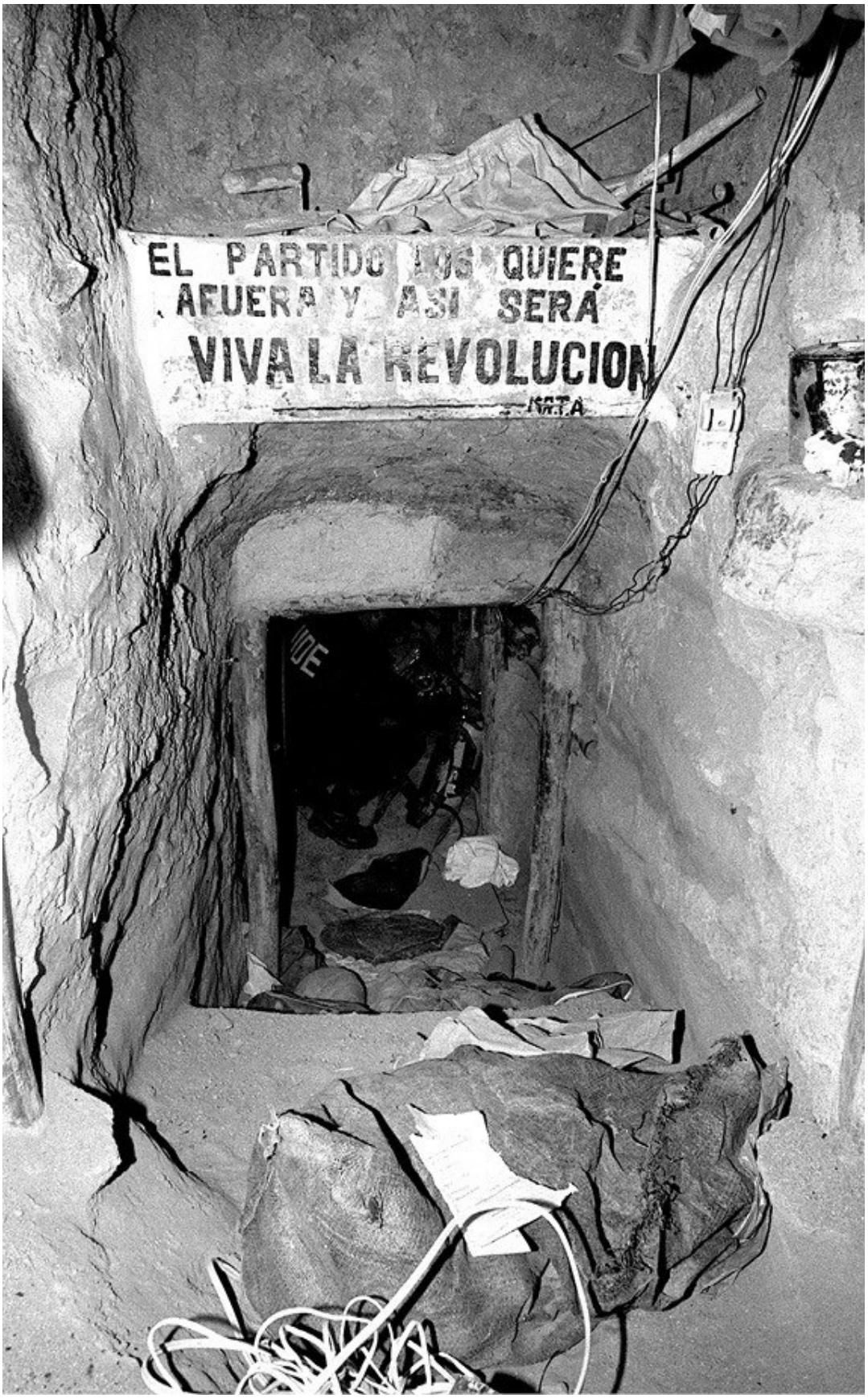
EL PARTIDO LOS QUIERE
AFUERA Y ASI SERÁ
VIVA LA REVOLUCION

Figura 2: Túnel construido por el MRTA para la fuga de la cárcel de Canto Grande, 1990. © Caretas, foto de Óscar Medrano.

Una de las mujeres preparó su botella de refresco vacía y se escondió junto a la puerta. Cuando el primer guardia se acercó y la puerta de hierro se abrió, rompió la botella sobre su cabeza. El guardia gritó, cayó, se levantó y bajó corriendo las escaleras. Cumpa y las demás emerretistas le siguieron. Cuando llegaron abajo, encontraron a dos guardias junto a su colega herido. Cumpa les hizo un gesto con su pistola y les dijo que se alejaran lentamente. Nadie tenía que salir herido. Los guardias levantaron las manos y le hicieron caso, mientras las presas se dirigían al patio.

Sabían que era cuestión de tiempo antes de que los guardias dieran la alarma. Cumpa encontró a Tito Cruz Sánchez, un joven procedente de San Martín, de pie junto a la valla metálica que cerraba el perímetro del patio. Junto con otros compañeros, ayudaron a las mujeres a saltarla y las condujeron al callejón lateral del pabellón 2-A, donde estaba el agujero. En cuanto Cumpa se asomó, Tito la agarró y la metió dentro. Ella, instintivamente, se puso de rodillas y empezó a arrastrarse.41

“De pie, compañera”, le dijo uno de los integrantes del equipo de excavación. Cumpa se paró y solo entonces se dio cuenta del tamaño del túnel. Les habló a los hombres de las mujeres heridas, pero estas insistieron en seguir a pie. Sin duda querían demostrar a los hombres que podían soportar el dolor y escapar por sí mismas. Cumpa se encorvó durante el primer tramo y cuando el túnel se hizo más grande, se puso por completo de pie y comenzó a esprintar con tanta fuerza que se estrelló de cabeza contra la pared lateral. El golpe la hizo caer de espaldas. Se sacudió, se levantó y volvió a intentarlo, pero se estrelló contra la pared por segunda vez. “Después de eso”, recuerda, “tuve más cuidado”.42

Llegó finalmente a la salida del túnel y subió a la casa segura. Esperó a que las otras ocho mujeres salieran. Se sorprendió al ver que, a pesar de sus problemas de salud, Yolanda y Valentina lo habían conseguido sin ayuda. Sin embargo, una vez en la casa, la adrenalina desapareció y Valentina se desmayó. No importaba; había salido por su cuenta. Sus compañeros recurrieron al botiquín para tratar de

reanimarla.43

Peter Cárdenas había dispuesto que varias combis trasladarán a los fugados. El problema era que había hecho esos arreglos para dos días después, cuando se suponía que la fuga iba a tener lugar. Ahora nadie podía ubicarlo, por lo que los tupacamaristas de la casa se afanaron en buscar un plan alternativo. Años después, Cumpa recordaría cómo los fugitivos tuvieron que esperar diez minutos a que llegara el primer auto. Se trataba de una vieja camioneta con un motor en mal estado; pero tendría que servir. Víctor Polay, Alberto Gálvez y ella se acurrucaron en los asientos posteriores y en el piso, mientras el vehículo salía del garaje, aprovechando los últimos y preciosos momentos de oscuridad. La camioneta estaba tan decrépita que se averió en las afueras de Lima. Los tres líderes emerretistas no tuvieron más remedio que separarse. Cumpa se unió a otra camioneta cargada de fugitivos, mientras que Polay y Gálvez subieron a un automóvil. Fue entonces cuando alguien tomó una foto que se haría famosa. Cumpa, Rosa Luz Padilla (la mujer que había sido capturada junto a Polay en Huancayo) y los otros fugados eran todo sonrisas; algunos de ellos levantaban sus dedos índice y medio, haciendo la V de Victoria. Cuando el sol de la mañana asomó por encima de los cerros, besando la solitaria carretera que salía de San Juan de Lurigancho, los vehículos se adentraron en el laberinto de la capital hacia sus respectivos escondites.44

De niño, Polay se había maravillado con las historias de apristas que se esfumaban desde el interior de la penitenciaría. Ahora, mientras su desvencijado automóvil desaparecía dentro de la metrópoli que recién despertaba, se convertía en parte de esas historias. Era El Invisible.

El “Túnel de Polay”, como se lo conoció, tenía 332 metros de longitud. Los expertos calcularon que los emerretistas habían extraído durante un año de trabajo unas 950 toneladas de tierra.45 La fuga de los 48 tupacamaristas fue una inyección de ánimo para un movimiento que se tambaleaba. El MRTA había recuperado todas sus fuerzas. Tenía de nuevo a sus líderes y había realizado una hazaña de gran impacto mediático, sin que hubiera víctimas. La fuga copó los titulares de los principales medios durante días e incluso meses. La mayor parte de la cobertura se centró en la asombrosa hazaña, sin precedentes, y en la total incompetencia —quizá incluso connivencia— del gobierno de García. Los dioses de las relaciones públicas parecían sonreír una vez más al MRTA.

1. “Polay no da tregua”, Caretas , 25 de junio de 1990, n.° 1114, pp. 31-33.

2. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 4.

3. DIP , Informe n.° 05-35-CGC, al Tnte. Crnl. GC sobre intervención Policial a Personas presuntamente terroristas, 15 de enero de 1986.

4. Ibíd. Para más información sobre la experiencia de Sendero Luminoso en las cárceles, véase Aguirre 2013 y Rénique 2003.

5. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 1.

6. Brum 2014: 208-221.

7. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 1.

8. Ibíd.

9. “Frustran gran fuga de 300 acusados de terrorismo”, La República , 19 de julio de 1987, p. 19.

10. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 2.

11. “Los planes de fuga de Polay”, Caretas , 29 de abril de 1990, n.° 1157, pp. 30-32.

12. “Roca a roca”, Caretas , 16 de julio de 1990, n.° 1117, pp. 31-32.

13. Ibíd., p. 31.

14. Alegría y Flakoll 1996: 52; Thorndike 1991: 28-40, 91-92. Dado el exclusivo acceso que estos autores tuvieron a los emerretistas que participaron en los sucesos y, por tanto, a sus memorias y conversaciones, este capítulo se basa en estas obras.

15. Citado en Alegría y Flakoll 1996: 53.

16. Ibíd.

17. “Roca a roca”, Caretas , 16 de julio de 1990, n.° 1117, pp. 31-32; Alegría y Flakoll 1996: 58-59.

18. “Roca a roca”, Caretas , 16 de julio de 1990, n.° 1117, pp. 31-32; Alegría y Flakoll 1996: 1-2, 45-47, 58-59, 87, 146; Thorndike 1991: 135-136.

19. El siguiente episodio y las correspondientes citas se encuentran en Alegría y

Flakoll 1996: 148-149.

20. El siguiente episodio y las correspondientes citas se encuentran en Thorndike 1991: 126.

21. Citado en Alegría y Flakoll 1996: 152-154; Thorndike 1991: 136-137.

22. “El show de Polay”, Caretas , 9 de julio de 1990, n.° 1116, p. 20.

23. Citado en Thorndike 1991: 138.

24. Alegría y Flakoll 1996: 157, Thorndike 1991: 145.

25. Citado en Alegría y Flakoll 1996 : 161.

26. Este prisionero es conocido por diferentes nombres. Thorndike lo llama Chuquiruna (1991: 148) y así lo llaman también algunos de los emerretistas entrevistados por mí. También es conocido como “Pichirulo” o el ‘‘Loco Perochena”. Véase Alegría y Flakoll 1996: 161, e Ismael León, “Perochena habría fugado por túnel junto con Polay y 47 del MRTA”, La República , 17 de julio de 1990.

27. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea, Chorrillos, 15 de marzo de 2018.

28. Ibíd.

29. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 4.

30. Ibíd.

31. CVR , Testimonio 700570, ADP .

32. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 18 de marzo de 2018. Según Thorndike (1991: 139), Cumpa ya estaba enterada del plan, lo que supondría que su reacción de sorpresa se debía a la inesperada noticia de que la fuga ya estaba en marcha.

33. Ibíd.

34. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea, Chorrillos, 15 de marzo de 2018.

35. El siguiente episodio y las correspondientes citas se encuentran en Alegría y Flakoll 1996: 174-176.

36. CVR , Testimonio 700570, ADP.

37. Thorndike 1991: 166-167.

38. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 18 de marzo de 2018.

39. ADP , Secretaría Ejecutiva, SC016105; Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 18 de marzo de 2018.

40. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 18 de marzo de 2018.

41. Ibíd.

42. APJP , Expediente n.° 01-93, Contra Víctor Polay Campos y otros, Acta de la vigésima sesión, Interrogatorio a Lucero Cumpa Miranda, 8 de abril de 2005; "¡El MRTA se burló del gobierno y de carceleros!", La República , 16 de julio de 1990, pp. 13-16; ADP , Secretaría Ejecutiva, SC016105; entrevista con Lucero Cumpa.

43. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 18 de marzo de 2018.

44. Ibíd.

45. "Los planes de fuga de Polay", Caretas , 29 de abril de 1990, n.° 1157, p. 32.

TERCERA

PARTE

13

Fujishock

La fuga de la cárcel de Canto Grande fue un golpe de efecto de primer nivel. El hecho de que no hubiera ni una sola víctima que lamentar añadía aún más romanticismo a la acción. “Nos generó una enorme simpatía y respeto entre la población”, escribió años después Polay, “y de alguna manera muchos se sintieron identificados con esta acción, que ridiculizaba y castigaba a un gobierno que hizo caer todas las plagas de Egipto sobre su pueblo [...] También nos dio la imagen de un MRTA que rompía sus ataduras y cadenas y se recreaba resurgiendo victorioso frente a sus enemigos”. 1 A medida que los días que quedaban del gobierno de García pasaban, disminuía su control sobre los medios de comunicación. Los críticos acusaban a las autoridades penitenciarias de haber ayudado a los presos e incluso sospechaban de la connivencia del presidente con los emerretistas. García y Polay habían sido cercanos en el pasado. ¿Le había dado el presidente, ya con un pie fuera del cargo, un último regalo a su antiguo compañero de aventuras europeas? El momento y las circunstancias de la huida no hacían sino alimentar teorías de todo tipo. 2

La falta de noticias sobre el paradero de Polay agravaba la situación y alimentaba los rumores. Tres días después de su fuga, La República se preguntaba si Polay había regresado a la selva.3 Nadie lo sabía con certeza. La toma fugaz de Yurimaguas apenas tres semanas después de la huida hizo que las especulaciones se dispararan.4 Cuando se le preguntó si Polay había encabezado el ataque, el ministro del Interior, Agustín Mantilla, dio una respuesta poco tranquilizadora: “No les puedo precisar si estaba allí Polay o alguno de los prófugos del penal de Canto Grande, pues las informaciones que tengo hasta el momento son muy escuetas”.5

Este podía haber sido un punto de inflexión para los emerretistas. De un solo golpe habían repuesto la mayor parte de su núcleo duro y ampliado su base de

apoyo. Habían puesto en evidencia la incompetencia del Estado y captado la atención de los medios de comunicación y del público. Nunca habían tenido tanta influencia política. Algunos miembros de la Dirección, como Víctor Polay y Alberto Gálvez, creían que era el momento ideal para negociar el fin de la lucha armada y la entrada del MRTA en la esfera política legal. Esperaban que el nuevo presidente Alberto Fujimori, elegido poco antes, apreciara la oportunidad de iniciar su mandato desarmando a una de las agrupaciones que ensangrentaban el país.

No era una suposición descabellada. El exrector de la Universidad Nacional Agraria La Molina se había presentado contra el aclamado escritor e intelectual neoliberal Mario Vargas Llosa, quien había sido el favorito para ganar casi hasta el final, momento en el que Fujimori comenzó a cobrar impulso en las encuestas. Aprovechando el descontento popular con el statu quo, su eslogan de campaña, "Un presidente como tú", dio en el clavo. Al elegir a Fujimori, los peruanos redoblaban su apuesta por una democracia cercana a los sectores populares, tras el decepcionante experimento aprista. Gálvez recordaría que "la idea que Víctor tenía, y que yo también tenía, era iniciar un proceso de negociaciones".6 Pero no todos estaban de acuerdo. Néstor Cerpa y Miguel Rincón, representantes de la línea dura que había tomado las riendas en ausencia de Polay y Gálvez, consideraban que un acuerdo negociado comprometería su pureza ideológica. "Estaban completamente opuestos" a una tregua, diría Gálvez. "No querían ser como el M-19", el grupo guerrillero colombiano cuyo alto el fuego en 1984 había terminado de la peor manera posible, con una crisis de rehenes y una masacre del Ejército al año siguiente. Desde su punto de vista, la única salida al conflicto era el triunfo militar.7

Polay y Gálvez convocaron una reunión del Comité Central en agosto de 1990 para resolver el asunto. Apenas iniciado el encuentro, Fujimori anunció su famoso paquete de medidas de austeridad para controlar la hiperinflación. El "fujishock" paralizó toda la economía. Aunque el plan ayudó a estabilizar la economía nacional a largo plazo, para muchos peruanos fue un golpe inmediato y, en algunos casos, duradero. El hecho de que Fujimori se hubiera posicionado explícitamente en contra de estas medidas durante la campaña electoral contribuyó a la sensación de shock colectivo. Ante esta situación, en lugar del desarme, Polay lanzó una propuesta de tregua, aplacando así a los partidarios de la línea dura que abogaban por la continuación de la lucha armada. Fue una decisión fatal, ya que los tupacamaristas nunca volverían a tener tanta capacidad de negociación.

Tampoco la Dirección del MRTA volvería a ser tan colectivista como en ese momento. Algunos concluyeron que Polay utilizó la conferencia de agosto para recuperar su autoridad personal, llenando el Comité Central de leales de línea dura como Peter Cárdenas.8 A pesar de haber organizado la operación desde el exterior, Cárdenas recelaba de algunos de los fugados, ya que estos creían que cuando estaba en prisión había llegado a un acuerdo con los fiscales para reducir su pena. Sin embargo, Polay confiaba en Cárdenas y creía que le era leal, una cualidad que necesitaba para recuperar el control de la estructura de mando emerretista.

En lugar de reintegrar a Cárdenas en el Comité Central, Polay optó por una táctica de ascenso gradual, confiando cada vez más en él para las operaciones de Lima. En cambio, sí introdujo inmediatamente a otra aliada en el Comité Central: Lucero Cumpa. Antes de su detención, la joven militante de Comas había trabajado a las órdenes de Cárdenas como líder de la organización en Lima. Ahora se encontraba, al menos temporalmente, por encima de su antiguo comandante. Cumpa había demostrado un notable liderazgo durante la fuga de la prisión y, según coincidían Polay y Gálvez, se había ganado su nuevo puesto. El hecho de que Peter Cárdenas pudiera dar fe de la lealtad personal de Cumpa también ayudaba.

Mientras los leales a Polay ascendían, sus detractores se encontraban en la cuerda floja. Entre ellos estaban Sístero García, comandante del Frente Nororiental, y Orestes Dávila Torres, jefe de operaciones militares en Lima. Polay maniobró con agilidad para despojar a ambos de su autoridad. Desde su punto de vista, era necesario deshacerse de los malos elementos y recuperar la moral de combate. Polay acusaba a García del asesinato de los LGBTQ y de pequeños delincuentes en San Martín. “A partir de entonces”, escribiría, “no se volvieron a repetir”.9 García y Dávila, por su parte, consideraban que su destitución era un simple ejemplo de caudillismo, con el objetivo de consolidar la autoridad de Polay y acallar a sus críticos más destacados.10

Las medidas impulsadas por Polay durante la conferencia de agosto parecían apuntar en esa dirección. Una de sus primeras decisiones fue reconstituir la Dirección Nacional, el órgano más importante y reducido de la jerarquía emerretista, por encima del más numeroso Comité Central. Según el acuerdo fundacional, la Dirección debía estar conformada por tres miembros del MRTA y tres del MIR. Sin embargo, la nueva lista impulsada por Polay incluía cuatro miembros del MRTA original (Polay, Néstor Cerpa, Miguel Rincón y Américo

Gilvonio) y solo dos miristas (Alberto Gálvez y Rodolfo Klien).11 Este desequilibrio aseguraba el control de Polay y concentraba el poder en la línea dura del MRTA. Gálvez era el único partidario incondicional de la paz con voz en la Dirección. Aunque Polay seguía apostando por entablar conversaciones con el gobierno, asumía una postura más tibia para no perder el apoyo del ala militante: entrarían en las negociaciones de paz tras forzar la mano del gobierno por la vía militar. “Nos íbamos a nuestras casas para ser cazados como patos, lloriqueando que no debimos alzarnos en armas”, explicaría más tarde, “o buscábamos una salida políticamente, combatiendo”. Incluso muchos años después, en su opinión, el segundo camino era “más digno y consecuente”.12

Para avanzar en sus objetivos, los emerretistas recurrieron a una táctica conocida: el secuestro. La nueva víctima era Gerardo López Quiroz, un joven diputado del partido político de Fujimori, Cambio 90. Los emerretistas esperaban que el secuestro de López Quiroz llevara al nuevo presidente a la mesa de negociaciones. El congresista, de 28 años, se consideraba un hombre del pueblo, a pesar de su tendencia conservadora. Pretendía vivir con su madre en una casa a medio terminar en Villa El Salvador y tomar un ómnibus para volver al hogar todos los días, tras concluir su jornada en el centro de Lima. Los tupacamaristas de Villa El Salvador conocían bien a López Quiroz y creían, como recordaría Polay, que era “una persona democrática”.13 Esa tarde del 23 de septiembre de 1990 era domingo, por lo que López Quiroz no había ido a trabajar. Acababa de echarse a descansar cuando alguien llamó a su puerta. Su primo, Luis Quiroz, abrió a un señor que dijo que necesitaba hablar con el diputado. Desde su habitación, López le pidió que confirmaran de parte de quién venía el visitante.

“De la CUAVE[S]”, respondió, en referencia a la organización vecinal que gestionaba el asentamiento al que López pertenecía. La respuesta satisfizo a López Quiroz, que se levantó y se puso una casaca. Encontró a su madre y a su familia mirando su recién comprada televisión en la sala, y se sentó con ellos. Tras un momento, anunció “ya voy” y se dirigió a la puerta.

Fuera, se encontró con el visitante y le estrechó la mano.

“Hola”, respondió el desconocido, “tú me conoces”.

Esto inquietó a López Quiroz, que retrocedió ligeramente.

“Chato, no te preocupes”, dijo el caballero, apoyando su mano en el hombro del congresista, “no te va a pasar nada”.

En ese momento, otro hombre salió de las sombras y puso su mano en el otro hombro de López Quiroz.

“No te va a pasar nada”, repitió el segundo hombre. A los tupacamaristas se les unió un tercero, y acompañaron a López Quiroz en silencio por la calle.14

“Tuve miedo”, relató López Quiroz más tarde. “Pensé en la muerte”.15

Los visitantes le explicaron que eran miembros del MRTA y que sus líderes querían hablar con él. Llevaron al diputado a un lugar no revelado, donde se reunió con varios personajes encapuchados que decían ser líderes del movimiento.

¿Era Polay uno de esos enmascarados? López Quiroz no podía asegurarlo. “Sin embargo”, admitió, “no puedo descartar que Polay Campos haya sido uno de mis interlocutores”.

Fueran quienes fueran, querían la atención de Fujimori. Como López Quiroz era un congresista oficialista, los enmascarados esperaban despertar el interés del presidente. Le dijeron al secuestrado que entregara un mensaje: estaban abiertos al diálogo con el gobierno, pero no estaban dispuestos a dejar las armas. Unos días después entregaron a López Quiroz a Guido Lombardi, en aquel entonces periodista del programa dominical de televisión Panorama, para que transmitiera su mensaje tanto al presidente como al público peruano. López Quiroz se dirigió directamente a la emisora de la calle Alejandro Tirado, donde participó en una entrevista. Fue otra victoria de relaciones públicas, ya que recién cuando apareció en pantalla se supo que había sido liberado. Sin embargo, cuando López Quiroz llegó al palacio presidencial al día siguiente, Fujimori se negó a recibirlo.16 Días después, el mandatario reafirmó su decisión de no hacerle el juego al MRTA. “¿Cómo podría dialogar”, se preguntó, “con un grupo alzado en armas, que, mediante la violencia, el asesinato y el enfrentamiento con nuestras fuerzas del orden, trata de quebrar la estabilidad democrática y el Estado de derecho?”. Incluso si abriera el diálogo con los emerretistas, añadió Fujimori, no lo haría a través de López Quiroz. Cualquier gobierno verdaderamente democrático, explicó, “no necesita puentes colgantes o espontáneos para dialogar”.17

Por primera vez parecía que los tupacamaristas habían encontrado a un rival con capacidad para las relaciones públicas, que entendía la importancia de imponerse en la batalla narrativa. Por primera vez, el bombardeo mediático del MRTA fue contraproducente. Sin embargo, en lugar de reconsiderar el uso de la fuerza como táctica de negociación, los emerretistas concluyeron que no habían aplicado la presión necesaria. “Entonces nos quedó claro que cualquier diálogo o acuerdo solo sería posible si lo imponíamos con nuestra fuerza político-militar”, escribiría Polay.18 En eso, estaban muy equivocados. “Lo que no sabíamos es que Fujimori no tenía ningún interés en hacerlo”.19

***

Lucero Cumpa había recorrido un largo camino desde los días en que pintaba lemas subversivos en las paredes. Ahora era miembro del Comité Central y tenía una lista creciente de responsabilidades.20 Al principio asumió su nuevo cargo a regañadientes. Siempre había querido unirse a la insurgencia rural como guerrillera, y esperaba que esta fuera su oportunidad para hacerlo. Además, sabía que permanecer en Lima era peligroso. “La ciudad es bien difícil”, declaró más tarde, “porque estábamos buscados y mi foto aparecía como una de las fugadas”.21 Además, temía lo que pudiera pasarle a su familia. Ahora era viuda. Valladares había muerto en un enfrentamiento en Cusco poco después de la fuga. Su hija de dos años, Karina, estaba a cargo de otra mujer, pero sabía que la policía no se detendría ante nada para llegar hasta ella.22 También sabía que Karina era su talón de Aquiles. “Lo que más buscaban era mi hija porque es lo que más amo en la vida. Sabían que, si le daban a ella, iba a ser el daño más atroz”.23

Un día llamó a casa para saber cómo estaba su madre. María siempre encontraba la manera de tranquilizarla y ese día no fue una excepción.

“Hija”, dijo, “ya estoy vieja. Tú eres joven y tienes que seguir luchando. Te prohíbo que, si a mí me detienen, tú te entregues. ¿Me entendiste?”.

A Cumpa se le hizo un nudo en la garganta al escuchar las palabras de María. “Sí, mamá”, fue lo único que pudo decir.

“Y si me muero”, continuó María, “no vas a mi entierro”.

En ese momento, Cumpa comenzó a llorar. Sabía que era una despedida.

Siguió supervisando las operaciones en Lima, muchas de las cuales tenían pautas ya conocidas. Continuando con su guerra simbólica contra el imperialismo, los emerretistas atacaron la Embajada de Estados Unidos, país que se hallaba en medio de la operación Tormenta del Desierto, que el MRTA consideraba una injerencia más de los gringos en los asuntos exteriores. Pero, tal y como temía Cumpa, sus días como mujer libre estaban contados.

Un día de febrero de 1991 decidió ir al mercado de Magdalena a hacer unas compras. La idea era ir rápido antes de reunirse con un contacto, por lo que llevaba en su cartera una hoja con todas las citas del día y los nombres en clave de cada contacto. En casa de uno de estos contactos estaba su hija, Karina.24 Mientras esperaba la primera cita en el parque, los oficiales de la Dincote se acercaron y la agarraron. Rápidamente, Cumpa sacó la hoja con el paradero de Karina y se la metió en la boca, antes de que los oficiales pudieran reaccionar. Los oficiales intentaron sacarle el fajo, pero apretó la mandíbula. Según Cumpa, la pusieron boca abajo, le taparon la nariz y le dieron un puñetazo en la barriga para obligarla a abrir la boca. Intentó concentrarse, producir toda la saliva posible para lubricar su garganta para que el papel se deslizara hacia abajo. Finalmente, tragó, abrió la boca y jadeó. Los oficiales, enfurecidos, la llevaron a la sede de la Dincote.25

Cumpa afirmó haber pasado los siguientes quince días bajo custodia policial y haber sido torturada, una vez más.26 Sin embargo, no dio ninguna información. “La única [cosa] que me sostiene en la vida es estar pura en mi conciencia… y mi dignidad, que me ha sostenido a lo largo de mi vida, ha sido mi conciencia limpia y mi dignidad”, diría más tarde.27 Cuando quedó claro que no hablaría, los funcionarios de la Dincote intentaron una táctica diferente. Tras varios días, el coronel a cargo de la unidad la citó en su despacho.

Haciendo el papel de policía bueno, le preguntó a Cumpa cómo estaba, pero ella permaneció en silencio. Siguió preguntando, sin respuesta. Cumpa no se movió en la silla, ni movió un músculo. Se limitó a mirar al frente con gesto inexpresivo, fingiendo que el coronel no estaba allí. “No dije ni A, ni B, ni C”, recordaría Cumpa sobre el encuentro. “No le contesté nada”. Molesto, el coronel la envió de vuelta a su celda.

Cumpa estaba de buen humor cuando las autoridades la trasladaron, junto a otras cinco reclusas, del centro de detención temporal de Magdalena al Palacio de Justicia, en el centro de Lima, para su procesamiento, en la mañana del 11 de marzo de 1991. Charló con los guardias y, según las otras trasladadas, incluso "coqueteó" con ellos. Cuando el vehículo se acercaba a la esquina del jirón Junín y la avenida Brasil, un Toyota blanco lo adelantó, cortándole el paso y obligando al conductor, Lizandro Guzmán, a frenar de golpe. Un hombre y una mujer que aparentemente desayunaban en un lugar cercano se pararon y comenzaron a disparar contra el vehículo policial mientras se aproximaban a pie, matando a Guzmán en el acto e hiriendo mortalmente a su copiloto, Javier Ramos.

En el interior del vehículo policial, las prisioneras comenzaron a gritar.

"¡Al suelo, carajo!", gritó Cumpa, mientras las balas silbaban alrededor del vehículo. "¡Salven sus vidas!".

Seis asaltantes más saltaron de una camioneta Bronco marrón que se había apostado a un lado de la calle, y empezaron a disparar contra el camión de la policía, mientras otros dos sujetos salían del Toyota y se acercaban a la puerta trasera. Uno de los guardias, Arce Ramírez, devolvió los disparos, pero resultó herido en el tiroteo. El otro oficial agarró a una de las prisioneras para impedir que se moviera. Cuando los atacantes llegaron al vehículo, Cumpa los reconoció como compañeros emerretistas. Salió y subió al Toyota con dos de sus rescatadores. El carro se alejó a toda velocidad antes de que nadie pudiera dar la alarma.28

Cumpa insistiría en que nadie la había avisado del rescate. "Yo fui la primera sorprendida, al igual que el resto [de las] que iba en la movilidad", dice.29 La operación resultó ser obra de Peter Cárdenas, el antiguo comandante de Lima y mano derecha de Polay. Según Cumpa, Cárdenas había propuesto la misión de rescate a sus compañeros del Comité Central "¡sin mi permiso!".30 Cárdenas parece haber supervisado personalmente la operación de principio a fin. Según creía la policía, manejaba el Toyota mientras Alberto Gálvez conducía la Bronco.31

Cárdenas no tuvo problemas para reclutar compañeros para el rescate. Una de las primeras en ofrecerse como voluntaria fue Liliana, una vieja amiga de sus primeros días de militancia, a la que Cumpa estimaba como a una hermana. Hacía años que no se veían. Ahora Liliana, que ya no era una adolescente, había

acudido en su ayuda, arriesgando su vida. Antes de subirse al Toyota, Cumpa le dio un “rápido, pero rápido” abrazo. Cuando llegaron a un emplazamiento seguro, ambas volvieron a encontrarse. Esta vez sí se produjo el esperado reencuentro y rompieron a llorar una en brazos de la otra.32

“A raíz del rescate, mi vida cambió totalmente”, dice Cumpa durante una entrevista, muchos años después.33 Se convirtió en una sensación mediática de la noche a la mañana. ¿Quién era esa mujer que el MRTA se afanaba tanto en rescatar? En la prensa comenzó una cascada de especulaciones, con las alusiones habituales: estaba embarazada, era la amante de Néstor Cerpa, estaba embarazada y Cerpa era el padre.34 Nadie consideró que Lucero Cumpa podía haber sido rescatada por su propia importancia como integrante del Comité Central emerretista. Aprovechando la atención de los medios de comunicación, la Dirección concedió una serie de entrevistas con su nueva cabeza de cartel. “Había pocas caras reconocibles en el MRTA”, recordaría Cumpa, “y ninguna era mujer”.35 Los emerretistas pensaban que mostrar a una de sus mujeres fuertes e independientes era una buena jugada de imagen. Víctor Polay preguntó personalmente a Cumpa si quería ser la nueva “cara” del MRTA. Aunque ella tenía sus reservas en cuanto a permitir que el “personalismo o individualismo” se interpusiera a la identidad colectiva del movimiento, aceptó el reto.36

La primera entrevista de Cumpa fue con el periodista de Caretas Abilio Arroyo. Para aumentar el efecto, el reportero era el único hombre implicado en la escena. Todos las demás participantes, desde la emerretista que lo recogió en el punto de encuentro preestablecido hasta las guardaespaldas armadas de Cumpa, eran mujeres. La entrevista tuvo lugar en un escenario cuidadosamente preparado. La líder emerretista de 28 años compareció, arma en mano, ante una bandera del MRTA, con boina y traje de combate de color verde oliva. Tras retirar la cinta adhesiva de los ojos de Arroyo, las mujeres le condujeron a una mesa donde se realizó el encuentro. Mientras Arroyo formulaba sus preguntas, Cumpa parecía relajada y segura de sí misma. Contestaba pensativa, mientras las dos guardias, con la cara cubierta por pañuelos y lentes oscuros, se mantenían amenazantes. Arroyo abordó una serie de temas, desde la fuga de Canto Grande hasta las supuestas luchas dentro del partido. También hizo la pregunta que muchos periodistas se planteaban.

“¿Es cierto que cuando fue capturada en 1987 estaba embarazada de Néstor Serpa [sic] Cartolini?”.37

“Estuve embarazada en 1987”, respondió Cumpa entre risas. “Ahora bien, con el compañero Serpa [sic] nos une una unidad político-militar. Pero ninguna relación sentimental”.38

Cumpa permitió a Arroyo tomar varias fotografías antes de separarse. En ellas aparece junto a la bandera del MRTA, flanqueada por otras dos mujeres armadas, dispuesta a tomar el Perú. Estas imágenes y entrevistas, perfectamente preparadas, pretendían hacer creer que las mujeres ocupaban una posición en el MRTA mucho más elevada de lo que realmente era. Este empoderamiento de género era poco más que una escenificación. Ciertamente, Lucero Cumpa había alcanzado autoridad y prestigio en el movimiento, pero era una excepción. La Dirección utilizaba su imagen para hacer parecer al MRTA más feminista de lo que realmente era. Esta contradicción resulta evidente al analizar las prendas de vestir que Cumpa lleva en las fotos de Caretas. En el día a día, solo los emerretistas que operaban en las zonas rurales llevaban ropa de combate; los militantes urbanos como Cumpa vestían de paisano. Sin embargo, como bien sabía Cumpa, la Dirección, con pocas excepciones, no dejaba a las mujeres unirse a las columnas rurales. Esto significaría que, en su afán de proyectar una imagen feminista, habían disfrazado a Cumpa como la integrante de un ejército de casi puros hombres al que ni siquiera podía unirse.

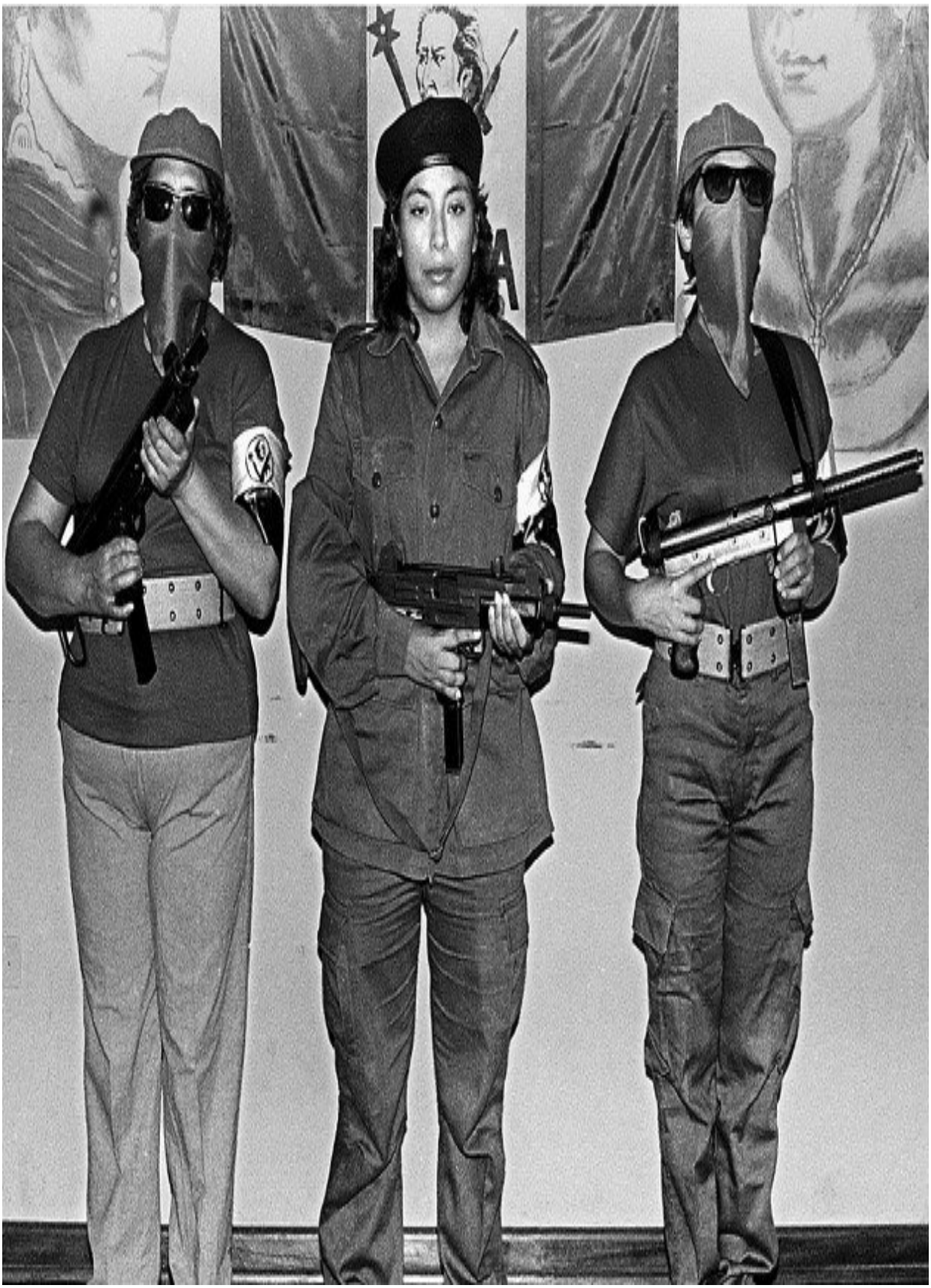

Figura 3: Lucero Cumpa posa para una foto tras escapar de la custodia policial, 1991. © Caretas, foto de Abilio Arroyo.

***

La cúpula del MRTA aún esperaba aprovechar la atención mediática para hacer valer su posición frente al gobierno. Mientras Peter Cárdenas planificaba la operación de rescate de Lucero Cumpa, Polay y Cerpa hicieron correr la voz en San Martín de que estaban dispuestos a negociar una tregua desde una posición de fuerza militar.39 Dos meses después, durante una ocupación hostil en Rioja, la columna de Cerpa tomó como rehenes a nueve policías y solicitó al gobierno el envío de miembros de la Cruz Roja para iniciar un diálogo. Armin Kobel, representante de la organización en el Perú, señaló que estaba dispuesto a hacer todo lo posible para mantener la paz, pero que tal medida requeriría del consentimiento del gobierno. Una vez más, Fujimori rechazó la oferta. "Nosotros no podemos condicionarnos a pedidos que hacen los delincuentes subversivos", dijo el ministro de Defensa, Jorge Torres Aciego.40

A continuación, Cerpa se dirigió a la Iglesia. Llevó a los nueve policías a un campamento no revelado en la selva y les permitió acicalarse para una foto. La imagen, que los emerretistas difundieron rápidamente en la prensa, mostraba a los policías limpios, la mayoría de ellos con un polo de color blanco, en cuclillas delante de la bandera del MRTA, como un equipo de fútbol antes de un partido. Sonreían y no mostraban el menor signo de angustia. Un artículo de Caretas señaló que "los policías rehenes […] parecen disfrutar de un picnic en Chaclacayo".41 Cerpa también permitió que los policías declararan por radio a toda la región que sus captores cumplían con lo establecido en el Convenio de Ginebra, dándoles el trato debido a los prisioneros de guerra.42

En la tarde del 6 de junio de 1991, Cerpa reunió a diez periodistas peruanos y extranjeros seleccionados para presenciar la entrega de los rehenes al obispo de Moyobamba, Venancio Orbe Uriarte. Cerpa, que había adelgazado unos cuantos kilos desde que vivía en la selva, vestía traje de faena y boina. Un pañuelo rojo y blanco del MRTA cubría parcialmente su rostro. Pidió al obispo que la Iglesia

católica condenara con mayor énfasis los abusos de los derechos humanos que cometían las fuerzas de seguridad en San Martín. El obispo prometió que lo haría. Por la noche, los tupacamaristas liberaron ilesos a los rehenes en la desembocadura del río Yantaló.43

Esta fue probablemente la última vez que el MRTA proyectó una imagen de unidad. En las semanas siguientes, el grupo se vio afectado por una suma de luchas internas, crisis de liderazgo y detenciones de alto nivel. El primero en caer fue nuevamente Alberto Gálvez. El antiguo líder mirista nunca había creído del todo en la estrategia de incrementar la presión militar para forzar al gobierno a negociar. El hecho de que se hubiera enamorado de Rosa Luz Padilla, la emerretista que había sido capturada junto a Víctor Polay en Huancayo dos años antes, no ayudaba. Al parecer, Padilla y Polay habían tenido un desencuentro tras su captura. Aunque ninguno de los dos parece haber dejado constancia del origen de la desavenencia, esta fue lo suficientemente grave como para que Padilla se retirara, voluntariamente o por la fuerza, del MRTA. Tras esta ruptura, Gálvez y Padilla mantuvieron una relación sentimental y, aunque Padilla ya no era miembro del grupo, decidió huir con sus antiguos compañeros durante su fuga de la cárcel en julio de 1990. En 1991 compartía con Gálvez un apartamento en la zona de Marbella, en Magdalena del Mar. Ansiosa por tener una vida normal, se matriculó en clases de inglés en el Instituto Británico, practicaba karate e incluso abrió un videoclub en una esquina de San Isidro. Gálvez, que a pesar de sus reservas no tenía intención de abandonar el MRTA, sabía que Padilla nunca podría volver a la normalidad mientras estuviera con él. Intentó convencerla de que abandonara el país y comenzara una nueva vida en el extranjero. Tal vez incluso podría vivir en Italia, tomando capuchinos junto a los canales de Venecia.

“Mira”, le dijo Gálvez, “yo puedo juntar una cantidad, no mucho, ¿no? Tres mil o cuatro mil dólares, algo chico pero que puedas manejar, que puedas desarrollar y que pueda dejar[te] vivir”.44

Padilla dijo que lo pensaría. No quería dejar a su amado Perú y, desde luego, no quería dejar a Gálvez; pero también sabía que no podía llevar una vida normal mientras saliera con uno de los subversivos más buscados del país. Los dos ya habían modificado sus apariencias. Gálvez, ahora con 37 años, había dejado la perilla y los lentes, y se había cortado el pelo. Padilla había cambiado su ondulada melena negra por un peinado corto de tono rubio. Aun así, ambos miraban constantemente por encima del hombro, esperando que les arrestaran en

cualquier momento. Por mucho que Padilla odiara admitirlo, sabía que algo tenía que hacer. Quizá Italia no fuera tan mala idea después de todo.45

Una tarde de principios de junio de 1991, Padilla dejó a Gálvez una nota bajo la puerta: “Mi amor, no demoro mucho. Estoy, como muy tarde, a las seis y media. Estoy en mis clases [de karate]. Un beso. Te amo”.46

Gálvez nunca leería esa nota. Antes de regresar a su casa, oficiales de la Dincote al mando de Marco Miyashiro lo detuvieron en un restaurante de Jesús María, mientras cenaba con un compañero.47

Al enfrentarse al mismo captor por segunda vez en cuatro años, Gálvez tuvo una extraña sensación de déjà vu.

“¿Usted no tiene otra gente que capturar?”, le preguntó al detective.48

Padilla regresó esa tarde. Presintiendo que algo iba mal, o tal vez leyendo una señal de socorro que Gálvez había dejado para ella, se detuvo en seco antes de entrar en el complejo de departamentos donde vivían y se dio la vuelta para marcharse; pero los oficiales la interceptaron. La llevaron al departamento, donde Gálvez y Miyashiro ya la estaban esperando. Miyashiro les permitió un último abrazo antes de llevárselos a la sede de la Dincote.49

Once meses. Ese fue el tiempo de libertad de Gálvez y Padilla. Ninguno de los dos volvería a experimentarla hasta el nuevo siglo. Fue la primera detención de alto nivel de los emerretistas desde su fuga del año anterior. La captura también puso de manifiesto algunas de las fisuras que estaban empezando a fracturar el movimiento desde dentro. En julio de 1991, Orestes Dávila Torres, jefe de operaciones en Lima y uno de los miembros del MRTA cuyo papel había disminuido desde el regreso de Polay al poder, acusó públicamente al dirigente de informar a la policía sobre el paradero de Gálvez. Polay, alegó Dávila Torres, ya había delatado a Sístero García, informando a la Policía sobre el paradero del antiguo líder del Frente Nororiental en San Martín. Según Dávila Torres, todas estas acciones de Polay apuntaban a eliminar a sus detractores e instalar un régimen “autoritario” en el MRTA.50

Aunque no fueran ciertas las acusaciones de Dávila Torres, era evidente que la nueva cúpula de línea dura no iba a tolerar que uno de los suyos aireara sus quejas públicamente. Al mes siguiente, un escuadrón de pistoleros del MRTA abatió a Dávila Torres a plena luz del día, en el cruce de las avenidas

Universitaria y Argentina. Según testigos, un hombre que coincidía con la descripción de Peter Cárdenas había estacionado su auto junto a la víctima, se había bajado y le había disparado en la pierna cuando intentaba esconderse entre dos quioscos. Dávila Torres cayó de rodillas, momento en el que una mujer armada se acercó por un lateral y lo remató. Los asesinos regresaron a sus vehículos y se alejaron antes de que nadie pudiera reaccionar.51 De ser cierto este informe, Dávila Torres habría sido asesinado por el mismo hombre que Polay había elegido para sustituirle en el mando de Lima. El golpe demostraba hasta dónde estaba dispuesta a llegar la recién reconstituida Dirección para silenciar a sus detractores. Para la mayoría de los observadores, era la evidencia de que el MRTA se parecía más a Sendero Luminoso de lo que sus dirigentes querían admitir.

---

1. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 6.

2. “Mantilla no puede ser juez y parte en investigación de fuga de Polay”, La República , 15 de julio de 1990, p. 4.

3. “Recapturan dos prófugos del MRTA ”, La República , 12 de julio de 1990, pp. 16-17.

4. “ MRTA asalta Yurimaguas y mata 10 policías”, La República , 26 de julio de 1990, pp. 12-13; “Yurimaguas: pueblo inerme”, Caretas , 30 de julio de 1990, n.° 1119, pp. 35-37.

5. “No descartan a Polay como líder del ataque”, La República , 26 de julio de 1990, p. 13.

6. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea, Chorrillos, 15 de marzo de 2018.

7. Ibíd.

8. “Germán denuncia: un miembro del Comité Central y ‘Mando del frente norteño’ acusa a Polay de delación, autoritarismo y manipulación”, Caretas , 15 de julio de 1991, n.° 1175, p. 44.

9. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 6.

10. “Germán denuncia: un miembro del Comité Central y ‘Mando del frente norteño’ acusa a Polay de delación, autoritarismo y manipulación”, Caretas , 15 de julio de 1991, n.° 1175, p. 44.

11. Para más información sobre Rodolfo Klien, véase Nelson Manrique, “La verdadera identidad de Rodolfo Klien “ , disponible en: <http://www.desco.org.pe/recursos/sites/indice/293/977.pdf > (última consulta: 01/09/19).

12. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 10.

13. Ibíd.

14. “Malas compañías”, Caretas , 1 de octubre de 1990, n.° 1128, pp. 30-35.

15. “Terroristas dicen que quieren diálogo, pero sin deponer armas”, La República , 1 de octubre de 1990, pp. 2-3. Los hechos expuestos a continuación, hasta la liberación de López Quiroz, corresponden a esta fuente.

16. “Fujimori no recibió al liberado Gerardo López”, La República , 2 de octubre de 1990, p. 2.

17. Ismael León, “No puede haber diálogo con quienes practican la violencia”, La República , 5 de octubre de 1990, pp. 2-3.

18. Polay Campos 2020, sección “La fuga de Canto Grande”, pregunta 6.

19. Ibíd.

20. APJP , Juicio contra Víctor Polay y otros, exp. 01-93, Acta de la decimonovena sesión, Interrogatorio de la acusada María Lucero Cumpa Miranda, 28 de marzo de 2005.

21. Ibíd.

22. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

23. APJP , Juicio contra Víctor Polay y otros, Interrogatorio de Lucero Cumpa,

28 de marzo de 2005.

24. APJP , Juicio contra Víctor Polay y otros, exp. 01-93, Acta de la decimonovena sesión, Interrogatorio de la acusada María Lucero Cumpa Miranda, 14 de abril de 2005.

25. “Opaco fulgor”, Caretas , 11 de marzo de 1991, n.° 1150, pp. 26-27; Entrevista con Lucero Cumpa, 31 de julio de 2016.

26. “Opaco fulgor”, Caretas , 11 de marzo de 1991, n.° 1150, pp. 26-27.

27. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

28. “Lucero fugaz”, Caretas , 18 de marzo de 1991, n.° 1151, pp. 30-35; Jaime Díaz y Willy Banda, “A balazos liberan lideresa del MRTA ”, La República , 12 de marzo de 1991, pp. 13-15.

29. Abilio Arroyo, “Habla la Cumpa”, Caretas , 25 de marzo de 1991, n.° 1152, p. 34.

30. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

31. “Primeras pistas”, Caretas , 8 de abril de 1991, n.° 1154, pp. 36-37.

32. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

33. APJP , Juicio contra Víctor Polay y otros, Interrogatorio de Lucero Cumpa, 14 de abril de 2005.

34. “Lucero Cumpa habría sido rescatada por MRTA porque está embarazada”, La República , 15 de marzo de 1991, p. 25; “Rango en el MRTA ”, Caretas , 18 de marzo de 1991, n.° 1151, pp. 32-33.

35. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

36. Ibíd.

37. Arroyo, “Habla la Cumpa”, Caretas , 25 de marzo de 1991, n.° 1152, pp. 32-37.

38. Ibíd., p. 36.

39. Eduardo Torrejón, “El MRTA depondría las armas para insertarse en la vida democrática”, La República , 6 de marzo de 1991, pp. 2-3.

40. “No podemos condicionarnos a lo que pidan los delincuentes subversivos”, La República , 15 de mayo de 1991, p. 7.

41. “Ligaduras”, Caretas , 20 de mayo de 1991, n.° 1160, pp. 10-14, 76.

42. Ibíd., p. 12.

43. “Fin del infierno”, Caretas , 10 de junio de 1991, n.° 1163, pp. 26-27.

44. Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea.

45. ADP , Secretaría Ejecutiva, SC016105, Documentos sobre personas secuestradas por el MRTA , Atestado 119-D1-Dincote, Contra Alberto Gálvez Olaechea y otros por delito de terrorismo, Manifestación de Rosa Luz Padilla Baca, 10 de junio de 1991.

46. “Nido en Marbella”, Caretas , 10 de junio de 1991, n.° 1163, pp. 34-36, 38-39.

47. ADP , Secretaría Ejecutiva, SC016105.

48. Entrevista con Marco Miyashiro, Lima, 8 de agosto de 2014; Entrevista con Alberto Gálvez Olaechea.

49. “Nido en Marbella”, Caretas , 10 de junio de 1991, n.° 1163, pp. 35-36; ADP , Secretaría Ejecutiva, SC016105.

50. “Germán denuncia: un miembro del Comité Central y ‘Mando del frente norteño’ acusa a Polay de delación, autoritarismo y manipulación”, Caretas , 15 de julio de 1991, n.° 1175, p. 45.

51. “Purga sangrienta”, Caretas , 2 de septiembre de 1991, n.° 1175, pp. 40-42.

14

Donde las papas queman

Lucero Cumpa era la nueva imagen del MRTA : joven, guapa y mestiza. Como ella sabía, “no había muchos rostros conocidos del MRTA ”. Hasta entonces, Víctor Polay y Néstor Cerpa habían sido los emerretistas más famosos. Cumpa se sentía ambivalente ante su nueva celebridad. “Fue una confianza que la Dirección me dio y para mí fue un honor, en el sentido de que era tremenda tarea de importancia, pero a la vez cambió mi vida porque se hizo pública y mi aporte tenía que ser en ese nivel”. Fue un trago amargo. Siempre había creído que una verdadera revolucionaria debía actuar “discretamente, con el aporte integral, sin mayores aplausos”. 1 Eso ya no era posible. Le gustara o no, se había convertido en portavoz del movimiento. Cada vez tendría que dedicar más tiempo a las relaciones públicas que a las acciones. Su imagen aparecía por todas partes en la prensa. La policía hacía constantes redadas en su casa y acosaba a sus familiares, incluso a los más lejanos. “Era la más buscada [del MRTA] a raíz de que en la prensa salió mi fotografía”, recuerda. “En todos lados estaba perseguida y tuve que tener varios meses de enclaustramiento”. 2

Cumpa sabía que sus posibilidades de unirse a las columnas rurales eran casi nulas. Aun así pidió que la trasladaran, argumentando que en la selva podría pasar desapercibida con mayor facilidad. “Siempre he querido estar donde las papas queman”, dice.3 Pero la Dirección tenía otros planes para su nueva celebridad. Ahora era su portavoz, por lo que su principal función sería convertirse en embajadora internacional del MRTA. Eso significaba dejar el Perú. “Me dijeron que tenían que llevarme al exterior a hacer proselitismo por el MRTA y empaparme”, recuerda Cumpa. “Inicialmente no quise ir porque para mí siempre ha sido un deber de conciencia estar con la gente en exigencias, en lo duro de una lucha”. Dejar a sus compañeros en medio de la guerra le parecía mal. ¿Cómo podía vivir en el extranjero mientras su pueblo era torturado, estaba hambriento y desesperado? Pero las órdenes eran órdenes y Cumpa, que era una

combatiente obediente, las aceptó sin rechistar.4

La primera parada de Cumpa fue en Europa. En Alemania aún estaban frescos los escombros del muro de Berlín, de los que Cumpa se llevó un pedazo. Allí intentó establecer contactos con posibles aliados y dar a conocer la causa y el conflicto peruanos. Asistió a varias reuniones y conferencias de la izquierda, con la esperanza de promover el MRTA y hacer algunos contactos en el movimiento de solidaridad internacional. Incluso dio charlas públicas sobre la "realidad peruana" y lo que el MRTA esperaba conseguir con su revolución. "Yo era la única que decía, 'soy del MRTA, vengo del Perú'", recuerda. Allá donde iba, la gente quería saber por qué el Perú había caído en la violencia y por qué el MRTA creía que más violencia, incluso de tipo revolucionario, era la solución. "La respuesta era bastante difícil de entender", admite, "y mucho más frente a terceros que estaban fuera de esta óptica". Cumpa intentaba explicar que el MRTA no había iniciado el conflicto, que había crecido tras siglos de opresión.

El año 1992 fue difícil para Cumpa. Caminando por las calles de París con un mapa y sin hablar el idioma, se sentía como un pez fuera del agua. Lo peor de todo era que se sentía completamente aislada de su tierra natal. En la época anterior a Internet, a principios de los años noventa, era difícil encontrar reportes sobre el Perú en la prensa europea. No sabía cómo iba el conflicto y mucho menos le llegaban otras noticias. "Desde que salí, prácticamente me perdí acontecimientos dramáticos del país", cuenta. "No pude, menos, tener vida orgánica; no supe lo de La Cantuta, Barrios Altos, Tarata, el asesinato de María Elena Moyano". Era como si estuviera en una burbuja en la que la guerra continuaba en el Perú, pero el tiempo se detenía para ella.

Solo se enteraba de algo cuando se comunicaba con Peter Cárdenas por teléfono público. A veces, sin embargo, hubiera preferido no saber nada. En una de estas llamadas preguntó por Liliana, su amiga de toda la vida que la había rescatado el año anterior y que operaba en el escuadrón de fuerzas especiales de Cárdenas. Liliana había muerto, le dijo. Las lágrimas llenaron los ojos de Cumpa mientras su compañero relataba la historia. El equipo de Liliana había participado en un ataque a Radio Patrulla. La policía había repelido el asalto, persiguiendo a Liliana y sus dos compañeros hasta que se rindieron. Cárdenas dijo que los habían matado de un disparo en la cabeza. Cumpa no pudo contener sus emociones. Liliana era como una hermana pequeña y ella no había estado allí para protegerla.

“De esto”, juró con lágrimas en la mejilla, “no te voy a perdonar”.5

Pero Peter Cárdenas tenía problemas mucho más importantes que afrontar. Víctor Polay había abandonado el Perú a principios de ese año, confiándole la dirección de las operaciones en una capital cada vez más hostil. En abril de 1992, tal como describe el historiador José Ragas en Los años de Fujimori, el presidente disolvió el Congreso, suspendió las garantías constitucionales y purgó a la prensa. En un autogolpe sin precedentes, Fujimori asumió poderes dictatoriales, declarando el estado de emergencia y suspendiendo el debido proceso para los acusados de terrorismo.6 Cárdenas temía que fuera cuestión de tiempo que cayera en manos del gobierno.

El Gringo había estado viviendo en una casa segura con su novia de 23 años, Clara, una estudiante de San Marcos a la que había conocido durante su breve estancia en la cárcel en 1989, cuando ella se había unido a una campaña para llevar comida, ropa, libros y otros artículos de primera necesidad a los presos emerretistas. Cuando Cárdenas salió, mantuvo el contacto y empezó a emplear a la joven de aspecto inocente para realizar pequeñas tareas para el movimiento. Con el tiempo, ambos se involucraron sentimentalmente y Clara asumió un papel más activo hasta que, a principios de 1992, Cárdenas le preguntó si estaba dispuesta a acompañarlo en el cuidado de una casa segura.7 Ambos se harían pasar por una pareja de clase media. Clara daría la cara con los vecinos y Cárdenas mantendría un perfil bajo. Aceptó la invitación en el acto.8

Mientras Clara mantenía las apariencias y manejaba la imprenta del MRTA, Cárdenas seguía supervisando las operaciones en el área metropolitana. Siempre había despreciado con arrogancia las normas de la clandestinidad, saliendo a plena luz del día para reunirse con sus contactos o incluso para dirigir operaciones militares. “Fue tan tonto”, diría más tarde Clara. “¿Cómo fuimos tan, tan... [imprudentes]?”.9

Una noche de abril de 1992, a los pocos días del autogolpe de Fujimori, la pareja se despertó con unos desconcertantes golpes en la puerta. Todavía en pijama, Clara corrió hacia la ventana del dormitorio y se asomó al exterior. El lugar estaba lleno de policías, parecían más de cuarenta, que tenían la casa rodeada. Segundos después, Cárdenas apareció junto a ella.

“¿Qué hacemos?”, preguntó.

“¡Vete!”, gritó Clara. Ella trataría de entretener a los oficiales, mientras él escapaba por una puerta falsa que servía de trampilla. Pero cuando Cárdenas cogió su revólver y se acercó a la trampilla, vio que estaba copada por un equipo de oficiales. Rápidamente corrió a la sala y encontró a Clara de pie, con un revólver en una mano y una granada en la otra. Cárdenas se asomó a la ventana.

“¡Tira la granada al auto [de patrulla], lo reventamos todo!”, gritó.

Clara miró a Cárdenas como si hubiera perdido la cabeza. “¡Si hacemos eso, vamos a matar a toda la gente que vive en este edificio! Es más, eso no va a garantizar que podamos salir”.

“¡No me voy a dejar agarrar fácilmente!”.

“Se va a morir gente que no tiene que ver nada”, dijo Clara. “Ya no hay más”.

“Ya”, concedió Cárdenas. “Está bien”.

Los oficiales irrumpieron en la sala. El primero en llegar agarró a Cárdenas por la espalda y empleó una llave para inmovilizarlo con las manos en la espalda, mientras el comandante entraba.

“¡Ah, tú eres el maldito!”, dijo.

En la excitación por la captura de uno de los líderes del MRTA, ninguno de los oficiales se dio cuenta de que Clara seguía de pie con la granada en la mano. Enfurecida por el duro trato que recibía su compañero y pareja, echó el brazo al cuello del oficial más cercano y levantó la granada de manera amenazante.

“¡Suéltenlo!”, ordenó.

Un oficial apuntó su arma y disparó al suelo, rozando el pie de Clara.

“¡Agárrenla a esa loca!”, gritó.

Clara ni siquiera sentía la lesión en el pie mientras apuntaba con su arma a los policías que se acercaban. Ahora le tocaba a Cárdenas tratar de calmarla.

“Clara”, dijo en un tono sereno. “Cálmate”.

Cárdenas nunca utilizaba el nombre real de Clara. Incluso cuando estaban solos, la llamaba por su nombre de guerra. Oírle decirlo de esa manera tan familiar fue suficiente para que Clara bajara su arma, tras lo que la policía los aprehendió y los llevó a la Dincote.

Cárdenas trató de restar importancia a su detención. “La gente cae”, dijo a un entrevistador tras su captura. “De todas maneras tiene que caer. Estamos en una guerra, en un conflicto interno. En toda guerra nosotros vamos a golpear al enemigo, pero el enemigo también nos va a golpear. Eso tenemos que saber asimilarlo”.10 En realidad, su detención no podía llegar en peor momento para el MRTA. Varios miembros de la Dirección habían huido a las zonas rurales para evitar ser detectados tras el autogolpe de Fujimori. Otros líderes importantes, como Lucero Cumpa, se encontraban fuera del país tratando de captar apoyo en el extranjero.

De casualidad, Polay también se encontraba en el extranjero durante el autogolpe. A pesar de haber rechazado desarmarse como condición previa para posibles negociaciones con el gobierno, el jefe emerretista nunca había abandonado la esperanza de una salida política del conflicto. Por ello buscaba vínculos con figuras y organizaciones internacionales que facilitaran el proceso. Este vacío creó una crisis de liderazgo en Lima, la principal base de operaciones del MRTA. Nervioso por la posibilidad de perder el control y por el decaimiento de la moral, Polay decidió arriesgarlo todo y regresar a la capital.11 Transformó su aspecto, se dejó un fino bigote, cambió de peinado y engordó a propósito. Llegó al Perú con un documento de identidad falso, haciéndose pasar por un tal Óscar Fausto Wilson Trujillo.12 En retrospectiva, admite que esta decisión pudo ser un error, impulsado ya fuera por un arrebato de “machismo leninismo” o por cualquier otra razón. Cuando llegó, se encontró con una situación aún más grave. “Muchas estructuras del trabajo militar […] estaban sueltas y que había una gran desconfianza, producto de las detenciones”, escribiría.13

Siempre preocupado por ganar la guerra mediática, se puso a trabajar en un plan para rescatar a Cárdenas de la cárcel. “Sabíamos que, por su importancia pública, el gobierno no podría ocultar este éxito, como lo venía haciendo con otras acciones nuestras”.14 Polay puso a Rafael Salgado, un comandante urbano, a cargo de la operación de rescate, mientras hacía planes para unirse a Néstor Cerpa en el frente rural.15

Pero nunca llegó. Poco antes de las diez de la noche del 9 de junio de 1992, se

ató los cordones de sus zapatillas, se puso su casaca beige y se dirigió al Joy's Grill, un café de San Borja, para reunirse con algunos colegas y discutir la transición. Una vez dentro, tomó asiento para esperar la llegada de Salgado. Mientras apuraba un café, alguien se acercó a la mesa.

"Hola, chino", dijo el hombre en un tono familiar, "¿qué haces por aquí?".

Polay miró a su interlocutor. Nunca lo había visto en su vida.

"La Dincote", suspiró Polay, "ya me jodí".16

Mantuvo la calma, hablando en tono amistoso mientras los demás oficiales le rodeaban. No opuso resistencia cuando lo sacaron del edificio y lo llevaron al vehículo policial. Incluso preguntó por algunos de los oficiales que habían participado en su primera detención en 1989.17 Dos días después, volvió a mostrar su carácter cuando sus captores lo llevaron a una sesión de fotografías con la prensa.

"¡Las causas del hombre son invencibles!", gritó, plenamente consciente de que las cámaras estaban rodando. "¡El pueblo vencerá! ¡Viva el MRTA!".18

Sin embargo, a pesar de estos disfuerzos, Polay debía saber que esta vez sería diferente. El Perú de Fujimori era un verdadero Estado policial, con suspensión de libertades y tribunales militares con jueces encapuchados. Escuadrones paramilitares masacraban a los civiles a plena luz del día. Esta vez no habría túneles ni heroicas fugas de prisión. Tampoco contaría con una cobertura mediática favorable ni tendría una celda con televisor. Esta vez el confinamiento sería solitario, absoluto. Sería El Invisible, pero de otra forma.19

***



Figura 4: Víctor Polay tras su detención, 1992. © Caretas, foto de José Vilca.

Lucero Cumpa se sentía impotente en Europa. Estaba demasiado lejos de la acción para ser útil a la causa. Uno a uno, sus compañeros iban cayendo y ella no podía hacer nada al respecto. Suplicó a sus comandantes que la dejaran volver al Perú, pero estos se negaron. En su lugar, la enviaron a finales de 1992 a Centroamérica, donde la guerrilla del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) había negociado un acuerdo de paz con el gobierno salvadoreño. Además de recibir entrenamiento de sus hermanos centroamericanos, el MRTA esperaba obtener consejo y apoyo para iniciar un proceso similar en el Perú. Cumpa se alegró de salir de Europa y volver a América Latina, aunque fuera a miles de kilómetros de los Andes. Durante el viaje, asistió a una conferencia de la izquierda latinoamericana en Managua. Nicaragua era el único país latinoamericano desde la Revolución cubana donde la izquierda armada se había hecho con el poder y, aunque la oposición conservadora controlaba ahora el gobierno central, los sandinistas seguían teniendo mucha influencia y podían actuar públicamente, sin temor a las represalias que se producían en otras partes de América Latina.

Durante uno de los descansos de la sesión, un delegado peruano llamado Moyano, perteneciente a Patria Roja, se acercó a Cumpa y empezó a conversar con ella.

“Hola”, dijo, “¿eres del Perú?”.

“Sí. Soy Lucero Cumpa Miranda”.

Moyano estuvo a punto de caerse de espaldas. Cumpa se había convertido en una celebridad y su reputación la precedía. No solo era conocida en el Perú. Empezaron a hablar y enseguida vieron que delegados de toda América Latina se acercaban para conocer a la afamada emerretista. El resultado fue contraproducente para Cumpa. Aunque el encuentro ayudó a poner al MRTA en el mapa de los círculos revolucionarios latinoamericanos, también reforzó la idea de la Dirección de que su figura era demasiado importante como para arriesgarla con un regreso al Perú. Sin embargo, eso no le impidió a Cumpa intentarlo.20

La insistencia dio sus frutos. Antes de finalizar la conferencia, recibió la noticia de que su solicitud había sido finalmente aceptada. No solo podía retornar, sino que lo haría como comandante del recién renombrado Frente Nororiental Rodrigo Gálvez de San Martín, llamado así en honor al emerretista caído años antes.

Cumpa apenas podía contener su emoción. Asistió al resto del evento en un estado de ansiosa anticipación. El día anterior a la clausura se enteró de que el representante cubano quería conocerla. Cumpa había sido una admiradora de la Revolución cubana desde sus días como estudiante en la UNI. ¿Y ahora el delegado de Cuba quería conocerla? Cuando por fin se reunieron, este fue al grano.

“Tiene su pasaje para ir a Cuba”.

Cumpa no podía creer lo que oía. Había soñado con ir a la isla que lo inició todo, el manantial de la revolución latinoamericana. Ahora la invitaban como huésped de honor. Se sintió tan halagada que estuvo a punto de aceptar, antes de recordar que acababan de concederle el regreso al Perú.

“No”, dijo decepcionada. “Tengo un compromiso”.

“Ya”, respondió el cónsul, “pero en cualquier momento”.21

Cumpa agradeció al diplomático su comprensión y siguió su camino. Se dijo a sí misma que algún día llegaría a Cuba, cuando el conflicto peruano hubiera terminado y ella viviera como una mujer libre. Pero no fue así. Un destino mucho más cruel la esperaba en la selva.

---

1. APJP , Juicio contra Víctor Polay y otros, exp. 01-93, Acta de la decimonovena sesión, Interrogatorio de la acusada María Lucero Cumpa Miranda, 28 de marzo de 2005.

2. APJP , Juicio contra Víctor Polay y otros, exp. 01-93, Acta de la decimonovena sesión, Interrogatorio de la acusada María Lucero Cumpa

Miranda, 14 de abril de 2005.

3. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 24 de julio de 2016.

4. APJP , Juicio contra Víctor Polay y otros, Interrogatorio de Lucero Cumpa, 14 de abril de 2005. Las siguientes citas y hechos narrados corresponden a esta misma fuente.

5. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

6. Ragas 2022. Para más información sobre el descenso de Fujimori al autoritarismo, véase Burt 2011, Conaghan 2005, Cotler y Grompone 2001, Degregori 2001.

7. CVR , Testimonio 700472, ADP .

8. Ibíd.

9. Entrevista con Clara (seudónimo), Lima, 30 de julio de 2016. Las siguientes citas y hechos narrados corresponden a esta misma fuente.

10. Francisco Reyes, “El MRTA admite que vive de extorsiones (entrevista exclusiva)”, La República , 17 de junio de 1992, p. I , p. IV .

11. Polay Campos 2020, sección “Cautiverio en la Base Naval del Callao”, pregunta 1.

12. ADP , Secretaría Ejecutiva, SC016105, Documentos sobre personas secuestradas por el MRTA , Atestado 121-D3-Dincote, Contra Víctor Polay Campos y Gabriel Antonio Vásquez por delito de terrorismo.

13. Polay Campos 2020, sección “Cautiverio en la Base Naval del Callao”, pregunta 2.

14. Ibíd.

15. Polay Campos 2020, sección “Cautiverio en la Base Naval del Callao”, pregunta 1.

16. “‘¡La Dincote!, ¡ya me jodí!’, exclamó Polay y se entregó a la policía”, La República , 11 de junio de 1992, pp. 2-3.

17. Ibíd.

18. “Captura de Polay es paso decisivo para derrotar al MRTA , dice general Briones”, La República , 11 de junio de 1992, pp. 4-5.

19. “Recapturan a Polay a casi dos años de su escandalosa fuga del Castro”, La República , 10 de junio de 1992, p. 13; “Polay será uno de los primeros en ser

juzgado por ‘jueces sin rostro’”, La República , 18 de junio de 1992, p. 14.

20. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

21. Ibíd.

15

En la boca del lobo

Cuando Inocencio no llegó a casa de su tía una noche de 1991, Daniel Bravo empezó a preocuparse. Llamó a su tía, pero esta le dijo que Inocencio tampoco había regresado la noche anterior. Según Daniel, su hermano de 21 años no pertenecía al MRTA . “Él no tenía que ver nunca nada, nunca se metió en nada”. 1 Daniel temía que el hecho de tener a Yasi como hermana hubiera provocado la desaparición de Inocencio.

“¡Pucha!”, pensó Daniel, “de noche también me pueden desaparecer”.

Inocencio nunca apareció. Pasó a engrosar la larga lista de desaparecidos de aquellos años. Como la mayoría de los familiares de desaparecidos, Daniel no descansó hasta saber qué había pasado con su hermano. A instancias de su hermana, se alistó en el Ejército, una decisión que tenía una doble motivación. En primer lugar, era una cuestión de supervivencia. Sabía que, dada la actividad subversiva de Yasi, también podía acabar en la lista de desaparecidos. Alistarse en el Ejército era una manera de evitar ese destino. En segundo lugar, como un muchacho de 16 años que era, esperaba ingenuamente encontrar alguna pista de dónde estaba enterrado su hermano. Yasi, por su parte, creía que el ingreso de Daniel en el Ejército podía ser útil para los tupacamaristas. Podía convertirse en una especie de espía y pasar información sobre el enemigo.

Daniel terminó su formación básica a finales de 1991 y regresó a la base militar de Tabalosos. Al año siguiente, el Ejército capturó a dos jóvenes sospechosas de actividad subversiva y las llevó a la base. Años más tarde, Daniel recordaría detalladamente lo que le pasó después. Estaba de guardia fuera de la sala de interrogatorios; las vio de refilón y bajó rápidamente la cabeza. Las había visto antes en casa de su hermana. ¿Le habían reconocido? Y si era así, ¿hablarían?

Intentó utilizar su posición para disuadir a los demás soldados de violar y

torturar a las dos sospechosas. Cuando sus compañeros se acercaron a ellas, se negó a dejarles pasar. Lo hizo para salvar su propio pellejo y por preocupación por las mujeres. Sin embargo, finalmente fue sustituido y enviado a una misión a Moyobamba. Cuando regresó cuatro días después, se enteró de que sus compañeros habían torturado y violado a las prisioneras sin cesar. Sabía que ambas se verían obligadas a hablar. La noticia hizo que Daniel entrara en pánico. Volvió al dormitorio sin saber si había sido identificado.

Alrededor de las seis de la tarde, un teniente y un subteniente se acercaron a él y lo llevaron aparte. Daniel miró hacia abajo y se dio cuenta de que el subteniente llevaba una pistola en la mano.

“Entrega tu arma”, ordenó.

“¿Por qué?”, preguntó Daniel.

“Entrega tu arma. Entrega, cholo”.

“No, no voy a entregar”.

En ese momento, otros ocho soldados, cuatro de ellos con pasamontañas, salieron de diferentes habitaciones y lo rodearon. Antes de que pudiera reaccionar, le obligaron a sentarse en una silla y le ataron las manos a la espalda.

“¡Concha tu madre!”, gritó uno de los soldados. “¡Tú sabías de la emboscada del otro día!”.

“¿Quién te ha mandado?”, preguntó otro. “¿Te ha mandado Sendero? ¿Te ha mandado el MIR? ¿Quién te ha mandado?”.

“¡A mí nadie me ha mandado!”, gritó Daniel. “Yo vine porque yo quería”.

“¿Tú has venido de voluntario?”, preguntó uno de sus interrogadores.

“Sí”.

“¿Por qué?”.

“Porque no tenía documentos”.

Los soldados dejaron a Daniel solo en la habitación, todavía sentado en la silla. Al cabo de un rato, un teniente conocido como Brando entró para hablar con él. Brando tenía una merecida reputación de violencia gratuita. “¡Pucha, era un criminal!”, diría más adelante Daniel, que había sido testigo de cómo el teniente mataba a un hombre a machetazos.

Brando parecía deleitarse torturándolo. Al cabo de un rato, entró otro capitán, que asumió el papel de “policía bueno”.

“Mira, hijo”, dijo suavemente, “yo no te voy a pegar nada. Tú sabes que yo nunca pego a nadie. Lo único que quiero [es] que me des tres bases [subversivas] en Tarapoto. Tres casas de seguridad”.

Daniel, por supuesto, sabía que su hermana seguía operando una casa de seguridad en la ciudad. Pero continuó con su estrategia de negación. “No sé nada, capitán”.

“Te mandamos a Lima”, ofreció el capitán, cuando su táctica original no dio fruto. “Estudias un año. Te mandamos a la escuela militar y te haces un oficial, y sigues una carrera y nunca sales del Ejército, pero diganos [sic] quién te ha mandado y me vas a entregar tres o cuatro casas en Tarapoto”.

“Pucha”, respondió Daniel, “pues yo no conozco a nadie”.

“Tú conoces. ¿Dónde está tu hermana?”.

Le acababan de confirmar lo que temía. Sabían lo de Yasi. ¿Qué más sabían?

“No sé, hace años que no sé nada de ella”.

“Tu hermana, Yasi”.

Daniel siguió negando cualquier información.

Finalmente, el capitán cedió. “Mira”, dijo antes de salir de la habitación, “a cualquier hora de la noche, mándame avisar, que yo voy a venir a conversar. Si no dices nada, te vas a hacer golpear. Te vas a hacer torturar, que tú sabes que Brando tortura… Yo no te voy a golpear. Si me quieres, me mandas llamar a cualquier hora de la noche”. Y con eso, el capitán salió de la habitación y Brando regresó.

Brando arrastró a Daniel hasta el cuarto de baño. Había una tina llena de agua y una cuerda que colgaba de una viga del techo. La música sonaba en los altavoces, mientras Brando ataba las manos de Daniel a la espalda y tiraba de la cuerda, levantándolo por las manos. Un segundo después Daniel colgaba en el aire; el peso de su cuerpo casi le dislocaba los hombros, mientras Brando le golpeaba con fuerza. “Cuando te cuelgan sientes que ahorita se te va a caer el cuerpo y tu brazo se va a quedar ahí colgando”, recordaría Daniel al revivir la experiencia años después. Tras golpearlo, Brando puso la cabeza y los hombros de Daniel sobre una tabla y lo sumergió utilizando la técnica de tortura conocida como “el submarino”. “Pucha”, recordó Daniel, “tú sabes que cuando él hace eso con el agua, cuando entra a la nariz, sientes que se te va a salir el cerebro”.

Según Daniel, la tortura se prolongó durante seis días seguidos, pero por mucho que Brando le golpeara, le hiciera el submarino, le colgara o humillara, Daniel se negó a revelar el paradero de su hermana. Brando amenazó con matarlo y arrojar su cuerpo al río, pero mantuvo su silencio.

Al sexto día, Daniel oyó cómo se abría la puerta. Todavía con los ojos vendados, tensó su cuerpo, preparándose para la siguiente embestida de patadas y puñetazos. “Cuando abrían la puerta, pucha, ya me ponía duro… porque sabes que… ¡no van a venir a acariciarte!”. Sin embargo, en lugar de los habituales golpes, escuchó una voz familiar. Era Fredy, uno de sus compañeros de promoción militar. Había entrado supuestamente para interrogarle, pero una vez dentro, se acercó y bajó la voz.

“Eso de [llevarte] a Rioja es mentira. [Hay que] jugar [el juego un poco más]. De ahí no queda otra cosa [que soltarte]”.

Daniel asintió. “¿Me aflojas un poco [la cuerda]?”.

Fredy se la aflojó. “Van a hacer ejercicios hoy”, susurró con conocimiento de causa. “Están haciendo ejercicios a las cinco o cinco y media. Gimnasia básica”. Y con eso salió de la habitación.

Esa tarde, recordaría Daniel, escuchó atentamente el sonido del entrenamiento en el exterior. Esperó a que la rutina se iniciara. Fredy le había aflojado las ligaduras lo suficiente como para poder desatarlas por completo. Recordó una adivinanza de su infancia: un amarre en la boca del lobo, ya es un lacito y se afloja. Incluso con las manos a la espalda, el truco funcionó. Con las manos

libres, se arrancó la venda de los ojos y miró hacia arriba. Al igual que muchas otras, la escuela rural que les servía de cuartel provisional era de construcción modesta, lo que significaba que las vigas de madera del techo no estaban clavadas. Acercó la silla a la pared, se trepó en ella y con su cuerpo elevó un poco el precario techo, hasta que pudo pasar por el resquicio. Si podía llegar al otro lado, solo le quedaba una corta carrera de unos cincuenta metros para adentrarse en la frondosa selva. Mientras se descolgaba lentamente por la pared hacia afuera, vio a un guardia sentado debajo, dándole la espalda. Cayó sobre él, dejándolo inconsciente —o al menos aturdido— y corrió hacia la maleza. Mientras lo hacía, escuchó una voz proveniente del puesto de vigilancia.

“¡Se escapa!”.

No miró hacia atrás. Podía ver la selva mientras el fuego de las ametralladoras salpicaba el suelo a su alrededor. “Corrí”, recordaría. “Corrí ya pues… corres nomás, y pensé, ‘si te pegan, te pegan, pues’”. En cuanto llegó a la zona de vegetación, se encondió entre los arbustos.

“¡Por aquí se habrá ido!”, escuchó decir a los soldados que se acercaban.

“¡No, que se ha ido por abajo, por el barranco se ha ido!”, replicó otro.

Daniel se acurrucó entre la vegetación, tratando de no hacer ruido. “Siempre uno en los momentos más difíciles piensa en Dios, ¿no?, de verdad”.

“Diosito, Diosito”, rezó, pidiendo al Señor que lo sacara de allí con vida.

Entonces, ya fuera que hubiera una intervención divina, que fuera cuestión del clima tropical o simplemente que sus recuerdos racionalizados por el trauma le hagan pensar que así fue, según Daniel comenzó a llover.

“Vamos a traer capotines”, sugirió un soldado. Los demás estuvieron de acuerdo y regresaron al cuartel.

Daniel esperó a que las voces de los soldados desaparecieran antes de salir de su precario escondite entre la vegetación. Avanzó a trompicones durante toda la noche hasta que a la mañana siguiente dio con una pequeña cabaña. Había una mujer en su interior, no muy mayor, quizá de unos treinta años.

“Jovencito, ¿dónde vas?”, le preguntó mirándolo de arriba abajo. Todavía

llevaba el polo de soldado y los pantalones de combate, pero no tenía botas.

“Señora, me están siguiendo”, admitió Daniel.

“¿Quién?”.

“Los soldados”.

“¡Tú eres el compañero que te has escapado de la carceleta!”, exclamó la mujer.

“Sí”.

Y llamándolo con un cariñoso término de la zona, dijo, “ñañito, los soldados han pasado en la noche y dicen que están buscando a un compañero que se ha escapado de la base militar. Te están buscando. Se han ido para arriba. De repente ya están volviendo. No vayas por el camino. Vete por el monte”.

Daniel agradeció a la mujer y siguió su camino. Temiendo perderse en la selva, ignoró su consejo y continuó caminando por la pista. Cuando rodeaba un cerro, divisó a un soldado solitario de pie en el recodo.

“¡Aquí está!”, gritó el soldado, disparando su arma.

El disparo no impactó en Daniel, quien echó a correr, impulsado por la adrenalina. “¡Cuando tienes miedo, pucha, eres capaz de subir a una palmera!”.

Saliendo del camino, se deslizó por una ladera en dirección al río. Los soldados lo vieron caer y le dispararon mientras seguía cuesta abajo. Tras lo que le pareció una caída de ochenta metros (aunque seguramente fue mucho más corta), finalmente se topó con el tronco de un árbol. “Si no [fuera por] ese tronco, de seguro que hubiese muerto con la caída”.

Como aún era de madrugada, los soldados no podían verlo. Finalmente abandonaron la búsqueda, pensando sin duda que el río se lo había tragado. Una vez que dejaron el lugar, Daniel escaló de nuevo hasta el punto del cual se había despeñado. Su tobillo estaba hinchado como una pelota de tenis, producto de la caída, pero al menos estaba vivo. Cuando llegó arriba, otra campesina lo encontró y lo llevó a su casa para curar su tobillo.

“No está roto tu hueso. Solamente te has [torcido]”, le aseguró, mientras le

frotaba el tobillo hinchado con una sustancia caliente. Por si acaso, rompió una rama y la aseguró a su tobillo para inmovilizarlo. Y volviéndose a su hijo de siete u ocho años, dijo: “Al tío [le] vas a llevar por este caminito y déjalo por arribote; de ahí va a salir para el valle de San Miguel”.

No mucho tiempo antes era Daniel el niño pequeño que atendía a los camaradas del MIR —los tíos— en la cooperativa de la selva. Ahora él era el tío.

El niño llevó a Daniel hasta un punto desde el que podía caminar hasta San Miguel.

“Ya, tío”, dijo el chico, señalando hacia adelante. “Ahí está el valle. Vete por ahí”.

Daniel agradeció al niño y se puso en camino. Se quedó en el pueblo durante tres días, para que el tobillo pudiera sanar. Después se dirigió al campamento emerretista con el fin de encontrar a su hermana.

Yasi no estaba contenta de ver a su hermanito en el campamento.

“No te vas a quedar en el campamento. Tú te vas para Lima”.

“Yo me quedo”, dijo Daniel.

Yasi llamó a su comandante para zanjar el asunto. Momentos más tarde, se presentó un hombre regordete con barba de chivo. Daniel lo reconoció. Era el tipo a quien había llevado en su motocicleta.

“Tú eres el que me ha recogido, ¿no?”, le preguntó Néstor Cerpa.

“Sí, pues”.

Cerpa miró al escuálido adolescente de arriba abajo. “Tú no te vas a quedar acá. Te vas para Lima, te vas a ir a estudiar, acá no te quedas”.

“Pucha, no pues, yo no me voy de acá. Yo me quedo acá”.

Cerpa insistió a Daniel que se fuera, pero no logró nada.

“Entonces”, concedió. “Quédate tres días y reflexionas y [luego] te vas para

allá”.

Y así fue como Daniel Bravo se convirtió en un combatiente del MRTA. Había salido de la boca del lobo para ir a parar a la madriguera del zorro.

---

1. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo), Tarapoto, 22 de mayo de 2015. Todo el capítulo se basa en esta entrevista. Los sucesos descritos son los recuerdos del entrevistado.

16

Revolución interna

Esperanza Tapia tenía apenas 16 años cuando el MRTA inició la lucha armada en 1984. En esa época estaba más interesada en Alan García que en la revolución. Alto, curtido y guapo, con una sonrisa infantil y un pelo negro ondulado, García se dirigía a las multitudes con un mensaje de nacionalismo económico que hacía temblar a los capitalistas. La Casa del Pueblo era visible desde la ventana de su salón de clases en el centro de Lima. Todos los días, miraba por la ventana con la esperanza de vislumbrar al aspirante presidencial cuando entraba en su despacho. 1

Esas miradas fugaces al futuro presidente del Perú eran lo mejor de su jornada. A la salida de clase, Esperanza emprendía un viaje de dos horas en transporte público, de vuelta a Villa El Salvador, el escenario de la primera acción pública del MRTA. Una tarde, mientras el ómnibus avanzaba a trompicones por la Vía Expresa, vislumbró la letra V pintada en negro en los muros que cercaban la concurrida autovía.

Esperanza nunca había oído hablar del MRTA. Estaba mucho más familiarizada con Sendero Luminoso. Por la noche, los senderistas hacían caer las líneas eléctricas, dejaban sin luz a todo el barrio e iluminaban los cerros con siluetas de hoces y martillos de brea ardiente. Había escuchado que los senderistas colgaban perros muertos en las farolas en referencia a Deng Xiaoping, el perro rastrero, el lacayo. En una ocasión, los senderistas habían asesinado a un dirigente de Villa El Salvador delante de su mujer y su hijo pequeño. Mientras escuchaba los rumores que iban y venían, Esperanza se preguntaba por qué lo hacían. “Yo no quiero eso”. Los senderistas dicen luchar por el pueblo, pensaba, pero “nosotros somos el pueblo y nos están afectando a nosotros”.

Era otra de las cosas de la política que Esperanza no acababa de entender, como

la vez en que un joven subió al ómnibus con ejemplares de ¿Qué hacer? de Lenin y ella compró el folleto pensando que era un libro de autoayuda. Cuando se dio cuenta de que había comprado un clásico marxista lo terminó igualmente, pero no comprendió gran cosa.

Sus inclinaciones apuntaban más hacia la escritura creativa. En particular, la poesía. “El hombre que me ame”, de la poeta nicaragüense Gioconda Belli, le había tocado muy profundo. “¡Ese es el hombre que yo quiero!”, había pensado. Decidió que, si no podía encontrar a un hombre que la tratara con dignidad y respeto, simplemente no tendría ninguno.

La vida no era fácil para una adolescente de clase baja de Villa El Salvador. El dinero era escaso y la comida también. A sus 16 años le parecía que sus padres siempre se peleaban y que sus dos hermanos mayores se metían con ella. Sentía que nadie la comprendía de verdad. Llevaba un diario en el que se desahogaba todos los días, dejando constancia de sus sueños, de sus deseos más íntimos y de sus angustias. La escritura era su única vía de escape en un mundo que no perdonaba nada.

Fue Antonio, el enamorado de su mejor amiga, Tania, quien la puso en contacto por primera vez con el MRTA. Antonio estudiaba en San Marcos y vio algo en Esperanza.

“Tengo algo que te va a gustar”, susurró un día cuando Tania no estaba, “pero léelo y cuídalo, y luego hablamos”.

El texto resultó ser propaganda del MRTA, uno de sus primeros documentos donde se describía la ideología y los objetivos del grupo. Las palabras parecían salirse de las páginas; era el primer texto de literatura política que Esperanza sentía que tenía sentido para ella. Buscó a Antonio en una fiesta y le pidió bailar juntos.

“Oye”, empezó diciendo ella, en voz baja, “leí el libro. Me encantó. ¿Esto es lo que lees en la universidad?”.

“¡Sí, tienes que estudiar en San Marcos!”.

Esperanza siempre había soñado con estudiar en San Marcos. La principal universidad pública de Lima tenía reputación de excelencia académica y radicalismo político. Allí había estudiado su profesora de primaria, que le había

hablado de Mariátegui y le había animado a escribir, por lo que creía que era una buena opción. En cuanto a unirse a un movimiento revolucionario, se sentía menos segura.

“Quiero meterme en política”, le dijo un día a Antonio, “pero antes de involucrarme con un partido, quiero conocer todos”.

Antonio la dejó a su aire para que siguiera su propio camino. Cuando la admitieron en San Marcos en 1988, le prestó algo de dinero para que pudiera afrontar los gastos. En la universidad se encontró sumergida en un mar de posibilidades. Cada partido tenía sus seguidores en la ciudad universitaria. Había apristas y comunistas, socialistas y partidarios de Izquierda Unida. Pero la presencia más visible era la de Sendero Luminoso y el MRTA. Pintas y afiches revolucionarios adornaban las ventanas y paredes de los edificios, otro campo de batalla simbólico que todos los bandos peleaban con ahínco.

Cuando llegaba a sus clases de psicología, Esperanza encontraba una pizarra llena de lemas y símbolos del MRTA y la otra de Sendero Luminoso. A veces, militantes de uno u otro grupo cubiertos con pasamontañas irrumpían en el aula sin previo aviso para repartir folletos y pronunciar discursos improvisados en apoyo de sus posturas, mientras los profesores los miraban sin hacer nada, ya fuese por temor o tácita solidaridad.

Esperanza se mantuvo en contacto con Antonio, quien la atiborraba con lecturas y siempre estaba dispuesto a hablar de política. Ella concordaba en que había muchas cosas por corregir en la sociedad peruana —un paseo por Villa El Salvador servía para confirmarlo—, pero no estaba segura de que una revolución armada fuera la mejor respuesta. Antonio replicaba que bastaba con mirar lo ocurrido en Chile. Aunque ambos apenas eran niños cuando Pinochet había derrocado a Allende, para Antonio era prueba suficiente de que el verdadero cambio social nunca se produciría por la vía democrática. Hacía falta una insurrección armada, tal como lo habían demostrado las revoluciones cubana y nicaragüense.

Finalmente, Esperanza se convenció y decidió unirse al MRTA. Su única duda era cómo hacerlo. No era sencillo establecer contacto con un grupo que la mayoría de los limeños consideraba una organización terrorista. Lo habitual era que los emerretistas seleccionaran a los potenciales reclutas tras semanas, o incluso meses, de cuidadosa investigación. Y la paciencia no era una de sus

virtudes. “Yo no espero. Yo ofrezco”, dice de sí misma.

Un día se encontró con Antonio y se lo dijo a bocajarro: “Dile a ese pata [que recluta] que quiero estar [en el MRTA]”.

Su amigo le respondió que había una reunión secreta programada para el domingo siguiente. Si lo deseaba, podía asistir “sin compromisos”. Debía llevar ropa oscura y esperar en la esquina de la universidad a una hora determinada. “Todo muy misterioso”, recordaría Esperanza. Eso le gustaba.

Cuando llegó el domingo, se dirigió despreocupadamente a la puerta de su casa en Villa El Salvador.

“¿Por qué te vistes así?”, le preguntó su madre.

“Voy a hacer un trabajo de campo”.

Fue a la avenida predeterminada y esperó. Al poco rato, un joven se acercó y le ordenó que siguiera caminando. Avanzó junto a ella hasta que llegaron al lugar indicado. Esperanza tocó la puerta con suavidad. Se abrió de golpe y una mano extendida les tendió dos capuchas. Cogió una, se la puso sobre la cabeza y entró. Veinte potenciales reclutas, todos encapuchados como ella, se sentaban en varias hileras de sillas. En la pared colgaba la obligada bandera de Túpac Amaru con la V que ella había visto durante sus viajes en ómnibus. No pudo evitar la excitación, mientras se acercaba a una silla. Frente a ellos se situaba un grupo de emerretistas encapuchados. No se dio cuenta de que estaban armados hasta que empezaron a hablar.

“Ustedes son escogidos”, empezó uno de los encapuchados. Durante varios minutos habló apasionadamente de la causa revolucionaria, antes de pedir a quienes estuvieran interesados que juraran lealtad al MRTA. A los demás los invitó a salir.

Esperanza quedó prendada. Todo era tan misterioso, tan romántico, que no le quedó más remedio que jurar lealtad al partido. “Soy súper soñadora”, reconocería después.

Pasó el año siguiente desempeñando tareas menores para la insurgencia. Iba al mercado y repartía volantes. Ahora era ella quien pintaba la V en las paredes de la Vía Expresa. Pero incluso mientras realizaba estas tareas cuestionaba a sus

superiores. “¿Por qué esta pared, en vez de esa?”. “¿Por qué solo los hombres pueden llevar armas?”. La típica respuesta —“porque las órdenes son órdenes”— nunca la satisfacía. Creía que, como personas instruidas que eran, debían tomar decisiones inteligentes. Si las órdenes tenían sentido, debían cumplirse. Si no, los emerretistas, como seres pensantes, tenían la responsabilidad de cuestionarlas. Esta actitud no era del agrado de sus superiores, en su mayoría hombres.

Al igual que ocurría con Lucero Cumpa y tantas otras mujeres tupacamaristas, el primer obstáculo de Esperanza para su nueva vida era un régimen familiar despótico y patriarcal. Como muchas en la Lima de la época, su familia era “bien carcelera” con su única hija. De pequeña, su madre le había prohibido jugar al fútbol en la calle con sus hermanos. “Parece un marimacho”, decía sobre su hija, obligándola a dejar el balón y volver a casa. Ahora, de adolescente, Esperanza tenía que inventar una letanía de pretextos para salir del hogar por la noche (ir a la biblioteca, quedarse en casa de una amiga, ir de excursión), pero su familia siempre desconfiaba. No era la única con este problema. Verónica, militante del MRTA a principios de los años noventa, recordaba haberse inventado una excursión a la playa con sus amigas para poder asistir a las sesiones de entrenamiento militar. Cuando regresó, su madre le preguntó cómo era que estaba más pálida tras una semana al sol. Años más tarde, se reía cuando recordaba que solo atinó a balbucear algo sobre lo nublado que había estado el lugar donde supuestamente había ido. Su respuesta fue tan poco convincente que las sospechas de su familia aumentaron.2

Esperanza no le veía la gracia al asunto. Para poder acudir al entrenamiento, aludió a un trabajo de campo para un proyecto de la universidad. Cuando regresó, su madre la encaró en la puerta. También le preguntó por qué estaba tan pálida si llevaba fuera toda la semana. ¿Por qué tenía ampollas en los pies? También sus hermanos creían que estaba actuando de manera “extraña”. Esperanza se defendía diciendo que eran ellos quienes actuaban de esa forma, pero finalmente sus hermanos mayores descubrieron lo que pasaba. A pesar de que ellos también eran de izquierda e incluso habían estado involucrados en actividades clandestinas, le prohibieron unirse al MRTA. Bruno, el mayor, trató de disuadirla a golpes, aunque sin éxito.

Esperanza se fue involucrando cada vez más y sus estudios se resintieron. Se dio cuenta de que no podía seguir con esa doble vida. Cansada de las excusas, las palizas y las burlas de su familia, juntó sus cosas y se fue. Se instaló en una casa

segura y comenzó su vida de emerretista clandestina. Trató de mantener contacto con su familia, pero era muy difícil. Bruno seguía golpeándola y su padre no era mucho mejor.

“Eres una vergüenza”, le dijo un día por teléfono. “¡Has manchado el apellido!”.

Esperanza lloraba al otro lado de la línea. Cuando era una niña regordeta, por mucho que se metiera en líos, su padre nunca se enojaba con ella por mucho tiempo, a diferencia de lo que ocurría con sus hermanos, a quienes golpeaba cada vez que se portaban mal. En cambio, ahora no quería saber nada de ella.3

Dentro del MRTA las cosas no eran muy diferentes. En toda América Latina, la mayoría de los grupos armados estaban dominados por hombres. Las mujeres solo sumaban entre el 5% y el 30% de los combatientes.4 Una de las pocas excepciones era Sendero Luminoso, donde las mujeres representaban hasta la mitad de los militantes y ocupaban puestos de poder significativos. En el MRTA esta paridad no se daba. La situación de género se acercaba más a los patrones de las demás guerrillas latinoamericanas. Esperanza percibió esta realidad de primera mano cuando concluyó que, no solo era la única mujer en su célula, sino la única mujer operativa en toda Lima. Una de las primeras cosas que le advirtió su responsable fue que no se quedara embarazada.

“Claro, ¿cómo que me voy a embarazar?”, replicó ella, resentida por la insinuación.

Esperanza pasaba cada minuto de su vida con el mismo grupo de hombres. “Pasamos todo”, recuerda, “lo bueno, lo malo, lo feo, lo bonito”. Veía su vida diaria en el MRTA como una “revolución interna” por la igualdad de trato y la dignidad. Las mujeres permanecían recluidas en casas seguras todo el día, mientras que los hombres, incluso los que eran bien conocidos por las autoridades, eran libres de ir y venir a su antojo. Aunque teóricamente las tareas domésticas se dividían por igual entre todos, en la práctica no solía ser así, dada la falta de costumbre y práctica de los hombres.

Esperanza insistía en que Paco, su conviviente en la casa segura, debía realizar su parte. En una ocasión en que se estaba quejando de una tarea especialmente pesada, se tuvo que poner firme con él. “¿No te gusta hacer eso? ¿Qué te gusta, papito?”. Estaba dispuesta a ayudarlo o a intercambiar tareas, pero no lo iba a exonerar de sus obligaciones. “No me dejé que me quitaran el poncho”,

recordaba.

Otra vez vio que durante el almuerzo algunos compañeros se burlaban de Paco, por planchar la ropa y lavar los platos. “¡Eres un pisado!”, le molestaban. Esperanza estaba en la habitación de al lado, echando humo. Lo único que quería era que la tomaran en serio. Para ganarse ese respeto, sentía que no podía dejar pasar el más mínimo detalle.

La tensión constante la exponía a críticas con sesgos de género, que aludían a su supuesta hipersensibilidad. Cuando se enfrentó a uno de sus compañeros que la había llamado “idiota”, este le espetó: “No seas tan delicada. Entre hombres hablamos así”.

“Si tienes que decirme algo, dímelo”, le respondió ella, “pero con respeto”. La situación nunca volvió a repetirse.

Pero si el género era un obstáculo en la vida cotidiana, también podía ser una ventaja durante las operaciones. La policía, casi en su totalidad compuesta por hombres en esa época, era presa de sus propios estereotipos y desdeñaba la posibilidad de que las mujeres representaran una amenaza. En el caso de las mujeres bien vestidas y de clase alta, esta ventaja era aún mayor. Esperanza descubrió que, si se maquillaba, peinaba y ponía ropa ajustada, podía disfrutar de una mayor libertad de movimientos. Podía pasar junto a un policía durante una operación sin levantar sospechas. Lo más difícil para ella, que provenía de los sectores más populares de Villa El Salvador, era acostumbrarse a usar tacones.

El encubrimiento funcionaba mejor cuando iba colgada del brazo de un hombre. Esperanza no tenía problema en representar el papel de enamorada cariñosa cuando tocaba, pero sus compañeros a veces confundían esa actuación con la realidad. Durante una operación tuvo que registrarse en una habitación de hotel con Coco, un compañero de célula, haciéndose pasar por una joven pareja. Los dos compartieron cama esa noche, a la espera de instrucciones. Mientras estaba tumbada en la oscuridad, sintió la mano de Coco deslizándose por el interior de su muslo. Asustada, se incorporó y le preguntó qué estaba haciendo.

“¿Qué, no te gusta?”, preguntó Coco.

“Esto se trata de un trabajo y punto”.

Coco se recostó en la almohada, frustrado. “¡En vano he gastado mi plata!”, dijo,

recordándole que él había pagado la habitación.

“Si quieres, te lo devuelvo”, respondió Esperanza. Pero de ninguna manera iba a acostarse con él.

Situaciones como esta eran comunes en el MRTA y en otros grupos armados de la época. Los emerretistas varones tendían a desdibujar a propósito la línea entre las artimañas para consumo público y la intimidad real con sus compañeras, aprovechando las relaciones de poder subyacentes para acosarlas, agredirlas o incluso violarlas. Aun en estos espacios supuestamente revolucionarios, los hombres se sentían con derecho a los cuerpos de las mujeres. Para las jóvenes como Esperanza, parte de la revolución interna que llevaban a cabo diariamente consistía en educar a sus compañeros y superiores sobre el respeto mutuo y la contención sexual. Al hacerlo, buscaban que el MRTA se comprometiera de verdad con la equidad de género.

Dado el rígido patriarcado que imperaba dentro de la organización, no era una tarea sencilla. Las denuncias de acoso sexual o violación podían terminar con la degradación o incluso la expulsión de las propias mujeres. Casi sin excepción, los hombres ocupaban todos puestos de autoridad, desde los líderes operativos hasta la Dirección nacional. Aunque algunos discrepaban, la mayoría pensaba que el acoso no era un problema que mereciera la pena abordar. Cuando Esperanza tuvo que esconderse en un cine de Lima un día de 1993, Tomás, su superior, aprovechó la oscuridad para acariciarle el brazo y besarla.

“¿Cómo me vas a hacer esto?”, siseó Esperanza, mientras trataba de alejarlo con ambas manos. “¡Además, tú tienes a tu esposa!”.

“Tenemos que actuar como pareja”, respondió Tomás, medio serio.

La insinuación no tenía sentido, ya que el lugar estaba oscuro y casi vacío. Esperanza se sintió utilizada y horrorizada. Empezó a cuestionarse a sí misma, preguntándose si había enviado señales confusas o si había reaccionado de forma exagerada. Tras repasar el incidente una y otra vez, llegó a la conclusión de que Tomás se había comportado de manera inapropiada. Se quejó a un superior, que se mostró comprensivo por la denuncia y reprendió a Tomás, pero las exigencias de la clandestinidad hicieron imposible un cambio de célula. Esperanza tenía que enfrentarse a su agresor todos los días.

Una vez Tomás la acorraló y le preguntó: “¿Por qué causaste un escándalo?”.

Esperanza se negó a dejarse intimidar. “¡Porque no es correcto lo que tú hiciste!”.

A veces, quejarse a los superiores tenía resultados positivos, pero normalmente no era así. Con todo, las mujeres como Esperanza pensaban que, si no se quejaban, si no la enfrentaban, la cultura del acoso y la misoginia seguiría prevaleciendo. Estaban librando una guerra para cambiar la sociedad, y la igualdad de género era parte de ese proyecto de transformación.

***

En 1993 el MRTA se enfrentaba a una nueva crisis. Sus filas se habían reducido a apenas unos cientos de efectivos, lo que supuso un cambio en las relaciones de género. A medida que se sumaban las bajas y las deserciones, las mujeres ganaban importancia dentro del movimiento. Fue esta escasez de mano de obra lo que llevó a la Dirección a reconsiderar las desigualdades en la estructura de mando y dejar que las mujeres se unieran más fácilmente a las columnas rurales.

Lucero Cumpa fue una de las beneficiadas por estos cambios. Desesperada por encontrar militantes de alto nivel, la Dirección permitió que volviera al país, no como simple integrante del Comité Central, sino como comandante del Frente Nororiental y partícipe de la Dirección nacional. Sería la primera y única mujer en comandar un frente a lo largo de los trece años de lucha armada del MRTA. Sabía que todas las miradas estarían puestas en ella, juzgando cada uno de sus movimientos, cuestionando si una mujer podía dirigir un frente. Cuando aceptó el reto, lo hizo por todas las mujeres emerretistas. “Quería mostrar que una mujer podía ser, no solo una guerrillera, sino comandar”.5

Cumpa adoptó el apelativo “Liliana” como nombre de guerra, en honor a su amiga muerta en un enfrentamiento con la policía el año anterior. Tras llegar a Lima, se dirigió directamente a Tarapoto, donde se reunió con Néstor Cerpa y Miguel Rincón, los otros integrantes de la Dirección.6 Su primera misión consistiría en tomar la ciudad de Moyobamba.7 En casi seis años de lucha en la selva, los tupacamaristas nunca habían tomado la capital del departamento. Si lo conseguían, esto podía servir para recuperar parte del impulso que habían perdido en los meses anteriores.

Cumpa nunca había estado en la selva. Sus sueños románticos de combatir como el Che Guevara pronto cedieron ante la dura realidad de un entorno hostil. Aunque se consideraba en forma, ningún entrenamiento la había preparado para las largas horas de caminata por la maleza. Los ataques de vértigo que la acosaban desde la primera vez que la habían torturado le hacían perder el equilibrio en los peores momentos. Le costaba respirar en el húmedo aire tropical y era el blanco del ataque de innumerables mosquitos. Para empeorar las cosas, contrajo leishmaniasis, una rara infección parasitaria transmitida por diminutos mosquitos tropicales, que provoca llagas en la piel y que, si no se trata, puede dañar los órganos internos. Cumpa tenía que detenerse cada cierto tiempo para recibir una inyección y así mantener a raya la enfermedad. Sabía que todos los emerretistas, hombres y mujeres por igual, observaban cada uno de sus movimientos para ver si realmente estaba a la altura. A veces dudaba de sí misma. “Pero me defendí”, diría más tarde con una sonrisa.

Entre el vértigo, el calor sofocante y la mochila que parecía pesar más que ella, Cumpa luchaba por mantener el equilibrio. Un día, la columna estaba cruzando un río sobre un tronco atravesado cuando sintió que el mundo giraba a su alrededor. El vértigo la hizo caer y la corriente la arrastró río abajo. Sentía que se hundía, el peso de la mochila y las botas la arrastraban hacia abajo. Presa del pánico, se quitó la mochila y la dejó a la deriva. Vio una roca en la corriente y trató de nadar hacia ella. En ese momento, algo la agarró y la arrastró. Una vez que recuperó el aliento, pudo ver que dos adolescentes tupacamaristas se habían lanzado a rescatarla. Eran Daniel Bravo y Tigre. Este último se había unido al Frente Nororiental tras huir de la milicia asháninka de Oxapampa en 1989. Daniel había desafiado los deseos de su hermana y permanecido en el MRTA tras escapar del Ejército el año anterior.

Ahora ambos se encontraban bajo el mando de Cumpa y esperaban sus órdenes.

---

1. Los sucesos descritos en esta sección se basan en dos entrevistas con Esperanza Tapia (seudónimo) realizadas en Chorrillos el 24 de julio y el 31 de julio de 2016. Son los recuerdos de la entrevistada.

2. Grupo focal con mujeres del MRTA , Lima, 5 de enero de 2017. “Verónica” es

un seudónimo.

3. Entrevista con Esperanza Tapia (seudónimo), Chorrillos, 24 de julio de 2016.

4. Véase Wickham-Crowley 1993.

5. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

6. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 18 de marzo de 2018.

7. APJP , Juicio contra Víctor Polay y otros, exp. 01-93, Acta de la decimonovena sesión, Interrogatorio de la acusada María Lucero Cumpa Miranda, 14 de abril de 2005.

17

Perro con rayas

Los tupacamaristas habían depositado sus esperanzas en la toma de Moyobamba. A diferencia de las otras localidades que habían capturado en los años anteriores, la capital de San Martín era una bulliciosa urbe tropical, con un completo aparato político y de seguridad. Ocuparla no era una tarea sencilla, pero la Dirección, aún dominada por la línea dura de Cerpa y Rincón, creía que era el golpe de efecto que necesitaban. En un momento en el que la prensa y la opinión popular se habían vuelto en contra del MRTA , se aferraban a la irreal esperanza de que un golpe de mano podría persuadir a Fujimori de entablar conversaciones de paz.

Con tanto en juego, la Dirección no dejó nada al azar. Los comandantes reunieron todos sus recursos del noreste y trajeron fuerzas de otros frentes para ayudar. En enero de 1993, habían reunido un grupo de trescientos efectivos para el ataque. Tras completar los preparativos, Cumpa, Rincón y Cerpa alquilaron una casa en Zaragoza, un barrio a las afueras de la ciudad, y se trasladaron a ella para preparar el ataque. A esas alturas, los años de vivir y correr por la selva habían afectado al “Gordo”. Un día, cuando se preparaba para visitar un campamento, tuvo que ajustarse la correa alrededor de su ahora delgada cintura. Hasta entonces no solía usarla o se la dejaba desabrochada. Al darse cuenta, miró con incredulidad a Cumpa y se llevó el dedo índice a los labios con un guiño, como si le pidiera guardar un secreto.1

La Dirección delegó las tareas operativas a varios comandantes. Uno de ellos era Tito Cruz Sánchez, el joven que había ayudado a las mujeres a saltar la valla durante la huida de Canto Grande dos años y medio antes. Daniel Bravo formaba parte de la columna de veintiocho personas de Tito. Recuerda que la noche anterior al ataque acamparon en las afueras de Moyobamba. Alrededor de las siete de la tarde, Cerpa, que debía asegurar la zona cercana a la plaza de Armas,

llamó por radio e informó de que había un problema con los camiones que pensaban utilizar. Tito se dirigió a su unidad y le comunicó que debía entrar en la ciudad a pie.

Los moyobambinos miraban curiosos a los emerretistas mientras avanzaban por las calles de la periferia. Con el rabillo del ojo, Daniel observó que un policía asomaba la cabeza desde un bar, para volver a meterse dentro cuando los vio llegar. ¿Se había dado cuenta? ¿Había dado la alarma? Era demasiado tarde para averiguarlo.

A tres cuadras de la plaza, la ametralladora empezó a pesarle. “Casi nunca he andado pensando en la muerte”, explicaría más tarde. “Siempre digo, ‘si me llega la hora… me llegará’”. En ese momento, sin embargo, estaba nervioso y el cansancio de la marcha le hacía mella. Seguían acercándose a su objetivo cuando llegó una comunicación inquietante a través del walkie-talkie de Tito. La policía había detectado su presencia. Parecía que había que suspender el ataque. Toda la operación dependía del factor sorpresa y este ya no existía. No obstante, los partidarios de la línea dura se mantuvieron firmes en el centro de mando.

“¡Todos a las casas altas, en posiciones elevadas, y disparen a todo lo que se mueva!”, tronó la voz a través de la radio.

“¡A paso ligero, vamos a llegar hasta la comandancia!”, ordenó Tito, en referencia a la comisaría.

“¡Si tienen miedo, cómprense un perro y píntenle [rayas] de tigre!”, decía la voz en la radio, insistiendo en que se armasen de valor.

Los emerretistas estaban ya sin aliento, aunque ni siquiera habían llegado a la plaza, cuando sonaron los primeros disparos. La policía había tomado posiciones en todas las calles y disparaba desde todos los lados. En cuanto empezó la balacera, los militantes novatos soltaron las armas y huyeron. Daniel, Tito y los demás se agacharon y trataron de avanzar hacia el centro de la plaza.

Daniel siempre había sido un tipo seguro de sí mismo. Su templanza en situaciones difíciles había sido clave para convencer a Cerpa de que le permitiera unirse a la columna, a pesar de su juventud. Pero las explosiones de los lanzacohetes RPG-7 que impactaban en las paredes a su alrededor le impedían concentrarse. Continuó su lento avance, entre disparos y explosiones que parecían venir de todas partes. La policía no solo había asegurado la comisaría.

También estaba dentro del banco, la iglesia y todos los demás edificios importantes de la plaza, desde donde disparaba a los tupacamaristas, que eran blancos fáciles bajo la luz de las farolas. Para contrarrestar la embestida, Tito ordenó derribar el tendido eléctrico.

"¿Cuándo llega el apagón?", pensó Daniel con los oídos zumbando por las explosiones. Finalmente, dirigieron sus armas a las farolas, para que la oscuridad aumentara sus posibilidades de éxito. Se encaminó hacia la parte delantera de la comisaría y se escondió detrás de uno de los bancos de la plaza. Las ráfagas de ametralladora llovían desde el puesto de vigilancia. Tito, que se había puesto a cubierto a su lado, le ordenó disparar el lanzacohetes para neutralizar la posición enemiga. Daniel preparó el arma, cargó y lanzó los proyectiles hacia las ventanas donde la policía se refugiaba. Sus oídos resonaban con cada explosión. "Sientes que en cualquier momento se te va a salir sangre por el oído", recuerda.

Tras disparar cuatro proyectiles, el sonido se desvaneció y todo quedó amortiguado, como si fuera una película muda. Daniel pudo ver que los emerretistas habían logrado agujerear los laterales del edificio, pero la policía había colocado sacos de arena para cubrirse y seguía disparando. Pese al zumbido, creyó oír que algunos querían retirarse, pero sus jefes les obligaban a mantenerse firmes. Ambas fuerzas seguían frente a frente, mientras el sol comenzaba a alzarse sobre la ciudad. Finalmente, después del amanecer, un contingente del Ejército llegó a la plaza, por lo que Tito tuvo que ordenar la retirada.

El fallido asalto a Moyobamba supuso un importante revés para el MRTA. Había depositado sus esperanzas en la toma de la capital departamental y ahora se había quedado sin alternativas. Para agravar el escenario, las fuerzas gubernamentales iniciaron a continuación una contraofensiva.

***

Años después, Esperanza Tapia, la joven de Villa El Salvador, recordaría un episodio que sucedió cuando el Comité Central la designó para acompañar al hospital a uno de los heridos del frustrado asalto a Moyobamba. Dolores había recibido un disparo en la espalda y necesitaba atención médica urgente.

Esperanza y un pequeño equipo de emerretistas consiguieron una pequeña avioneta privada para llevarla a Chiclayo.

No era una misión para corazones débiles. Cuando Esperanza llegó al aeropuerto y vio a Dolores, supo que la situación pintaba mal. La bala le había atravesado la parte baja de la espalda y había salido por el estómago. Dolores, recuerda Esperanza, "olía a mil demonios" cuando subió a la avioneta. El hedor, una combinación de heces, sangre y otros fluidos, era nauseabundo. Cuando la avioneta aterrizó, subieron a Dolores a una silla de ruedas, haciendo todo lo posible por no vomitar sobre ella. Dolores apenas era consciente y estaba completamente flácida, así que Esperanza y sus compañeros tuvieron que echar mano de unas cuerdas para atarla a la silla de ruedas. Le pusieron una gorra de béisbol y unos lentes, y trataron de disimular su mal color con algo de maquillaje. Le trajeron ropa limpia y le colocaron una mochila en el regazo, tanto para sostenerla como para cubrir la sangre que aún manaba de su estómago. Esperanza nunca había visto sangre de ese color. No era roja, sino negra, "como caca". "Era un títere", recordaba.

Esperanza contuvo la respiración y condujo a su compañera moribunda por el aeropuerto. Para su sorpresa, el disfraz funcionó y nadie las detuvo mientras se dirigían al vehículo que esperaba afuera. Sus órdenes eran dejar a Dolores en la puerta del hospital y salir rápidamente, para evitar que la descubrieran. Las enfermeras y los médicos debían encargarse de ella a partir de ahí. Pero cuando llegaron al hospital, Dolores empezó a hablar.

"¡No me dejes!", susurró.

Esperanza miró a la pobre mujer. Le parecía inhumano abandonarla y salir huyendo. Podía estar en sus últimos minutos de vida. Lo menos que podía hacer era estar a su lado cuando entrara al quirófano. Esperanza nunca obedecía una orden sin sentido, así que decidió acompañar a Dolores al interior del hospital. Los médicos la vieron y le dijeron que tenían que operarla de inmediato. Sin embargo, al ser un hospital de provincia, no disponían de todos los medicamentos necesarios, por lo que uno de los doctores le dio a Esperanza una lista, diciéndole que fuera a comprarlos ella misma.

"Si no, no la podemos operar", le conminó.

Esperanza cogió la lista y habló con sus superiores para contarles la situación. Le

dijeron que no regresara al hospital, pero ella no necesitaba su permiso para acompañar a una compañera herida. Les explicó que se trataba de una circunstancia de vida o muerte. Finalmente cedieron. Le pidieron que entrara, dejara los medicamentos en la recepción y se marchara rápidamente; ya enviarían a alguien más a monitorear la evolución de Dolores.

Con las medicinas a mano, Esperanza volvió al hospital con la intención de seguir las órdenes al pie de la letra. Sin embargo, una vez allí, decidió entregar los medicamentos personalmente, para asegurarse de que se los hicieran llegar a los médicos que trataban a Dolores. Tras hacerlo, se dirigió a la unidad de cuidados intensivos para ver cómo estaba su compañera. Dolores ya tenía mejor aspecto y parecía más consciente de su entorno. Esperanza se acercó a ella y le apretó la mano.

“Te van a detener”, consiguió decir Dolores. “Escápate”.

“No te preocupes por mí. Preocúpate por curarte”.

“No te voy a olvidar”, le dijo Dolores, con lágrimas en las mejillas.

“Yo tampoco”, replicó Esperanza, luchando contra sus propias lágrimas. “Pero no vamos a llorar”.

Apretó la mano de Dolores por última vez y salió de la habitación. Había llegado a la puerta del hospital cuando un policía se interpuso en su camino y le pidió que lo acompañase a la comisaría para responder a unas preguntas.2 Una vez allí, llevó a Esperanza a una oficina y revisó su cartera. Tras confiscar cien soles en efectivo, la violó allí mismo, en la oficina. Mientras el policía se vestía después de ultrajarla, Esperanza se lanzó hacia la puerta y salió huyendo de la comisaría.3 Había asumido un gran riesgo para acompañar a una desconocida en un momento difícil. A cambio, había recibido un castigo atroz, físico, anímico y mental, que la perseguiría el resto de su vida. Pero Esperanza estaba convencida de que había tomado la decisión correcta. Más adelante supo que Dolores se recuperó por completo y vivió una vida plena cuando la guerra terminó.

***

Tras el ataque a Moyobamba, Néstor Cerpa y Miguel Rincón huyeron de San Martín para evitar ser detectados por las autoridades. Lucero Cumpa se quedó como única comandante del Frente Nororiental. Para entonces, todas las comunicaciones con Lima pasaban a través de una única radio, que controlaba Teresa, una compañera de Tarapoto.

En abril de 1993, tres meses después del desastre de Moyobamba, Teresa se ausentó durante tres días seguidos y Cumpa, totalmente aislada de la Dirección, se vio obligada a enviar mensajeros a pie a Tarapoto para buscar casas donde atender a los heridos. Cuando vio que no regresaban, despachó a un segundo equipo, que informó que la ciudad estaba repleta de soldados. Entonces, de la nada, reapareció Teresa. Cumpa no pudo evitar preguntarse si se había convertido en informante del Ejército, pero no tenía más remedio que confiar en ella, desesperada como estaba por retomar el contacto con la Dirección.

Teresa le explicó que había creado un nuevo equipo de comunicaciones en Tarapoto y que la Dirección se reuniría allí pronto. Cumpa hizo el viaje a pie, acompañada por Tigre, que pese a su corta edad se había convertido en su guardaespaldas más leal. A la mañana siguiente, Teresa se ofreció a llevarlos a ambos al lugar de la reunión. Mientras trataba de acomodarse en la traqueteante camioneta, Cumpa sintió que el vehículo se detenía de golpe. Vio soldados que se acercaban y supo que Teresa la había traicionado.4

Los soldados trasladaron a Cumpa a la comisaría y, tras confirmar su identidad, la enviaron en helicóptero a la sede de la Dincote en Lima. Una vez allí, la arrastraron, con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, por unas escaleras hasta un sótano. Según declaró posteriormente, la desnudaron y la torturaron antes de dejarla en el suelo. A la mañana siguiente, le quitaron la venda y le ordenaron vestirse. Unos minutos después, Vladimiro Montesinos, el controvertido asesor de Inteligencia de Fujimori, entró en la habitación.5

“Así que eres tú…”, le dijo. “Ahora dime, ¿por dónde has salido y por dónde has entrado [al Perú]?”.

“El Perú es muy grande, sus fronteras son muy grandes, su mar es muy grande y sus aeropuertos también”, respondió Cumpa. Montesinos resopló y, tras hacer un comentario burlón a los guardias, se puso en pie y salió de la habitación.

Poco después la policía llevó a Cumpa a un baño, su cámara de tortura preferida.

Fue allí donde comenzó el verdadero infierno. Según el testimonio jurado de Cumpa, le quemaron la piel con cigarrillos y la atormentaron durante siete días sin interrupción. “Realmente pensé que me iban a desaparecer”, diría refiriéndose a la práctica habitual en la época de matar a los sospechosos de terrorismo sin dejar rastro.6

Al quinto día, la policía finalmente permitió que el abogado de Cumpa la visitara.

“Tu hija está bien”, le dijo el abogado, anticipándose a la que sabía que sería su primera pregunta.

Cumpa respiró aliviada. Al resto de la conversación prestó poca atención. Estaba segura de que su abogado le estaba transmitiendo información importante sobre su situación, pero apenas le escuchaba. Karina seguía oculta y eso era lo único que le importaba.7

Al séptimo día, Cumpa volvió a manos del Ejército, que organizó su presentación a la prensa. Su detención y el fallido ataque a Moyobamba supusieron el final de la influencia del MRTA en San Martín. Los restos del Frente Nororiental quedaron aislados de la estructura de mando y abandonados a su suerte, mientras las fuerzas de seguridad, ahora en pleno control de Moyobamba, actuaban sin piedad. A su regreso a Lima, los integrantes de la línea dura, desesperados por la necesidad de encontrar financiamiento, intensificaron la campaña de los secuestros para obtener rescates. Las acciones cargadas de simbolismo de los primeros años dejaron su lugar a actos de violencia cada vez más descarnada, que no hacían sino aumentar la animadversión de la población.

***

La “Ley de Arrepentimiento” aprobaba por el gobierno de Fujimori en agosto de 1993 complicó aún más las cosas para el MRTA. La norma ofrecía penas reducidas a los integrantes de los grupos armados que se entregaran, a cambio de información sobre sus compañeros. Algunos tupacamaristas de alto nivel se acogieron a ella. Quienes decidieron seguir en la lucha tenían que enfrentarse a

una nueva ola de deserciones y delaciones. Aislados de sus superiores, vagando sin rumbo en busca de refugio, debían además cuidarse la espalda de la traición de sus propios compañeros.

Daniel Bravo vivió la crisis en carne propia. En junio de 1993, Manuel, el jefe de columna, le dio doscientos soles para comprar comida y le dijo que se reuniera con él en la ciudad al día siguiente. Cuando Daniel se lo contó a un compañero, este se opuso.

“Oye, creo que se ha ido a arrepentirse”.

“No creo”, respondió Daniel. Manuel había estado con ellos en las buenas y en las malas. Era de confianza.

“No sé”, dijo el camarada. “Me da mala espina. Me ha visto y se ha asustado”.

Daniel siguió el consejo de su compañero y decidió no ir al punto de encuentro. Días después, escuchó la voz de Manuel por la radio. Efectivamente, se había acogido a la Ley de Arrepentimiento e imploraba a sus compañeros que se rindieran.

El ambiente en el campamento comenzó a agriarse. Manuel sabía dónde acampaban los emerretistas y podía conducir al Ejército directamente hacia ellos.

“¡Ya vámonos!”, dijo una noche uno de los compañeros de Daniel.

“Mañana tempranito nos vamos”, dijo Daniel, agotado. “¿Cómo que vamos a irnos en la noche? Descansa un poco, [un] par de horas, y nos vamos tempranito”.

A la mañana siguiente, Daniel salió a guardar algunas armas. Cuando regresó, otros dos compañeros también hablaban sobre la posibilidad de desertar.

“Ven”, le dijo uno a Daniel, “que se queden [ellos porque] van a arrepentirse” con la famosa Ley de Arrepentimiento.

“¿Tú cómo sabes?”, le preguntó Daniel.

“¿Por qué crees que [están] quedándose? Yo les fusilo, porque se van a convertir en soplones y [van] a perseguirnos. ¿Qué quieres?, ¿que nos persigan?, ¿que nos

maten?”.

Daniel nunca creyó que llegarían a ese punto. Pensar que iban a “terminar matándonos entre nosotros”, diría años después, “es algo que, pucha, una cosa así ya es algo extremo, ¿no?”.

Finalmente se convenció de que no había alternativa y se unió a un pequeño grupo dispuesto a huir del campamento. Se escondieron en una choza para esperar que amainara el aguacero. Cuando salió, vio a un perro corriendo hacia él. Detrás llegaba un grupo de soldados. Se apresuró hacia la choza para alertar a sus compañeros entre las balas que acribillaban las paredes de caña. Mientras corría, en una pausa de la balacera, pudo oír la voz de Grillo, el jefe del campamento hasta pocos días antes, que salía de donde estaban los soldados.

“Daniel, ¡entrégate!”, gritó Grillo. “¡Que se entreguen los compañeros!”.

Daniel consiguió escabullirse bajo la lluvia torrencial antes de reagruparse con sus compañeros. Eran 47, todo lo que quedaba del Frente Nororiental. Mateo, el nuevo comandante, se adelantó y dijo: “Este es el momento de que definamos. Cualquier compañero que no se sienta capaz de ir y no seguirnos a nosotros, que levante la mano”.

Según recuerda Daniel, 27 levantaron la mano. Fiel a su palabra, Mateo les dejó partir sin hacer problema. Ese fue “el momento más difícil, tal vez, de mi vida”, se lamenta Daniel. Luego “de tantas noches [pasadas juntos], de tantas vidas [perdidas]”, sus compañeros iban a abandonar la causa para denunciarlo en la primera base militar que encontraran. La hemorragia no cesó. Unas noches después, otros cinco se escabulleron, seguidos por dos más la noche siguiente. Y luego otro. Y dos más. Finalmente, tuvieron que dejar ir a una mujer que sufría de anemia. El poderoso Frente Nororiental, que tomaba ciudades con facilidad y que en enero de 1993 contaba con una fuerza de combate de trescientos militantes, quedó reducido, sostiene Daniel, a solo once combatientes. Con las justas podían formar un equipo de fútbol.

Los últimos emerretistas vagaban sin rumbo por la selva, viviendo a base de plátanos y hojas. Estaban cansados, hambrientos y cada vez más paranoicos. “Todo el mundo se estaba mirando así, de reojo”, recuerda Daniel. Finalmente, tras diecisiete días de caminar sin dirección, llegaron a una comunidad remota. Los pobladores les alimentaron y les dieron refugio. Mientras descansaban, uno

de los combatientes se ofreció a recoger algo de dinero en la capital del distrito, pero los militares lo detuvieron en el camino y lo mataron. Los diez tupacamaristas que quedaban empezaron a preguntarse cómo habían descubierto a su compañero tan rápidamente. La única explicación era que había un informante entre ellos. Un día, Renzo, el segundo al mando, apartó a Daniel.

"¿Sabes qué?", le dijo, "vamos a ir a recoger dinero [en la ciudad]. [Con] Challo y Ronald, quédate en guardia. Si no regreso, si nos matan, [es] porque Mateo está trabajando con el Ejército. Si no regreso, fusílale a Mateo, vete a tu casa y escóndete".

Renzo no llevaba mucho tiempo fuera cuando Daniel escuchó los disparos en la distancia. Momentos después, regresó sin aliento. Ronald y Challo salieron corriendo de sus puestos de vigilancia, seguidos por otro emerretista apellidado Márquez. Habían tenido un enfrentamiento con los soldados no muy lejos, pero habían escapado. Era todo lo que necesitaban para estar seguros de que su comandante los estaba traicionando.

"Yo le mato a Mateo, yo le mato a Mateo", dijo Márquez, girando sobre sus talones y dirigiéndose al campamento. Se acercó al comandante, lo agarró por el cuello y le apuntó con su pistola en la cabeza.

"¡Yo te mato, tú eres el soplón! ¡Tú estás trabajando con el enemigo!", le acusó.

"¡No!", gritó Mateo.

"¿Cómo, entonces, el enemigo sabe que nos estamos moviendo por acá y sabe dónde vamos?".

"¡Mátalo! ¡Mátalo!", urgió uno de los otros.

"¿Qué tal [si] no es él?", dijo Daniel.

"No, huevón", le replicó Márquez. "¡Es él!".

"¡Yo no soy!", volvió a gritar Mateo.

"Déjalo", dijo Renzo, volviéndose hacia Márquez, "y tú asume la responsabilidad y quítale la radio. Ten tú la radio. Tú te vas a comunicar y [Mateo] no se va a acercar a la radio para nada".

La intervención de Daniel le salvó la vida a Mateo. Más tarde se enterarían de que el informante no era su antiguo responsable, sino el contacto al otro lado de la radio. Sin embargo, Mateo nunca perdonó a sus subordinados lo que le hicieron pasar.

Daniel y sus nueve compañeros pasaron el resto del año en la selva, tratando de reunirse con otros militantes dispersos. Un día se encontraron con un río que limitaba con territorio indígena. Tigre, que estaba entre los emerretistas restantes, había visto de primera mano las consecuencias de no pedir permiso a los nativos durante sus incursiones en territorio asháninka. Aun así, tenían que seguir avanzando si querían encontrar comida y refugio. Daniel se ofreció para cruzar a nado y comprobarlo. Apenas se quitó la ropa, sonaron los primeros disparos. Todavía desnudo, se lanzó al suelo.

“¡Estoy herido! ¡Váyanse, compañeros!”, gritó por su parte Renzo. Herido, cubrió a sus compañeros mientras se retiraban. Mientras corría entre la maleza, Daniel podía oír a los soldados que lo remataban.

Solo seis tupacamaristas salieron vivos de la emboscada. Ahora el grupo se reducía a Daniel, Tigre, Mateo, otros dos hombres y una mujer.8 Se dirigieron a una plantación de hoja de coca situada en un valle del Alto Mayo. Una campesina les dijo que podían quedarse todo el tiempo que quisieran. Se quedaron dos meses, cultivando la hoja durante el día y cazando monos por la noche. Era un descanso largamente esperado después de tanta guerra. Daniel se preguntaba si acaso podría establecerse allí y vivir como cocalero, dejando atrás la lucha armada. Pero un día a fines de 1993 llegó a la chacra un vendedor de madera. Daniel supo enseguida que no se trataba de un vendedor cualquiera. Era Rolly Rojas, también conocido como “El Árabe”, responsable del MRTA en la región. Se había enterado por la radio del asesinato de Renzo y sus tres compañeros, y había pensado que debía haber otros sobrevivientes en el área. Resguardado por dos de sus hombres, se había hecho pasar por vendedor de madera, había ido al lugar de la batalla y preguntado por la suerte de los emerretistas supervivientes. La gente del pueblo lo dirigió hacia donde se escondían Daniel, Tigre y los demás.

El Árabe les dijo que los llevaría a Amazonas, donde tenía su campamento.9

Nada más dar la medianoche del día de Navidad de 1993, Daniel y sus compañeros tomaron sus armas y siguieron a El Árabe fuera del pueblo. “Si no

hubiese llegado El Árabe", reflexiona Daniel, "tal vez nos hubiésemos quedado, de repente allí, como campesinos".10 Pero en lugar de eso, continuó su viaje, adentrándose cada vez más en la selva.

---

1. Entrevista con Lucero Cumpa, Chorrillos, 31 de julio de 2016.

2. Entrevista con Esperanza Tapia (seudónimo), Chorrillos, 31 de julio de 2016.

3. Entrevista con Esperanza Tapia (seudónimo), Chorrillos, 24 de julio de 2016.

4. APJP , Caso contra Víctor Polay y otros, Acta de la vigésima sesión, 14 de abril de 2005; Entrevista con Lucero Cumpa.

5. Véase Bowen y Holligan 2003, Rospigliosi 2000.

6. APJP , Caso contra Víctor Polay y otros; Entrevista con Lucero Cumpa.

7. Entrevista con Lucero Cumpa.

8. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo) Tarapoto, 22 de mayo de 2015.

9. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo), San Martín, 19 de julio de 2016.

10. Ibíd.

18

Hay que tumbar la pata

Esperanza Tapia pasó la mayor parte de 1994 en Cajamarca, sin apenas supervisión y con pocos recursos. Había cambiado tantas veces de aspecto que hacía años que su pelo había perdido su color natural. Su tono más reciente era el rubio blanquecino de la princesa Diana de Gales, tan popular a mediados de los años noventa. Como ya no podía pagar el alquiler ni la comida, llamó al único camarada en el que aún podía confiar y le pidió recursos para aguantar mientras esperaba órdenes. El contacto aceptó reunirse con ella en un lugar acordado. Cuando llegó, Esperanza lo encontró justo donde debía estar. Comenzaron a caminar en busca de un sitio donde conversar, pero no habían llegado muy lejos cuando varios vehículos policiales les cortaron el paso. Superada en número y en armamento, no tuvo más remedio que rendirse. 1

La policía trasladó a Esperanza a la sede de la Dincote en Lima para su procesamiento. Mientras la fichaban, uno de los oficiales exclamó: “¡Quién creería que con esas uñas, serías terrorista!”.2

Daniel Bravo había pasado la mayor parte de 1994 en Arequipa, esperando sus órdenes.3 Finalmente, en 1995, recibió instrucciones de dirigirse a un campamento emerretista en Chanchamayo, donde Néstor Cerpa y Tito Cruz, su antiguo jefe de columna en el fracasado ataque a Moyobamba, habían reunido a 45 combatientes para una misión de alto secreto. El entrenamiento contemplaba tres posibilidades: un edificio oficial de alto rango, un aeropuerto y una embajada. Sin que los mandos soltaran prenda sobre cuál sería el objetivo final, se construyeron modelos a escala en medio de la selva y se intensificaron las prácticas.4

Cerpa seleccionó a 20 combatientes para que regresaran a Lima a recibir instrucciones. El viaje comenzó en la parte trasera de un camión de frutas que se

dirigía a la capital. Una vez allí, se subieron a una combi y fueron conducidos con los ojos vendados a un escondite en el distrito de La Molina. Una misteriosa mujer los tomó de la mano y los acompañó hasta el cuarto piso. Cuando les permitieron quitarse las vendas, se encontraron cara a cara con Miguel Rincón. El emblemático dirigente emerretista lucía una prominente barriga y lentes gruesos. Saludó a los recién llegados, les entregó ropa limpia y les pidió que se ducharan, se afeitaran y se sintieran como en casa. Ese cuarto piso sería su refugio durante las próximas semanas. Los recién llegados, entre los que estaban Daniel y Tigre, pasaron el tiempo jugando cartas y videojuegos, y viendo películas en video. Lo reducido del espacio disponible los obligaba a una mayor intimidad. Daniel y Tigre, que ya habían vivido un infierno en San Martín, compartían habitación.5

Daniel aún no sabía bien en qué se había metido. Un día, mientras estaba aburrido en la calle sin hacer nada, un hombre delgado con lentes oscuros y capucha le tocó el hombro.

“Tú, compañero, ven conmigo”.

Cuando doblaron una esquina, el sujeto se quitó la capucha y le dijo. “¿No me conoces?”.

“¡Sí!, ¿cómo no?”, respondió Daniel. Néstor Cerpa estaba mucho más delgado de lo que recordaba, pero conservaba su característica tripa.

“Mira”, le dijo Cerpa, “estamos planeando un golpe a la dictadura que hoy en día está sentada en una pata, y hay que tumbar la pata”.

Cerpa condujo a Daniel a una sala donde estaba desplegada una colección de uniformes militares. Le contó que iban a hacerse pasar por soldados del Ejército para ocupar el Congreso de la República durante una sesión. “Nuestro objetivo político era tomar como prisioneros de guerra a los congresistas”, explicaría Cerpa más tarde, para intercambiarlos “si el gobierno aceptaba liberar a nuestros compañeros”.6

Daniel miró los impecables uniformes. “Están muy nuevos”, dijo.

“Hay que echar, pues, agua con un poquito de lejía”, respondió Cerpa, “para despinte o para que no sea nuevecito”.7

Cerpa abandonó la casa de La Molina al día siguiente, dejando a Miguel Rincón, con quien compartía la visión de línea dura, a cargo de los últimos detalles.

***

Uno de los tupacamaristas alojados en La Molina era Javier Caminero. A diferencia de sus compañeros, que venían de lugares diferentes, había pasado la mayor parte de su vida en Lima y conocía bien la ciudad. Como estudiante de San Marcos, había encabezado el entramado de organizaciones legales de apoyo al MRTA. En 1995 se había trasladado, junto con su esposa embarazada, a Bolivia para supervisar las operaciones desde el otro lado de la frontera. Poco después le hicieron regresar a toda prisa para incorporarlo a una operación de alto nivel: la toma del Congreso.

Como estaba acostumbrado a desenvolverse en la ciudad y contaba con un trabajo que le servía de tapadera, tenía mayor libertad durante la fase de planificación. Mientras que los demás llevaban bolsas en la cabeza todo el día, Javier recuerda que era uno de los pocos, junto con Rincón, que iban sin enmascarar y que entraban y salían a su antojo.

Javier creía, como Alberto Gálvez y otros antes que él, que había llegado el momento de que el MRTA se desmilitarizara y abrazara el proceso democrático. A mediados de la década de 1990, acabada la Guerra Fría y con más de treinta años de lucha armada, terrorismo de Estado, desapariciones, paramilitares y genocidio contra poblaciones indígenas, la demanda de estrategias no violentas de lucha social atravesaba toda América Latina. En la región, la izquierda armada estaba dejando las armas y abriendo conversaciones de paz. El FMLN había llegado a un acuerdo con el gobierno salvadoreño en 1992 y la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) se aprestaba a hacer lo propio. Incluso los zapatistas de México, que se habían levantado en enero de 1994, parecían alejarse de la lucha armada. Javier temía que, si ignoraba esta realidad, el MRTA se quedaría aislado. Pero le bastó un viaje al cuarto piso para darse cuenta de que Cerpa y Rincón no tenían intención de dejar las armas. Había suficientes pistolas, fusiles de asalto y granadas para acabar con un regimiento. “¡Peor que Rambo están estos huevones!”, recuerda Javier.8

Tras semanas de entrenamiento, Rincón reunió por fin a todos los implicados para ponerlos al corriente del plan.

“Vamos a desarrollar un golpe contundente, que nos permita revertir todo lo que nos ha pasado hasta el momento. [Este] golpe de profundidad en el seno mismo del enemigo nos va a permitir recuperar protagonismo, recuperar […] iniciativas políticas, recuperar recursos; todo nos va a permitir; esto lo que vamos a hacer, ¡y ustedes van a ser parte de esta página de la historia!”. Y entonces por fin se los dijo: iban a tomar el Congreso mientras todos los congresistas estaban reunidos.

Si el discurso pretendía levantar el ánimo de la tropa, para Javier tuvo el efecto contrario. Años después, recordaba que buscó a Rincón y le planteó abiertamente sus objeciones.

“No, compañero, nosotros estamos acá bajo un compromiso con el MRTA de conseguir recursos para seguir sosteniendo el trabajo político, que es el trabajo de corto y mediano plazo; este tipo de operaciones... Si usted me hace quedar en esta operación, yo me quedo en contra de mi voluntad”.

“Bueno, compañero”, respondió Rincón, “yo le invito a que reflexione. Piense bien ese tema, porque es una oportunidad en la historia”.

Javier se volvió hacia sus compañeros de la casa de La Molina y les preguntó qué pensaban. Para su decepción, habían decidido sumarse a la línea dura.

“Compañero, está con duda”, le decían. “Le falta resolución”.

“Compañeros, esto no es un problema de resolución”, les replicó Javier. Para él, era un tema de prudencia política.

Poco después, una mañana salió de la casa para votar en las elecciones municipales y nunca más volvió. Cuando se enteró de su marcha, Rincón lo buscó y acordaron encontrarse en la avenida Rosa Toro, de San Luis. Empezaron a caminar y a hablar.

“Compañero, como le dije a usted”, sostuvo Javier, “solamente en contra de mi voluntad me podría quedar en una operación [de este tipo]. Si ustedes disponen, me quedo, pero que conste que ha sido en contra de mi voluntad”.

“No, compañero, así no va a ser”, le respondió Rincón. Para que Javier supiese que no le guardaba rencor le entregó doscientos dólares en efectivo, para ayudar con el nacimiento de su futuro bebé. “Cualquier problema tienes, [estoy aquí] para ayudarte”.

Javier tomó el dinero y agradecido volvió a su casa con su mujer, sin saber si volvería a ver a Rincón con vida.

***

La casa de La Molina estaba alquilada a nombre de Lori Berenson, una neoyorquina de 26 años con un don para las artes. Ya de pequeña había interpretado el papel principal en la obra Annie. Más tarde, se había matriculado en La Guardia High School of Music & Art and Performing Arts, una escuela secundaria de Manhattan a la que asistían contemporáneos suyos que tendrían gran éxito, como Jennifer Aniston y Chaz Bono. Como le encantaba cantar, se unió al coro de la escuela y actuó por toda la ciudad. Sin embargo, era una mujer realista y, rodeada de tanto talento, pronto se dio cuenta de que nunca llegaría a ser cantante o actriz profesional. Siguió componiendo música y tocando la guitarra, pero se centró en sus estudios. Cuando llegó el momento de ingresar a la universidad, rechazó becas en Oberlin y Carleton para estudiar ingeniería musical en el Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT) en 1987.9

En el MIT, Berenson se enamoró de América Latina. Durante su primer año de carrera asistió a un curso de historia socioeconómica latinoamericana con Martin Diskin, un distinguido profesor de antropología y activista en favor de los derechos humanos. Diskin había criticado abiertamente la política de Estados Unidos durante la Guerra Fría y su apoyo a las dictaduras de derechas de Centroamérica. Incluso había sido detenido durante una protesta contra el apoyo norteamericano a la Contra nicaragüense.10 Durante su primer año tomó a Berenson bajo su protección, invitándola a asistir a sus seminarios de posgrado y ofreciéndole empleo como asistente de investigación. “Lo adoraba”, recuerda Mark, el padre de Berenson.11 Cuanto más aprendía de las múltiples injusticias de la derecha latinoamericana, más se indignaba Berenson. Durante el semestre de primavera, Berenson, pese a que aún no tenía 19 años, se unió a un grupo

misional que viajaba a El Salvador. La experiencia le resultó reveladora, una mirada cercana y personal a la guerra sucia financiada por Estados Unidos: helicópteros, blindados, bombas, redadas. “Me siento muy culpable”, le dijo a su padre durante una llamada telefónica de larga distancia. “Esta gente es tan pobre. Son tan buenos. Lo único que quieren es que les dejen en paz”.

El viaje cambió la vida de Berenson. Cuando regresó a Cambridge, se involucró en las actividades del Comité Internacional de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador (Cispes) y ayudó a preparar diversas solicitudes a los congresistas estadounidenses para que detuvieran la guerra sucia en Centroamérica. Poco después decidió dejar los estudios y trasladarse a Nicaragua para trabajar con el gobierno sandinista.

Esta decisión preocupó a su padre, un profesor universitario que comprendía la importancia de una buena educación.

“Lori, no”, suplicó Mark. “Obtén primero tu título. Te permitirá lograr todo lo que quieras”.

“Papá, no puedo”, respondió Berenson. “Tengo que ayudar a la gente ahora. Soy joven. Volveré a estudiar. Me formaré, pero ahora tengo que ayudar a los demás”.

En Nicaragua, Berenson trabajó tanto con los sandinistas como con el FMLN, la alianza guerrillera salvadoreña que por entonces se hallaba en negociaciones con el gobierno para convertirse en un partido político legal. Fue a través de su trabajo con ellos como llegó por primera vez al Perú. Fujimori acababa de asumir la presidencia y el MRTA, tras la histórica fuga de la cárcel, se hallaba en pleno debate sobre la posibilidad de transitar a la política legal. Sendero Luminoso, en cambio, se encontraba en la cúspide de su poder y golpeaba con fuerza en Lima. En contraste, se estaba haciendo cada vez más evidente que Fujimori no tenía ningún interés en negociar con los grupos armados y, en su lugar, se había puesto en marcha el Grupo Colina, una unidad clandestina vinculada con las fuerzas de seguridad del Estado.

Para Berenson, la tensión era palpable. “Sentí que había miedo”, recordaría años después, “no miedo a la violencia, sino miedo a... Sientes que todo el mundo se mira [con desconfianza]. Tuve esa sensación”.12

Durante este viaje, Berenson conoció a varios miembros del MRTA. Cuatro años

después regresó y subarrendó la casa de La Molina que alojaba a la tropa de Miguel Rincón. Más tarde diría que no sabía casi nada sobre el escondite. Se ocupaba de sus asuntos y no prestaba atención a lo que hacían los inquilinos del piso de arriba.

Otra de las inquilinas de la casa era la esposa de Néstor Cerpa, Nancy Gilvonio. Como Berenson, posteriormente negaría cualquier participación o colaboración con el MRTA, aunque admitiría haber estado al tanto de la participación de su esposo en la organización. Sin embargo, pronto ambas se encontraron en el centro de una tormenta legal y mediática.

Todo comenzó, diría Berenson años después, la mañana del 30 de noviembre de 1995. Tras conseguir pases de prensa, Berenson y Gilvonio llegaron al edificio del Congreso en la plaza Bolívar. Ambas contaban con una coartada: eran respectivamente reportera y fotógrafa de prensa. Sus credenciales, a todas luces legítimas, les permitían acceder a los pasillos del Congreso cuando no había sesión. Esa mañana, Berenson hizo un croquis detallado de la distribución de las curules, anotando quién se sentaba en cada lugar. Según diría, se trataba de un informe que estaba escribiendo para un pequeño periódico norteamericano de izquierda. A continuación, subieron a un ómnibus y se dirigieron a la siempre congestionada avenida Wilson. En la esquina de la avenida Tacna, varios hombres vestidos de calle subieron y sacaron a las dos mujeres violentamente del vehículo, ante la sorpresa y el nerviosismo de los demás pasajeros. Las metieron en un auto sin placa y huyeron a toda velocidad. Berenson quiso creer que se trataba de un secuestro. “No quise darme cuenta de que me estaban deteniendo”, recuerda.13 Solo cuando el auto se detuvo en la sede de la Dincote, en la cercana avenida España, asumió la realidad.

Los oficiales de paisano le confiscaron todas sus pertenencias, incluidos los lentes que le habían quitado de mala manera durante la detención. Le mostraron los bocetos del Congreso que había dibujado y le preguntaron si era su letra. Berenson lo negó. “Lori no puede ver sin sus lentes”, razonó su padre. “Cuando se lo mostraron no podía verlo […] ella tiene ese problema verificado, documentado, aquí en los Estados Unidos, desde que tenía como siete años, seis años. Así que realmente no sabía qué demonios le estaban mostrando”.14

Sea cual fuera el motivo de la negación, los interrogadores no se lo creyeron. Cuatro oficiales llevaron a Berenson en la parte trasera del vehículo policial a su casa de La Molina y le exigieron abrir la puerta. “Me negué a hacerlo”, admitió

más tarde. Frustrados, los policías la tiraron boca abajo en el suelo del camión. “Fue entonces cuando empezó el tiroteo”.15

***

Eran las nueve de la noche cuando Miguel Rincón oyó que llamaban a la puerta. “Casi inmediatamente después disparan hacia adentro”, contó a la Comisión de la Verdad.16 Corrió hacia Daniel y Tigre, que estaban viendo la televisión.

“Bueno, muchachos, nos han detectado y vamos a tratar de salir”.17

Los emerretistas se apresuraron a coger sus armas mientras las balas acribillaban el recinto. Algunos empezaron a devolver el fuego, mientras otros activaban el plan de huida. La idea era dirigirse al patio trasero, subir por una escalera de mano hasta los tejados vecinos y alejarse del peligro. Cuando estuvo lista la operación, Daniel y Tigre se apresuraron a bajar hacia el primer piso y corrieron hacia el patio, junto con sus compañeros. La primera en llegar fue una mujer llamada Lucinda. Una avalancha de balas la derribó de inmediato. Corriendo por sus vidas, Daniel y Tigre no tuvieron tiempo de comprobar si estaba viva o muerta. Consiguieron llegar a la escalera y trepar por ella mientras otros escalaban la reja de la casa y salían corriendo hacia el parque que estaba al otro lado de la calle.18

Juan Mejía fue uno de quienes trataron de treparse a la reja, sin darse cuenta de que estaba electrificada. Tan pronto como llegó a la parte superior, su cuerpo fue sacudido por la corriente eléctrica y cayó al patio vecino. Tras perder su rifle en la caída, Mejía corrió hacia la calle. Allí se encontró cara a cara con un policía vestido de civil.

“Ríndete”, ordenó el oficial, “y vamos a cruzar la calle para que subas al patrullero”.

Antes de que Mejía pudiera reaccionar, un grupo de soldados del Ejército llegó al lugar y disparó contra ambos. Mejía recibió impactos en la pierna y el brazo. Quedó tendido en el suelo.

El oficial también resultó herido en la pierna. “¡Soy teniente, no disparen!”, gritó. Los soldados dejaron de disparar y se lo llevaron.

Poco después, los militares encontraron a Mejía, que yacía en un charco de su propia sangre. Uno de los soldados comenzó a preguntarle cosas sin demasiado sentido. Primero, le preguntaron qué hacía en el piso.

“Me han herido”, respondió Mejía, señalando lo evidente.

“¿Quién te ha herido?”.

Mejía contestó que no sabía.

Los soldados miraron las heridas que Mejía tenía en su mano y pierna. Había perdido mucha sangre.

“Está cagado”, dijo uno de ellos.

“Hay que matarlo”, dijo otro, sacando su pistola y apuntando a la sien de Mejía. En cuanto el soldado apretó el gatillo, Mejía echó la cabeza hacia atrás para evitar el impacto. La bala solo le rozó, pero los soldados no parecieron darse cuenta y lo dieron por muerto. Conmocionado, se quedó en el lugar hasta que la Cruz Roja lo encontró, apenas consciente, a la mañana siguiente.19

***

Al mismo tiempo que Mejía resultaba herido, otro emerretista llegó al parque y se encontró completamente rodeado. Con el torso desnudo y con un fusil en la mano, se agazapó detrás de un Toyota, mientras dos policías le gritaban desde detrás de una fuente.

“¡Identifícate! ¡Identifícate! ¡Grita quién eres!”.

“¡Rodríguez, Rodríguez, ¡soy policía!”, respondió el tupacamarista.

“¡No te creo, concha tu madre! ¡Párate despacio y levanta las manos! ¡Apúrate,

mierda!”.

“Soy Rodríguez, ¡soy policía!”.20

Hubo un largo silencio. Y entonces los oficiales abrieron fuego, abatiéndolo antes de que el emerretista pudiera disparar.

Mientras los disparos contra sus compañeros retumbaban en el parque, Daniel, Tigre, Miguel Rincón y un puñado más corrían por el tejado de una casa vecina. Abajo, la dueña de la casa, Carla Figari, se había escondido en el baño junto con su empleada y sus hijos. Desde allí escuchaba las insistentes voces del grupo de Rincón y los ruidos que causaban. Sabía que estaban intentando entrar en la vivienda, pero apenas comenzó la balacera, había cerrado todas las puertas.

Finalmente, los tupacamaristas se dieron por vencidos y decidieron probar suerte en la siguiente casa. Dentro, Ada Sessarego había reunido a su madre y a sus dos hijos en el pasillo, lejos de las ventanas. Intentó llamar a Alaska, el perro de la familia, para que se uniera a ellos, pero la mascota estaba fuera de control entre los disparos y las pisadas que se sentían en el tejado. Entonces se oyó un fuerte ruido en el interior de la vivienda. Parecía un cristal roto.

Sessarego empujó a su madre y a sus hijos bajo el escritorio de la oficina. Alaska ladró sin cesar mientras los asaltantes corrían por el pasillo. Y entonces los ladridos cesaron. “Mi perro es valiente”, dijo luego uno de los niños a los periodistas, “pero nada puede hacer contra gente armada”. Daniel, Tigre, Rincón y los restantes emerretistas bajaron las escaleras y colocaron colchones delante de las ventanas rotas para protegerse de las balas.

Al principio, Rincón no se dio cuenta de que había alguien dentro de la casa, ya que estaba demasiado preocupado por la inminente llegada de las fuerzas de seguridad. “Cuando llegamos a la casa no escuchamos voces, [y] cuando estaban en pleno enfrentamiento, no había nadie de la familia”.21 Entonces, como de la nada, Sessarego salió de su escondite. El comandante emerretista le preguntó si había alguna parte de la casa a la que no se pudiera llegar desde fuera.

“En el baño”, respondió Sessarego.

Los tupacamaristas condujeron allí a la familia y les dijeron que se escondieran en la tina. Sessarego suplicó que los dejara ir, pero Rincón se negó. “Si los dejábamos salir, los mataban allí afuera”, declaró a la Comisión de la Verdad. Le

aseguró a Sessarego que no le pasaría nada.

Los emerretistas se prepararon para luchar por sus vidas. En el exterior, tanquetas y vehículos de la Policía, el Ejército y la Marina de Guerra del Perú rodeaban la vivienda. Los helicópteros sobrevolaban el lugar. A las once de la noche, las tanquetas comenzaron a atacar la casa, lanzando explosivos y embistiendo contra el muro exterior.22

Como si su apellido le hubiera previsto su destino, Rincón estaba arrinconado. Pidió a Sessarego que llamara por teléfono a la policía. Los oficiales le respondieron que iban a enviar a alguien a negociar, pero la línea se cortó de inmediato.23

El ataque continuó hasta la mañana siguiente. A lo largo de la noche, Sessarego intentó retomar el contacto con la policía por teléfono, ya que algunos de los hombres de Rincón necesitaban atención médica urgente, pero fue inútil. Era casi de día cuando el líder emerretista ordenó a la desvelada madre que saliera de la vivienda y pidiera a la policía un walkie-talkie para negociar los términos de su rendición.

Sessarego solicitó a gritos que la policía y los militares dejaran de disparar, mientras se acercaba a la puerta. Los tupacamaristas habían perdido, dijo; todo lo que querían era una garantía de su seguridad.24 Volvió enseguida con el walkie-talkie.

“Esta entrega es por un combate perdido”, dijo Rincón por radio a Domínguez Solís, jefe de la operación policial. “Sin embargo, la lucha armada revolucionaria continuará, así no sea con nosotros”.25

Como condición para rendirse, Rincón solicitó la presencia de representantes de la Cruz Roja, la Iglesia católica, la prensa y un fiscal civil. Sus hombres solo se entregarían tras firmar un documento oficial de rendición en presencia de testigos. Entonces, uno por uno, cada emerretista abandonaría la casa sin armas, con los brazos levantados en un puño desafiante o formando la letra V con los dedos índice y corazón.26 “Nosotros pedimos garantías de una entrega honorable”.27

Domínguez aceptó las condiciones y comenzó a hacer los arreglos necesarios, pero, según recuerda Rincón, “la Cruz Roja no aceptó, diciendo que había rehenes”.28 Aun así, cuando los demás garantes solicitados llegaron, los

emerretistas firmaron el documento en su presencia. Rincón fue el último en salir, con el puño en alto, una camisa de rayas abotonada sobresaliendo del cinturón, jeans negros y medias blancas. Faltaba un cuarto de hora para las nueve de la mañana.29

El MRTA se encontraba ahora en su punto más bajo. Además de haber sido capturados casi todos los efectivos que quedaban en libertad, había perdido la parte principal de su arsenal. “Se acabó el MRTA”, titulaba un periódico.30 Solo quedaba por localizar a Néstor Cerpa, el escurridizo comandante que aún no había caído en manos de la policía.

Nadie sabía realmente dónde estaba Cerpa. Algunos creían que se había fugado a Bolivia y que dirigía las acciones desde allí. Otros pensaban que había sido capturado en ese país, pero era difícil saberlo con seguridad.31 Sea como fuere, cundía la sensación de que el derrumbe estaba a la vuelta de la esquina. “¡Están con los días contados!”, pronosticó La República, que predecía que el jefe emerretista caería en cuestión de días.32 Pura ilusión. Cerpa no solo había eludido a las autoridades, sino que pasaría todo el año siguiente urdiendo un plan con el que esperaba devolver al MRTA su antigua gloria.

---

1. Entrevista con Esperanza Tapia (seudónimo), Chorrillos, 24 de julio de 2016.

2. Entrevista con Esperanza Tapia (seudónimo), Chorrillos, 31 de julio de 2016.

3. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo), San Martín, 19 de julio de 2016.

4. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo), Tarapoto, 22 de mayo de 2015. Los detalles del entrenamiento se corroboran en la CVR , Testimonio 736003, ADP .

5. CVR , Testimonio 736005, Testimonio 736003, Testimonio 736004, ADP .

6. “Son 458 los emerretistas presos en todo el país que pretenden liberar”, La República , 18 de diciembre de 1996, p. 8.

7. Entrevista con Daniel Bravo (seudónimo), Tarapoto, 22 de mayo de 2015.

8. Entrevista con Javier (seudónimo), Cusco, 30 de diciembre de 2016. Esta sección se basa en ese encuentro.

9. Entrevista con Mark Berenson, Nueva York, 13 de octubre de 2012.

10. “ MIT Anthropology Prof. Martin Diskin Dies at 62; was expert on Latin America”, MIT Bulletin , 4 de agosto de 1997, disponible en: <http://news.mit.edu/1997/diskin-new>.

11. Entrevista con Mark Berenson, Nueva York, 13 de octubre de 2012. Las siguientes citas y hechos son tomados de esta misma fuente.

12. Entrevista con Lori Berenson, Pueblo Libre, 8 de agosto de 2012.

13. Ibíd.

14. Entrevista con Mark Berenson, Nueva York, 13 de octubre de 2012.

15. Entrevista con Lori Berenson; CVR , Testimonio 700585, ADP .

16. CVR , Entrevista con Víctor Polay Campos y Miguel Rincón Rincón, 8 de abril de 2003, ADP .

17. CVR , Testimonio 736005, ADP .

18. CVR , Entrevista con Víctor Polay Campos y Miguel Rincón Rincón; CVR , Testimonio 736003, ADP .

19. CVR , Testimonio 736003, ADP . “Juan Mejía” es un seudónimo.

20. “Quimera de sangre”, Caretas , 7 de diciembre de 1995, n.° 1392, pp. 14-17, 80. Los siguientes hechos están referidos en esta misma fuente.

21. CVR , Entrevista con Víctor Polay Campos y Miguel Rincón Rincón; CVR , Testimonio 736003, ADP .

22. CVR , Entrevista con Víctor Polay Campos y Miguel Rincón Rincón; “Quimera de sangre”, Caretas , 7 de diciembre de 1995, n.° 1392, pp. 14-17, 80.

23. Ibíd.

24. “Quimera de sangre”, Caretas, 7 de diciembre de 1995, n.° 1392, p. 80.

25. “Rincón se rinde tras 10 horas de pesadilla”, La República , 2 de diciembre de 1995, p. 3.

26. Ibíd.

27. CVR , Entrevista con Víctor Polay Campos y Miguel Rincón Rincón.

28. Ibíd. Lo más probable es que la Cruz Roja no accediera a intermediar por no haber obtenido la autorización del gobierno a tiempo, ya que sus estatutos requieren la voluntad de ambas partes para hacerlo.

29. “Quimera de sangre”, Caretas, 7 de diciembre de 1995, n.° 1392, p. 80; “Rincón se rinde tras 10 horas de pesadilla”, La República , 2 de diciembre de 1995, p. 3.

30. “Se acabó el MRTA ”, La República , 3 de diciembre de 1995, p. 1.

31. “Cerpa Cartolini tiene su fortín en La Paz”, La República , 4 de diciembre de 1995, p. 5; “Liberan en Bolivia a Samuel Doria”, La República , 18 de diciembre de 1995, p. 3; “Cerpa Cartolini habría caído con diez emerretistas en frontera boliviana”, La República , 17 de diciembre de 1995, p. 4.

32. “¡Están con los días contados!”, La República , 3 de diciembre de 1995, p. 8.

19

Lo que el viento se llevó

Era el evento más destacado de la noche. La lista de invitados a la fiesta en la residencia del embajador japonés, Morihisa Aoki, era un auténtico Quién es Quién de la alta sociedad limeña. Estaba Sally Bowen, la periodista de la BBC . Estaba Francisco Tudela, el canciller peruano. Incluso Alejandro Toledo y Francisco Sagasti, futuros presidentes de la República, asistieron a la cita. Fujimori también tenía previsto aparecer en algún momento de la noche, para acompañar a su madre, su hermano y su hermana, que ya se mezclaban con el resto de invitados en la abarrotada mansión la noche del 17 de diciembre de 1996 para celebrar el cumpleaños del emperador japonés. 1

La residencia contrastaba con las demás edificaciones de la calle Tomás Edison. De un blanco nacarado, con altísimas columnas romanas, un amplio porche delantero y escalones, se asemejaba más a una antigua plantación del sur de Estados Unidos que a una casa latinoamericana contemporánea. El interior era igualmente lujoso, con una gran escalera por la que Scarlett O'Hara podría haber bajado con su amplia falda volada. El parecido del edificio con la legendaria Tara del clásico de Margaret Mitchell, Lo que el viento se llevó, no era casual. Su propietario original, Antenor Rizo Patrón, ordenó la construcción de la mansión tras el estreno de la película en 1939. Su joven esposa, Beba Basurco, soñaba con vivir en una residencia tan espléndida como la que habitaba la protagonista de la epopeya sudista. Rizo Patrón contrató al arquitecto Alfredo Dammert Muelle para que le diseñara a Beba su propia Tara en el lujoso distrito limeño de San Isidro.2

Luis Giampietri y su esposa, Marcela, se encontraban entre los invitados de esa noche. Almirante de la Marina peruana bajo el mando de Alan García, los rumores señalaban que Giampietri había estado implicado en la masacre de prisioneros de Sendero Luminoso de 1986. Aunque siempre había negado

cualquier delito o conocimiento de este hecho, el episodio parecía seguirle allá donde fuera. Esa noche, sin embargo, asistía a la fiesta de Aoki como civil. Solo quería presentar sus respetos al embajador, conversar un poco y despedirse antes de las ocho y media.

Luis y Marcela salieron de su casa, en el Callao, a las siete, hora oficial de comienzo de la recepción. Confiaban en que, si tenían suerte, podrían llegar en media hora. Sin embargo, el tráfico en Lima nunca da tregua y ese martes por la noche no fue una excepción.3 Eran las ocho cuando el conductor se detuvo en la puerta, donde un único vigilante revisó la invitación y los dejó pasar al recinto. Mientras subían los escalones, Luis se dio cuenta de la poca seguridad que había en comparación con la habitual en las embajadas de Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña.

“Este control [de seguridad] está barato”, murmuró a Marcela mientras atravesaban un detector de metales sin que les pidieran sacar nada de los bolsillos.4

Vieron al embajador Aoki en la entrada, de pie y sonriente, saludando a los invitados que llegaban. Giampietri y su esposa se pusieron al final de la fila y esperaron su turno. Tras intercambiar saludos con su anfitrión, se dirigieron al jardín.5 El lugar estaba resplandeciente. Un hermoso arreglo de flores rojas y blancas, colores compartidos por las banderas del Japón y el Perú, servía de fondo a los elegantes camareros que ofrecían a los invitados las mejores viandas niponas, junto con atractivos cócteles. La mayoría de los presentes estaba de pie, conversando entre ellos animadamente. Otros, como Matsue Inomoto, la anciana madre del presidente Fujimori, se sentaban en sillas.

Tal y como esperaba Giampietri, concluida la bienvenida, el embajador Aoki salió al jardín hacia las ocho y media para unirse a la conversación. Esta era la oportunidad que el almirante esperaba para poder retirarse de manera apropiada. Intercambió una mirada cómplice con su esposa y ambos iniciaron el recorrido de sonrisas, intercambios y saludos que les debía llevar a la salida.

Marco Miyashiro, el oficial de la Dincote que había capturado dos veces a Alberto Gálvez Olaechea, también estaba en la embajada esa noche. Había acudido junto con su esposa a felicitar al embajador por el cumpleaños del emperador del país del que provenían sus antepasados. Tras su éxito en el combate contra los grupos armados izquierdistas, Miyashiro estaba ahora a cargo

de la Unidad de Investigaciones Especiales Tributarias de la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria (Sunat). En el jardín, se encontró con Luis Valencia, quien, junto con el propio Miyashiro y Benedicto Jiménez, había dirigido la unidad especial de Inteligencia que había capturado a Abimael Guzmán cuatro años antes. Ahora podían brindar por un país cuyos peores días parecían haber quedado atrás. Daba la impresión de que la insurgencia armada estaba a punto de desaparecer.

La celebración apenas había comenzado cuando sintieron una violenta explosión procedente de algún lugar del jardín. Miyashiro le gritó instintivamente a Valencia que se pusiera a cubierto e hizo lo mismo mientras los demás invitados, presas del pánico, comenzaban a abrirse paso hacia la mansión.6

En el interior, una de las invitadas vislumbró a un grupo de hombres con uniformes negros y rifles de asalto.

“Gracias a Dios”, gritó. “Es la seguridad de la embajada”.

El diplomático peruano Carlos Yrigoyen, otro de los invitados, se dio cuenta de que estaba equivocaba. “Por favor, señora. Son nuestros atacantes”.

“No”, respondió la mujer, “¡es un ninja!”.

“¡Ya, carajo!, ¡tírense al suelo!”, interrumpió uno de los uniformados. “¡A partir de este momento son ustedes prisioneros del MRTA!”.7

Se trataba de Tito Cruz Sánchez, el joven tupacamarista que había liderado el asalto a Moyobamba y que había ayudado a Lucero Cumpa a escapar del penal de Canto Grande seis años antes.

Los atacantes, con los rostros enmascarados con pañuelos rojos y blancos con la imagen de Túpac Amaru, se desplegaron por la residencia y colocaron bombas trampas en las puertas, para evitar fugas y asaltos policiales. Ordenaron a todos los invitados ponerse boca abajo, mirando al suelo. Como advertencia, uno de ellos disparó al aire con su arma semiautomática.8

***

El asalto a la residencia del embajador japonés era una operación cuidadosamente preparada. Eran catorce asaltantes en total, doce hombres y dos mujeres. Para entrar en la residencia, reportaban algunos medios, una parte se habría infiltrado entre los mozos, aprovechando que pocos miembros de la élite peruana se dignaban a fijarse en el personal subalterno. Otros se habrían disfrazado de paramédicos y esperaban en una ambulancia robada, estacionada en una calle cercana. Ni siquiera Néstor Cerpa, el cerebro de la operación, pensaba que todo saliera de manera tan milimétrica como ocurrió. Las carencias de seguridad fueron enormes aquella noche. “Nos dimos el trabajo de preparar una ambulancia para el asalto y no hubiera sido necesaria”, recuerda Cerpa. “No había policías en la calle de atrás”.9

En pocos minutos, la calle Edison brillaba con las luces de la policía. En la confusión, algunos agentes exaltados dispararon contra el recinto desde la calle, mientras los invitados yacían boca abajo en el suelo.10 Pero sus esfuerzos fueron inútiles. La mansión era una verdadera fortaleza, protegida por ventanas enrejadas y enormes muros de concreto diseñados para soportar balas y bombas.11

“¡Están rodeados, ríndanse!”, gritó un oficial desde la calle.

“¡Patria o muerte, venceremos!”, respondieron los tupacamaristas mientras devolvían el fuego.12

Al referir el episodio años después, Luis Giampietri recordó haberse lanzado al suelo en la sala principal junto con su esposa, Marcela. Sabía que “en diez minutos uno tiene que resolver un problema”, para evitar bajas. Trató de adivinar quiénes eran los asaltantes y qué querían. Cuando se dio cuenta de que eran del MRTA, sintió alivio. “Bueno”, pensó, “no es tan terrible. Vamos a ver qué quieren”. Si hubiera sido Sendero Luminoso, “probablemente hubieran disparado directamente sobre nosotros”.13 Por lo menos, con el MRTA se podía razonar.

La policía empezó a lanzar bombas lacrimógenas hacia el interior. Algunos invitados trataron de abrir las ventanas para que el humo saliera, pero Tito lo impidió.

“¡Bajen la cabeza, hijos de puta!”, ladró, disparando por encima de los invitados.

“¡Concha tu madre, [no] mires para arriba”, los siguió insultando, hasta que una bala le alcanzó en la pierna y lo obligó a retroceder hacia el interior de la vivienda.14

En ese momento, el embajador Aoki tomó la iniciativa. Rehenes o no, los hombres y mujeres que se encontraban en la mansión eran sus invitados, y estaba obligado a cuidarlos. Suplicó a los emerretistas que les respetaran la vida y se ofreció como rehén a cambio de su liberación.15 Cuando los asaltantes se negaron, buscó un megáfono y, en su precario castellano, se dirigió a la policía que aguardaba en la calle.16

“¡Alte [sic] el fuego!”, gritó, pero la policía respondió a sus súplicas con una nueva descarga de gases lacrimógenos.17 Las bombas rompieron los cristales de las ventanas que aún quedaban intactas y el humo volvió a inundar la sala, subiendo por las paredes y el techo. Los tupacamaristas estaban preparados. Se pusieron con cuidado las máscaras antigás que traían preparadas y siguieron disparando, mientras sus rehenes tosían y lloraban sin control.18 Giampietri sabía que Marcela no era de las que lloraban, pero se preguntaba si podría soportar los gases lacrimógenos.19 Sacó el pañuelo de su bolsillo, lo empapó en un vaso de agua y se lo dio. Ambos se turnaron para cubrirse la cara y aliviar la sensación de asfixia.20

Alguien gritó para que dejasen de lanzar gases lacrimógenos porque había mujeres dentro.21

El embajador Aoki corrió para telefonear a Fujimori en una habitación lateral. Cuando la operadora de palacio contestó, le explicó la situación y exigió hablar con el presidente.

“El presidente está muy ocupado, no puede atenderlo”, le respondió.22

Aoki colgó y volvió a intentarlo por segunda vez. Y luego por tercera, con la esperanza de que alguien acabara comunicándole con el mandatario. Todavía estaba en ello cuando Néstor Cerpa apareció en la puerta, con el consabido pañuelo rojo y blanco que le cubría parcialmente el rostro.

“Adelante, embajador, siga llamando”, dijo, aparentemente divertido.

Aoki hizo no menos de diez intentos más, pero no logró nada.

“¿Fujimori no era su amigo?” se burló Cerpa. “¿Acaso no lo llevaba a las inauguraciones y a repartir regalos? ¿Por qué no le contesta ahora?”.23

Cuando el humo se disipó, los tupacamaristas separaron a los rehenes por género. Preguntaron si estaban presentes la madre y la hermana del presidente, pero nadie respondió. Repitieron la pregunta y siguieron sin conseguir respuesta. Algunos de los invitados sabían que la familia de Fujimori estaba dentro de la residencia, pero nadie quería delatarla.24

En el vestíbulo, un hombre delgado de 44 años, con el pelo rubio y ralo, se puso en pie. Era Michel Minning, un veterano con diez años de experiencia en la Cruz Roja. Aunque era suizo, había trabajado en lugares tan complicados como Iraq, el Líbano, Bosnia y Nicaragua. Pocos meses antes había asumido como jefe de la Cruz Roja peruana y ahora, justo cuando las insurgencias latinoamericanas parecían estar terminando, lo que aparentaba ser una misión sencilla en comparación con las anteriores se había convertido en la crisis más peligrosa de su carrera.25

Minning se ofreció a mediar. Cerpa aceptó y le entregó el megáfono. “Señores policías, ¡no disparen, por favor!”, gritó. “Háganlo por la seguridad de las personas que están en el interior de la residencia”.26

Era la segunda vez en pocos minutos que un extranjero intentaba comunicarse con la policía. Aparentemente, el español de Minning era mucho mejor que el de su anfitrión japonés, y la policía accedió al pedido. Se dirigió a Cerpa y tomó lista de sus exigencias, implorando al jefe emerretista que respetara la vida de los invitados.27

La intervención de Minning dio frutos inmediatos. Poco antes de las diez de la noche, un grupo de quince mujeres con kimonos y elegantes trajes salió a la noche limeña entre las columnas blancas de la mansión. Poco después le tocó el turno a un segundo grupo de unas treinta personas. Poco a poco, todas las mujeres fueron liberadas, incluidas la madre y la hermana del presidente Fujimori, hasta que no quedó ninguna dentro de la residencia.28

Media hora más tarde, un emerretista, con el rostro cubierto, se presentó en una improvisada rueda de prensa para explicar las demandas de los secuestradores. Simple y llanamente exigían un intercambio de prisioneros: los 450 emerretistas que estaban en las prisiones del Estado peruano por los invitados que aún

quedaban en la residencia. “Tenemos en nuestro poder a 250 rehenes. Su vida depende del presidente Fujimori. Si no accede a nuestras peticiones comenzaremos a ajusticiarlos a todos”. Cuando se le preguntó su identidad, el emerretista dijo que era un comandante de las fuerzas especiales del MRTA. Aunque algunos periodistas creyeron percibir un acento centroamericano, lo más probable es que se trataba del propio Cerpa.

“Estamos para cumplir una misión y aquí no hay rendición”, recalcó. Como si se dirigiera directamente al presidente, antes de concluir añadió: “O los liberan o morimos todos. Patria o muerte, ¡venceremos!”.29

Pasada la medianoche, los tupacamaristas liberaron al personal subalterno de la residencia. Según sostenían, su lucha no era con la clase obrera. Poco después hicieron un recuento: el número de rehenes que quedaban era mucho más de lo que Cerpa calculaba, superior a 360. Llevaron a los de alto rango a una habitación de la segunda planta y dejaron a los demás invitados en la sala.30 Con Tito fuera de juego debido a su herida en la pierna, Rolly Rojas, “El Árabe”, pasó a ser segundo al mando. De baja estatura, con nariz aguileña y sentido del humor irónico, había sacado a Daniel Bravo de las profundidades de la selva tres años antes y, aunque solo había pisado la secundaria, se consideraba un intelectual.

De pie en la gran escalera, Rojas comprobó los documentos de todo el personal militar y policial secuestrado, antes de enviarlo a sus dependencias del segundo piso. Mientras esperaba su turno con su DNI en la mano, un terrible pensamiento pasó por la mente de Marco Miyashiro: ¿y si lo reconocían?31 En esas estaba cuando escuchó un intercambio entre El Árabe y el rehén que le precedía en la cola.

“Usted es sacerdote”, dijo Rojas con respeto. “Puede bajar porque va a salir más tarde”. Para su sorpresa, Juan Julio Wicht respondió: “Soy sacerdote y quisiera quedarme porque voy a ser más útil adentro que afuera”. Rojas accedió de mala gana. “Que conste, padre, que usted se queda porque quiere quedarse”.

Miyashiro se quedó estupefacto. “Dentro de todo ese estado de confusión, de temor, de incertidumbre”, escribió más adelante sobre esta conversación, “una respuesta de esa naturaleza estaba totalmente fuera de lugar”. El ejemplo de Wicht lo reconfortó y fortaleció. “Si él se queda porque es sacerdote, yo me quedo porque soy policía”.



Figura 5: Néstor Cerpa se dirige a los medios de comunicación en la puerta de la residencia del embajador japonés, 1996. © Caretas, foto de José Vilca.

Dio un paso adelante y entregó su identificación policial. El Árabe inspeccionó el documento y dijo: “Bueno, la Sunat está trabajando bien”.

“Pero también soy policía”, respondió Miyashiro.

El Árabe se volvió hacia uno de sus compañeros: “Anótate a este policía en retiro”. Miyashiro recogió su identificación y subió las escaleras hasta la estancia de la segunda planta que le indicaron.

Giampietri se enfrentaba a un dilema similar. Según escribió, también se identificó según su rango militar.32 El Árabe le preguntó con desconfianza si estaba en servicio activo o retirado. Cuando Giampietri respondió que estaba retirado, Rojas le ordenó que fuera a la estancia de la segunda planta donde los emerretistas tenían a los rehenes que consideraban más importantes: congresistas, políticos y oficiales de alto rango de las fuerzas de seguridad. Giampietri recuerda que, junto con él, eran en total 32 personas las que componían la llamada estancia Alfa. Al otro lado del pasillo, en la estancia Bravo, los emerretistas ubicaron a los demás militares y policías, incluido Marco Miyashiro.33

***

Uno de los rehenes en esa primera fase de la crisis era Francisco Sagasti, por entonces colaborador de Caretas y futuro presidente del Perú, entre noviembre de 2020 y julio de 2021. Sagasti tomaba notas de su experiencia en el reverso de un calendario que encontró en la residencia. Según escribió, el segundo día de secuestro Néstor Cerpa comenzó con algo que se convertiría en costumbre: una suerte de seminario de posgrado sobre el significado de su rebelión, impartido a los rehenes. El líder tupacamarista reunía a un grupo e intentaba explicar la

perspectiva del MRTA sobre diferentes cuestiones sociales. En esta primera sesión se centró en la teoría social. El problema con el orden económico vigente en el Perú era que estaba diseñado para “enriquecer más a los ricos y empobrecer más a los pobres”. Cerpa imaginaba un modelo socialista enraizado en la propia historia nacional, que prestara atención a las masas desatendidas.34 A veces, las sesiones también podían tomar un giro más desenfadado. En una ocasión en que debatían sobre el libre mercado, un rehén trató de cambiar el sentido de la discusión de forma no muy sutil. Todos, incluido Cerpa, se echaron a reír. Al oírlo, los emerretistas del segundo piso bajaron corriendo la gran escalera de la residencia para ordenar a los rehenes que se pusieran en fila. “Cuando se dieron cuenta de que era el jefe quien estaba armando el jolgorio”, escribió Sagasti, “regresaron tranquilos y callados a sus puestos”.35

Los seminarios de Cerpa se veían a menudo interrumpidos por las frecuentes visitas del representante de la Cruz Roja. Cerpa permitía que Minning entrara y saliera a su antojo, por lo que rápidamente se convirtió en un enlace fundamental con el Gobierno peruano. Gracias a su labor, llegaron a la residencia bidones de agua potable, fruta, pan, jamón, queso y otros suministros esenciales. El equipo de Minning también se encargó de que los rehenes pudieran enviar y recibir cartas de sus seres queridos. Las misivas, eso sí, debían pasar previamente una inspección exhaustiva por parte de Rojas.36 Finalmente, el 20 de diciembre Minning ayudó a coordinar la liberación de un nuevo grupo de rehenes, el primero que salía de la residencia desde la noche de la toma.

Como Cerpa estaba de buen humor, se dedicó un rato a conversar con quienes iban a ser liberados. El grupo incluía a destacados políticos, como el senador Javier Díez Canseco y el también futuro presidente Alejandro Toledo.37 Francisco Sagasti también estaba en el grupo. Antes de partir, cortó un trozo de cartón de una caja de agua de la marca japonesa Fuji y pidió a Cerpa y Rojas que se lo autografiaran. Ambos accedieron encantados, pero Cerpa confundió el apellido de su interlocutor. “Para el señor Segástegui, con todo respeto”, escribió. Al parecer, los emerretistas se mostraron igualmente respetuosos con los demás rehenes que iban a ser liberados, intercambiando, al menos en un caso, abrazos.38 Entonces se abrieron las puertas y 38 rehenes comenzaron su larga marcha hacia la libertad.39

Por el momento era evidente que Cerpa estaba ganando la guerra de las relaciones públicas. La prensa extranjera estaba pendiente de cada una de sus palabras. En los días siguientes a la toma, periodistas de todo el mundo habían

ocupado por asalto las calles aledañas, instalando sofisticadas cámaras fotográficas y de video, walkie-talkies y otros artilugios en los tejados, con la esperanza de captar algo de lo que ocurría dentro de la residencia del embajador japonés.40 En paralelo, miles de limeños acudían a plazas e iglesias para pedir una solución pacífica a la crisis. Se habían colocado arreglos florales y se celebraban vigilias a la luz de las velas en la calle frente a la residencia.41 Incluso el presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, se puso en contacto con Fujimori para ofrecerle su apoyo y solidaridad.42

El 21 de diciembre, una voz llegó a través de las ondas de radio: “Soy Néstor Cerpa Cartolini, de la Dirección nacional del MRTA, para dirigirme a los familiares de todas las personas que se encuentran detenidas aquí en la residencia por nuestra organización. Queremos decirles que continuaremos liberando a aquellos que no tienen nada [que ver] con el gobierno”. Aunque insistió en que los rehenes no tenían “por qué preocuparse de que pudiéramos causarles alguna agresión física o psicológica”, recordó que su destino estaba únicamente en manos de Fujimori. Solo cuando el presidente liberara a los presos políticos, dijo Cerpa antes de despedirse, se podría hablar de “una verdadera paz, paz con justicia social”.43

Más tarde, esa misma noche, Fujimori respondió a través de un mensaje en cadena nacional. La alocución, evidentemente grabada, se emitió por sorpresa a las once de la noche. El MRTA, señaló Fujimori, era “el mismo que desde la década pasada viene sembrando la destrucción y la muerte en el Perú, y cuyos más caracterizados representantes son Víctor Polay Campos, Peter Cárdenas Shulte, Lucero Cumpa, entre otros, pretenden iniciar un diálogo que conduzca a un acuerdo de paz”. Su actitud, razonó el presidente, equivalía a mostrar buena voluntad “colocando un fusil AKM en la nuca de los rehenes”. El Gobierno peruano no podía doblegarse ante las demandas de un “comando terrorista”. No pretendía resolver la crisis por la fuerza, pero solo aceptaría un desarme total y la liberación incondicional de los rehenes. “Esta es la propuesta del gobierno ante el país y la comunidad internacional, y no puedo sino esperar un desenlace que refleje el sentido de respeto a la vida de personas inocentes. Buenas noches”, concluyó.44

Ambas partes habían trazado sus líneas rojas y no estaban dispuestas a ceder ni un ápice. Cerpa, que siempre había militado en el sector más duro del MRTA, solo aceptaría la liberación de todos los emerretistas prisioneros; Fujimori no empezaría a hablar hasta que los catorce asaltantes de la residencia del

embajador japonés depusieran las armas. Lo único positivo era que, por el momento, ninguna de las partes parecía dispuesta a recurrir a la violencia. Víctor Joy Way, presidente del Congreso peruano, lo confirmó ese mismo día, cuando aseguró a los periodistas que el gobierno había descartado una operación militar para rescatar a los rehenes.45

---

1. Fernando Rospigliosi y Jimmy Torres, “La toma de la embajada”, Caretas , 19 de diciembre de 1996, n.° 1445, pp. 14-23.

2. “De película: la historia de la casa”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 26.

3. Giampietri 2011: 26-27.

4. Entrevista con Luis Giampietri, Callao, 24 de julio de 2012.

5. Giampietri 2011: 27. Los siguientes hechos son comentados en esta misma fuente (p. 28).

6. ADP , tomo 1.1, SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Marco Miyashiro, 16 de abril de 2001; Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 32.

7. “Testigo con filo”, Caretas , 15 de enero de 1997, n.° 1448, p. 35.

8. Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n. ° 1446, p. 32.

9. Gabriel Escobar, “Peruvian Guerrilla Hold Hundreds Hostage”, The Washington Post , 19 de diciembre de 1996, disponible en: < https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1996/12/19/peruvian-guerrillas-hold-hundreds-hostage/12e5467a-6e2e-4baa-9e07-3f4dff3f6d9a/ >; Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 38.

10. Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 32.

11. “El asedio”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 26.

12. Fernando Rospigliosi y Jimmy Torres, “La toma de la embajada”, Caretas , 19 de diciembre de 1996, n.° 1445, p. 20.

13. Entrevista con Luis Giampietri.

14. Ibíd.; Giampietri 2011: 28-29.

15. ADP , tomo 1.2, SC049502, Unidad Forénsica, Chavín de Huántar, Manifestación de Samuel Matsuda Nishimura, 2 de abril de 2001.

16. ADP , tomo 1.1, SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Francisco Tudela, 3 de agosto de 2003.

17. Citado en Giampietri 2011: 29.

18. Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 32.

19. Entrevista con Luis Giampietri.

20. Giampietri 2011: 29.

21. Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 32.

22. “La táctica de los regalitos de Navidad”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 16.

23. Ibíd.

24. ADP , tomo 1.1 SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Carlos Domínguez Solís, 21 de marzo de 2001.

25. “Michel Minning seguirá siendo pieza clave para liberar resto de rehenes”, La República , 25 de diciembre de 1996, p. 4.

26. Citado en Giampietri 2011: 30.

27. Ibíd.

28. “¡450 rehenes!”, La República , 18 de diciembre de 1996, pp. 2-3.

29. Ibíd., p. 3.

30. Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 32.

31. Miyashiro 2010. Las siguientes citas respecto de Miyashiro corresponden a esta fuente.

32. Giampietri 2011: 33.

33. Ibíd., pp. 43-44.

34. Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 34.

35. Ibíd., p. 37.

36. “El drama continúa”, La República , 21 de diciembre de 1996, p. 17; Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 36-37.

37. “Explosión de júbilo en reencuentro de los 38 liberados con sus familiares”, La República , 21 de diciembre de 1996, p. 2.

38. Francisco Sagasti, “Diario de un rehén”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, p. 39.

39. “Explosión de júbilo en reencuentro de los 38 liberados con sus familiares”, La República , 21 de diciembre de 1996, p. 2.

40 “La noticia no da tregua”, La República , 21 de diciembre de 1996, p. 15; “Extramuros de la noticia”, Caretas , 26 de diciembre de 1996, n.° 1446, pp. 28-29.

41. “Miles rezan por una solución pacífica para crisis de los rehenes en embajada”, La República , 22 de diciembre de 1996, p. 14; Patricia Kadena, “Un canto por la paz y la libertad”, La República , 23 de diciembre de 1996, pp. 11-13; Esther Vargas, “Una luz de esperanza”, La República , 20 de diciembre de

1996, pp. 24-25.

42. “Fujimori agradece a Bill Clinton”, La República , 20 de diciembre de 1996, p. 3.

43. “Los rehenes ligados al gobierno solo saldrán si se aceptan las demandas”, La República , 22 de diciembre de 1996, p. 4.

44. “Fujimori exige a MRTA deponer armas y liberar a los rehenes”, La República , 22 de diciembre de 1996, pp. 2-3.

45. “Gobierno ha descartado acción militar”, La República , 22 de diciembre de 1996, p. 12.

20

Cautiverio

Poco después de las nueve y media de la noche del domingo 23 de diciembre de 1996, se abrieron las grandes puertas de la residencia del embajador Aoki y el negociador de la Cruz Roja, Michel Minning, apareció con cuatro rehenes. A través de un altoparlante anunció que, como gesto de buena voluntad, 225 secuestrados serían liberados esa misma noche. 1 Los chasquidos de las cámaras y los destellos de las luces llenaron el cielo nocturno, mientras los rehenes desfilaban en silencio ante la prensa internacional. Como para despertar a todos de su estupor, la voz de una joven surgió de la multitud de espectadores que se ubicaban junto a la Clínica Italiana, a media cuadra de donde estaba la residencia.

“¡Papá, papá!”.

La joven rompió a llorar al comprobar que su padre estaba entre quienes volvían a casa por Navidad.2

En el interior de la residencia quedaban todavía algo más de un centenar de rehenes, en su mayoría funcionarios, personal de las fuerzas de seguridad y diplomáticos japoneses. Sus esperanzas de pasar la Nochebuena en familia se habían desvanecido. Con la Navidad a la vuelta de la esquina, los líderes de todo el mundo comenzaron a pronunciarse. En Washington, Bill Clinton elogió a Fujimori por respetar la vida de los rehenes estadounidenses recientemente liberados y pidió a los emerretistas que enviaran a casa a todos los demás cautivos.3 En Uruguay, la justicia liberó a dos presuntos guerrilleros del MRTA detenidos en relación con el secuestro de un empresario boliviano.4 El propio Fidel Castro se mostró dispuesto a conceder asilo político a la banda de Cerpa como parte de un acuerdo negociado.5

Marco Miyashiro relata que los rehenes tuvieron un pequeño consuelo en la

víspera de Navidad, cuando varias cestas de fruta llegaron a la residencia, como regalo de una asociación de vendedores del mercado de frutas. Tal vez animado por el espíritu navideño, Cerpa permitió a la Cruz Roja distribuir el obsequio entre los emerretistas y los rehenes. Era la primera fruta fresca que muchos de ellos probaban desde el inicio de la crisis, una semana antes. Esa misma noche, la Cruz Roja proporcionó otra sorpresa en forma de cena de Navidad. Se trataba de un regalo de Keiko Fujimori, por aquel entonces primera dama de facto tras el divorcio de sus padres, y futura candidata presidencial derrotada en tres ocasiones en la segunda vuelta. Miyashiro vio con asombro cómo los trabajadores de la Cruz Roja subían cuidadosamente vasitos de plástico descartable con chocolate navideño, adornados con velitas encendidas hasta la segunda planta, con la ayuda de una camilla. Al filo de la medianoche, llegó el momento de saludar la Navidad, intercambiar felicitaciones y cálidos abrazos, tras lo cual Juan Julio Wicht, el sacerdote que había decidido permanecer en cautiverio con los demás rehenes, condujo una “oración colectiva”.6

Pero no fue Wicht, sino otro eclesiástico quien surgió como inesperado protagonista durante la crisis. Juan Luis Cipriani, arzobispo de Ayacucho, miembro del Opus Dei y poco amigo de la izquierda, era famoso por restar importancia al terror estatal mientras condenaba sin matices a los grupos subversivos, a quienes consideraba “traidores, asesinos y cobardes”.7 El día de Navidad acompañó a Minning a la residencia del embajador. Cipriani llevaba la sotana típica de paño negro, la faja morada propia de su rango y un crucifijo que colgaba de una larga cadena, justo por encima del ombligo. Formalmente, el objetivo de su visita era celebrar una misa por la salud de los rehenes, pero parecía que había algo más, ya que el encuentro duró siete horas.8

Al día siguiente, Cipriani volvió a la residencia y permaneció otras tres horas, antes de marcharse. Desde entonces, sus visitas se convirtieron en algo habitual. Evidentemente, esto le pareció muy bien a Néstor Cerpa, quien más tarde comentó que Cipriani podía ir y venir a su antojo.9 Aunque Cipriani insistía en que solo desempeñaba un papel “pastoral”, pronto quedó claro que se trataba de un negociador.10 Su labor pareció dar fruto cuando, menos de una semana después de la sorpresa del día de Navidad, Cerpa liberó a otros veinte rehenes, seguidos de siete más el día de Año Nuevo. Estas liberaciones dejaban el número de rehenes en 74. Parecía que el final de la crisis estaba en el horizonte.

Fujimori designó al ministro de Educación, Domingo Palermo, como representante del gobierno en las conversaciones que siguieron a continuación.

El viernes 10 de enero de 1997, Palermo se comunicó con Cerpa a través de un equipo de radio portátil.

“Ok, don Néstor, entonces probablemente este fin de semana nos reunamos un rato, ¿qué le parece?”, preguntó el ministro tras una breve conversación con el líder emerretista.

“Disculpe que le diga… No hay problema… de acá no nos vamos a ir”.

“Le felicito por su buen sentido de humor”, respondió Palermo, sin ocultar una risa. “Hasta luego”.11

Sin embargo, el sábado, Cerpa cambió de opinión. Al parecer, esperaba que el ministro llegara con una oferta de liberación de los presos emerretistas. Cuando se enteró de que no habría propuesta, suspendió la reunión.12

La negociación parecía a punto de encallar. El mismo día de las conversaciones abortadas, la policía comenzó a ocupar el perímetro exterior de la residencia. Cerpa denunció a la Agencia France-Presse que algunos policías habían lanzado piedras al jardín. Los tupacamaristas respondieron abriendo fuego, lo que provocó un frenesí de carreras, cuerpo de prensa incluido, que felizmente se solucionó sin que hubiera heridos.13 Dos semanas más tarde, otro incidente estuvo a punto de acabar en tragedia cuando un emerretista levantó dos dedos, haciendo una señal de V a un patrullero que pasaba por allí. Los oficiales respondieron con otro gesto, que pareció molestar al emerretista, quien, subiendo la apuesta, disparó cuatro veces contra el vehículo. En cuestión de minutos, más de sesenta policías habían llegado a la calle Thomas Edison con patrulleros y vehículos blindados, mientras los emerretistas tomaban posiciones de defensa en la residencia. Afortunadamente, un oficial con la cabeza fría ordenó a sus tropas que se retiraran, lo que redujo la tensión.14

A pesar de estos contratiempos, Cerpa parecía dispuesto al diálogo. Cuando el gobierno propuso designar una delegación especial de mediadores, el jefe emerretista aceptó.15 Y cuando dos rehenes (uno de ellos el antiguo compañero de Marco Miyashiro, Luis Valencia) enfermaron al mes siguiente, los liberó a ambos, dejando el número de rehenes en 72.16 Hasta ahí, señaló Cerpa, llegaba su buena voluntad. Según escribe Luis Giampietri, juró que si alguien más se enfermaba lo mandaría matar.17

***

A medida que los días se convertían en semanas y las semanas en meses, la crisis atraía cada vez más a personajes de todo tipo. El papa Juan Pablo II intervino desde el Vaticano para ofrecer su solidaridad con los rehenes y elogiar los esfuerzos de Cipriani.18 Entre quienes se mencionaron como posibles mediadores estaban la madre de Víctor Polay, las madres de Plaza de Mayo de Argentina, Fidel Castro y el presidente sudafricano Nelson Mandela.19 Algunos de los rehenes liberados comentaron que los emerretistas deseaban exiliarse junto con el subcomandante Marcos, el líder de los zapatistas de Chiapas.20 Incluso Vicky Peláez, la reportera de 90 Segundos a la que Cerpa había secuestrado al principio del movimiento, regresó de su nuevo empleo en Nueva York para sumarse a la amplia comitiva de prensa que seguía los acontecimientos.21

El interés de los medios de comunicación jugaba a favor del MRTA, pero no ayudaba a calmar la ansiedad de los rehenes. Marco Miyashiro creía que podían matarlos en cualquier momento. Más de una vez, escribe, varios emerretistas entraron en la habitación donde dormía junto con otros rehenes policías y militares, y los despertaron a todos a punta de pistola.

“¡Manos en la nuca y cara al suelo, carajo!”, les gritaron en una de estas ocasiones.

De cara al suelo, Miyashiro podía sentir el cañón de una pistola en su nuca.22 La situación no pasó a mayores, pero sirvió para dejar claro que, si las fuerzas del orden se atrevían a asaltar la residencia, los policías y militares serían los primeros prisioneros en morir.

“Si el gobierno ingresa con sus fusiles”, dijo Cerpa un día al grupo de Miyashiro, “nosotros los matamos a ustedes primero. Si el gobierno los quiere sacar, vamos a tener que morir todos. Ustedes no saldrán vivos si el gobierno no cumple nuestras exigencias”.23

Para manejar la tensión, Miyashiro trató de crearse una rutina diaria. Haciendo honor a su condición de peruano-japonés, aprovechó para aprender la lengua de sus antepasados con el personal de la embajada. La dinámica era sencilla: “desayuno, revisar mi práctica de japonés, almuerzo, siesta, continuar con mis

clases de japonés, cena y después tertulia con los demás rehenes". Se iba a dormir y al día siguiente el calvario se repetía.24

Cada rehén ideó sus propios mecanismos para mantener viva la esperanza. Algunos permitieron que Rodolfo Masuda y Felipe Ramírez, dos viceministros, les cortaran el pelo con unas tijeras de punta redonda que parecían sacadas de un nido infantil. Miyashiro formaba parte de ese grupo. Se prometió a sí mismo que no se cortaría el pelo hasta que estuviera fuera.25 Sin embargo, un día en que estaba peinándose para asistir a una misa, se dio cuenta de que los mechones comenzaban a sobresalirle por encima de la oreja. El oficial, algo insólito en él, hizo todo lo posible por peinarse lo mejor posible.

"Hola Marco, te has arreglado como para una fiesta", le dijo en broma Juan Julio Wicht al verlo tan arreglado.

"Mira, Juan Julio", dijo Marco, "dentro de unos momentos vas a dar la misa y vamos a rezar para que termine esta crisis y regresemos a casa. Entonces, yo ya estoy preparado para mi salida…".

Wicht dejó escapar una risa contagiosa. "Sí, hay que ir preparado a la misa".26

Las misas eran un remanso para los rehenes, una rutina de la vida normal que podía repetirse dentro del recinto. Wicht convenció a los emerretistas de que donaran una botella de vino de la bodega del embajador para el ritual de la comunión. Como el vino era un bien preciado, encargaron la custodia de la botella a Miyashiro y sus once compañeros de la habitación de la segunda planta, quienes se esforzaron por estar a la altura de la responsabilidad. Sin embargo, cuenta Miyashiro, cuando el coronel de la Fuerza Aérea, Pepe Garrido, recibió la noticia de que su mujer había dado a luz a un niño, los rehenes no pudieron resistirse a un brindis de celebración.

"¿De quién es el vino que guardamos aquí?", preguntó uno de los hombres.

"¡Del padre!", gritaron Miyashiro y los demás a modo de broma.

"¿Y quién es el padre?".

"¡Pues, el coronel!", respondieron mientras daban curso a la botella.27

El humor, incluso el humor negro, era un recurso para mantener el ánimo. En

respuesta a las esporádicas incursiones nocturnas que los obligaban a cubrirse, Miyashiro y los demás policías bromeaban diciendo que, cuando fueran libres y el cautiverio solo fuera un recuerdo, abrirían un restaurante llamado "¡Manos a la nuca!". Los camareros llevarían uniformes negros y los característicos pañuelos del MRTA, y recibirían a los clientes gritando "¡Cara al suelo, carajo!".28

Al otro lado del pasillo, Luis Giampietri había desarrollado sus propios mecanismos para sobrellevar el cautiverio. Algunos rehenes conversaban con sus captores. Otros ofrecían clases de idiomas o les invitaban a compartir juegos de mesa. Según Giampietri, un oficial de la policía de alto rango llegó a practicar marinera con Tito. Para el almirante, esto era excesivo. "¡Él les enseñaba a bailar a los terroristas! ¿Tú te puedes imaginar?... Un general vestido con su [traje] verde, sus zapatillas blancas, dando la vuelta con un pañuelo… ¿con Tito? Hijo de… ¡no me jodan!".29

Giampietri prefería mantenerse al margen. Era madrugador, se levantaba antes del amanecer y subía y bajaba las escaleras para hacer ejercicio. Después, entraba en el baño y se lavaba con algo de agua y las toallitas húmedas que les había proporcionado la Cruz Roja. Intentaba aprovechar estas tareas para reunir su propia información sobre el enemigo. ¿Dónde se alojaba cada emerretista? ¿Cuál era su rutina? ¿Dónde estaban los puestos de vigilancia? Giampietri creía que, si conseguía contactar con alguien de fuera, esta información podía ayudar a planificar un rescate.30

Con el fin de lograr ese propósito, se ofrecía como voluntario para cualquier tarea que le permitiera salir de la habitación donde pasaba confinado la mayor parte del día. Las obligaciones le permitían hacer algo de ejercicio y mantener ocupada la mente. Y lo que era más importante: le permitirían evaluar la situación e identificar los puntos débiles de los emerretistas. A principios de 1997, no era raro verlo con su 1,80 de estatura, cambiando bombillas o vaciando baldes en el excusado del piso superior.31

Por las tardes, Giampietri se dirigía a la sala C, donde un grupo de rehenes disponía de una pequeña radio a pilas. Zenaida Solís, conductora de un conocido programa radial, trasmitía cada día mensajes de ánimo de las familias de los rehenes. Eran momentos tristes para todos, recuerda Giampietri. Incluso generales condecorados lloraban al escuchar la voz de sus esposas. Por su parte, decidió no dar esa satisfacción a sus captores. Escribió a su esposa y le pidió que

no acudiera al programa. Pero las cosas no salieron como pensaba. Marcela cumplió su deseo, pero nadie pudo evitar que su madre llamara al programa. Como era de avanzada edad y tenía problemas de cáncer, no sabía si volvería a verla.

Oír la frágil voz de su madre a través de las ondas llevó a Giampietri al límite, pero aun así trató de mantener la compostura. Lo peor vino cuando Néstor Cerpa, con las piernas cruzadas sobre un escritorio, ordenó a uno de sus compañeros que avisara a "Popeye" de que su madre quería hablar con él. Este era el apodo que los emerretistas habían puesto al almirante, en honor a su condición de marino. El ofrecimiento de Cerpa sonaba sincero. Probablemente estaba motivado por una genuina empatía hacia su rehén. Sin embargo, los segundos que transcurrieron entre que escuchó la oferta de Cerpa y recibió el mensaje le dieron un espacio para considerar la situación. Al final, decidió no hablar con su madre. "No quería", explicaría más tarde, "que él me viera a mí conmovido por lo que mi madre me estaba diciendo".32

"Dile a Cerpa que se vaya a la mierda", respondió secamente cuando llegó el emerretista.

En general, Giampietri trataba de mantener al mínimo sus intercambios con el líder del MRTA. "Yo no quería hablar con él", sostiene.33 Sin embargo, a veces la interacción era inevitable. Un día de enero, Cerpa se enteró por la prensa de que Giampietri había dirigido las fuerzas especiales de la Marina durante las campañas contrainsurgentes de la década de 1980. La información condujo a un acalorado interrogatorio. Los emerretistas acostumbraban a organizar una especie de tribunal en el primer piso para tratar diversos temas. Cerpa lo presidía, sentado en una silla como si fuera un juez, mientras Tito y El Árabe vigilaban.34 Sin embargo, esta vez las formalidades no se cumplieron. No esperó a convocar al almirante. Nada más escuchar la noticia, Cerpa acudió a toda velocidad a la habitación donde Giampietri estaba confinado y lo increpó.

"¿Es usted el almirante Giampietri?", preguntó.

"Sí".

"¿Ha sido jefe de Operaciones de la Marina?".

"Sí".

“Ello implica que eres enemigo de la revolución. Usted ha participado directamente en la ejecución de nuestros compañeros…”.

“No”, respondió Giampietri. “Al jefe de Operaciones de la Marina le corresponde comandar las fuerzas navales; es decir, los buques, los aviones y submarinos”.

Cerpa no le creía. Siguió interrogando a Giampietri sobre los detalles de su trabajo, acusándolo de comandar una operación en Ucayali que acabó con la muerte de uno de sus antiguos compañeros de Cromotex.

“¿En qué año ocurrió el hecho mencionado?”, preguntó Giampietri.

“En 1989”.

Eran buenas noticias, explicó el almirante. En ese entonces él estaba en una academia naval en Estados Unidos. No tenía nada que ver con la operación de Ucayali.

Cerpa seguía sin estar convencido. Salió y se dirigió furioso a la sala vecina para preguntar si alguno de los policías había trabajado con Giampietri cuando era comandante de Operaciones Especiales en el Buque Insignia. Años después, Giampietri describiría cómo uno de los oficiales, un hombre apellidado Landy, “contestó de inmediato que él había estado embarcado conmigo como observador de la Aviación”. Esta respuesta pareció apaciguar a Cerpa, quien según Giampietri acabó convencido de que “Popeye” no era más que “un viejo marino retirado e inofensivo”.35 Sus sospechas disminuyeron y los emerretistas relajaron la vigilancia.

***

Durante los meses que duró la crisis de los rehenes, las dos únicas mujeres que formaban parte del comando asaltante se vieron afectadas por la misoginia del MRTA. Herma Luz Meléndez procedía de Oxapampa y era conocida como “Melisa”. Apenas un año antes, cuando tenía 16 años, se había unido a una banda de emerretistas que pasaba por su comunidad. Las circunstancias de su

reclutamiento no están claras, aunque su madre afirmó que había sido secuestrada.36 De ser cierto, su reclutamiento forzoso ilustra aún más el sentido de derecho racial que algunos emerretistas mestizos sentían sobre sus compatriotas indígenas. Al principio de la guerra, cuando la afluencia de militantes era alta, los dirigentes no permitían que los asháninkas se unieran a ellos y con frecuencia les asignaban tareas serviles. A finales de la década de 1990, sin embargo, se sentían autorizados a secuestrarlos para completar sus mermadas tropas.

La otra mujer entre los emerretistas era Luz Dina Villoslada, una joven de unos 17 años, que era conocida como “La Gringa” por su tez clara.37 Ambas realizaban tareas de vigilancia por toda la residencia, pero, como observaron varios rehenes, Cerpa trataba de evitar que se mezclaran con ellos, asignándoles principalmente la supervisión de la puerta principal.38 Además de mantenerlas separadas de los hombres lo más posible, esta tarea, aunque fuera sin intención, las convertía en carne de cañón, ya que eran la primera línea de defensa en caso de una incursión militar. También debían aguantar abusos verbales y físicos de sus compañeros, que en ocasiones se mostraban agresivamente controladores con ellas. El primer ministro Francisco Tudela, el prisionero más preciado de los emerretistas, afirmó más tarde haber visto a Cerpa patear a ambas mujeres, cada vez que alguna de ellas se quedaba dormida durante la guardia o cuando se retrasaban con la preparación de la comida.39 Aunque es evidente que Tudela tenía motivos para hablar mal de Cerpa, sus afirmaciones encajan en el patrón de agresiones cotidianas de todo tipo que sufrían las mujeres emerretistas.

De acuerdo con los testimonios de quienes vivieron el cautiverio, las dos mujeres se mostraban ambivalentes ante su situación. Existen indicios de que ambas estaban allí contra su voluntad, o de que, al menos, se arrepentían de haberse unido al MRTA. Uno de los rehenes relataría que, cuando la madre de La Gringa compareció ante la prensa rogando que volviera a casa, Cerpa le ordenó que no respondiera. La Gringa obedeció, pero, según el rehén, le dijo que “prácticamente la habían secuestrado” para servir en la organización.40 Otros rehenes que pudieron escucharla señalan que, por la noche, cuando nadie miraba, lloraba. Estos testigos también mencionan que Melisa había considerado la posibilidad de escapar escondida en los cargamentos de ropa sucia que la Cruz Roja sacaba cada cierto tiempo de la residencia.41

Los rehenes, sobre todo quienes provenían de entornos militares y policiales, también tenían sus propios prejuicios hacia Melisa y La Gringa. Los relatos

sobre sus presuntas debilidades pueden ser invenciones posteriores, una forma de contraponer a las supuestamente delicadas mujeres emerretistas con los intrépidos soldados y policías. Al fin y al cabo, el propio Giampietri contaba con orgullo su negativa a llorar al escuchar a su madre en la radio. La presunción de la debilidad emocional de sus captoras llevó incluso a algunos rehenes a pensar que podían manipularlas. “Busqué un acercamiento con La Gringa a fin de conocer cuáles eran las intenciones de su comandante Cerpa”, declaró otro rehén, “y así mismo para disuadirla en la acción que había tomado”.42 Marco Miyashiro intentó un acercamiento más directo.

“Oye, Gringa, ahora que somos amigos, ¿tú serías capaz de dispararme si te lo ordena el comandante [Cerpa]?”, le preguntó un día mientras ella vigilaba una partida de cartas.

“Por favor, coronel”, respondió La Gringa, “no vaya a tratar de escaparse, porque nos han ordenado que si vemos a uno escapándose le disparamos, y eso lo ha ordenado el comandante en una reunión que hemos tenido unas noches atrás”.43

Con independencia de su percepción sobre las mujeres emerretistas o sobre su supuesta debilidad psicológica, ninguno de los rehenes se atrevió a intentar una fuga cuando estaban bajo su custodia. Sabían demasiado bien que ninguna de las dos dudaría en meterles una bala en la cabeza si era necesario.

***

No todas las esperanzas estaban perdidas para los rehenes. A finales de enero, Alberto Fujimori prometió a los familiares de los prisioneros que “el problema se resolverá pacíficamente”.44 Como para reiterar este punto, accedió a una primera ronda de conversaciones cara a cara con una comisión formada por tres personajes que ya habían mediado de manera informal en las semanas anteriores: Minning, Cipriani y el ministro Palermo. A ellos se unieron otros dos mediadores considerados aceptables por el MRTA: el embajador canadiense Anthony Vincent y Terusuke Terada, un diplomático japonés. La primera reunión tuvo lugar en el London Club, justo enfrente de la residencia del embajador japonés. Cerpa eligió a su segundo al mando para representar a los

subversivos.

A las 3:22 de la tarde del 11 de febrero, un sedán blanco en el que viajaban Minning y Vincent entró en la residencia de Aoki. En cuestión de minutos, Rojas subió al asiento trasero con su característico pañuelo rojo y blanco, y se agachó para evitar ser detectado desde el exterior. Tres minutos después el auto salió del recinto y entró en un edificio situado justo enfrente, donde ya se había preparado un lugar para el encuentro. Rojas se sentó en la parte frontal de la mesa. El embajador Vincent, que había sido designado como representante de la comisión, se sentó a su izquierda, mientras que los otros cuatro miembros se sentaron directamente frente al embajador canadiense.

Si El Árabe sospechaba que la Inteligencia peruana estaba escuchando la conversación, estaba en lo cierto. El Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), dirigido por la mano derecha del presidente, Vladimiro Montesinos, había instalado cámaras de vídeo y micrófonos por todo el lugar. Los oficiales del SIN observaban desde la sala contigua. Como la reunión se prolongó más de lo previsto, un oficial tuvo que entrar en la sala con una excusa para sustituir las cintas.45 Cuatro horas más tarde, el sedán se retiró y devolvió a Rojas a la residencia.46 Las conversaciones continuaron tres días después, con abundante provisión de refrescos y agua mineral para los participantes. Rojas se comunicaba directamente por radio con Cerpa, que seguía las conversaciones en un circuito cerrado de televisión desde la residencia.47 Sin embargo, esta distancia pareció frustrarle, ya que para la reunión de la semana siguiente se unió a Rojas en la mesa de negociaciones.48

Las conversaciones parecían ir por buen camino. Un entusiasta Fujimori se embarcó en una visita de Estado a Cuba a principios de marzo. Mientras tomaba mojitos con Fidel Castro, habló de las conversaciones en curso y del papel que la nación caribeña podía tener en ellas. El líder cubano era un personaje venerado por el MRTA y estaba más que dispuesto a poner de su parte. Se ofreció a conceder asilo político a los emerretistas como parte de las negociaciones.49 Por un momento esta pareció ser una solución plausible. A su regreso, Fujimori se comprometió a retirar todos los cargos contra Cerpa y sus compañeros y presentar una solicitud formal para que Cuba los aceptara como exiliados políticos, a cambio de la libertad de los 72 rehenes restantes. El exilio de los emerretistas estaría acompañado, además, de garantías contra una futura extradición al Perú. Se trataba, recalcó Fujimori, de la mejor y última oferta de su gobierno.50

Esta pudo ser la mejor oportunidad para una resolución pacífica de la crisis. Sin embargo, aceptar la oferta habría supuesto para Cerpa comprometer su posición de línea dura. El objetivo principal de la operación era liberar a sus compañeros encarcelados. La noción misma de compromiso, de deponer las armas y abandonar el país, nunca había sido parte de sus planes. “No tenemos ninguna intención de buscar el exilio ni el asilo político”, dijo a los medios de comunicación a través de un walkie-talkie. “Queremos la libertad de nuestros compañeros presos”. Sin el intercambio de prisioneros, no habría acuerdo.51

El 6 de marzo, Cerpa soltó otra sorpresa. Hablando desde su aparato de radio declaró: “Desde hace tres días nosotros hemos venido escuchando algunos ruidos debajo de lo que podría ser el piso de la residencia. Y esto, hoy en la madrugada, se está dando con mayor intensidad. Todo indica, digamos, que existe sin duda, o por lo menos hay la intención, desde nuestro punto de vista, de preparar un ataque militar”. Cerpa consideraba que la situación era una prueba de que el gobierno no actuaba de buena fe. Por ese motivo, anunció que suspendía el diálogo con la comisión negociadora.52 El mensaje iba acompañado de una advertencia: “Nosotros estamos tomando algunas medidas, lógicamente, de precaución y seguridad. Porque, ya lo dijimos, estamos decididos a enfrentar cualquiera sea la situación”.

¿Eran ciertos los temores de Cerpa? De ser así, ¿quería esto decir que las declaraciones de Fujimori sobre una solución pacífica no eran sinceras? ¿Era todo, los discursos, los viajes, la comisión mediadora, una simple cortina de humo para ganar tiempo mientras se preparaba el asalto? Cerpa parecía creerlo. Al fin y al cabo, si alguien sabía de túneles era él, ya que siete años antes había organizado la espectacular fuga de sus compañeros del penal de Canto Grande. Pero tal vez no hubiera nada de cierto en la acusación. Era posible que Cerpa, al darse cuenta de que Fujimori nunca accedería a un intercambio de prisioneros, estuviera buscando una excusa para cancelar las negociaciones. También podía ser que se hubiera vuelto paranoico debido al aislamiento. Era imposible saberlo en aquel momento, pero lo cierto es que su mensaje puso término a cualquier esperanza de llegar a un rápido final de la crisis.

Desde ese momento, los emerretistas doblaron las medidas de seguridad. Cerpa trasladó a todos los rehenes al segundo piso, para que fuera más difícil rescatarlos en caso de que sus sospechas fueran ciertas.53 En una de sus últimas conversaciones con la comisión negociadora, pidió que le entregaran un mensaje a su esposa. Nancy Gilvonio había sido capturada en 1995 junto a Lori Berenson

y estaba cumpliendo condena en la prisión de Yanamayo, en Puno. Cerpa trató de explicarle las razones que le habían llevado a asaltar la residencia del embajador japonés. Le contaba que, al menos en parte, era el amor por ella lo que le había motivado. Siempre tenía “mucho respeto y admiración” por Nancy y pasara lo que pasara, estaría “siempre presente en su corazón”.54

Con todo, el asalto no parecía ser una solución que contara con mucho apoyo entre la población peruana. A mediados de abril, Fujimori, que apenas dos años antes había gozado de un índice de aprobación sin precedentes del 83%, veía cómo su imagen parecía desgastarse. Por primera vez en sus siete años de presidencia, la mayoría de los peruanos desaprobaba su gestión.55 Los analistas políticos citaban la caída de cuarenta puntos de la aprobación del presidente como una señal de su inminente derrota política. Los lectores del diario La República se despertaron en la mañana del 22 de abril de 1997 con un titular contundente “‘Fenómeno Fujimori’ llegó a su fin”.56

---

1. “¡Al fin libres!”, La República , 23 de diciembre de 1996, pp. 2-3.

2. Ibíd., p. 3.

3. “Washington hace llamado para que sean liberados todos los rehenes”, La República , 24 de diciembre de 1996, p. 3.

4. “Uruguay libera a dos del MRTA que secuestraron a empresario boliviano”, La República , 25 de diciembre de 1996, p. 2.

5. “Cuba dispuesta a dar asilo a los emerretistas”, La República , 25 de diciembre de 1996, p. 3.

6. Miyashiro, “Anécdotas de un policía”, manuscrito inédito, sin fecha.

7. “El duro representante del Opus Dei”, La República , 26 de diciembre de 1996, p. 2.

8. “Fujimori juega nueva carta para obtener libertad de 104 rehenes”, La República , 26 de diciembre de 1996, pp. 2-3.

9. “El diálogo entre el vocero del gobierno y el jefe emerretista”, La República , 11 de enero de 1997, p. 3.

10. “Cipriani volvió a la residencia, pero negó papel de mediador”, La República , 27 de diciembre de 1996, p. 3.

11. “El diálogo entre el vocero del gobierno y el jefe emerretista”, La República , 11 de enero de 1997, p. 3.

12. “Gobierno dispuesto a discutir con MRTA sus demandas para liberar a los rehenes”, La República , 13 de enero de 1997, pp. 2-3.

13. “ MRTA acusa a policía de provocación y lanza 12 disparos desde la residencia”, La República , 14 de enero de 1997, pp. 8-9.

14. “Militante del MRTA lanza ráfaga de disparos contra camión antiminas”, La República , 28 de enero de 1997, pp. 2-3.

15. “Néstor Cerpa acepta la propuesta para formar comisión de garantes”, La República , 16 de enero de 1997, p. 4.

16. “ MRTA libera a jefe de la policía antiterrorista”, La República , 18 de enero de 1997, p. 7; “Evacúan de la residencia en camilla al general PNP José Rivas Rodríguez”, La República, 26 de enero de 1997, p. 4; Giampietri 2011: 69.

17. Citado en Giampietri 2011: 69.

18. “El Papa respalda a Mons. Cipriani y reclama la liberación de los rehenes”, La República , 31 de marzo de 1997, p. 2.

19. “Madres de Plaza de Mayo piden mediar en crisis de los rehenes”, La República , 22 de febrero de 1997, p. 3; Doris Hinojosa, “Cuba acepta otorgar asilo si hay pedido formal de los involucrados en la crisis”, La República , 4 de marzo de 1997, p. 2; “Madre de Polay se ofrece a mediar”, La República , 23 de marzo de 1997, p. 3; “Mandela mediaría en crisis de rehenes”, La República , 17 de abril de 1997, p. 7.

20. “Cerpa-Marcos se verían en la selva de Chiapas”, La República , 10 de enero de 1997, pp. 16-17.

21. “Vuelve al país reportera de televisión que fue secuestrada por el MRTA el ‘84”, La República , 22 de enero de 1997, p. 8.

22. Miyashiro, “Anécdotas de un policía”, manuscrito inédito, sin fecha.

23. Ibíd.

24. ADP , tomo 1.1, SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Marco Miyashiro, 16 de abril de 2001.

25. Miyashiro, Carta despidiendo al Ingeniero Rodolfo Masuda, manuscrito inédito, ca. 2010.

26. Miyashiro 2010.

27. Ibíd.

28. Miyashiro, “Anécdotas de un policía”, manuscrito inédito, sin fecha.

29. Entrevista con Luis Giampietri, Callao, 24 de julio de 2012.

30. Giampietri 2011: 80.

31. Ibíd., pp. 83-84.

32. Entrevista con Luis Giampietri.

33. Ibíd.

34. Véase, por ejemplo, ADP , tomo 1.1, SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Máximo Rivera Díaz, 19 de marzo de 2001.

35. Citado en Giampietri 2011: 91-92.

36. CVR , Testimonio 320087, ADP .

37. ADP , tomo 1.1, SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Carlos Rosas Domínguez, 21 de marzo de 2001.

38. ADP , tomo 1.1, SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Félix Rivera, 19 de marzo de 2001, y Manifestación de Carlos Rosas Domínguez, 21 de marzo de 2001.

39. ADP , tomo 1.1, SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Francisco Tudela, 3 de agosto de 2003.

40. ADP , tomo 1.2, SC049502, Unidad Forense, Chavín de Huántar, Manifestación de Samuel Matsuda Nishimura, 2 de abril de 2001; ADP , Manifestación de Carlos Rosas Domínguez, 21 de marzo de 2001.

41. ADP , Manifestación de Máximo Rivera Díaz, 19 de marzo de 2001.

42. ADP , Manifestación de Carlos Rosas Domínguez, 21 de marzo de 2001.

43. ADP , Manifestación de Marco Miyashiro, 16 de abril de 2001.

44. “Fujimori reitera salida pacífica al drama de rehenes del MRTA ”, La República , 31 de enero de 1996, p. 4.

45. “Así no se puede negociar”, Caretas , 20 de febrero de 1997, n.° 1453, pp. 20-22.

46. Ángel Páez, “¿De qué hablaron con el ministro Palermo y Roli ‘El Árabe’?”, La República , 12 de febrero de 1997, pp. 2-3.

47. “El MRTA pide que conversación de fondo sea entre Fujimori y Cerpa”, La República , 15 de febrero de 1997, p. 2.

48. “Néstor Cerpa y asesor del SIN frente a frente en la mesa de negociaciones”, La República , 21 de febrero de 1996, p. 2.

49. “Nuestro Chino en La Habana”, Caretas , 6 de marzo de 1997, n.° 1455, pp. 10-13, 17.

50. “Cuatro puntos tendría propuesta del presidente Fujimori al MRTA ”, La República , 5 de marzo de 1997, p. 2.

51. “No buscamos ni el exilio, ni el asilo”, La República , 5 de marzo de 1997, p. 3.

52. “El MRTA suspende diálogo con gobierno”, La República , 7 de marzo de 1997, p. 2.

53. “La hora cero”, Caretas , 25 de abril de 1997, n.° 1462, p. 16.

54. “Cerpa se despide de su esposa ante posible salida militar a la crisis”, La República , 3 de abril de 1997, p. 2.

55. “Por primera vez en 7 años la mayoría del pueblo desaprueba la gestión de Fujimori”, La República , 20 de abril de 1997, p. 8; “El 52.8% desaprueba a Fujimori”, La República , 21 de abril de 1997, p. 2.

56. “Por primera vez en 7 años la mayoría del pueblo desaprueba la gestión de Fujimori”, La República , 20 de abril de 1997, p. 8; “El 52.8% desaprueba a Fujimori”, La República , 21 de abril de 1997, p. 2; Silvia Rojas, “‘Fenómeno Fujimori’ llegó a su fin”, La República , 22 de abril de 1997, p. 3.

21

Chavín de Huántar

Las primeras órdenes de Cerpa en la mañana del 22 de abril de 1997 se referían a la habitual obsesión emerretista por los símbolos. En enero, las fuerzas gubernamentales habían instalado grandes altavoces en las calles Edison y Barcelona, desde donde cada día, durante doce horas seguidas, se emitía una mezcla de música clásica, música criolla y tonadas militares. 1 Este bombardeo sonoro pretendía perturbar las conversaciones, los pensamientos y el sueño de los emerretistas. Indirectamente, también era una tortura para los rehenes. "Sentíamos que nos retumbaba el cerebro", escribe Luis Giampietri. 2 En más de una ocasión, el almirante cogió el megáfono y gritó su desagrado a la policía. "Yo decía, medio en broma, medio en serio, que el día que saliera me iba a orinar en los parlantes". 3 En otras ocasiones, las fuerzas del orden trataban de intimidar con sobrevuelos de aviones, maniobras, desfiles y música patriótica, en una escena que parecía más propia de Fiestas Patrias. 4 Esta parafernalia nacionalista tenía también otro objetivo más sutil: escenificar de forma audible la conquista por parte de la nación del espacio vital de los insurgentes.

Para no ser menos, los emerretistas trataban de responder con la misma moneda. Con el fin de contrarrestar la embestida musical, Cerpa pronunciaba todas las mañanas una arenga que recordaba a los emerretistas por qué estaban allí.

Esa mañana de fines de abril no fue una excepción. Cerpa animó a sus subordinados a cantar el denominado "Himno de Molinos", un homenaje de casi dos minutos que, a fuerza de repetición, los emerretistas entonaban con una armonía casi perfecta.

Se estremece en América Latina,

patria libre será el porvenir.

Con los hijos de los Andes que combaten,

el mañana socialista llegará.

Con los hijos de los Andes que combaten,

el mañana socialista llegará.

Gloria eterna a los guerrilleros,

que entregaron su vida por la paz.

Con su ejemplo, germina en el pueblo

la semilla de la libertad.

Con su ejemplo, germina en el pueblo

la semilla de la libertad.

Vives ahora y siempre Túpac Amaru,

en combate te hiciste inmortal.

Los Molinos, ejemplo de coraje,

en la lucha por la revolución.

Los Molinos, ejemplo de coraje,

en la lucha por la revolución.

Hombres y mujeres, decididos,

son amantes de la humanidad.

Ahora marchan con el verde olivo,

con las armas de justicia e igualdad.

Ahora marchan con el verde olivo,

con las armas de justicia e igualdad.

El partido revolucionario

se construye en la lucha popular.

Juntos con el pueblo y su vanguardia,

forjando la fuerza popular.

Juntos con el pueblo y su vanguardia,

forjando la fuerza popular.

Vives ahora y siempre Túpac Amaru,

con tu ejemplo te hiciste inmortal.

Los Molinos, ejemplo de coraje,

en la lucha por la revolución.

Los Molinos, ejemplo de coraje,

en la lucha por la revolución.

Tras concluir el canto, aquella mañana la habitación se quedó en silencio durante un segundo, mientras Cerpa se dirigía a sus tropas.

“¡Gloria y honor a los héroes de Molinos!”, gritó.

“¡Gloria y honor!”, respondieron los emerretistas al unísono.

“¡Gloria y honor a los héroes del MRTA por el pueblo!”, volvió a gritar Cerpa.

“¡Gloria y honor!”, le respondieron.

“¿Cuál es el objetivo de esta misión?”, preguntó.

“¡Presos, libertad!”.

“¡Más fuerte! ¿Cuál es el objetivo de esta misión?”, volvió a preguntar.

“¡Presos, libertad!”.

“¿Cuál es el objetivo de esta misión?”.

“¡Presos, libertad!”.

Solo entonces pasó Cerpa al siguiente tema. “¡A 126 días de la toma de la residencia del [embajador de] Japón!”.

“¡Aquí nadie se rinde, carajo!”, le respondieron.

“¡Con las masas y las armas!”, gritó por último Cerpa. “¡Patria o muerte!”.

“¡Viva el Perú!”, le respondieron sus combatientes.

“¡Con las masas y las armas! ¡Patria o muerte!”.

“¡Viva el Perú!”.5

Este ritual respondía a un esfuerzo mayor por situar a los emerretistas caídos en Molinos en el panteón de los grandes mártires nacionales, junto con Túpac Amaru, Micaela Bastidas y Luis de la Puente Uceda. El hecho de que la tropa de Cerpa rugiera su himno en respuesta a la música criolla y militar de las fuerzas de seguridad añadía una nueva capa de melodrama a la tensa situación. Cada bando trataba de superar al otro en una especie de batalla sonora que podía durar hasta dieciocho horas y que cada mañana parecía que empezaba más temprano que la anterior. Como escribió Giampietri, “Si un día el parlante empezaba con la música a las seis de la mañana, al día siguiente el megáfono cantaba a las cinco y media, y así sucesivamente”.6

La batalla acústica era solo uno de los campos simbólicos en los que, a lo largo de 126 días de secuestro, se enfrentaron los tupacamaristas y las fuerzas de seguridad. Otro eran las banderas. Durante las primeras semanas, la bandera peruana presidía la residencia. La República abrió el 20 de diciembre con el

titular “La bandera de la fe”, junto con una fotografía a toda página.7 El editorial principal afirmaba que “la bandera peruana es así el símbolo de fe en la democracia, el diálogo y la paz”. Mientras el emblema nacional ondeara sobre la residencia, aún era posible una victoria del Estado. La sociedad civil acogió el llamamiento y en los días siguientes a la toma, grupos de mujeres vestidas de blanco realizaron una marcha desde Miraflores hasta la residencia, con decenas de banderas peruanas, mientras coreaban: “¡Los queremos libres!”.8

Los emerretistas respondieron de la misma manera. Los colores nacionales fueron sustituidos por la bandera rebelde con la imagen de Túpac Amaru. Este cambio de enseña ejemplificaba la conquista física y simbólica de la residencia diplomática. En las siguientes semanas, otras banderas emerretistas aparecieron también en las ventanas de la mansión. A menudo, incluían leyendas con demandas o referencias a fechas clave de la historia del MRTA. Por ejemplo, en el aniversario de la masacre de Cromotex, una de las fechas más sentidas por Cerpa, los emerretistas colocaron una bandera bien visible en la que se podía leer; “Gloria y honor [a los] obreros mártires de Cromotex, 4 feb 1979-1997”, junto con los nombres de los trabajadores caídos.9

En la mañana del 22 de abril, los emerretistas también habían preparado afiches similares, en honor del cercano aniversario de la masacre de Molinos.10 Al igual que el himno y la bandera, los carteles eran una especie de tarjeta de visita dirigida a incrustar referentes clave de la memoria histórica revolucionaria en el imaginario peruano.

Tras preparar los afiches, Cerpa recibió al embajador canadiense. Vincent había acudido en su calidad de miembro de la comisión mediadora, con la esperanza de reanudar las negociaciones rotas poco antes. Encontró a Cerpa en la primera planta de la residencia, solo y con un estado de ánimo sombrío. Tras unos cuarenta minutos de conversación, el líder emerretista se deshizo de él. Para tratar de animarse, Cerpa llamó a Rojas, Tito y un puñado de compañeros más, para iniciar un partido de fulbito allí mismo, en el comedor del primer piso.

Estos partidos se habían convertido en un nuevo ritual en las últimas semanas. Servían para levantar el ánimo y para mantener el físico en forma. Los emerretistas normalmente no dejaban participar a los rehenes, que en esas circunstancias se quedaban bajo la vigilancia de las mujeres que, aparentemente, tampoco estaban invitadas a jugar, y de unos pocos efectivos más. Cerpa se había lesionado en un partido anterior y renqueaba del pie derecho. “Es un

pequeño golpe, aguanta", le había dicho un paramédico de la Cruz Roja. El partido comenzó alrededor de las tres de la tarde. Cuando llevaban unos veinte minutos y empezaban a sudar, ocurrió lo inesperado.

Una explosión resonó justo debajo de los pies de los jugadores, abriendo un agujero en el suelo en medio de una nube de humo y fuego. Al darse cuenta de que estaban siendo atacados, los emerretistas trataron de subir a la segunda planta para coger sus armas. Otra explosión atravesó la sala, seguida casi simultáneamente por una tercera en el estudio. De los forados llenos de humo surgió una riada de comandos fuertemente armados, con las caras pintadas de verde y negro a juego con sus trajes y cascos. Nada más entrar dispararon contra los emerretistas que huían y tomaron el control de la primera planta. Otro grupo de rescate surgió de un cuarto agujero en el jardín delantero e irrumpió por la puerta principal. Cuando Cerpa trataba de subir la gran escalera curva que llevaba a la segunda plata, recibió varias balas en el cuerpo, la cara y la frente. Cayó de espaldas. Sus sueños de rescatar a sus compañeros encarcelados por segunda vez, de reunirse con su esposa, de un futuro MRTA y de un Perú mejor, murieron con él en las escaleras ensangrentadas.11

***

Fujimori había estado planeando una operación militar todo el tiempo. El presidente se había explayado hablando de la paz y la no violencia, pero toda su verborrea, las propuestas a los líderes mundiales para buscar una solución pacífica a la crisis, las promesas solemnes a las familias de los rehenes, la comisión mediadora, parecían una táctica dilatoria mientras en secreto se ponía en marcha una solución militar.

Fujimori había aprobado la operación en diciembre, pocos días después de la ocupación tupacamarista. La construcción de los túneles había comenzado a principios de enero.12 A siete metros de profundidad, los obreros extraían la tierra, la cargaban en un camión de la policía y la depositaban en la base del SIN en Las Palmas, para su posterior envío a la sede del Ejército en Chorrillos. Cables colgados de las paredes y el techo llevaban electricidad a luces y ventiladores colocados en todo el túnel. Las paredes y el techo se habían

reforzado con vigas de madera. En un terreno contiguo al SIN y a la Primera División del Ejército se había construido una réplica exacta de la residencia para que los efectivos pudieran ensayar el rescate.13

Solo Cerpa y ciertos periodistas se habían tomado en serio los indicios que apuntaban a que el túnel estaba en marcha. La mayoría había creído que las acusaciones del líder emerretista eran pura paranoia.14 Algunos medios de comunicación habían corroborado la realidad de la operación. “El túnel sí existe”, tituló La República a principios de marzo.15 Sin embargo, incluso aquellos que creían en la existencia de los túneles (en realidad eran cuatro, cada uno de los cuales conducía a un punto diferente del recinto diplomático), pensaban que su construcción había sido abortada en el momento en que los emerretistas habían descubierto el complot. Pero la construcción nunca se detuvo. La realidad era que la música constante de los altavoces no solo pretendía generar un desgaste psicológico, sino sobre todo amortiguar el sonido de la obra que se estaba llevando a cabo bajo la superficie.

El 16 de abril de 1997, Fujimori se reunió con Vladimiro Montesinos y el general Nicolás de Bari Hermoza Ríos, máxima autoridad de las Fuerzas Armadas, para revisar los planes definitivos de la operación de rescate. El presidente determinó que había llegado el momento. Atacarían tan pronto como lo era la tarde siguiente. Los 149 comandos esperaron en el túnel mal ventilado durante casi una semana. Y entonces, poco después de las tres de la tarde del 22 de abril de 1997, recibieron la orden. La operación Chavín de Huántar estaba en marcha.16

Dada la temprana aprobación de la operación Chavín de Huántar por Fujimori y los esfuerzos de su gobierno por ocultarla, es probable que el asalto fuera la solución preferida por el presidente para resolver la crisis de los rehenes. Esto no significa, sin embargo, que un enfrentamiento violento fuera inevitable. Si Cerpa hubiera aceptado la oferta de asilo político de Fidel Castro en marzo de 1997, el presidente peruano no habría tenido más remedio que suspender la operación. La comunidad internacional, desde la prensa hasta los jefes de Estado occidentales y el papa, estaba observando. La Cruz Roja y varios embajadores se habían involucrado en las negociaciones. Para Fujimori, cuyos índices de aprobación ya estaban cayendo en picado, faltar a su palabra y enviar a un comando militar, teniendo una solución pacífica sobre la mesa, habría sido un acto de suicidio político en la escena mundial.

La oferta de Castro era el momento ideal para que Cerpa reconociera que el momento de la lucha armada en América Latina había pasado. Era la ocasión de cortar por lo sano y unirse a las filas de figuras de la posguerra fría, como José Mujica, el antiguo combatiente tupamaro que llegó a convertirse en un popular presidente uruguayo. En lugar de percatarse y aprovecharlo, Cerpa decidió seguir sus instintos de línea dura. Al hacerlo, le hizo el juego a Fujimori, otorgando al despiadado presidente toda la cobertura política que necesitaba para dar luz verde a la operación militar. Como se maravilló más tarde Luis Giampietri, “Fujimori era bastante más frío de lo que Cerpa Cartolini jamás imaginó”.17

---

1. “Militante del MRTA lanza ráfaga de disparos contra camión antiminas”, La República , 28 de enero de 1997, pp. 2-3; Giampietri 2011: 69.

2. Giampietri 2011: 79.

3. Ibíd.

4. “Tensa calma reinaba en la residencia japonesa”, La República , 2 de febrero de 1997, p. 3.

5. Servicio de Inteligencia Nacional [SIN], Grabación secreta del interior de la residencia del embajador japonés [audio] (archivo personal de Luis Giampietri, Callao, Perú).

6. Giampietri 2011: 79.

7. “Bandera de la fe”, La República , 20 de diciembre de 1996, p. 1.

8. Patricia Kadena, “Un canto por la paz y la libertad”, La República , 23 de diciembre de 1996, pp. 11-13.

9. “ MRTA conmemora en residencia japonesa desalojo en Cromotex”, La República , 5 de febrero de 1997, p. 3.

10. “La hora cero”, Caretas , 25 de abril de 1997, n.° 1462, p. 8. Los siguientes hechos son narrados sobre la base de esta misma fuente (pp. 18-19).

11. “Cerpa recibió dos balazos en la cabeza”, La República , 24 de abril de 1997, p. 8.

12. Eduardo Torrejón, “Especial: la historia secreta del túnel”, La República , 23 de abril de 1997, p. 6.

13. Montesinos 2016, vol. 1, pp. 332-338.

14. “No hay indicios que comprueben existencia del supuesto túnel”, La República , 8 de marzo de 1997, p. 4.

15. “El túnel sí existe”, La República , 7 de marzo de 1997, p. 1.

16. Hermoza Ríos 1997: 152.

17. Giampietri 2011: 63.

22

¡Mary está enferma!

Tras su intercambio con Cerpa en enero, Giampietri gozaba de mayor libertad de movimiento dentro de la residencia. De alguna manera había logrado convencerle de que no representaba ninguna amenaza real. Era simplemente un marino retirado. Los emerretistas habían dejado de prestarle atención y Giampietri esperaba utilizar esa libertad en su beneficio.

Por la experiencia de sus días como comandante de las fuerzas especiales, estaba convencido de que el gobierno estaba planeando una operación de rescate. Y sabía que, para que esta tuviera posibilidades de éxito, era clave contar con una buena información sobre lo que ocurría dentro de la casa. Si él estuviera en la posición de los rescatistas, lo primero que haría sería introducir un dispositivo de escucha en uno de los carros de la Cruz Roja que entraban a la residencia todos los días. Por supuesto, como agencia de ayuda humanitaria que era, la Cruz Roja nunca aprobaría una acción semejante. Sin embargo, oficiales preparados podían colocar fácilmente un dispositivo de escucha en el material humanitario sin que los cooperantes se dieran cuenta.

Giampietri también sabía que uno de sus compañeros rehenes, el comandante del Ejército Roberto Fernández, tenía escondido un beeper en su ropa interior desde la noche del asalto. Cuando a los pocos días los emerretistas registraron a todos los rehenes en busca de celulares, buscapersonas y otros dispositivos electrónicos, Fernández había escondido el localizador tan cuidadosamente que habría sido necesario un acto de acoso sexual para encontrarlo. Giampietri era uno de los pocos rehenes que sabía de la existencia del aparato. Pensando que podría ser útil algún día, Giampietri le pidió el número y lo memorizó.1 En las semanas que siguieron al encontronazo con Cerpa, se acercó disimuladamente a cuanto objeto creía que podía tener un aparato de escucha, susurrando: “Soy el almirante Giampietri. Si me escucha, hágamelo saber al beeper número tal”.

Giampietri esperó con paciencia, pero sin obtener respuesta. Mientras tanto, buscó la ayuda de otros rehenes para elaborar un esbozo del interior del edificio. Por suerte, uno de sus compañeros era arquitecto, así que pudo preparar un dibujo a escala. El plano indicaba dónde estaban los rehenes y, lo que era igualmente importante, dónde solían quedarse los emerretistas. El problema era cómo hacerlo llegar al exterior. Enviarlo de contrabando con los desechos que la Cruz Roja sacaba era demasiado arriesgado, ya que El Árabe era meticuloso en sus inspecciones. Pero Marco Miyashiro, uno de los miembros del círculo de confianza de Giampietri, tuvo una idea.

Mientras Giampietri evaluaba el interior de la casa, Miyashiro había estado haciendo un inventario de los edificios circundantes. Tenía un buen conocimiento sobre operaciones de contrainteligencia, ya que había dirigido el equipo que capturó al líder de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán, cinco años antes. Basándose en el movimiento que detectó en las casas vecinas, dedujo que sus ocupantes habían sido sustituidos hacía tiempo por oficiales del SIN y la Dincote. Era una apuesta arriesgada, pero creía que, si encontraban la manera de arrojar el plano a una de esas casas, había una buena posibilidad de que cayera en las manos adecuadas.

Miyashiro y Giampietri ataron el plano a una piedra que encontraron en sus paseos por la residencia; se colaron en el baño, simulando que iban a limpiarlo y abrieron la ventana. Estaban literalmente a un tiro de piedra de la casa vecina, pero sabían que solo tenían una oportunidad. Cuando comprobaron que nadie los vigilaba hicieron el lanzamiento. La piedra se coló por el hueco de la ventana de la casa contigua. Momentos más tarde, sin embargo, la piedra y el papel volaron de vuelta al baño del embajador. No había forma de saber si los destinatarios habían visto el plano o no, pero la precisión de la acción parecía confirmar la teoría de Miyashiro de que quienquiera que estuviera en la casa probablemente trabajaba para el Estado.

Años después, Giampietri describiría cómo continuó su búsqueda de posibles aparatos de escucha introducidos por las fuerzas del orden para espiar en el interior de la residencia. Hacía semanas que había empezado a susurrar en cada objeto que cruzaba el umbral del recinto y aún no había hallado nada. Se le ocurrió que la policía podía considerar demasiado arriesgado avisar a los rehenes. Si los emerretistas descubrían el dispositivo, podía producirse un baño de sangre. Habló con su círculo íntimo sobre la situación. Y entonces Francisco Tudela, el canciller peruano, tuvo una brillante idea. Para entonces, la guerra

musical entre las fuerzas de seguridad y el MRTA ya era cosa de todos los días.

“¿Por qué no pides que, cuando comiencen la competencia de las músicas, la primera música que toquen sea ‘La cucaracha’?”.2

Normalmente, lo que salía de los parlantes era música criolla, militar o incluso composiciones de autores clásicos de la talla de Schubert y Beethoven. “La cucaracha” estaba tan lejos del repertorio habitual que si sonaba no podía ser casualidad.

A la mañana siguiente, el concierto siguió las pautas habituales. Lo mismo ocurrió el día siguiente. Giampietri empezaba a perder la esperanza. A las seis de la mañana del tercer día, justo cuando los emerretistas habían comenzado su himno en recuerdo del desastre de Molinos, una cumbia sonó a todo volumen por los parlantes situados en la calle. El almirante, abatido, escuchó al cantante enamorado burlarse de su amante. Y entonces le oyó decir algo que sonaba como: “Eres una cucaracha, una cucaracha”. Su corazón primero se detuvo y luego dio un salto. Por una vez estuvo pendiente de cada nota que salía de los ruidosos parlantes. Sí, había oído bien. El cantante estaba describiendo a su amante como una cucaracha. No era la canción que tenía en mente, la famosa tonada folclórica tradicional, pero definitivamente también era “La cucaracha”. Era la confirmación que buscaba. “Ya sabíamos que ellos nos estaban escuchando”.3

Unos días más tarde, los oficiales del SIN se pusieron finalmente en contacto a través del localizador de Fernández. Para ese momento, los rehenes habían conseguido encontrar el saco donde los guerrilleros guardaban los buscapersonas y celulares confiscados. En lugar de robar uno de los aparatos y arriesgarse a que los emerretistas lo descubrieran, se limitaron a descargar todas las baterías y esconderlas. Así se aseguraban de que el localizador tuviera energía disponible para un buen tiempo. La primera comunicación avisaba a Giampietri de que pronto le harían llegar una guitarra. Y, efectivamente, en pocos días llegaron a la residencia cuatro de estos instrumentos.4 El arzobispo Cipriani se había hecho cargo personalmente de la compra de algunos de ellos, aparentemente sin saber que estaba facilitando el asalto.5 Tres de las guitarras pasaron a ser propiedad común de los rehenes y emerretistas. La cuarta llevaba el nombre de Giampietri. En el cuerpo de madera había un mensaje escrito con la letra de Marcela: “Para que recuerdes mis noches sin ti. ¡Te amo!, Marcela”.6

Era un gesto dulce, pero Giampietri sabía que no era de Marcela. “Conozco bien a mi mujer, por lo que sabía que, si bien era su letra, no se trataba de su modo habitual de expresarse”, escribiría después. “En su estilo no consideraba escribir algo tan cursi”. Giampietri pensó que los efectivos de Inteligencia le habían dictado el mensaje. Ahora tenía una línea de comunicación directa con el exterior. No sabía que el dispositivo de escucha había sido colocado dentro de la funda de la guitarra y no en el instrumento. Pero, afortunadamente, la guitarra nunca estaba lejos de la funda. La frecuencia era lo suficientemente potente como para captar cualquier palabra que susurrara.

La guitarra fue un gran avance para los oficiales del SIN. Ahora contaban con un hombre dentro de la residencia que podía proporcionarles descripciones detalladas del recinto y un registro exhaustivo de dónde se encontraban los emerretistas en todo momento. Con esta información, podían anticiparse a los movimientos de los emerretistas y conocer sus puntos débiles. Desde entonces, las comunicaciones entre Giampietri y el SIN fueron constantes, primero a través de la funda de la guitarra y luego de una Biblia que le hicieron llegar, además de los mensajes de texto codificados del localizador de Fernández. Giampietri supo después que había intercambiado no menos de 5000 comunicaciones con oficiales de Inteligencia en unos cuatro meses.7

Giampietri dio a los oficiales del SIN todo lo que necesitaban. Le indicaron, a través del localizador, que siguiera observando e informando y que mantuviera su actividad habitual para no levantar sospechas. Cuando llegara el Día D, sería el primero en saberlo. Su trabajo consistiría en asegurarse de que los 72 rehenes estuvieran en un lugar seguro de la segunda planta. La hora H llegaría durante uno de los partidos de fútbol diarios de los secuestradores. Era la mejor oportunidad, ya que la mayoría de los emerretistas estaban juntos en el primer piso mientras los rehenes permanecían arriba. A comienzos de abril, dos intentos tuvieron que abortarse en el último minuto porque las condiciones no eran óptimas. Los oficiales le comunicaron que el tercer intento estaba previsto para la tarde del 22, pero la consumación dependía de diversos factores. Giampietri debía mantenerse al margen y tratar de no levantar sospechas.

El almirante no durmió la noche del 21 de abril. En menos de veinticuatro horas podía estar libre o muerto. En previsión de lo que pudiera ocurrir, esbozó tranquilamente un testamento y se lo metió en el bolsillo.8

En su libro, Rehén por siempre, Giampietri relata su experiencia al día siguiente.

Todavía estaba despierto cuando los emerretistas comenzaron con su canto ritual diario del “Himno de Molinos”.

A las nueve de la mañana, Giampietri susurró en su Biblia el informe habitual. “El mar debe estar medio doloroso. Hay buena pesca. Aquí estamos con chanchos y chanchitos”. El código era fácil de descifrar. “El mar” era su nombre en clave. Cuando Giampietri lo pronunciaba, sus corresponsales sabían que realmente era él quien estaba en la línea. Los chanchos grandes eran Cerpa y los demás jefes emerretistas. Los chanchos pequeños eran sus subordinados.

“Solamente El Árabe se está moviendo con entera libertad, su ayudante y un hombre más”, continuó Giampietri. “Los chanchitos se están mimetizando: uno está con camiseta de Alianza, otro con camiseta de Cristal y otro de la selección peruana. Los chanchitos se han disfrazado: uno tiene un polo de Alianza, otro el polo de la selección”.

Todo parecía normal en el interior. Los rebeldes se ocupaban de sus asuntos y los rehenes se acomodaban a su rutina diaria, mientras Giampietri informaba de todo lo que podía ser útil a los comandos que sudaban la gota gorda tres metros más abajo. Hacia el mediodía, el localizador volvió a sonar: “Esto no es un ejercicio, es una corrida real. Hoy, a la hora del fulbito, ingresaremos a rescatarlos. Utilizando las claves, informe cuando estén jugando fulbito, cuántos son, cuántos de guardia”. A Giampietri le dio un vuelco el corazón. “Los militares estamos preparados para enfrentar este tipo de situaciones, pero eso no significa que no tengamos temor a la muerte”, escribiría. Informó a Fernández y le pidió que mantuviera el localizador consigo.

El resto del día pareció dilatarse y acelerarse a la vez. Giampietri esperó con impaciencia la llegada de la delegación de la Cruz Roja y la larga reunión posterior de Cerpa con el embajador canadiense. Por fin, los guerrilleros comenzaron a jugar. Giampietri habló claramente a través de la Biblia: “Catorce, no, quince horas. Se ha iniciado el partido, voy a certificar exactamente cuáles son los que están involucrados”. Pasaron cinco minutos y volvió a la línea. “15:05. Todos los chanchitos están en el chiquero. El chancho grande, tres chanchitos y cuatro lechoncitos”. Después de detallar el paradero de cada uno de los emerretistas, dijo: “Indicar si puedo ya comenzar los preparativos para la gente, para mandarlos a sus camarotes y que no estén circulando en los pasadizos. Estoy listo para cuando me den orden de abrir la puerta [de la azotea]”.

Fue entonces cuando Vladimiro Montesinos, el jefe del SIN, telefoneó al presidente para pedirle permiso para proceder.

“Ya, ¡conteo!”, dijo Fujimori.

Tras recibir la confirmación, Giampietri corrió a una de las habitaciones donde el padre Wicht y otros rehenes estaban jugando a las cartas. Les pidió ayuda para abrir la puerta de la azotea, pero se limitaron a sonreír pensando que era una broma, y volvieron a su juego.

“¡En tres minutos vienen por nosotros!”, les dijo Giampietri. “¡Quédense tranquilos, pero ayúdenme a despejar la puerta!”.

Al darse cuenta de que hablaba en serio, los rehenes se pusieron en marcha y aflojaron los topes de las puertas de madera para que pudieran abrirse fácilmente durante la huida. Giampietri volvió a entrar en el dormitorio y se tiró al suelo, junto con los demás rehenes. Podía oír los helicópteros en lo alto mientras hacía su informe final: “Estoy listo para cuando me ordenen abrir la puerta. Son 17:14, perdón, 15:14”. Apenas podía pensar con claridad. “Se escuchan helicópteros. Preparo la puerta. Arriba uno, abajo tres. ¡Mary está enferma! ¡Mary está enferma!”, gritó, repitiendo la frase en clave de que “cualquier cosa podía suceder”.

“Luego”, escribe Giampietri, “ocupé mi lugar y pedí a Dios su protección”.

***

Era cerca de la una cuando el coronel Denegri acorraló a Marco Miyashiro y le habló en voz baja.

“Marco, no vayas a dormir la siesta porque hoy día nos recogen”.

“A la tercera [va] la vencida”, dijo Miyashiro.9 Cuando vio a Giampietri entrando y saliendo nerviosamente de las habitaciones, se dio cuenta de que esta vez era diferente. El almirante le pidió ayuda para asegurarse de que todos los rehenes estuviesen arriba y en posición. Bajo ningún concepto, dijo, debían bajar

al primer piso. Miyashiro estaba ansioso por ayudar. Cuando sonó la primera explosión, comenzó a llevar a los rehenes al dormitorio. Con el estallido de las bombas y la lluvia de balas por todo el recinto, Marcos, un insurgente de ojos perezosos y el único emerretista que custodiaba a los rehenes durante el partido de fútbol, corrió hacia Miyashiro con el arma en alto.

“¿Qué es lo que está pasando?”, preguntó.

Miyashiro se hizo el despistado y retrocedió con cuidado hasta el dormitorio, sin perder de vista a Marcos, que se acercó a la ventana para ver qué ocurría. Momentos después, otro emerretista llamado Coné entró corriendo y apuntó con su arma a los rehenes.

“¡Yo le dije que se vaya afuera, que el problema no era acá!”, recuerda Miyashiro. Coné giró sobre sus talones y salió de la habitación, quedándose justo al lado de la puerta para vigilar la entrada.10

Lo más probable es que Coné estuviera buscando a Francisco Tudela, el canciller peruano. Los emerretistas habían recibido la orden de ejecutarlo en caso de una incursión militar, y Coné era el hombre encargado de llevar a cabo la misión. Más tarde Tudela describiría cómo, sabiendo que era un hombre marcado, se había escabullido en una habitación distinta a la que le habían asignado y se había refugiado detrás de una de las columnas junto al baño. Una vez iniciado el ataque, corrió hacia la puerta que daba a la azotea y buscó las escaleras de mano colocadas por los rescatadores. Una serie de comandos esperaban allí para escoltarles a él y a los demás rehenes hacia la libertad. Una vez que el canciller llegó al techo, se agachó y avanzó hacia las escaleras que bajaban al césped. Al parecer, un emerretista se dio cuenta de que su rehén número 1 se escapaba y le lanzó una granada. El proyectil rebotó en un arco situado en el centro del tejado y explotó en el acto; no alcanzó a Tudela, pero esparció fragmentos de metralla en su dirección. En ese momento, un comando llamado Juan Valer corrió hacia adelante para interponerse entre el canciller y el emerretista, al tiempo que este abría fuego. Valer utilizó su cuerpo para proteger a Tudela mientras lo conducía a la escalera situada al borde del tejado.

El canciller continuó su carrera, utilizando la pared para cubrirse mientras el enemigo disparaba desde el dormitorio. Segundos después, una bala le rozó el brazo derecho y otra le pasó por la cara, golpeando la pared y enviando fragmentos de cemento a sus ojos. La libertad estaba muy cerca, pero se

encontraba en medio del fuego cruzado. Siguió corriendo por pura adrenalina. Llegó a la escalera y miró hacia abajo, donde le esperaba un grupo de soldados camuflados. El reto consistía en llegar hasta ellos. Las balas seguían lloviendo, y antes de que pudiera bajar las escaleras una le desgarró la pierna izquierda. A diferencia del anterior roce en el brazo, esta vez le habían dado de lleno. Aun así, siguió adelante bajando las escaleras hasta caer en manos de los rescatadores. Nada más llegar al jardín, escuchó las escalofriantes palabras de uno de los comandos que confirmaban que Valer había caído. El soldado había recibido una bala mortal por su canciller.11

Dentro de la residencia, Miyashiro, Giampietri y los demás rehenes seguían agazapados en los dormitorios. Relata Giampietri que Coné, el emerretista bizco, seguía de pie junto a la puerta, impidiendo la entrada de los comandos. Tras un tiroteo de unos tres minutos, desapareció finalmente de la vista. Había caído en el intercambio. Los primeros comandos entraron en la habitación y un infante de Marina se acercó a Giampietri.

“Almirante, aquí estamos, viniendo por usted”.12 Sus palabras calaron hondo en Giampietri, mientras un remolino de emoción y humo inundaba su pecho.

Los comandos ordenaron a los rehenes que se dirigieran a la azotea por la escalera del segundo piso. Giampietri, Miyashiro y los demás siguieron a los comandos. En cuanto olió el aire fresco, Giampietri pudo saborear la libertad inminente. Se puso de rodillas, arrastrándose por el techo para disminuir el ángulo de tiro. Estaba tan concentrado en lo que tenía por delante que ni siquiera se dio cuenta de que el cuerpo del comandante Valer yacía allí. Tuvo cierta dificultad para bajar por la escalera hacia el patio, ya que los comandos seguían trepando por ella. Cuando llegó al jardín, le esperaba un grupo de infantes, “mi gente”. En ese momento se sentía orgulloso de pertenecer a la Marina.13

Marco Miyashiro no se quedó atrás. Al llegar a la azotea, se encorvó y siguió la fila de rehenes por las escaleras hasta el jardín delantero, donde ya se habían reunido decenas de ellos. Por el rabillo del ojo pudo ver al canciller Tudela tendido en una camilla. Estaba herido, pero seguía vivo y saludaba con el pulgar hacia arriba al cuerpo de prensa que se reunía rápidamente. También Miyashiro estaba vivo. Después de 126 días de cautiverio era libre, libre para volver con su esposa, libre para comer ceviche y fumar cuando le apeteciera, y sí, libre para cortarse el pelo.14

***

El humo se elevó al cielo desde la casa de la calle Thomas Edison. Dos de los 149 comandos, Valer y Raúl Jiménez Chávez, fueron sacados en camillas verdes, tras dar la vida para salvar a sus compatriotas. Milagrosamente, los 72 rehenes salieron vivos del recinto, aunque uno de ellos, el magistrado de la Corte Suprema Carlos Giusti, moriría más tarde por complicaciones debidas a la hemorragia de una herida de bala en la pierna.

Ninguno de los 14 emerretistas sobrevivió al asalto. Los informes forenses posteriores, junto con el testimonio de al menos un rehén rescatado, sugieren que algunos de ellos fueron ejecutados extrajudicialmente. Al darse cuenta de que les superaban en número y en armamento, habrían dejado caer sus armas para rendirse durante el ataque. De ser cierto, los comandos parecen haberlos llevado a un lugar del recinto y los habrían matado con disparos a corta distancia en la cabeza.15

Nada de eso parecía importar ahora. Un ambiente general de efervescencia patriótica llenaba el aire humeante mientras los equipos de noticias, muchos de los cuales se habían apostado en las azoteas y el césped de los alrededores, captaban los acontecimientos en tiempo real. Toda la nación observó atónita cómo dos comandos se acercaban a la esquina del tejado en la que todavía ondeaba la bandera del MRTA. Uno de ellos sujetaba las piernas de su compañero mientras este se subía al borde y desprendía la bandera emerretista de su asta. Una vez que la hubo soltado, se deshizo enfáticamente de ella, tirándola al suelo.



Figura 7: Operación Chavín de Huántar, 1997. © Caretas, foto de Óscar Medrano.

Los dos soldados pisaron orgullosamente la enseña rebelde con sus polvorientas botas y, luego, como si ese siempre hubiera sido el plan, uno de ellos la recogió y la arrojó desde el tejado. Sus compañeros observaron cómo la tela caía, caía, caía, hasta el suelo del jardín. La lucha simbólica que se había iniciado en 1984 al sustraer el MRTA la bandera de San Martín del museo de Huaura, había concluido trece años después. El Estado había triunfado.

Fujimori, que nunca dejaba pasar la oportunidad de sumar puntos mediáticos, llegó pronto al lugar de los hechos. Como si hubiera participado personalmente en la operación, llevaba una camisa blanca con el botón superior desabrochado y las mangas remangadas. Un chaleco antibalas cubría su pecho y portaba un walkie-talkie. Micrófono en mano, con las cámaras rodando, se puso delante de los rehenes y de los comandos, y pronunció un discurso que no pareció del todo improvisado. Recordó a todos los presentes su solemne promesa de no ceder nunca ante los terroristas.

Más tarde, el presidente acompañó a los rescatados a un ómnibus con destino al hospital. Una multitud de espectadores jubilosos se alineaba en las aceras mientras Fujimori daba algo parecido a una triunfal vuelta de honor. Como si fuera un joven jalador de combi, se colgó de la puerta abierta, sonriendo de oreja a oreja, mientras agitaba la enseña peruana. La bandera ondeaba orgullosa en sus manos mientras el vehículo recorría las calles de la ciudad.

Y así, Alberto Fujimori pasó de villano a héroe. Dos días después del rescate, las encuestas mostraban un cómodo 67% de aprobación, lo que suponía un increíble aumento de treinta puntos en unos pocos días. Aproximadamente nueve de cada diez peruanos apoyaba la operación, y el 86% el papel que había desempeñado el SIN de Vladimiro Montesinos en ella.16 La comunidad internacional elogió la acción y la consideró un ejemplo de rescate digno de manual. Fujimori, radiante, se ofreció a compartir la experiencia con los gobiernos de todo el mundo.17 El presidente se atribuyó todo el mérito de la operación. Según señaló, la idea de construir un túnel parecido al sitio arqueológico precolombino de Chavín de

Huántar se le había ocurrido en un sueño.18 Parece poco probable que esto sea cierto. Es más factible pensar que la operación se inspiró en lo que habían hecho los emerretistas siete años antes, durante su fuga de la prisión de Canto Grande. Entonces, un túnel los había salvado. Ahora, otro túnel ponía fin a su historia.

---

1. Giampietri 2011: 63, 113-114. Los siguientes hechos son tomados de esta misma fuente.

2. Entrevista con Luis Giampietri, Callao, 24 de julio de 2012.

3. Ibíd.; Giampietri 2011: 115.

4. Entrevista con Luis Giampietri, Callao, 24 de julio de 2012.

5. “Monseñor Cipriani lleva dos guitarras para los cautivos”, La República , 2 de enero de 1997, p. 3.

6. Giampietri 2011: 116. La cita y el hecho narrado a continuación también han sido tomados de esta fuente.

7. Entrevista con Luis Giampietri.

8. Giampietri 2011: 147. Las siguientes citas corresponden también a esta fuente (pp. 150, 153 y 155-157).

9. ADP , tomo 1.1, SC049502, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Marco Miyashiro, 16 de abril de 2001.

10. Ibíd.

11. ADP , tomo 1.1, SC049501, Unidad Investigaciones 100337, Chavín de Huántar, Manifestación de Francisco Tudela, 3 de agosto de 2003; “Rescatan al canciller Tudela”, Caretas , 2 de mayo de 1997, n.° 1463, pp. 14-15.

12. Citado en Giampietri 2011: 162.

13. Ibíd., p. 163.

14. ADP , Manifestación de Marco Miyashiro, 16 de abril de 2001.

15. Hidalgo 2007.

16. “Incremento de la popularidad de Fujimori no significa carta blanca”, La República , 25 de abril de 1997, p. 3.

17. “Fujimori ofrece exportar tecnología antisecuestros”, La República , 27 de abril de 1997, p. 2.

18. “Afirma que un sueño le inspira la operación ‘Chavín de Huántar’”, La República , 27 de abril de 1997, p. 2.

Epílogo

Alberto Fujimori subía lentamente la gran escalera curva de la residencia del embajador japonés. Los cuerpos de Néstor Cerpa y sus compañeros, algunos con el torso desnudo y otros todavía con polos deportivos, aún estaban calientes, desparramados por los peldaños tapizados de verde, tal como habían caído. El presidente, con corbata roja y camisa de cuello blanco, remangada para dar a entender que era un hombre de acción, esquivó a los emerretistas vencidos, rozando la barandilla de madera con la mano mientras contemplaba los cadáveres empapados de sangre.

Este fue uno de los momentos culminantes de la presidencia de Fujimori, solo superado por la captura en 1992 de Abimael Guzmán. Sin embargo, había una diferencia importante. Guzmán había sido atrapado vivo y su captura, aunque fue un golpe duro, no supuso el final de Sendero Luminoso. Cerpa y sus camaradas estaban muertos y todo indicaba que el MRTA también. La operación Chavín de Huántar supuso un punto final no solo del MRTA, sino también de la Guerra Fría peruana. Poco importaba que algunos emerretistas continuaran activos tras el rescate de la residencia del embajador y que el propio grupo no reconociera oficialmente su derrota hasta dos décadas después. En el nuevo orden internacional, sus posibilidades de victoria eran inexistentes.

Más adelante, Fujimori intentaría utilizar estas victorias para justificar su permanencia en el poder más allá del límite de su mandato constitucional. Pero en ese momento no hacía falta añadir más. Su imagen en las escaleras lo decía todo. Daba la impresión de que los emerretistas habían sido derrotados y aniquilados, mientras la nación, personificada por un presidente que tenía antepasados asiáticos, seguía en pie y en ruta ascendente, hacia el futuro, hacia el progreso, hacia la paz.

El 22 de abril de 1997 entraría en la memoria colectiva como uno de los momentos más singulares de la historia peruana. Según la historia oficial, valientes jóvenes patriotas habían salvado al Perú de la amenaza del terrorismo. Hubo homenajes de todo tipo, películas y placas conmemorativas. Los integrantes de las Fuerzas Armadas y del Estado implicados en el rescate

escribieron libros que resaltaban su participación en el episodio.1 Para conmemorar el décimo aniversario de la operación, el aclamado periodista Umberto Jara escribiría un popular libro, reeditado una década después.2

La réplica de la residencia del embajador utilizada para preparar la operación de rescate se convirtió en un museo donde selectos visitantes, una vez pasado un control militar, pueden recorrer los pasos del presidente por la gran escalera, inspeccionar una réplica del túnel de la operación Chavín de Huántar, y ver maniquíes de asaltantes emerretistas. El museo incluye los nombres de todos los comandos, una sala especial y un cortometraje dedicado a los dos mártires del rescate. Imágenes de gran tamaño de soldados de infantería de aspecto feroz, con los rostros pintados del rojo y el blanco de la bandera nacional, adornan la pared exterior.3

Algunos de los rehenes pasaron a tener vidas prominentes tras su rescate de la sede diplomática japonesa. Francisco Tudela volvió a su puesto de canciller y pronunció poderosos discursos en honor de sus rescatadores. Luis Giampietri escribió un libro, Rehén por siempre, sobre sus días de cautiverio y llegó a ser vicepresidente, nada menos que durante el segundo mandato de Alan García.4 Marco Miyashiro, que se ganaba la vida capturando a los emerretistas antes de ser secuestrado por ellos, sería ascendido a general y dirigiría la seguridad nacional antes de ser elegido al Congreso como miembro del partido político de Fujimori, Fuerza Popular. Francisco Sagasti se convirtió en presidente de la República en noviembre de 2020, en un momento sumamente complicado para el Perú, y condujo al país a unas elecciones democráticas nueve meses después.

Más allá de estos destinos individuales, a ninguno de los grandes enemigos políticos del MRTA le fue bien después de la guerra. Pese a su desastroso primer gobierno, Alan García fue elegido presidente por segunda vez en 2006. Sin embargo, trece años más tarde, se convirtió en el último de una creciente lista de figuras políticas latinoamericanas —entre ellas, la hija de Alberto Fujimori, Keiko— implicadas en el escándalo de sobornos y blanqueo de dinero del conglomerado brasileño Odebrecht. Ante la perspectiva de pasar sus últimos días entre rejas, García, de 69 años, se encerró en su habitación y se quitó la vida de un disparo.

Alberto Fujimori también sufrió una caída en desgracia tan meteórica como su ascenso. Aprovechando su popularidad tras la operación Chavín de Huántar, manipuló la judicatura para que le autorizaran a presentarse a un tercer mandato

sin precedentes e inconstitucional en el año 2000. Ganó la mayoría del voto popular, tras denuncias de fraude generalizado y de la retirada del candidato opositor en la segunda vuelta. Sin embargo, poco después de su victoria, aparecieron videos en los que Vladimiro Montesinos, su principal asesor y jefe del SIN, sobornaba a políticos, mandos militares y figuras de los medios de comunicación con montañas de dinero a cambio de su lealtad. El presidente fingió su indignación por los llamados “vladivideos” y ordenó una cacería internacional de su antiguo confidente. Montesinos fue detenido en Venezuela y devuelto al Perú para ser juzgado. Su condena le llevó a la prisión naval, donde se convertiría en compañero de prisión de Víctor Polay.

Sin embargo, el esfuerzo de Fujimori por salvar el cuello sacrificando a su antiguo aliado no cuajó, y decenas de miles de ciudadanos se echaron a la calle para exigir su renuncia. El 19 de noviembre de 2000, a los cuatro meses de su tercer mandato, Fujimori huyó al Japón de sus antepasados y presentó su dimisión por fax. El Congreso de la República rechazó la renuncia por considerarla improcedente y procedió a declarar el cargo vacante. Fujimori pasó a ser un prófugo de la justicia refugiado en Japón. Sin embargo, la ambición pudo con él y en 2007 las autoridades chilenas lo detuvieron cuando intentaba volver a entrar en el Perú, en un aparente intento de presentarse a un cuarto mandato. Tras ser extraditado, fue juzgado y condenado por varios cargos de corrupción y violaciones de los derechos humanos. En un aparente acuerdo de quid pro quo, el presidente Pedro Pablo Kuczynski, que en su día fue enemigo del MRTA, indultó al expresidente de 79 años en 2017 antes de dimitir en medio de su propio escándalo de corrupción relacionado con Odebrecht. Sin embargo, el indulto duró poco; al año siguiente la Corte Suprema lo revocó y ordenó que el expresidente enfermo de cáncer volviera a la cárcel. Un nuevo intento de indulto a inicios de 2022 fue paralizado por la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Tras la dimisión de Fujimori en 2000, un gobierno interino presidido por Valentín Paniagua se encargó de la transición democrática. Paniagua creó la Comisión de la Verdad para investigar las numerosas atrocidades cometidas durante el conflicto armado interno. Esta iniciativa fue asumida por el sucesor de Paniagua, Alejandro Toledo, elegido en 2001, quien renombró la iniciativa como Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). Conformada por académicos, activistas de derechos humanos, eclesiásticos y líderes militares, la CVR descubrió que más de 69.000 personas perecieron durante el conflicto, mucho más de lo que suponían las peores estimaciones de la época. La CVR consideró

que Sendero Luminoso había sido responsable de más de la mitad de las víctimas, a diferencia de otras guerras civiles latinoamericanas en las que las fuerzas estatales cometieron la mayoría de las atrocidades. La CVR responsabilizó a las fuerzas gubernamentales de algo menos de la mitad de las muertes y desapariciones, encontrando al MRTA responsable de menos del 2% de ellas.5

Alejandro Toledo, el hombre que asumió el cargo de presidente en 2001, también había estado entre los rehenes del MRTA en la residencia del embajador japonés en 1996. De origen andino, educado en Stanford, se presentó con una campaña de justicia y anticorrupción, pero no cumplió con ninguna de las dos. Su gobierno permitió que se volviera a juzgar a los jefes del MRTA y Sendero Luminoso en el llamado megajuicio, por considerar que habían sido detenidos y condenados sin el debido proceso. En 2023, fue extraditado de Estados Unidos al Perú, tras acusaciones de corrupción similares a las que involucraron a Kuczynski, García y Keiko Fujimori.

Con el megajuicio, Víctor Polay, Alberto Gálvez, Peter Cárdenas, Miguel Rincón y Lucero Cumpa, entre otros, volvieron a ser declarados culpables. Alberto Gálvez renunció a su militancia. Fue liberado en 2015 y llevaba una vida tranquila en Chorrillos, dedicado principalmente a escribir y traducir del inglés, idioma que aprendió por su cuenta durante sus 27 años de prisión.

Peter Cárdenas también fue liberado tras cumplir su condena, casi al mismo tiempo que Gálvez. También evitó los focos de atención y se trasladó a Suecia, donde viven su esposa e hijos. Lucero Cumpa, Miguel Rincón y Víctor Polay seguían en prisión al momento de escribir este libro. En 2019, todos ellos, Gálvez y Cárdenas incluidos, se enfrentaron a nuevos cargos, acusados de orquestar el crimen de odio contra los homosexuales de San Martín durante la guerra. Como la mayoría de ellos ya estaban en prisión en el momento en que se cometieron los crímenes, sus abogados sostuvieron que los cargos eran simplemente una estratagema para evitar que vieran la luz del día o, como en los casos de Gálvez y Cárdenas, para que volvieran a la cárcel.

Los emerretistas de menor rango han tenido un destino solo ligeramente mejor. Daniel, Tigre y Esperanza cumplieron más de dos décadas entre rejas y ahora llevan vidas tranquilas como exconvictos. Daniel regresó a su San Martín natal, viviendo por fin su sueño de convertirse en agricultor. Tigre se casó, tuvo dos hijos y vivió brevemente en una barriada de Lima, antes de trasladarse a otro

país. Esperanza se reconcilió con su anciano padre y espera conocer algún día a Dolores, la mujer a la que le salvó la vida.

---

1. Hermoza Ríos 1997, Montesinos 2016.

2. Jara 2017b: 12-13.

3. Milton 2018b: 142-149.

4. Giampietri 2011.

5. CVR 2003.

Bibliografía

Archivos

ADP – Archivo de la Defensoría de Pueblo (también conocido como Archivo de la Comisión de la Verdad).

APJP – Archivo del Poder Judicial del Perú.

CVR – Comisión de la Verdad y Reconciliación.

DIP – Documentación de la Insurrección Peruana.

Publicaciones

AGÜERO, José Carlos

2015 Los rendidos: sobre el don de perdonar. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

AGUIRRE, Carlos

2011 “Terruco de m... Insulto y estigma en la guerra sucia peruana”. Histórica, vol. 35, n.° 1: 103-139.

2013 “Punishment and Extermination: The Massacre of Political Prisoners in Lima, Peru, June 1986”. En Eric A. Johnson, Ricardo D. Salvatore y Pieter Spierenburg (eds.), Murder and Violence in Modern Latin America (pp. 193-216). Londres: Wiley-Blackwell.

AGUIRRE, Carlos y Paulo DRINOT (eds.)

2018 La revolución peculiar: repensando el gobierno militar de Velasco. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

ALEGRÍA, Claribel y Darwin FLAKOLL

1996 Tunnel to Canto Grande: The Story of the Most Daring Prison Escape in Latin American History. Willimantic: Curbstone.

ARONÍ, Renzo

2019 “Más allá de la ideología: las memorias de los senderistas sobre la masacre de Huamanquiquia de 1992”. Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Boston.

ASENSIO, Raúl

2017 El apóstol de los Andes: el culto a Túpac Amaru en Cusco durante la rebelión velasquista (1968-1975). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

BAYARD DE VOLO, Lorraine

2018 Women and the Cuban Insurrection: How Gender Shaped Castro’s Victory. Cambridge: Cambridge University Press.

BLONDET, Cecilia

1991 Las mujeres y el poder: una historia de Villa El Salvador. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

BONILLA ARÉVALO, Guillermo

2015 Golpe mortal: la verdadera historia de la pacificación nacional, rompiendo mitos. Lima: Autoedición.

BOWEN, Sally y Jane HOLLIGAN

2003 El espía imperfecto: las múltiples vidas de Vladimiro Montesinos. Lima: Peisa.

BROWN, Michael F. y Eduardo FERNÁNDEZ

1993 War of Shadows: The Struggle for Utopia in the Peruvian Amazon. Berkeley: University of California Press.

BRUM, Pablo

2014 Las guerrillas de Robin Hood: el épico viaje de los tupamaros uruguayos. Montevideo: autoedición.

BURT, Jo-Marie

2011 Violencia y autoritarismo en el Perú bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

CARO CÁRDENAS, Ricardo

2014 "'La comunidad es base, trinchera de la guerra popular'. Izquierda, campesinismo y lucha armada: Huancavelica, 1974-1982". Bulletin de L'Institut Francais d'Etudes Andines, vol. 43, n.° 2: 265-283.

CHASE, Michelle

2015 Revolution within the Revolution: Women and Gender Politics in Cuba, 1952-1962. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

CHASTEEN, John Charles

2008 Americanos: Latin America's Struggle for Independence. Oxford: Oxford University Press.

CVR – COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN

2003 Informe final. Nueve tomos. Lima: Comisión de la Verdad y Reconciliación.

CONAGHAN, Catherine M.

2005 Fujimori's Peru: Deception in the Public Sphere. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

CORAL CORDERO, Isabel

1999 “Las mujeres en la guerra: impacto y respuestas”. En Steve Stern (ed.), Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995 (pp. 337-363). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

CORRIGAN, Philip y Derek SAYER

1985 The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution. Oxford: Basil Blackwell.

COTLER, Julio y Romeo GROMPONE

2001 El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DEAN, Bartholomew

2009 Urarina Society, Cosmology, and History in Peruvian Amazonia. Gainesville: University Press of Florida.

DEGREGORI, Carlos Iván

1990 El surgimiento de Sendero Luminoso: Ayacucho, 1969-1979. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2001 La década de la antipolítica: auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2013 Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DEGREGORI, Carlos Iván et ál.

1996 Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2015 No hay mañana sin ayer: batallas por la memoria y consolidación democrática en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DEL PINO, Ponciano

1999 “Familia, cultura y revolución: vida cotidiana en Sendero Luminoso”. En Steve Stern (ed.), Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995 (pp. 161-191). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

2017 En nombre del gobierno. El Perú y Uchuraccay: un siglo de política campesina. Juliaca: La Siniestra.

DEL PINO, Ponciano y Caroline YEZER (eds.)

2013 Las formas del recuerdo: etnografías de la violencia política en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1999 “La política de la identidad: narrativas de guerra y la construcción de ciudadanía en Ayacucho”. En José Coronel et ál., Actores sociales y ciudadanía en Ayacucho, (pp. 21-35). Lima: GIIDA, Servicios de Educación Rural.

DRINOT, Paulo

2019 “Contested Memories of the Peruvian Internal Armed Conflict”. En Hillel David Soifer y Alberto Vergara (eds.), Legacies of the Shining Path Conflict in Peru (pp. 285-311). Austin: University of Texas Press.

DURAND GUEVARA, Anahí

2005 Donde habita el olvido: los (h)usos de la memoria y la crisis del movimiento social en San Martín. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

DURAND GUEVARA, Natalí

2015 Cuando los ríos se cruzan: etnicidad, memoria y mitos en el conflicto armado interno peruano. Tesis de maestría. Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

2021 Enchike Pishintsite (el pasado que no pasa). Memoria, mitología y necropolítica: el PCP-Sendero Luminoso y su impacto en el pueblo asháninka, 1980-2010. Tesis de doctorado. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

FEINSTEIN, Tamara

2013 How the Left Was Lost: Remembering Izquierda Unida and the Legacies

of Political Violence in Peru. Tesis de doctorado. Madison: Universidad de Wisconsin.

FLORES GALINDO, Alberto

1993 Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes. Lima: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

FUMERTON, Mario

2002 From Victims to Heroes: Peasant Counter-rebellion and Civil War in Ayacucho, Peru, 1980-2000. Ámsterdam: Rozenberg.

GÁLVEZ OLAECHEA, Alberto

2009 Desde el país de las sombras. Lima: Sur.

2015 Con la palabra desarmada: ensayos sobre el (pos)conflicto. Lima: Fauno Ediciones.

GARCÍA-BRYCE, Íñigo

2018 Haya de la Torre and the Pursuit of Power in Twentieth-Century Peru and Latin America. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

GAVILÁN SÁNCHEZ, Lurgio

2017 [2012] Memorias de un soldado desconocido (2.ª ed. aumentada y revisada). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

GIAMPIETRI, Luis

2011 Rehén por siempre: Operación Chavín de Huántar. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

GONZÁLEZ, Olga M.

2011 Unveiling Secrets of War in the Peruvian Andes. Chicago: University of Chicago Press.

GOLTE, Jürgen y Norma ADAMS

2020 [1990] Los caballos de Troya de los invasores: estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima (2.ª ed.). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

GORRITI, Gustavo

2008 Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú. Lima: Planeta.

GREENE, Shane

2017 Pank y revolución: 7 interpretaciones de la realidad subterránea. Lima: Pesopluma.

GUEVARA, Ernesto Che

2006 Guerrilla Warfare. Melbourne: Ocean Press. [Existen múltiples ediciones

de la versión original en español, con el título La guerra de guerrillas].

GUINÉ, Anouk (ed.)

2019 Género y conflicto armado en el Perú. Lima: La Plaza Editores.

GUZMÁN, Abimael

2009 De puño y letra. Los Olivos: Manoalzada.

GUZMÁN, Abimael y Elena YPARRAGUIRRE

2015 Memorias desde Némesis. Autoedición.

HANDELMAN, Howard

1975 Struggle in the Andes: Peasant Political Mobilization in Peru. Austin: University of Texas Press.

HEILMAN, Jaymie Patricia

2010a Before the Shining Path: Politics in Rural Ayacucho, 1895-1980. Palo Alto: Stanford University Press.

2010b “Family Ties: The Political Genealogy of Shining Path’s Comrade Norah”. Bulletin of Latin American Research, vol. 29, n.° ٢: 155-169.

HEMMINGS, John

2000 La conquista de los incas. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

HERMOZA RÍOS, Nicolás de Bari

1997 Operación Chavín de Huántar: rescate en la residencia de la Embajada del Japón. Lima: autoedición.

HIDALGO, David

2007 Sombras de un rescate: tras las huellas ocultas en la residencia del embajador japonés. Lima: Planeta.

JARA, Umberto

2017a Abimael: el Sendero del terror. Lima: Planeta.

2017b Secretos del túnel. Lima: Planeta.

JELIN, Elizabeth

2003 State Repression and the Labors of Memory. Mineápolis: University of Minnesota Press.

JIMÉNEZ, Edilberto

2010 Chungui: violencia y trazos de memoria. Lima: Instituto de Estudios

Peruanos.

JIMÉNEZ BACCA, Benedicto

2012 La captura del Presidente Gonzalo. Lima: Ediciones Rivadeneyra.

JOSEPH, Gilbert M.

2008 “What We Know and Should Know: Bringing Latin America More Meaningfully into Cold War Studies”. En Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser (eds.), In from the Cold: Latin America’s New Encounter with the Cold War. Durham: Duke University Press.

KIRK, Robin

1993 Grabado en piedra: las mujeres de Sendero Luminoso. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1997 The Monkey’s Paw: New Chronicles from Peru. Amherst: University of Massachusetts Press.

KLARÉN, Peter F.

1973 Modernization, Dislocation, and Aprismo: Origins of the Peruvian Aprista Party, 1860-1932. Austin: University of Texas Press.

2016 [1970] Formación de haciendas azucareras y los orígenes del APRA (3.ª ed.). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

LARA, Patricia

2014 Siembra vientos y recogerás tempestades. Bogotá: Planeta.

LA SERNA, Miguel

2012 The Corner of the Living: Ayacucho on the Eve of the Shining Path Insurgency. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

2019 “Revolutions and Violence”. En Linda J. Seligmann y Kathleen Fine-Dare (eds.), The Andean World. Londres: Routledge.

LEECH, Garry

2011 The FARC: The Longest Insurgency. Londres: Zed Books.

LOWENTHAL, Abraham F. (ed.)

1975 The Peruvian Experiment: Continuity and Change under Military Rule. Princeton: University of Princeton Press.

LUST, Jan

2013 Lucha revolucionaria Perú, 1958-1967. Barcelona: RBA Libros.

MACQUARRIE, Kim

2011 Los últimos días de los incas: la impactante historia de la destrucción de una civilización. Madrid: La Esfera de los Libros.

MANRIQUE, Nelson

1999 “La guerra en la región central”. En Steve J. Stern (ed.), Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995 (pp. 193-221). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

2002 El tiempo del miedo: la violencia política en el Perú, 1980-1996. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

MARCHESI, Aldo

2017 Latin America’s Radical Left: Rebellion and Cold War in the Global 1960s. Cambridge: Cambridge University Press.

MAYER, Enrique

2021 [2009] Cuentos feos de la reforma agraria peruana. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MCCLINTOCK, Cynthia y Abraham F. LOWENTHAL (eds.)

1983 The Peruvian Experiment Reconsidered. Princeton: Princeton University Press.

MEDRANO PÉREZ, Óscar y Roberto J. BUSTAMANTE FLORES

2015 ¡Nunca más! Los años de crueldad: el terrorismo en el Perú. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

MÉNDEZ, Cecilia

2014 La república plebeya. Huanta y la formación del Estado peruano, 1820-1850. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MEZA BAZÁN, Mario Miguel

2012 El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) y las fuentes de la revolución en América Latina. Tesis de doctorado. Ciudad de México: El Colegio de México.

MILTON, Cynthia E.

2018a El arte desde el pasado fracturado peruano. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2018b Conflicted Memory: Military Cultural Interventions and the Human Rights Era in Peru. Madison: University of Wisconsin Press.

MITCHELL, William P.

2006 Voices from the Global Margin: Confronting Poverty and Inventing New Lives in the Andes. Austin: University of Texas Press.

MIYASHIRO, Marco

2010 “Juan Julio Wicht, un sacerdote ejemplar”. Manuscrito inédito, marzo.

s. f. “Anécdotas de un policía”. Manuscrito inédito.

s. f. “Reflexiones sobre el MRTA”. Manuscrito inédito.

MONTESINOS, Vladimiro

2016 Operación militar Chavín de Huántar: con el terrorismo no se negocia. Lima: Ezer Editores.

2018 SIN Sendero: alerta temprana. Vol. 1. Lima: Editorial Rodhas.

MONTOYA, Rodrigo

1989 Lucha por la tierra, reformas agrarias y capitalismo en el Perú del siglo XX. Lima: Mosca Azul Editores.

MRTA – MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO TÚPAC AMARU

1990 Conquistando el porvenir: con las masas y las armas. Notas sobre la historia del MRTA. Lima: Movimiento Revolucionario Túpac Amaru.

NORA, Pierre (ed.)

1996 Realms of Memory: The Construction of the French Past. Nueva York: Columbia University Press.

PALMER, David Scott (ed.)

1994 Shining Path of Peru. Nueva York: St. Martin’s Press.

PAREDES, Carlos

2017 La hora final: la verdad sobre la captura de Abimael Guzmán. Lima: Planeta.

PERALTA, Víctor

2000 Sendero Luminoso y la prensa, 1980-1994: la violencia política peruana y su representación en los medios. Lima: Sur.

POOLE, Deborah y Gerardo RÉNIQUE

2018 Perú: tiempos del miedo. Violencia, resistencia y neoliberalismo. Lima: Punto Cardinal.

POLAY CAMPOS, Víctor

2007 En el banquillo: ¿terrorista o rebelde? Lima: Canta Editores.

2020 Revolución en los Andes. Desde la prisión Víctor Polay responde. Un balance del MRTA. Bogotá: Icono Editorial.

PORTOCARRERO, Gonzalo

2012 Profetas del odio: raíces culturales y líderes de Sendero Luminoso. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

RAGAS, José

2022 Los años de Fujimori (1990-2000). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

REGALADO ÁLVAREZ, Roberto

2011 FMLN: un gran tsunami de votos rojos. San Salvador: Ocean Sur.

RÉNIQUE, José Luis

2003 La voluntad encarcelada: las “luminosas trincheras de combate” de Sendero Luminoso del Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2006 “De la traición aprista al gesto heroico: Luis de la Puente y la guerrilla del MIR”. Ecuador Debate, vol. 67, n.° 7: 77-97.

2015 Incendiar la pradera: un ensayo sobre la revolución en el Perú. Juliaca: La Siniestra.

RÉNIQUE, José Luis y Adrián LERNER

2019 “Sendero Luminoso: The Last Peasant War in the Andes”. En Hillel David Soifer y Alberto Vergara (eds.), Legacies of the Shining Path Conflict in Peru (pp. 17-50). Austin: University of Texas Press.

RITTER, Jonathan

(En prensa) We Bear Witness with Our Song: The Politics of Music and Violence in the Peruvian Andes. Nueva York: Oxford University Press.

ROCA-REY, Christabelle

2016 La propaganda visual durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1975). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

RONCAGLIOLO, Santiago

2007 La cuarta espada: la historia de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso. Buenos Aires: Debate.

ROSPIGLIOSI, Fernando

2000 Montesinos y las Fuerzas Armadas: cómo controlar durante una década las instituciones militares. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

SALGADO OLIVERA, Rafael

2022 De silencios y otros ruidos: memorias de un hijo de la guerra. Lima: Punto Cardinal.

SCHLOTTERBECK, Marian E.

2018 Beyond the Vanguard: Everyday Revolutionaries in Allende’s Chile. Berkeley: University of California Press.

SMITH, Anthony D.

1988 The Ethnic Origins of Nations. Oxford: Basil Blackwell.

SOIFER, Hillel David y Alberto VERGARA (eds.)

2019 Legacies of the Shining Path Conflict in Peru. Austin: University of Texas Press.

SPENSER, Daniela

2008 “Standing Conventional Cold War History on Its Head”. En Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser (eds.), In from the Cold: Latin America’s New Encounter with the Cold War (pp. 381-396). Durham: Duke University Press.

STARN, Orin

1999a “Senderos inesperados: las rondas campesinas de la sierra sur central”. En Steve J. Stern (ed.), Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995 (pp. 223-254). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

1999b Nightwatch: The Politics of Protest in the Andes. Durham: Duke University Press.

STARN, Orin y Miguel LA SERNA

2021 Ríos de sangre: auge y caída de Sendero Luminoso. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

STERN, Steve J.

2006 The Memory Box of Pinochet's Chile. Tres tomos. Durham: Duke University Press.

STRONG, Simon

1992 Shining Path: The World's Deadliest Revolutionary Force. Hammersmith: Harper Collins.

TAPIA, Carlos

1995 Autodefensa armada del campesinado. Lima: Centro de Estudios para el Desarrollo y la Pacificación.

TAYLOR, Lewis

2006 Sendero Luminoso: Guerrilla War in Peru's Northern Highlands, 1980-1997. Liverpool: Liverpool University Press.

THEIDON, Kimberly

2009 Entre prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

THORNDIKE, Guillermo

1991 Los topos: la fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande. Lima: Mosca Azul Editores.

UBILLUZ, Juan Carlos, Alexandra HIBBETT y Víctor VICH

2018 Contra el sueño de los justos: la violencia peruana ante la violencia política. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

ULFE, María Eugenia

2011 Cajones de la memoria: la historia reciente del Perú a través de los retablos andinos. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

VARESE, Stefano

1973 La sal de los cerros: una aproximación al mundo campa. Lima: Retablo de Papel Ediciones.

WALKER, Charles F.

2015 La rebelión de Túpac Amaru. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2018 “El general y su emerretista: Juan Velasco Alvarado y la reinvención de Túpac Amaru II”. En Carlos Aguirre y Paulo Drinot (eds.), La revolución peculiar: repensando el gobierno militar de Velasco (pp. 71-103). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2019 “Inocencia: los menores de edad, El Juzgado de Menores y Sendero Luminoso, Huamanga, 1980-1986”. Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Boston.

WICKHAM-CROWLEY, Timothy P.

1993 Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956. Princeton: Princeton University Press.

WINN, Peter et ál.

2013 No hay mañana sin ayer: batallas por la memoria histórica en el Cono Sur. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

YEZER, Caroline

2008 “Who Wants to Know? Rumors, Suspicions, and Opposition to Truth-telling in Ayacucho”. Latin American and Caribbean Ethnic Studies, vol. 3, n.° 3: 271-289.

YOUNGERS, Coletta

2003 Violencia política y sociedad civil en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

ZAPATA, Antonio

1976 Sociedad y poder local: la comunidad de Villa El Salvador. Lima: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.

2017 La guerra senderista: hablan los enemigos. Lima: Taurus.

Publicaciones periódicas

Cambio

Caretas

Quehacer

La República

Sí

The Washington Post

Venceremos



Miguel La Serna es historiador peruano-estadounidense y profesor en la Universidad de Carolina del Norte. Ganador del Premio a la Excelencia Tumi-Estados Unidos, sus estudios sobre el conflicto armado interno incluyen Ríos de sangre: auge y caída de Sendero Luminoso, coescrito con Orin Starn y publicado por el IEP, y The Corner of the Living: Ayacucho on the Eve of the Shining Path Insurgency, publicado por UNC Press. Vive en Chapel Hill con su esposa Jillian, su hija Micaela e hijo Mateo.